

K.A. TUCKER

NATIONALLY BESTSELLING AUTHOR

Say You
Still Love
me

a novel



Still Love me

Querido CosmicLover ♥ esta es una traducción de Fans para Fans, la realización de está traducción es sin fines monetarios. **Prohibida su venta.** Apoya al escritor comprando sus libros ya sea en físico o digital.

TE DAMOS LAS SIGUIENTES RECOMENDACIONES PARA QUE SIGAMOS CON NUESTRAS TRADUCCIONES:

1. No subas capturas del documento a las redes sociales.
2. No comentes que lo leíste en español ni menciones a los grupos traductores en tus reseñas de Goodreads, **Tiktok**, Instagram u otros sitios de la web.
3. Tampoco etiquetes a los autores o pidas a ellos la continuación de algún libro en español, ya que las traducciones no son realizadas por editorial.
4. No pidas la continuación de un libro a otro grupo o foro de traducción, ten paciencia, ya que el libro será traducido por quién te brindo las primeras partes.
5. No modifiques el contenido. Contamos con versión PDF, EPUB y MOBI.

Queremos que cuides este grupo para que nosotros podamos seguir llevándote libros en español.

Sin más por el momento...

**¡DISFRUTA EL LIBRO Y NO OLVIDES
RECOMENDARLO A TUS AMIGOS!**

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Índice

Sinopsis	Capítulo 15
Capítulo 1	Capítulo 16
Capítulo 2	Capítulo 17
Capítulo 3	Capítulo 18
Capítulo 4	Capítulo 19
Capítulo 5	Capítulo 20
Capítulo 6	Capítulo 21
Capítulo 7	Capítulo 22
Capítulo 8	Capítulo 23
Capítulo 9	Capítulo 24
Capítulo 10	Capítulo 25
Capítulo 11	Capítulo 26
Capítulo 12	Epílogo
Capítulo 13	Sobre la autora
Capítulo 14	

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Sinopsis

La vida es una mezcla de cosas para Piper Calloway. Por un lado, es vicepresidenta de la multimillonaria empresa de desarrollo inmobiliario de su padre, tiene veintinueve años, y vive una vida de soltera con sus dos mejores amigas en un elegante ático en el centro de la ciudad. Por otro lado, se la considera un par de piernas sexis en un mundo dominado por los hombres y constantemente tiene que demostrar su valía. Además, está atrapada viendo a su narcisista exprometido, un compañero vicepresidente, al otro lado de la pared de vidrio de su oficina todos los días.

Las cosas se complican exponencialmente para Piper cuando se encuentra con Kyle Miller, el nuevo y atractivo guardia de seguridad del Grupo Calloway y, casualmente, el primer amor de su vida.

El chico al que no ha visto y del que no ha oído hablar desde que fueron monitores en un campamento de verano. El chico de los barrios bajos. El chico que «aparentemente» ni siquiera recuerda su nombre.

Puede que Piper sea ahora una poderosa mujer de negocios, pero pronto se da cuenta de que su amor de juventud sigue vivo y fuerte, lo que paraliza su concentración. Es más, a pesar de la actitud distante de Kyle, ella está convencida de que su reencuentro no es en absoluto una coincidencia y que sus sentimientos por ella aún son profundos. Y está decidida a hacerlo admitirlo, sin importar las consecuencias.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 1

Ahora

Una fulana mimada.

¿O era mocosa mimada?

Frunzo los labios y trato de no mirar con desprecio a Tripp Porter, que no para de hablar de los continuos retrasos en los permisos, con una voz tan monótona que podría dejar en coma a un Jack Russell. Mientras tanto, me esfuerzo por recordar «exactamente» cómo me llamó ese imbécil arrogante en la fiesta. Por supuesto, no se dio cuenta de que yo estaba al otro lado de la columna mientras hablaba mal de mí, con su pajarita carmesí suelta alrededor del cuello y su lengua aleteando tras su enésimo *gimlet*.

Fue la misma noche en que papá anunció oficialmente mi ascenso a la recién creada función de vicepresidenta sénior del Grupo Calloway, mi trampolín hacia la presidencia cuando él se jubile. Con una maestría en administración de empresas de Wharton y diez años de experiencia en el GC entre prácticas de verano y posgrado, pensó que estaba preparada.

Claramente, Tripp Porter no piensa lo mismo.

Y por la sonrisa apenas disimulada que se le dibuja en los labios cada vez que me mira, «sigue» sin hacerlo. Pero eso también podría deberse a que tiene la impresión de que «él» debería ocupar el puesto de vicepresidente sénior y no estar a las órdenes de la fulana de pelo castaño, veintinueve años y piernas largas que una vez le trajo el café.

Fulana mimada. Eso fue «definitivamente».

¿Quién demonios usa esa palabra?

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

Dejo que mi mirada recorra la sala de trajeados, el equipo directivo del GC, en su mayoría hombres blancos adinerados de alrededor de cincuenta y tantos años, afectados por distintos grados de calvicie de patrón masculino, y me pregunto cuántos de ellos comparten el punto de vista de Tripp, que Kieran Calloway ha perdido la maldita cabeza, preparando a su hija para que un día tome el mando. Que yo debería estar buscando formas de gastar mi fondo fiduciario, no haciéndoles perder «su» tiempo arrastrándolos a esta reunión y exigiéndoles respuestas sobre proyectos valorados en dos mil millones de dólares.

Por desgracia para ellos, no iré a ninguna parte. «Y» estoy más que harta, porque he oído la misma actualización de mierda de Tripp en la última reunión.

—Así que lo que quieres decir es que no has hecho ningún progreso con el Marquee —interrumpo en voz alta, rematando mis contundentes palabras con una sonrisa dulce mientras mis uñas de punta francesa trazan los remolinos de nogal de la mesa pulida. Hace dos años compramos el hotel por ciento veinte millones de dólares. «Yo» fui quien puso el proyecto sobre la mesa. «Yo» fui quien empujó a papá a comprarlo, insistiendo en que sería una excelente conversión a apartamentos. Papá me apoyó en este proyecto. Ahora, a pesar de las rondas de reuniones y las revisiones de los planos, «seguimos» sin conseguir que el ayuntamiento apruebe el inicio de la construcción.

Veo miradas cruzadas y ceños arqueados alrededor de la mesa. Algunas de estas personas deben compartir mis frustraciones, ¿verdad?

—Qué puedo decir, Piper —empieza Tripp, ajustándose la corbata azul marino alrededor del cuello. «Y ahí está de nuevo esa sonrisa condescendiente»—. Ya le he dicho a Kieran que deberíamos venderlo y cortar por lo sano. Las bases de este proyecto no se establecieron correctamente, y está llevando más tiempo arreglar el desorden de lo que se preveía. Tengo una reunión con el ayuntamiento el veintinueve para llegar a la raíz del problema.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

«Yo» era quien supervisaba el proyecto hasta mi ascenso y, cuando me fui, iba por buen camino. No hace falta ser un genio para darse cuenta de lo que insinúa: que el «desorden» se debe a «mi» mala dirección.

Aprieto los dientes para mantener la compostura.

—Falta casi un mes para eso.

—Sí, tienes razón —dice lentamente. Molesto.

—Llevamos ya «seis meses» de retraso —subrayo tajante—. Los inversores están preguntando. —No hace falta que le diga a Tripp, ni a nadie, lo furioso que está mi padre, que se enorgullece de nuestro extraordinario historial de fiabilidad y puntualidad.

Tripp suspira pesadamente.

—No sé qué decirte, Piper. Es la fecha de reunión más temprana que la vieja arpía Adriane Guthrie aceptó. Ya sabes lo inflexible que es. Bueno, quizá no lo sabes, pero pregúntale a tu padre. —Coge su teléfono y empieza a hojear los mensajes, como si la conversación hubiera terminado.

No iba a hacer esto hasta después de la reunión, en privado. Pero como Tripp está empeñado en hacerme quedar como una cabeza hueca despistada, tal vez todos en esta mesa necesiten educación.

—Hablé con Adriane esta mañana. Tuvimos una charla encantadora. —Sonríó dulcemente a Tripp, cuya mirada indiferente ha sido sustituida por la suspicacia. Adriane es una mujer mayor e inteligente junto a la que me senté en una cena hace unos años; nos unimos por los mismos gustos en libros y películas, y los mismos puntos de vista desagradables sobre hombres como Tripp. Siempre ha estado dispuesta a dedicarme tiempo—. Parece que te perdiste la última reunión programada...

—Surgió algo importante. —Se desvía sutilmente.

—...sin un poco de decencia para llamarla por teléfono —termino.

Sus pobladas cejas se fruncen en una profunda mueca; sin duda está pensando rápidamente en alguna estúpida razón para ello.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—También he hablado con Serge —añado. El director sénior de proyectos, un tipo que trabaja doce horas al día y tiene la mala costumbre de masticar los bolígrafos mientras trabaja.

Tripp arquea las cejas.

—Le dijeron que se olvidara del Marquee y centrara todos sus esfuerzos en el proyecto Waterway. —«Le dijiste tú».

—El proyecto Waterway es la joya de la corona de esta empresa. Ahí es donde nos centramos ahora mismo —replica Tripp, con el pecho hinchado mientras recupera la confianza en sí mismo.

—Sí. Es un proyecto enorme. Demasiado grande, sugieren algunos. —Dos torres gemelas de gran belleza arquitectónica, mixtas, residencial y hotelera, en lo alto del mercado ribereño de la ciudad—. Y aún estamos buscando inversores para eso, lo que significa que ahora no es el momento de dejar rezagados nuestros otros proyectos —le recuerdo secamente—. ¿Mark? —Me vuelvo hacia mi ayudante, que está sentado a mi lado, escribiendo minuciosamente notas de la reunión en su portátil—. ¿Ha llamado ya la ayudante de Adriane?

Mark se aclara la garganta, esforzándose por mantener un rostro serio.

—Sí. Tiene disponible mañana por la mañana a las nueve. —A la misma hora que Tripp tiene reservado el golf. Para ser justos, no pedí específicamente una reunión el viernes por la mañana cuando llamé a Adriane.

—Perfecto. Todos sabemos que Tripp está libre a esa hora. —Me vuelvo hacia Tripp, cuyas mejillas están enrojecidas—. Asegúrate de llevar contigo a las personas adecuadas cuando vayas a reunirte con ella. Y llámame a la vuelta con una actualización, que espero que sea favorable. A menos que «necesites» que vaya contigo a la reunión para ayudar a conseguir las firmas finales. —Por el rabillo del ojo, veo algunas sonrisas en la mesa. Sin embargo, no hago caso de ninguna de ellas y mantengo la mirada fija en Tripp, con mirada inexpresiva.

—No. Claro que no —responde bruscamente.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡Bien! Creo que hemos terminado aquí, entonces. —Fuerzo un tono alegre. Recojo mi teléfono y mi bloc de notas y me pongo de pie, sintiendo cómo las miradas de toda la sala se desvían hacia mi vestido verde esmeralda, las mangas cortas muestran mis brazos tonificados, la cintura ceñida halaga mis curvas. Independientemente de lo que piensen de que yo asuma el control, ninguno ha ocultado nunca que les gusta lo que ven. A mí no me gusta llamar la atención, pero también me niego a esconder mi feminidad detrás de pantalones anchos y chaquetas voluminosas porque ellos no pueden apartar sus ojos lascivos.

—Nos vemos en la próxima reunión. —Salgo de la sala de juntas con la cabeza en alto, asegurándome de que mis tacones suenen muy fuerte para Tripp, por si se ha perdido la parte en la que la fulana le ha dado por el culo.

—Ha sido muy satisfactorio —murmura Mark, acortando la distancia rápidamente para caminar a mi lado, con el portátil metido bajo el brazo.

—Espero que funcione —murmuro. La oleada de adrenalina que me ha impulsado ahora da paso a la ansiedad al preguntarme cuál será el siguiente movimiento de Tripp en este juego de poder y cómo tendré que pivotar. Trago saliva contra los nervios y miro a Mark, encontrándome con su amplia sonrisa—. Pero sí, lo fue, ¿verdad?

Mark es alto, más de 1,80 metros, y delgado, lo que hace que todas las camisas de botones que se pone le queden demasiado holgadas. Me encantaría darle algunos consejos sobre vestuario, pero nuestra relación laboral aún no ha llegado a ese punto.

Sin embargo, estamos bastante cómodos en la fase de «conspirar juntos para derrotar a los imbéciles misóginos».

Me rodea para abrir la puerta de cristal que da al ala ejecutiva Calloway, el callejón ejecutivo, lo llamamos, y me la sujeta.

—Gracias, amable señor —ofrezco dramáticamente, sonriendo al recordar la primera vez que lo hizo, durante su entrevista para el puesto de asistente. Yo había vacilado en el umbral, sorprendida por el gesto caballeroso. Inmediatamente empezó a dar marcha atrás,

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

prometiendo con palabras entrecortadas que la maniobra no reflejaba en modo alguno sus creencias sobre la capacidad de una mujer para mantener abiertas sus propias puertas. Más tarde me confesó que estaba seguro de haber echado a perder la entrevista.

En ese momento supe que, aunque no tenía experiencia, era la persona adecuada para el trabajo. Educado, considerado, pero también en sintonía con el siglo XXI.

—De nada, *milady* —dice sin perder el ritmo y con un acento *cockney* terriblemente falso que me hace reír. En sus mejillas se forman profundos hoyuelos. Es atractivo, con una larga cabellera rubia por la que se pasa una mano cubierta de gel cada mañana, por lo menos, unos serios ojos azules que se clavan en los tuyos cuando entablas conversación, y una mandíbula bien afilada que lo hace parecer una década más joven de sus treinta y cuatro años. Si me interesara en tener citas, y «no» fuera su jefa, Mark podría ser un hombre que despertara mi interés.

Pero «soy» su jefa, y estoy a eones de distancia de volver a recorrer el camino de «conozcámonos», con «cualquier» hombre.

Gracias sobre todo al imbécil del traje azul marino hecho a medida que está justo adelante.

Suspiro pesadamente. Si hay alguien capaz de desinflar mi triunfal subidón, ése es David Worthington.

—¿Cuándo es mi próxima reunión? ¿A mediodía? —le pregunto a Mark.

—Una de la tarde. —Su mirada se concentra en la mano de David, que mueve despreocupadamente las aspas de madera del delicado molino de viento en miniatura que hay sobre la mesa de Mark, un regalo de su madre para celebrar su primer trabajo de oficina: un símbolo de sus raíces danesas. Un sustituto del que David rompió hace un mes, haciendo lo mismo.

A Mark no le gusta David, me atrevería a decir que con pasión, pero todavía no ha dicho nada abiertamente. Eso podría deberse a que David es vicepresidente de Ventas y Mercadeo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

O porque a David le falta un ayudante y Mark ha estado ayudando a llenar el vacío, atendiendo las necesidades exigentes y a veces infantiles de David.

«O» porque David es mi exprometido.

—Voy a salir a comprar sushi. ¿Quieres que te traiga un poco? — Mark se ofrece, ansioso por salir.

—No, estoy bien, gracias. Tengo que ir a dar un paseo pronto de todos modos. Comeré entonces. —Incluso con todas las paredes de cristal y ventanas, el aire se vuelve sofocante por aquí después de demasiado tiempo.

—De acuerdo. Nos vemos en un rato. —Mark asiente cortésmente hacia David mientras pasa para guardar sus cosas.

Ni siquiera le ofrezco entrar, atravieso la puerta y entro en mi despacho, sabiendo que David me pisará los talones.

Mi despacho, como el de todos los ejecutivos de esta planta salvo el de mi padre, es todo de cristal: paredes de cristal, puerta de cristal, ventanas de cristal del suelo al techo. Ofrece mucha luz natural, pero ninguna intimidad. He intentado crear algo de intimidad con un árbol decorativo estratégicamente colocado a la derecha de la puerta y una palmera de dos metros a la izquierda. Unas cuantas piezas clave elegidas por una decoradora de interiores, un escritorio de mediados de siglo, un sillón de cuero color camel y una alfombra persa en tonos fucsia, dorado y azul marino, añaden garbo a un espacio que, de otro modo, sería anodino.

Entrar en mi pequeño rincón de este vasto edificio me reconforta durante los ajetreados y largos días.

Excepto cuando David está en él.

—¿Otra vez corriendo a echar un polvo rápido con su novio? — murmura en cuanto suena el suave clic de la puerta.

Dejo caer el block de notas sobre el escritorio con un sonoro golpe.

—Mark «no» es gay. Solo quieres que lo sea porque te sientes amenazado por él.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

David resopla, como si la sola idea de que se sienta amenazado por un tipo que no tiene un Maserati y vive en un piso de soltero alquilado en las afueras de la ciudad fuera absurda.

—Oh, vamos, Piper. El hombre se pasa los fines de semana corriendo por el parque en mallas. «Para divertirse».

—¡Es actor! —Mark estudió teatro en la universidad, lo que no encajaba muy bien con GC. Cuando Carla, de Recursos Humanos, me pasó su currículum, lo hizo en broma, pensando que me daría cuenta enseguida y lo desecharía. Fue mi pura curiosidad la que lo hizo pasar por mi puerta para una entrevista.

—«Exactamente» mi punto.

Sacudo la cabeza.

—Eres idiota. Además, esa producción de Shakespeare en el Parque es famosa. Quizá deberías ir a verla antes de juzgar. Al fin y al cabo, «nosotros» construimos todo el lugar. —Un contrato de la ciudad que licitamos y ganamos, junto con varios premios en los años siguientes. Fue el primer proyecto de desarrollo en el que trabajé durante mis prácticas de verano aquí.

David cruza sus gruesos brazos sobre el pecho y me sonrío con complicidad.

—¿Así que lo has visto actuar?

—Iré este fin de semana.

—¿A qué hora? Te acompaño.

—¿No deberías estar entrevistando a algún pobre tonto para el puesto de asistente? Y, por cierto, Mark no te va a recoger la ropa de la tintorería, así que deja de pedírselo. —David sabe que miento sobre lo de ir a ver la obra, que disfruto del teatro tanto como del golf, que es exponencialmente menos que, por ejemplo, estar en espera en el servicio de asistencia técnica o esperar a que se seque la laca de uñas.

—No hasta dentro de una hora. —Coge mi manzana del escritorio y se sienta en la silla frente a mí, con las piernas abiertas.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Trata de no asustar a este para que no se jubile anticipadamente —murmuro, concentrándome en la pantalla de mi computadora mientras me desplazo por mi calendario y luego por mis correos electrónicos, abriendo uno para leerlo.

—Oh, no te preocupes. Me aseguraré de que este sea «mucho» más joven. —Muerde «mi» manzana y hago lo que puedo para ignorar su mirada penetrante.

Nunca entenderé cómo caí bajo el hechizo de David Worthington. Supongo que fue por la misma razón por la que la mayoría de las mujeres se enamoran de él al principio: el espeso pelo rubio, los juguetones ojos azul celeste, la mandíbula cuadrada, los dientes blancos y rectos, el cuerpo musculoso que trata como un templo con ejercicios diarios y cero azúcar refinada. Físicamente, es un Adonis, y desde el primer día que cruzó las puertas del GC hace tres años como nuevo ejecutivo, me llamó la atención.

Si a eso le añadimos que ha estudiado en la Ivy League, es hábil, encantador, ha nacido con el pedigrí adecuado y tiene mucho éxito, tenemos a un hombre que siempre consigue lo que quiere. Durante un tiempo, esa fui yo. Durante casi dos años, de hecho. Pero entonces me puso en el dedo aquel llamativo adorno de diamantes de dos quilates, que hablaba más de su gusto que del mío, y el pulido barniz dio paso a la fea realidad de que David es un narcisista clásico.

Me di cuenta de que, en algún momento, entre que dejó un depósito por una casa que sabía que yo no quería, me habló de su viaje de «fin de semana de chicos en Las Vegas» cuando ya estaba de camino al aeropuerto, y me sugirió que nuestro matrimonio iría mejor si solo uno de los dos trabajara en el GC.

Así que dejé el anillo de compromiso en la mesa del comedor y me mudé. Fue una decisión fácil, pero una dura lección de vida, agravada por el hecho de que tengo que verlo casi todos los días. «Literalmente». Su despacho está justo enfrente del mío. Levanto la vista de mi mesa y «ahí está».

Devora la mitad de mi manzana antes de que finalmente estallo de irritación.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—En serio, ¿qué quieres, «David»? —Su nombre es una maldición en mis labios.

—¿Algo destacado de la reunión?

—Tendrás las notas de la reunión al final del día. ¿Y por qué no estabas allí, por cierto?

—Tuve una llamada con Drummond.

—Correcto. —Nuestro potencial inquilino de anclaje para el proyecto Waterway, la atracción para el arrendamiento de otros espacios comerciales. Necesitamos que se comprometan antes de la presentación de nuestro proyecto el próximo mes—. ¿Cómo te fue?

—Al noventa por ciento —hace una pausa—, he oído que Tripp sigue siendo un idiota. —Al menos su voz ha perdido su borde odioso.

Tal vez sea porque echo de menos hablar de trabajo con David, o porque no tengo a nadie más con quien hacerlo, hablar con Mark no sería apropiado, pero abandono la pantalla de la computadora y me reclino en la silla.

—Es como si «quisiera» que el Marquee se hundiera por pura amargura.

—Más bien «quiere» que te hundas. —No hay amor perdido entre David y Tripp. Fue Tripp quien se opuso con vehemencia a que mi padre contratara externamente a David, que entonces tenía treinta y dos años y trabajaba en una empresa de Nueva York.

David frunce el ceño pensativo.

—Lleva aquí, ¿cuánto hace, veintiocho años?

—No me importa si puso el primer ladrillo del primer edificio que construimos, no hay excusa para su forma de actuar.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Todo lo que digo es que «finalmente» está viendo la escritura en la pared. Nunca dirigirá esta empresa y no le está gustando.

No puedo evitar soltar un bufido.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Le pagan lo suficiente como para fingir que le gusta. —El viejo sapo tiene un sedán de lujo nuevo cada año y vive en la elegante urbanización de Ferndale con su tercera esposa. No pasa por dificultades económicas en lo más mínimo.

David se pasa los dedos índices por las cejas. Es un pequeño gesto suyo, algo que hace cuando está pensando, sin darse cuenta. Siempre me burlaba de él por eso.

—¿Ya le has dicho algo a Kieran?

—No voy a acudir a mi «papi» por problemas con Tripp. —¿En qué ayudaría eso, además de demostrar que no estoy lista para esta posición, y mucho menos tomar el relevo cuando se retire? —Está en mí manejarlo y lo estoy manejando.

Apunta y tira el corazón de la manzana al otro lado de la habitación, a mi papelera.

—¿Dónde está el zorro plateado hoy? Creía que ya había vuelto de Tokio.

Sonríó y mi mirada se desvía hacia la puerta cerrada del despacho, al final del pasillo. Mi padre, una presencia imponente en cualquier habitación, es más atractivo y está más en forma a sus sesenta y seis años que muchos hombres dos décadas más jóvenes. Por eso no le cuesta encontrar mujeres tres décadas más jóvenes con las que salir.

—Reunión de la industria.

—Oh, cierto. Está jugando dieciocho hoyos en Bryant Springs. Me habló de eso.

Pongo los ojos en blanco. Claro que se lo ha contado a David. Mi padre se lo cuenta «todo» a David. Se envían mensajes como colegialas. David es el hijo que Kieran Calloway nunca tuvo, a pesar de que tiene un hijo. Rhett, mi hermano mayor, un tipo que no quiere saber nada del mundo empresarial. Ni de mi padre.

Mi padre se alegró cuando David y yo anunciamos nuestro compromiso y se enfureció conmigo cuando le puse fin. Hubo un momento, justo después de la ruptura, cuando el aire que circulaba

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

en torno a David y a mí era tóxico, en que le pedí que despidiera a David. Me dijo que no lo haría porque su casi hijo es «demasiado bueno para el negocio». Luego me echó de su despacho por haber acudido a él para sugerírselo.

Me planteé renunciar por despecho, pero decidí que ya le había dado a David suficiente de mi pasado; no iba a perder también mi futuro por su culpa.

El silencio persiste en mi despacho.

Y entonces David suspira con nostalgia y agita una mano entre nosotros.

—Esto es agradable, ¿verdad? ¿Nosotros, hablando así otra vez?

—Sí, lo es —concedo.

—Hagámoslo de nuevo alguna vez. Como durante una cena, mañana...

—No. —Me levanto y rodeo mi escritorio, dirigiéndome a la puerta. Es la única forma de librarme de él—. Se acabó y lo sabes.

—No «todo» fueron malos momentos, Piper. Creo recordar que disfrutaste «mucho» de algunos.

Me giro y descubro que su mirada acalorada recorre mis piernas, mis caderas, mi pecho, antes de posarse en mi cara. Sus pensamientos lascivos están prácticamente garabateados en su frente.

Mis mejillas se sonrojan.

—Esa parte nunca fue nuestro problema. —En ese aspecto David nunca ha sido egoísta, aunque creo que puede tener más que ver con que le gusten los elogios cuando sus conquistas se reúnen y cuentan sus experiencias sexuales. Y era fácil ignorar nuestros problemas más profundos cuando la química salvaje entre nosotros ahogaba todo lo demás.

La última vez que estuvimos juntos, «después» de cancelar el compromiso, cuando vine a recoger mis últimas cosas y me rogó que

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

«habláramos»... bueno, fue un momento de pura estupidez por mi parte. Una que nunca repetiré.

David finalmente se levanta de la silla.

—Tienes que dejar de ser tan tensa con todo.

Respiro hondo para calmarme. Cuatro meses después de la ruptura y aún no ha aceptado ni un ápice de responsabilidad por nuestro fracaso.

—«Tú» y «yo» no son compatibles. Te irá mejor con una esposa trofeo sin carácter, alguien que te deje pisotearla cuando te apetezca.

—Abro la puerta—. Ve y encuentra tu felpudo perfecto.

Se detiene en el umbral, a un palmo de distancia, lo bastante cerca como para que su loción después del afeitado Tom Ford me llene las fosas nasales. Ese aroma por sí solo solía acelerarme la sangre.

—Lo dices ahora, pero dudo que te guste cuando vuelva a salir con alguien.

—Pongamos a prueba esa teoría.

—Bien. Voy a salir a cenar con Vicki mañana. Te acuerdas de ella, ¿verdad? Esa rubia sexi del gimnasio. Lleva años detrás de mí. Seguro que se queda a dormir.

—¿Mañana, dices?

—Mañana. —Sonríe con suficiencia mientras me mira, esperando una reacción.

—¿No me acabas de invitar a cenar mañana? Porque cenar con tu exprometida cuando ya tienes una cita para esa noche es de mal gusto, incluso para ti.

—Yo... Nosotros... —tartamudea, atrapado en su mentira—. Me refería a que, «hipotéticamente», podría salir con ella.

Me rio entre dientes.

—Claro, por supuesto.

—Esa no es la cuestión. —Su expresión se agria.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No, la cuestión es que no me importa con quién salgas, con quién te acuestes o con quién te cases. —Lo acompaño con una mano contra su ancha espalda—. Siempre que aceptes que nunca volveré a ser yo. —Cierro la puerta del despacho con un fuerte suspiro.

Creo que, en el fondo, David sabe que no debemos estar juntos. No es el tipo de persona que acepta perder. No es algo que su ego pueda manejar.

¿Pero en esto se ha convertido mi vida?

¿Manejar frágiles egos masculinos todo el día?

Gimo en mi despacho vacío.



El pasillo de los ascensores del vestíbulo está inquietantemente vacío cuando salgo a la planta baja poco antes de la una de la tarde, aunque en el aire queda el rastro de una *pizza* recién entregada. El silencio no durará mucho, ya que cualquiera de los seis ascensores está a punto de abrirse y traerá a una pequeña horda de inquilinos y visitantes de las veinticuatro plantas superiores.

Mis tacones chasquean contra el travertino mientras atravieso el atrio, entre hileras de macetas repletas de palmeras y helechos. La luz del mediodía entra a raudales por la cúpula de cristal, interrumpida por un arco de vigas entrecruzadas. Nuestro vestíbulo es una obra maestra de la arquitectura, diseñada por Fredrik Gustafsson, el mismo que dirigirá el proyecto Waterway.

Somos propietarios de este edificio, aunque solo ocupamos cinco plantas y alquilamos el resto a una serie de empresas de los sectores financiero, inmobiliario y de seguros. El terreno fue parte de una inteligente inversión de mi padre, que empezó a comprar discretamente propiedades industriales en desuso en los alrededores del paseo marítimo de Lennox hace décadas, más o menos al mismo tiempo que empezó a presionar a los funcionarios municipales para que la descuidada zona se revitalizara y se convirtiera en una meca urbana. Poco a poco, ha conseguido que se derriben las destartaladas

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

fábricas y almacenes, que se recalifique la zona y, proyecto a proyecto, ha devuelto vida a la zona, ahora conocida como Augustin Square.

—¿Vas a comer, señorita Calloway? —Retumba una voz de barítono cuando atravieso la puerta de seguridad.

Me giro y veo a Gus sonriéndome. Conozco al alegre guardia de seguridad con acento de Jersey desde que llevaba coletas y zapatillas Mary Janes. Ya era mayor entonces. Ahora, sus apretados rizos grises contrastan con su piel morena. Pero, aunque podría jubilarse, no ha mostrado ningún interés en hacerlo.

Gus ha pasado a formar parte del GC tanto como mi padre. Cuando nos mudamos de edificio, mi padre pidió expresamente a Rikell, la empresa con la que contratamos nuestros recursos de seguridad, que Gus viniera con nosotros. Y por pedir, quiero decir que les dijo que si Gus no venía, ellos tampoco, a este edificio o a cualquier otro de su propiedad.

Mi padre no es el hombre más fácil con el que negociar.

Rikell no solo accedió, sino que ascendió a Gus a supervisor, gestionando los horarios y el personal *in situ*, y teniendo la última palabra sobre la contratación del personal de guardia. Pero aun así, Gus se sienta en la recepción y saluda a todos los ocupantes del edificio por su nombre, rompiendo la monotonía de la rutina diaria de la forma más agradable.

—¿Qué pedirás hoy?

No puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Aún no estoy segura. Algo bueno. —Estamos a siete minutos a pie del Pier Market, una construcción larga y estrecha repleta de vendedores y un local popular junto al río, donde se puede encontrar de todo, desde flores recién cortadas a langostas o *macarons* franceses. A su alrededor hay una gran variedad de restaurantes que ofrecen todos los sabores culinarios imaginables. En muchas ocasiones me he perdido entre los menús expuestos ante las puertas, babeando ante la idea de almorzar una reconfortante *moussaka*, un *biryani* de pollo o un *curry* verde.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Siempre acabo trayendo una ensalada.

—Oh, apuesto que sí —gruñe Gus, sabiéndolo.

Hago ademán de inclinarme para quitarle el polvo blanco del bolsillo de la camisa.

—¿Has estado comiendo rosquillas otra vez? —Hablando de encarnar un estereotipo.

—¡No «cualquier» rosquilla! —se burla—. Son estas... oh, no recuerdo cómo los llamaba Basha, pero están cubiertas de azúcar glas, y tienen un relleno de mermelada de ciruela dentro. —Se relame los labios—. Te guardaré una la próxima vez.

Entrecierro los ojos.

—¿Y exactamente cuántas comiste, Gus?

—Solo una. —Desvía la mirada hacia un montón de papeles sobre el escritorio.

—Cuatro. Se ha comido «cuatro» rosquillas —dice Ivan, el joven vigilante de seguridad de tez aceitunada y cuello excesivamente grueso que está sentado a su lado. Lo enfatiza levantando cuatro dedos.

—Menos mal que te vas la semana que viene, rata —murmura Gus antes de dedicarme una sonrisa tímida—. Basha dijo que era mejor comerlas frescas.

—Oh, bueno, entonces tiene «todo» el sentido. —Sacudo la cabeza. Desde que la mujer de Gus murió de un aneurisma hace cinco años, su cintura ha crecido a un ritmo exponencial. A veces pienso que come así intencionadamente para acortar sus días y poder reunirse con ella en el más allá—. Te traigo una ensalada. —Le doy una palmada al mostrador, como si dictara sentencia con un mazo, y me dirijo a las puertas principales.

Un hombre sale de detrás de una puerta cerrada delante de mí y empieza a dirigirse a la misma salida. Viste un sencillo traje de negocios, pantalón negro de vestir y camisa blanca abotonada que

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

luce aún más nítida con una corbata dorada, que se ciñe a su cuerpo macizo y musculoso de la forma más agradable.

Después de pasar dos años con David, los cuerpos en forma ya no me llaman la atención.

Pero hay algo en este hombre...

La forma en que se mueve, esa nariz delgada, la forma de su frente, ese color de pelo...

Han pasado «años», y parece tan diferente, pero...

Frunzo el ceño y me tiemblan los pies al verlo subir los escalones. No. No puede ser «él».

No puede ser el chico que me rompió el corazón.

—¿Kyle? —llamo.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 2

Antes

2006, Campamento Wawa, primer día.

—¿Es ahí donde comeremos? —Arrugo la nariz hacia el pabellón que hay a nuestra izquierda. Dos remos de color carmesí descolorido cruzan la fachada, con «Campamento Wawa» garabateado en blanco en cada remo. En cambio, las mesas de *picnic* alineadas bajo la cubierta parecen recién pintadas y de todos los colores del arco iris. Debe de haber al menos veinte.

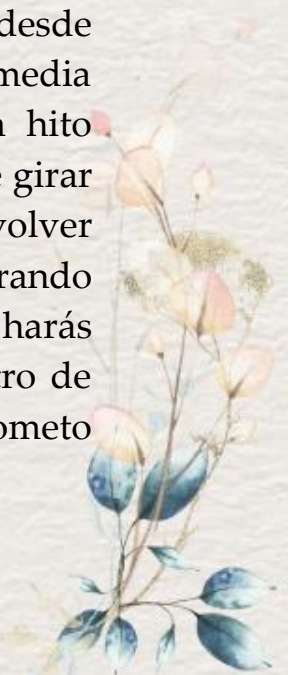
Mi madre sonríe con nostalgia ante la estructura.

—Tu grupo de cabaña elegirá una mesa y la llenarán de garabatos. Será de ustedes durante el verano.

—Suenan «genial». —Miro a las docenas de gorriones que saltan por las mesas. Haciendo caca, probablemente. Como hacen los pájaros. Suspiro pesadamente—. ¿Todavía hay tiempo para renunciar e ir a Europa?

—Te va a encantar esto, Piper. Créeme. —Nada de lo que digo parece amortiguar el zumbido nostálgico que irradia mi madre desde que cruzamos un viejo puente de un solo carril, hace una media hora—. Ser monitora de un campamento de verano es un hito fundamental. Ojalá más gente pudiera experimentarlo. —Hace girar el auto en la zona del estacionamiento, rápidamente, antes de volver a tomar el volante con las dos manos, como si estuviera demostrando que sabe conducir. Así es como conduce siempre—. Aquí harás amigos para toda la vida. Gente a la que podrás llamar dentro de veinte años, para «cualquier» cosa, y estarán ahí para ti. Te prometo que no olvidarás estos días, «nunca».

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

—La mayoría de los sucesos traumáticos son difíciles de olvidar. — Veo a cuatro adolescentes pasar junto al auto de mamá como una manada de sherpas, con mochilas gigantes atadas al cuerpo, almohadas mullidas y sacos de dormir enrollados bajo los brazos. Sus coletas desordenadas a juego y sus pantalones cortos recortados demuestran lo que mi madre me advirtió esta mañana cuando entré en la cocina con un sedoso vestido de verano estampado y sandalias enjoradas: que voy demasiado arreglada para la orientación de monitores del campamento Wawa—. Y ya he estado en campamentos antes, ¿recuerdas? ¿White Pine? «Lo odié». —¿Dormir con el sonido de la respiración de tres compañeras de habitación durante cuatro semanas? ¿Ni una pizca de privacidad a menos que te encerraras en el baño? No, gracias.

—No era un campamento de verdad. Los campamentos de verdad no alojan a los niños en *suites* ni sirven las comidas en vajilla fina. Esa fue la influencia de Constance y debí saber que no debía hacerle caso —murmura amargamente mientras estaciona el auto. Ella y la madre de mi padre solo se verán las caras cuando estén a dos metros bajo tierra, con sus cadáveres frente a frente—. Y, además, tú nunca has sido monitora. Es una situación totalmente diferente.

Suspiro.

—Pero ¿por qué tiene que ser en un campamento a «tres horas» de casa?

—¡Oh, mira! Todavía tienen el pozo de los deseos —exclama, haciendo caso omiso de mis refunfuños y moviendo las uñas lacadas hacia una estructura circular de piedra y madera. El lago que asoma entre la hilera de pinos altos y ralos es de un azul oscuro, «frío» y poco atractivo—. Me trae «muy» buenos recuerdos. Siempre me hacía ilusión veranear aquí.

—Creciste en un mundo totalmente distinto al mío, mamá. — Escuela pública y vacaciones familiares de acampada en parques estatales; una pequeña granja de dos dormitorios y compartir habitación con la tía Jackie; cajas de tinte para el pelo de farmacia y compras en Sears una vez al año para la vuelta a la escuela. Una

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

furgoneta con un enorme agujero en el suelo del asiento del copiloto, si las historias del abuelo son ciertas.

Está muy lejos de la vida a la que se casó, la vida que «yo» conozco: una casa de lujo con seis dormitorios, colegio privado que cuesta más de lo que mucha gente gana en un año, vacaciones de esquí en nuestro *chalet* de Aspen en invierno y perezosos días de verano en nuestra casa de la playa en Martha's Vineyard, si no estamos viajando a alguna parte. Sé que tengo suerte y nunca lo doy por sentado, pero la gratitud tiene un límite.

—Si vas a obligarme a esto... y, por cierto, estoy bastante segura de que hay estudios sobre paternidad que hablan en contra de este tipo de cosas... ¿no podría haber ido al menos a White Pine?

Me fulmina con la mirada.

—¡«Acabas» de decir que odiabas White Pine!

—Sí, pero al menos las habitaciones tienen aire acondicionado. — La página web de este lugar dice «únete con la naturaleza en una cabaña encantadoramente acogedora con capacidad para diez campistas y dos monitores». Traducción: metida en un cobertizo abarrotado y sofocante durante las próximas ocho semanas. Con bichos.

—Confía en mí, Piper. Te estamos haciendo un favor. Será bueno para ti experimentar otro lado de la vida. El lado «normal». Me he esforzado por mantenerte con los pies en la tierra, pero... esto te enseñará a ser más consciente de nuestra riqueza.

Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco. Mamá siempre está hablando de cómo deberíamos intentar llevar una «vida más normal» como la «gente normal». Irónicamente, el tema suele surgir cuando está hojeando el catálogo de su próximo auto deportivo o extendiendo un cheque para pagar el *catering* de la última fiesta que ha organizado o sirviendo un vaso de *coñac* para mi padre cuando cierra su último negocio multimillonario.

¡Diablos, vinimos en su Porsche!

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

La verdad es que puede que no haya nacido con dinero, pero se ha deslizado en el papel de una esposa de la alta sociedad con un marido magnate de los negocios tan suavemente, que nadie adivinaría su modesta educación.

Aunque me temo que ese papel está a punto de cambiar por el de «exesposa».

—¿Así que obligarme a hacer esto no tiene «nada» que ver con que papá y tú quieran pasar el verano solos para resolver los detalles de su divorcio? —pregunto envalentonándome finalmente, mi voz se quiebra ligeramente con esa última palabra. Una palabra que nunca imaginé pronunciar en relación con Kieran y Alison Calloway.

Mamá me lanza una mirada, pero no responde, sino que tamborilea los dedos sobre el volante. Su postura oficial siempre ha sido que los problemas matrimoniales son cosa de adultos y no se discuten con los niños. El hecho de que yo sepa el «error» que cometió mi padre con una arquitecta pelirroja de Los Ángeles y de que la tarjeta de visita de un abogado especializado en divorcios se escapara de la cartera de mamá hace unas semanas no ha afectado a su negativa a divulgar nada hasta ahora.

—«Mamá»...

—Voy a pasar unos días en casa de tu tía Jackie y luego me iré a la casa de verano para poder «pensar».

—¿Y vas a dejar que papá te visite? —insisto, con un tono suplicante en mi voz. Últimamente, sus voces han llegado a mi habitación más de una vez. Mi padre, insistiendo en que vuele los fines de semana para que puedan «arreglar las cosas y seguir adelante».

Mi madre, insistiendo en que «no».

—Dijo que lo sentía, mamá —le digo en voz más baja. Me parece que es lo que hay que decir en una situación que todavía no acabo de entender. También me parece un último esfuerzo para evitar lo que supongo que es inevitable.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Sus ojos parpadean a toda velocidad para evitar que se derramen las amenazadoras lágrimas.

—Lo intento, Piper —susurra con voz ronca—. Pero lo que hizo fue... —Sus labios se fruncen con fuerza, como si quisiera evitar que se le escapara el resto de la frase, como si ya hubiera divulgado demasiado.

Se me aprieta el pecho con esta rara muestra de vulnerabilidad de mi madre, que mantiene siempre su máscara de confianza y seguridad en sí misma.

«Lo que hizo fue romperle el corazón».

Trago saliva contra el nudo que se me hace en la garganta e intento un ángulo diferente.

—Merezco saber si al volver a casa veré un cartel de «se vende» en el césped, ¿no? —Aún no he visto ninguna tarjeta de agente inmobiliario en su cartera.

Transcurre un largo momento antes de que capte el suave suspiro y el sutil movimiento de cabeza. Se aclara la garganta y recupera la calma y la serenidad.

—Tú y tu padre tienen un vínculo especial y no quiero decir nada que pueda dañarlo —empieza con cuidado—. Nuestros problemas no empiezan ni terminan con su... indiscreción. —Su mandíbula se aprieta con esa palabra—. Las cosas no van bien desde hace algún tiempo.

—¿Es porque trabaja mucho?

—Eso ciertamente no ayuda.

Para Kieran Calloway, el tiempo siempre ha sido un bien valioso, concedido sobre todo a una reunión de negocios o a la siguiente, y nunca malgastado. Rara vez llega a tiempo a cenar, suele llegar tarde a nuestras vacaciones familiares y marcharse pronto, sin concedernos más de cinco o seis días seguidos, la mitad de los cuales los pasa en el teléfono o en la computadora.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Y sin embargo, desde que tengo uso de razón, «siempre» ha encontrado tiempo para mí. Solía sentarme en su regazo en su despacho y obligarlo a explicarme una y otra vez los últimos diseños de edificios, con miles de preguntas de «¿por qué?» en la punta de la lengua, su muestra de paciencia, una rareza, aparentemente disponible solo para su niña. Recuerdo cómo contemplaba la ciudad mientras describía con pasión el aspecto que quería que tuvieran un día el horizonte y el centro de la ciudad, dibujando en el aire con la punta del dedo. Siempre me ha asombrado cómo puede tener una idea y convencer a toda esa gente para que lo ayude a convertirla en una realidad de hormigón y cristal.

Ahora pasamos días sin que nuestros caminos se crucen y, cuando lo hacen, suele estar interrogándome sobre mis notas, mis resultados en tenis y algún novio al que tenga que aprobar. De vez en cuando, asoma la cabeza en mi habitación por la noche, con la corbata suelta alrededor del cuello y la cara desencajada por el cansancio, para ver si estoy despierta y, si lo estoy, se acomoda a mi lado y me habla de la fábrica en ruinas que acaba de comprar o del famoso arquitecto que acaba de contratar. Detalles de su día que a mi madre y a mi hermano no les interesa oír, pero que absorbo como un manto de consuelo mientras me acurruco contra él, pendiente de cada palabra.

—Entonces dile que trabaje menos. Te escuchará.

Mamá se ríe, y es un sonido extrañamente oscuro. «Oh, niña ingenua», la oigo murmurar.

—Tu padre no es un hombre fácil con el que estar casada, Piper.

No soy tan ingenua como cree. He leído los periódicos, he oído los susurros en el colegio de niños que se hacen eco de lo que han oído murmurar a sus padres sobre hacer negocios con Kieran Calloway. Sé que mi padre tiene éxito porque es formidable. Puede ser un tirano cuando se trata de conseguir lo que quiere y un cabrón vengativo cuando no lo consigue.

«Nunca» ha sido así conmigo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Dejo que mi mirada recorra de nuevo los campos cubiertos de hierba y el tumulto de adolescentes, dispuesta a desviar la conversación de nuestra crisis familiar pendiente.

—Tienes razón. Esto es «mucho mejor» que pasar el verano en Europa con Ava y Reid —murmuro secamente. Mis mejores amigas deberían estar aterrizando en Roma ahora mismo, acompañadas por la madrastra de Ava, una modelo de veintisiete años que no tiene ni idea de sus obligaciones básicas como figura materna. Ava piensa aprovecharse de ello.

Mamá suspira aliviada. Contenta de que por el momento ceda en hablar de divorcio, probablemente.

—Siempre has sido una buena chica, Piper. Solo creo que podrías hacer nuevos amigos con... prioridades diferentes. —Su frente se arruga ligeramente, sus recientes inyecciones de Botox impiden que su desaprobación se muestre demasiado—. No te haríamos ningún favor dándote una tarjeta de crédito para que puedas holgazanear en las piscinas de los hoteles e ir de compras todo el verano. Al menos en eso estamos de acuerdo tu padre y yo.

—Bueno, podría haber trabajado con papá, si me hubiera encontrado algo mejor que un puesto de «repcionista» —argumento.

—Tienes dieciséis años. —Su melena rubia platino se balancea con su movimiento de cabeza—. Además, tienes toda la vida para meterte en ese mundo. Ahora quiero que vivas cosas normales de adolescente y ser monitora en un campamento quedará «muy bien» en tu solicitud para la universidad.

Pongo los ojos en blanco.

—«Mamá». El abuelo tiene un edificio en el campus con su nombre.

—¿Ves? Esta es exactamente la actitud que no quiero que tengan mis hijos. —Mueve un dedo—. Y, ¿quién sabe? Podrías decidir que no quieres trabajar para tu padre, después de todo.

—Estás de broma, ¿verdad? —Me fascina lo que hace mi padre desde que tengo uso de razón, y lo sabe.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Bueno, mira a tu hermano...

Levanto una mano en el aire para detenerla, con mi fastidio a flor de piel.

—Estoy «harta» de hablar de Rhett. —Es de lo «único» que hemos hablado en los últimos nueve meses, desde que decidió que Brown y el negocio familiar no eran para él, abandonó la universidad y se marchó a Tailandia a vivir en una cabaña y enseñar inglés. Mi padre casi lo ha repudiado oficialmente. Desde luego, tampoco ha ayudado con nuestra dinámica familiar.

—Lo sé. Solo —suspira pesadamente— ... por favor, «inténtalo» este verano. Por mí. —Su tez normalmente brillante parece cansada y desgastada.

—Bueno, estoy «aquí», ¿no? —refunfuño de mala gana, pero remato con una sonrisa, echando la mano hacia atrás para acariciar el rollo de mi saco de dormir—. Con mi nuevo y reluciente saco de papas en el que voy a sudar durante las próximas ocho semanas.

—¿Y no es por el auto que te prometió tu padre al final del verano, si accedías a esto?

Mis manos vuelan hacia mi pecho con mi jadeo fingido.

—¿Cómo puedes siquiera sugerir algo así? Estoy «profundamente» herida.

—Claro.

—Pero para que lo sepas, voy a comprar el C70. Con asientos de cuero. «Y» todas las demás mejoras. Edición limitada. —Papá insiste en que mi primer auto tiene que ser un Volvo porque ¿está convencido de que son los autos más seguros del mercado? De acuerdo. Elijo el modelo más caro.

Se ríe suavemente y se inclina para plantarme un beso en la mejilla, con su Chanel No. 5 flotando en mis fosas nasales.

—Vamos. Salgamos de este auto. Me muero por ver qué ha cambiado.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Vamos a pasar el verano juntas. —La chica rubia y fornida aprieta una mano caliente y sudorosa contra la mía. Atiende el mostrador de inscripción, una mesa plegable colocada sobre la hierba bajo un arce, rodeada de hieleras azules repletas de latas de refresco y cajas llenas de bolsas rojas de nailon y papas fritas, y, por su postura firme y la ordenada fila de bolígrafos y papeles, parece tomarse el trabajo en serio.

—Hola... —Compruebo su nombre en la etiqueta pegada a su camiseta de campamento rojo tomate, ceñida sobre un pecho amplio y una barriga redondeada—. Christa. —Está escrito a mano con una caligrafía antinaturalmente perfecta y burbujeante, las letras alternan entre el fucsia y el negro, con margaritas de color palo rosa dibujadas en cada esquina.

Obsesivamente ordenada. Hábil. Hace álbum de recortes, probablemente.

—Así que nunca has estado en Wawa antes, ¿verdad? Porque no recuerdo haberte visto aquí. —Echa un vistazo rápido a mi vestido con sus ojos zafiro. Lleva *jeans*, aunque hace demasiado calor para ellos, incluso a la sombra. El tono rosado y el brillo de rocío sobre su piel pálida me indican que siente el calor agobiante.

—No. Pero mi madre sí. —Lanzo un pulgar por encima del hombro, señalando en la dirección general en la que mi madre se escabulló como una niña en un patio de recreo, balbuceando sobre un tótem. El ruido zumba a nuestro alrededor: risas punzantes, puertas que se cierran de golpe, el implacable estruendo de las cigarras, el molesto zumbido de un cortacésped—. Solía venir aquí todos los veranos.

—Este es mi «duodécimo» año aquí. El cuarto como monitora.

—«Vaya». —Hago el cálculo rápido. Eso hace que tenga al menos diecinueve años.

Se ríe, y suena como una serie de pequeños resoplidos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Sí. Probablemente por eso soy la monitora principal este año. —
Levanta la barbilla con esa proclamación.

«Y muy orgullosa del título, al parecer».

—En fin, las cabañas de los chicos están a la derecha y las de las chicas a la izquierda. Nos reunimos en el centro para todas las actividades y comidas. —Me tiende una bolsa de nailon—. Aquí está tu *kit* de bienvenida. Tiene tus camisetas, linterna y el manual para monitores. Tendrás que leerlo, pero solo quiero destacar las normas más importantes: nada de teléfonos móviles ni de alterar los uniformes del personal. Ah, y «obviamente», no fumar ni beber.

Mis manos se levantan.

—No te preocupes. —Odio los cigarrillos y no soy muy bebedora.

—Sírrete un tentempié —dice, señalando las hieleras—. Nuestra reunión de bienvenida es a las cuatro en el pabellón, la cena es a las seis, para romper el hielo y la hoguera empiezan a las ocho. —Va rimando cada punto con suavidad, como si llevara haciéndolo todo el día—. El desayuno es entre las ocho y las nueve de la mañana. Los campistas empiezan a llegar a la una. Mañana te parecerá el día más largo de tu vida. —Toca un portapapeles lleno de firmas—. Hojas de inscripción para las actividades de las próximas dos semanas. Cada monitor tiene que supervisar una actividad por semana. Mi consejo... evita el tiro con arco. —Se levanta la manga de la camiseta para mostrarme una pequeña cicatriz blanca en su grueso bíceps.

—Tomo nota. Aunque en realidad me da más miedo la clase de teatro. —Nunca me ha gustado el escenario, y una semana ayudando a un grupo de niños a decir sus líneas suena agonizante.

Empiezo a ver por qué Christa fue nombrada monitora principal. Supongo que conoce los entresijos de este lugar mejor que nadie y sin duda desprende esas vibras de «persona responsable».

Pero, ¿cómo será dormir con ella?

Hago a un lado cualquier pensamiento sombrío que venga con eso.

—Entonces, ¿cuántos monitores hay aquí, de todos modos?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Cuarenta. Treinta y tres que regresan, seis campistas que han ascendido a monitores *junior*. Y tú.

Mi mirada se desvía hacia donde un pequeño grupo de personas choca entre gritos y abrazos, como si la espera de un año para verse hubiera sido insoportable.

Y yo «soy la única» forastera.

—¡Ashley! —grita Christa a una chica que pasa—. ¡Ven aquí!

La chica, alta y con aspecto de sauce, se acerca con unas sandalias Birkenstock desgastadas y se aparta de la cara los mechones sueltos de su encrespada melena entre rubia y pellirroja. El resto de la melena, que le llega hasta la mitad de la espalda y parece tan ancha como larga, se sujeta con un colorido pañuelo bohemio, cuyo verde esmeralda hace juego con el color base de su camiseta de tirantes floreada, y con sus ojos.

Mi mirada no puede evitar clavarse en su rostro, en la gruesa capa de pecas marrones que cubre sus mejillas, su nariz, su frente, y al instante me compadezco de ella. Conozco a otra chica que tiene esas pecas, Rachel, de mi clase de inglés, y he oído las cosas crueles que los chicos dicen de ella. Cuando me da demasiado el sol en verano y me sale una fina capa de pálidas manchas marrones en el puente de la nariz, siempre uso corrector para disimularlas.

Sin embargo, «estas» pecas no se pueden ocultar.

—Esta es Piper —dice Christa—. Necesito que le enseñes Wawa.

—¡Claro! —exclama la chica con voz alegre y animada, mostrando un par de frenillos con su amplia sonrisa antes de apretar los labios, como cohibida—. ¿En qué cabaña estás? Primero podemos dejar tus cosas.

—Nueve —responde Christa por mí—. Los monitores comparten la litera más cercana a la puerta. Mis cosas están abajo.

Reprimo mi suspiro de fastidio al pensar en subir y bajar una escalera en mitad de la noche para ir al baño. Supongo que mi nueva compañera de cuarto no cree en los sorteos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Pero primero... elige. —Christa desliza hacia delante el portapapeles de actividades de los monitores por la mesa y advierte con voz ominosa mientras señala la cicatriz de su brazo como recordatorio—. Y elige sabiamente.

Agarro el bolígrafo y empiezo a hojear las hojas recortadas, aunque estoy bastante familiarizada con mis opciones después de haber pasado horas consultando el sitio web del campamento la semana pasada. White Pine tenía establos para montar a caballo y su ubicación privilegiada cerca de la costa de Maine permitía practicar submarinismo y vela. Pero aquí, en el corazón del norte del estado de Nueva York, las actividades del campamento se limitan a lo básico. *Kayak*, natación, senderismo... Ni siquiera tienen tenis. Pero sí tienen bádminton y, por suerte, todavía queda una plaza libre, así que me apunto rápidamente. Encontrar mi segunda actividad obligatoria no es tan sencillo. Mis opciones se han reducido a tejer, tiro con arco... y teatro.

Sabía que deberíamos haber llegado antes.

—¿Importa si nunca he hecho algo antes? —¿Cómo voy a ayudar a un niño a apuntar una flecha?

—Aprenderás y siempre hay alguien que lo ha hecho antes.

Ashley se inclina sobre mi hombro para mirar las hojas, con la nariz de botón arrugada.

—Les hice bufandas a todos en mi familia para Navidad el año pasado.

—Tejer será —suspiro mientras apunto mi nombre, preguntándome si alguna vez hace frío en Tailandia. Rhett no vino a casa por vacaciones el año pasado. ¿Se puede enviar por correo una bufanda a una cabaña de playa?

Mi madre aparece entonces de la nada, corriendo emocionada hacia mí.

—¿Puedes creer que todavía tengan exactamente la misma olla para rostizar el maíz? Oh, Piper... espera a que sumerjas una

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

mazorca, recién cortada y hervida, en una olla de mantequilla derretida. Te correrá por la barbilla y por los antebrazos...

Me estremezco ante la idea de que la grasa obstruya mis poros.

—¡Qué asco!

—¡Lo sé! —Se ríe a carcajadas y tiende la mano a Christa—. Soy Alison Calloway, la madre de Piper. Estoy muy contenta de que esté pasando su verano aquí. Siempre le he hablado de este lugar. —Sus ojos se iluminan al ver a Christa y Ashley, y puedo ver cómo se le revuelve la cabeza, puedo oír su voz excitada susurrando—. ¡Piper ha hecho sus primeras amigas de campamento para toda la vida!

«No te hagas ilusiones, mamá».

—Por favor, cuiden de mi pequeña por mí. Solo tiene dieciséis años.

—«Mamá».

—Lo haremos, señora Calloway —promete Christa con severidad, como si aceptara una petición de misión.

—¿Así que solías venir aquí? —pregunta Ashley, con los ojos muy abiertos al ver a mi madre con su camiseta de tirantes de seda y sus capri de color coral, los diamantes adornándole los lóbulos de las orejas y los dedos, y un collar de perlas rematando el conjunto. Es un atuendo más apropiado para almorzar en el club de campo que para llevar a su hija a lo que mi padre llamaba un campamento de «bajo presupuesto».

—¡Sí! Hace «muchos» años. —Mamá se ríe, muy consciente de lo mal que le sienta su antigua vida—. Por cierto, ¿era Russell el que vi entrar en la cocina? Porque «juraría» que se parecía a él, pero eso significa que llevaría trabajando aquí, ¿cuántos, cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años?

—Cuarenta y cinco años, este verano —confirma Christa.

—¡Vaya! —Mi madre jadea con asombro—. Siempre fue mi favorito. Tengo que saludarlo antes de irme. Que... —Comprueba su reloj de pulsera con diamantes incrustados—. Será muy pronto si quiero llegar a casa de tu tía Jackie para la cena.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Detrás de nosotros se oye un estruendo extraño y un chisporroteo. Nos giramos para ver cómo un auto *hatchback* verde guisante estaciona junto al Porsche negro de mi madre. Con sus múltiples abolladuras y arañazos a lo largo de la puerta del acompañante, los dos juntos parecen casi cómicos. No tengo ni idea de qué auto es, pero está claro que es viejo, y no en el buen sentido de los autos clásicos.

La puerta del conductor se abre y sale un tipo alto y delgado. Levanta los brazos por encima de la cabeza y arquea la espalda con un estiramiento exagerado antes de agacharse para meter la billetera en el bolsillo trasero de sus holgados *jeans* negros.

Un rebaño de personas corre hacia él.

—No creí que Kyle fuera a volver. —Los ojos esmeralda de Ashley lo observan con atención.

—Sí —suspira Christa con resignación—. ¿Por qué?... No lo sé.

«Kyle». Lo guardo en la memoria mientras lo veo turnarse para dar la mano a los chicos y abrazar a las chicas, con una amplia sonrisa en las mejillas. Lleva un peinado estilo *punk*, el pelo castaño corto por los lados pero más largo por arriba y por detrás, donde una tira de cinco centímetros recorre el centro. Se ha aplicado gel para que se le erice.

Me cuesta distinguir su cara desde esta distancia, lleva gafas anchas de sol, pero tengo la extraña sensación de que cuando por fin lo vea de cerca, va a ser increíblemente guapo.

—Supongo que han suavizado el código de vestimenta desde la última vez que estuve aquí —murmura mi madre y no sé si lo desaprueba. Siempre ha sido una gran defensora de las normas de uniforme de mi colegio, que incluyen peinados modestos.

El tipo «Kyle» observa un momento el auto de mi madre y luego dice algo a sus amigos. «¿Quién se ha presentado aquí con eso?» o algo por el estilo, imagino. Unos dedos nos señalan y, de repente, Kyle se dirige hacia el mostrador de registro con la mirada fija en nosotras.

Tal vez en mí.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

El revoloteo de mi estómago me dice que espero que sea lo segundo.

Christa empieza a ocuparse de los bolígrafos junto al portapapeles de actividades, alineándolos en una fila perfecta. ¿Es una persona obsesivamente ordenada?

¿O está nerviosa de repente?

A doce metros de distancia, observo que Kyle es delgado pero musculoso. A nueve metros, soy capaz de apreciar su mandíbula sólida y angulosa. A siete metros, decido que su estilo falso Mohawk encaja perfectamente con la forma de su cara. A seis metros, el sol se refleja en su boca y me fijo en el aro plateado que le atraviesa la comisura izquierda del labio inferior. A tres metros, me doy cuenta de que tiene el tipo de nariz que más me gusta en un hombre: larga y fina, no demasiado prominente. A metro y medio, se quita las gafas de sol para mostrarme unos iris del color del azúcar quemado.

Mi instinto estaba cien por cien en lo cierto.

—¡Oh! ¡Mira, ahí está Russell! —exclama mi madre—. Vamos, Piper, quiero presentártelo antes de que vuelva a desaparecer. —Me insta, enganchando una mano delgada a través de mi brazo.

—Eh... Pero Ashley va a darme un *tour*... —Me entretengo, esperando ansiosamente oír hablar a Kyle.

—¡Te encontraré allí en un minuto! —Ashley me hace señas con la mano, con sus ojos emocionados pegados a Kyle.

Supongo que eso es todo.

Con un pequeño resoplido, dejo que mamá tire de mí hacia el edificio marrón como el barro y el hombre con uniforme de cocinero a cuadros blancos y negros que pela zanahorias en un cubo junto a la mesa de *picnic*.

—Si le caes bien a Russell, te dará una ración doble de su pudín de chocolate casero siempre que esté en el menú —me dice en voz baja—. Y créeme, esa cosa es moneda de cambio por aquí.

—Igual que en la cárcel.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

—¡Silencio! —Me da un manotazo juguetón en el brazo—. Tu tía Jackie y yo nunca teníamos dinero para comprar caramelos en la cafetería, así que cambiábamos nuestros tazones a los niños por... —Divaga entre los SweeTarts y Snickers, mientras yo miro por encima del hombro.

Kyle se ríe de algo que dice Ashley mientras se mueve de un lado a otro, con una bolsa de bienvenida de nailon rojo colgando despreocupadamente de sus dedos.

—¿Piper? —grita mi madre, más despacio—. ¿Qué te parece?

—Eh... Sí, claro.

—¿Me estabas escuchando?

Me encuentro con su mirada.

—No. Lo siento. ¿Qué?

Frunciendo el ceño, mira hacia atrás para ver dónde estaba mi atención, justo cuando Kyle se gira para encontrar nuestras miradas puestas en él. Sonríe y nos saluda con la mano.

—Ah... Ya «veo» —murmura mamá con complicidad—. Así que va a ser el chico con el estilo Mohawk, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas —murmuro, con las mejillas encendidas—. Y es estilo Fauxhawk».

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 3

Ahora

Esta noche, cuando abro la puerta de mi apartamento, mi mente aún está llena de recuerdos.

Kyle ha permanecido en mis pensamientos toda la tarde, como el pinchazo constante de una espina clavada, imposible de ignorar. Llegué tarde a mi reunión de la una y me ausenté mentalmente de todas ellas, ya que un verano archivado en el pasado inundó mi presente. Incluso David, normalmente demasiado egocéntrico para darse cuenta de las dificultades de los demás, detuvo su implacable presión para confiscar a Mark para sus propias necesidades el tiempo suficiente para preguntarme si me encontraba bien.

Mi puerta topa con algo sólido adentro.

—¿Hola? —grito a través de la abertura.

—¡Piper! ¡Espera! ¡Déjame mover eso! —viene el grito de respuesta.

Unos pies descalzos golpean la madera, seguidos de una serie de gruñidos y el sonido de un objeto pesado que se desliza por el suelo y entonces la puerta se abre de golpe y aparece un rostro pecoso.

—¡Lo siento! —exclama Ashley, jadeando—. Quería moverlas antes, pero me entretuve deshaciendo las maletas. —Respira hondo, exhala y sonríe—. ¡Hola, nueva compañera!

Me rio mientras cierro la puerta con un movimiento de cadera y paso entre la pared de cajas azules apiladas para dejar el bolso en la isla de la cocina.

—¿Estas son todas tus cosas para organizar fiestas?



Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Sí —admite, alisando la esquina levantada de una etiqueta que pone «cintas»—. Aunque haré que quepa todo en mi habitación, lo prometo.

—No te preocupes. ¿Cómo te ha ido hoy? ¿Te ha dado problemas la seguridad?

—¡No! Incluso recibieron a los de la mudanza en el ascensor de servicio. —Ashley se pasa los delgados dedos por el pelo, intentando domar el halo de encrespamiento entre rubio y pelirrojo que rodea su desordenada coleta, sin éxito. El único día de la semana que lo tiene realmente liso es el viernes, cuando va a la peluquería. ¿Y si es un día húmedo? Olvídalo. Ni siquiera durará una hora.

—Bien. Pasé por recepción esta mañana para asegurarme de que se acordaban, pero con ellos nunca se sabe.

—Ese tono de verde te sienta de maravilla —murmura, pasándose las manos por la camiseta raída que se puso para desempacar. El atuendo desaliñado y alborotado es tan opuesto a su habitual vestuario *boho-chic* femenino.

—Gracias. —Me quito los tacones con un gemido, estirando y moviendo los dedos de los pies. Voy a tener que tragarme mi orgullo y empezar a ponerme las zapatillas de correr para el paseo de quince minutos desde el trabajo—. ¿Ya llegó Christa?

—Está en camino. Y va a traer la cena, así que no pidas nada.

—«Gracias a Dios». —Christa es la directora general de un popular restaurante de carnes cercano, con setenta y ocho empleados y abierto 364 días al año. En las raras ocasiones en que nuestras agendas se cruzan para cenar, suele traer una comida totalmente preparada, recién salida de la parrilla, lo que me ahorra el *sushi* del día anterior y la ensalada marchita.

Doy la vuelta a la isla y me acerco al salón contiguo para contemplar el sofá de terciopelo gris marengo.

—Así que «este» es el infame sofá. —El que provocó la colosal pelea entre Ashley y Chad que terminó en su ruptura. En el que Elton, el

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

gato siamés severamente bizco de Christa, está encaramado en este momento, lamiéndose la pata tranquila y metódicamente.

—Te dije que sería perfecto para esta habitación —dice Ashley, su mirada evaluando el espacio con una sonrisa de satisfacción.

—Esto empieza a parecer un verdadero hogar —coincido. Cuando terminé con David, me fui con mi juego de dormitorio y dos sillones de cuero blanco. Todo lo demás era suyo y yo no quería nada. Mi padre me ofreció este lugar: un espacioso ático de tres dormitorios y cuatro baños en el recién terminado proyecto Posey Park del GC. Es demasiado espacioso para una sola persona, pero está cerca del trabajo, así que acepté encantada, con toda la intención de contratar a Marcelle, la decoradora de interiores de mi madre, en cuanto tuviera tiempo para preocuparme de cosas como los muebles y las obras de arte.

Para todo el esfuerzo que he puesto en decorar mi oficina, aquí he puesto la cantidad opuesta. Han pasado casi cuatro meses y este generoso espacio sigue casi vacío y sin decorar. Christa se mudó el mes pasado y trajo consigo un televisor de pantalla plana para colgar sobre la chimenea de gas, una mesa de centro de roble macizo lo bastante pesada como para romper espinillas y un juego de comedor de IKEA con mesa redonda para cuatro personas que grita bajo presupuesto.

Básicamente, hemos estado viviendo como un par de universitarias que han encontrado un ático para ocupar.

Pero ahora está empezando a encajar. Y con estilo, porque el precioso y enorme sofá de Ashley y la alfombra geométrica en blanco y negro complementan a la perfección con mis sillones de cuero blanco.

Me hundo en el sofá para probarlo.

—«Oh»... Esta noche no me vuelvo a levantar.

—¿Ves? Te dije que era cómodo.

—«Tan» cómodo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Y dos personas pueden tumbarse a cada lado, fácilmente — continúa, como si siguiera vendiéndome la cosa—. Es perfecto.

—Oh, lo es —concuerdo, añadiendo también que es suave—, aunque puedo entender por qué Chad podría pensar que esto era demasiado grande para su casa. —El pequeño *bungalow* que alquilaban en el centro de la ciudad no debía tener más de 80 metros cuadrados.

—Estaba un poco apretado —admite avergonzada—. Pero podríamos haberlo hecho funcionar. No tenía que ser tan imbécil al respecto.

Le ofrezco una sonrisa comprensiva.

—¿Estaba allí hoy?

—Apareció cuando los de la mudanza se llevaban la última carga, para asegurarse de que no me llevara nada que no debiera. Como su televisor. —Pone los ojos en blanco—. Ni siquiera sé cómo encender esa estúpida cosa.

—Entonces, ¿las cosas no terminaron amistosamente?

—Lo siento, ¿qué? ¿Dijiste que querías una copa de *pinot noir* para celebrar mi mudanza? —Ashley se acerca a la isla de la cocina y sirve dos copas de vino tinto de una botella descorchada, eludiendo completamente mi pregunta. Me pasa la mía y se sienta a mi lado.

Chocamos las copas y me deleito con el primer sorbo, saboreando la mezcla de grosella negra y sauco.

—¿Cómo estás «realmente»?

Suspira.

—Creo que esta vez es la definitiva. —Su tono carece de su alegría típica.

—Eso ya lo has dicho antes. —En los cinco años que han pasado desde que empezaron a salir, Chad y Ashley han roto un puñado de veces, dos de ellas mientras vivían juntos. Invariablemente se desarrolla de la misma manera: Ashley está harta de que Chad se

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

burle de ella: su estilo ecléctico; su extraña relación con Zelda, su vidente; el hecho de que «tenga» una vidente; la cantidad «desperdiciada» de tiempo, esfuerzo y dinero que dedica a su incipiente negocio de organización de eventos, una pasión que, según él, nunca despegará. Se pone a la defensiva cuando ella lo llama irrespetuoso y se queja de que está harto de mantenerla económicamente, entonces tienen una gran pelea y rompen. La separación suele durar dos o tres meses, hasta que Chad vuelve arrastrándose, pidiéndole que le dé otra oportunidad.

Y lo acepta. «Siempre» lo acepta porque le falta confianza en sí misma.

Su nariz de botón se arruga.

—Sí, pero esta vez se siente diferente. Más final, ¿sabes?

«Si tan solo»... Me acerco para darle un apretón en el hombro.

—Llevan cinco «años» intentando que funcione. ¿Quizás haya alguien con quien encajarías mejor? —Chad y Ashley son lo más opuesto que puede haber y no en el buen sentido. A Ashley le encantan los alimentos orgánicos, el vegetarianismo y la protección de la naturaleza, mientras que Chad tiene una cabeza de ciervo, de un ciervo al que disparó, disecada y montada encima de su cama. Ashley utiliza cestos de la ropa sucia en lugar de cajones para guardar la ropa, mientras que Chad le pasa una pequeña aspiradora a la aspiradora. Ashley se pasa horas en Pinterest buscando formas de reciclar una tetera desconchada para evitar que vaya a parar a un vertedero; Chad es ingeniero de una empresa energética, contra la que Ashley ha protestado en la puerta. Ashley pasa unas horas todos los días de Acción de Gracias trabajando en un comedor social; Chad piensa que los sin techo son todos unos vagos que buscan limosna.

Básicamente, Chad es un idiota y Ashley es demasiado buena para él. No sé cómo terminaron juntos en primer lugar o cómo se han dado cinco años de sus vidas.

Me bebo un buen trago de vino antes de decir nada de esto en voz alta, porque solo hará que las cosas se pongan incómodas cuando decida darle otra oportunidad.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Ashley suspira con resignación.

—Bueno, supongo que el lado positivo es que las tres vamos a vivir juntas. Quién iba a decir que «finalmente» sucedería, ¿verdad?

—Quién lo iba a decir... —hago eco, golpeando mi copa de vino contra la suya de nuevo—. Y solo hicieron falta trece años y unos cuantos idiotas. —Más bien, quién iba a decir que la trífeca de chicas del Campamento Wawa, extrañamente compatibles, duraría más allá de aquel verano. Pero así ha sido, a través de universidades y novios fuera del estado, círculos sociales polarmente opuestos, prioridades contrapuestas y, a veces, un abrasivo roce de personalidades. Ashley y Christa se han convertido en mis dos amigas más fieles y de confianza. A veces me sorprendo por ello, pero luego pienso en aquel verano, en las secuelas, y no me parece tan descabellado.

Con un suspiro resignado, Ashley extiende la mano y hace un suave chasquido con la lengua.

—Aquí... gatito, gatito, gatito.

Elton hace una pausa en su obsesivo ritual de baño para fulminarla con la mirada.

—¿Por qué no viene? —se queja Ashley—. ¡Los gatos me quieren!

—Él no. Odia a todo el mundo. —Saboreo otro trago de vino. Christa estaba tan desesperada por tener un gato que cuando una anciana amiga de su familia buscaba un nuevo hogar para Elton, su «cariñoso y afectuoso» gato siamés *blue point* de «impecable linaje y pura raza», Christa no se lo pensó dos veces antes de adoptarlo y llevárselo a casa, al piso que compartía con su hermana pequeña, Carrie.

Y Ginger, la Jack Russell de Carrie.

No tardó en darse cuenta que «cariñoso y afectuoso» no son las palabras más adecuadas para describir a este animal y, tras cuatro meses de facturas del veterinario para tratar la cara flagelada de Ginger y el descubrimiento de que los problemas crónicos de sinusitis de Carrie eran en realidad una alergia a los gatos, Christa tenía que renunciar a Elton o buscar otro lugar donde vivir.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Odia a «todo» el mundo? —pregunta Ashley con incredulidad.

—A todos. Personas, otros animales. Incluso plantas. Básicamente, cualquier cosa que consuma o produzca oxígeno.

—¿Plantas también?

—Carrie salió a pasear a Ginger y cuando volvió a casa, hasta la última planta de interior estaba arrancada y destrozada. —Afirma que fue una masacre premeditada.

Ashley dirige su mirada a las hojas verdes, el aloe vera y suculentas que hay en una caja en un rincón.

—Sí, será mejor que las guardes en tu habitación, con la puerta cerrada en todo momento.

—«Tan» raro. —Mira a Elton, que ha vuelto a lamerse la pata delantera—. ¿Sigue haciendo esa cosa rara con su...?

—Sí. —Resulta que Elton sufre de ansiedad severa, que solo afloró después de que Christa lo adoptara. Se pasa la mitad del día intentando escapar de su cola y la otra mitad atacándola.

—Demasiada endogamia, supongo.

—«Demasiado» de «algo» —murmuro, dejando que mi cabeza se hunda en los cojines de felpa mientras miro fijamente los techos blancos de cinco metros. Mis fosas nasales perciben un leve olor.

—¿Qué es eso? —Inhalo bruscamente—. ¿Huele a... tabaco?

—¿En serio? —Ashley presiona su nariz contra el cojín de nuevo, y luego gime—. He lavado esto con champú y vinagre como cinco veces. Pensé que lo había sacado todo.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué iba a oler a tabaco? —Ni Ashley ni Chad son fumadores, y Chad es demasiado maniático de la limpieza como para permitir que otros fumen en su casa.

—Zelda.

Frunzo el ceño.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Tu vidente hace visitas a domicilio? —¿Y «fuma» durante ellas?

—No. En su casa.

—Estoy tan confundida en este momento.

Ashley suspira exasperada y se nota que no quiere contarme lo que estoy a punto de oír.

—Le compré este sofá a Zelda y fuma en «su» casa.

—Espera un momento... —Levanto mi mano libre—. ¿Le compraste un sofá a tu vidente? Me dijiste que era nuevo.

—Pues sí, nuevo para «mí» —aclara.

—«Ashley...»

—¡Qué! Oye. De acuerdo. Entonces, Zelda intuyó que pronto necesitaría un nuevo sofá en mi vida y, como acababa de pedir uno nuevo para ella, se ofreció a venderme el suyo. ¡Y mira! —Señala nuestro amplio espacio—. ¡Tenía razón! Y me lo vendió por quinientos dólares, ¡aunque pagó casi tres mil por él el año pasado!

—¡Porque sabía que no conseguiría más por ello, apesta a humo! Dios mío, esto tiene mucho más sentido ahora —gimo, engullendo mi vino. Cuando Ashley dijo que había comprado un sofá nuevo y prometió que quedaría fantástico en mi casa y «por favor, por favor, por favor, ¿puedo llevármelo porque no puedo devolverlo?» Supuse que había comprado un modelo exhibido en liquidación.

Sacudo la cabeza hacia mi amiga.

—«Por esto» Chad y tú tuvieron una gran pelea y rompieron, ¿no?

—No, no «exactamente» —dice con una mezcla de irritación y desgano—. Chad estaba cabreado, pero le prometí que sacaría el humo y reorganizaría el salón para hacerlo acogedor. Así que se calmó y pensé que todo iría bien. No fue hasta que el olor a humo se desvaneció que empezamos a oler la orina...

—«¿Qué?» Me levanto como un rayo y casi derramo el vino sobre mi vestido.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡Se ha ido todo, lo juro! —Sus manos están en el aire en señal de rendición—. Era solo un cojín y le cambié todo el relleno. Pero fue «entonces» cuando Chad estalló. Dijo que era estúpida por confiar en Zelda y que me había estafado.

—¿Y tal vez... quizá... estarás de acuerdo en que se aprovechó de ti? —pregunto lo más tranquila que puedo.

—¿No lo sé? ¡No! Quiero decir, ¿por qué haría eso cuando me ve «todos» los meses? Honestamente, creo que simplemente lo olvidó. O pensó que no era gran cosa. Probablemente fue su nieto. Tiene dos años y recuerdo que dijo que les estaba costando mucho enseñarle a ir al baño.

—Sí. «Tal vez». —Lucho por ocultar mi escepticismo en mi voz. La naturaleza dulce, indulgente y «el vaso siempre medio lleno» de mi querida amiga es a la vez una bendición y una maldición.

Lentamente, vuelvo a acomodarme en mi asiento, aunque no tan relajada.

—¿Qué cojín era...?

—Nunca lo diré —dice con los ojos muy abiertos—. Pero, ¿no es perfecto para este lugar?

Por último, tengo que reírme para mis adentros, porque toda la debacle es Ashley en pocas palabras.

Se une pronto, sacudiendo la cabeza.

—Lo sé. Soy ridícula.

—Pero no se lo digas a Christa —le advierto. La última vez que Christa le dijo a Ashley lo que pensaba de la «consejera espiritual» que le factura a nuestra mejor amiga doscientos dólares al mes, estuvieron semanas sin hablarse—. Y más vale que no haya ningún mal *juju* espiritual con esta cosa. Si empiezan a pasar cosas raras por aquí, el sofá tiene que irse.

Pone los ojos en blanco.

—Ahora sueñas como Chad.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Tal vez no sea un completo idiota, después de todo.

El sonido de las llaves hace que Elton salte del sofá y trote hacia la puerta. Me estremezco al ver su cola, cuyo extremo es un palo blanco y huesudo donde se ha mordido el pelo. Maúlla, ese antinatural y lastimero aullido siamés, en señal de saludo mientras Christa se abre paso, con los brazos cargados de dos bolsas de plástico del restaurante. Tiene que ponerse de lado para pasar junto a las cajas de Ashley.

—Díganme que tienen más de ese vino.

Ashley y yo compartimos una mirada. Christa rara vez bebe y, cuando lo hace es *vodka* sin azúcar y bajo en calorías, porque está muy preocupada por mantener su figura. A mitad de la universidad, empezó a comer muy sano y a hacer ejercicio, lo que la ayudó a perder kilos. Desde entonces, parece una lucha constante contra la tendencia natural de su cuerpo a engordar. Nunca será lo que la sociedad considera «delgada» pero es capaz de llenar un vestido *vintage* de *swing* como nadie que yo conozca.

—¿Un día duro? —me arriesgo mientras Ashley se dirige al armario por una tercera copa de vino.

—¡Oh, no, fue genial! —dice Christa con voz sarcástica. Deja los envases de comida para llevar en la encimera y se agacha para coger a Elton y abrazarlo. Él le devuelve el afecto de inmediato, frotando su cara puntiaguda contra su mejilla, con su ronroneo ronco—. Pillé al encargado del bar robando botellas de Veuve.

—¡Oh! Lo siento —dice Ashley, con la cara llena de pecas y sinceridad mientras le tiende la copa.

Christa suspira pesadamente, deja al gato en el suelo, coge el vino y se recoge el pelo detrás de la oreja. Lo lleva en capas y hasta los hombros desde hace años, un estilo que le sienta bien a su cara redonda.

—Hay una pasta vegetariana para ti, Ash, y un sangriento trozo de vaca para ti. —Me hace un gesto con la cabeza mientras bebe un buen trago.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Caramba, suena delicioso —murmuro con una mirada de fingida ensoñación. Puede que Christa sea la única directora general de un restaurante de carnes a la que le da auténtico asco la carne.

—Entonces... ¿cómo fue el día de las demás? Tan divertido como el mío, supongo. —La mirada de Christa se fija en el desorden alrededor del apartamento.

—Bueno... Por mi parte estoy agotada, pero me alegro de estar aquí con ustedes. —Ashley recoge cubiertos y platos de los cajones y empieza a servir.

—Ese sofá es perfecto para este lugar, por cierto —dice Christa antes de otro trago, mirando la nueva distribución en la sala de estar—. ¿De dónde lo has sacado?

Los ojos de Ashley me miran.

—Oh... ¿justo de una tienda de muebles? —Suena como una pregunta, pero Christa está demasiado distraída por sus nervios como para darse cuenta.

—Genial. ¿Piper?

—Hice quedar a Tripp como un tonto. —Pero eso no es de lo que realmente «quiero» hablar, de lo que me muero por hablar con alguien—. Nunca adivinarán a quién vi hoy en el vestíbulo. Al menos, «creo» que lo vi.

Se detienen, expectantes.

—Kyle Miller.

Se quedan con la boca abierta durante un largo rato y luego...

—¿En serio?

—¿Por qué me lo dices ahora?

—¿Qué te dijo?

—¿Sigue siendo guapo?

Levanto la mano libre para detener la avalancha de preguntas.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Ni siquiera estoy segura de que fuera él. Iba delante de mí y luego salió por las puertas, y cuando intenté alcanzarlo, «ya no estaba». —No podía estar a más de diez pasos por detrás de él y, sin embargo, casi desapareció cuando llegué a la acera, con la adrenalina corriendo por mis venas.

No les digo a Christa ni a Ashley que me pasé la hora siguiente deambulando por el mercado del muelle, buscando no los tentadores menús ni las coloridas mercancías, sino esos familiares ojos dorados y oscuros.

—Vaya. «Kyle Miller» —empieza Christa, intercambiando una mirada con Ashley.

—Lo sé.

—¿Y «nunca» has hablado con él desde ese verano? ¿Ni siquiera una vez? —Christa ya sabe la respuesta, pero hace la pregunta de todos modos, como para confirmar la gravedad de la posible reaparición de Kyle en mi vida.

—¿Cómo podría? Literalmente desapareció de la faz de la tierra. — Su número de teléfono dejó de funcionar unos días después de dejar Wawa. Mis correos electrónicos enviados quedaron sin respuesta al principio, y luego fueron devueltos. No aparece en las redes sociales y he mirado más de una vez a lo largo de los años.

Incluso ahora, trece años después, puedo oír la punzada de frustración en mi voz por cómo acabaron las cosas entre nosotros.

Qué confuso.

Qué inconcluso.

—¿Qué crees que estaba haciendo allí? —pregunta Ashley.

—Ni idea. Llevaba corbata, así que quizá trabaja para alguna de las otras empresas. O tal vez solo era un visitante. —No sé qué hay detrás de la puerta por la que salió.

—¿Crees que sabe que es el edificio de tu familia? —pregunta Ashley.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Oh, vamos. —Christa, siempre cínica, se burla—. Dice «Calloway» en la parte delantera en letras gigantes y doradas.

—Eso no significa que haría la conexión —argumenta Ashley—. ¿Alguna vez le dijiste quién es tu padre?

Sacudo la cabeza.

—No lo creo.

—¿Ves? ¿Y cómo lo sabría? —Los grandes ojos verdes de Ashley tienen esa mirada soñadora—. ¿Y qué pasaría si «trabaja» allí?

Mi estómago da un vuelco nervioso. Han pasado trece años. ¿Se acuerda Kyle Miller de mí? ¿Sigue pensando en mí como yo pienso en él? Y si es así, ¿están esos pensamientos llenos de cariño?

¿Indiferencia?

¿O arrepentimiento?

—Qué tiempos aquellos, ¿eh? —Ashley finalmente deja escapar un suspiro anhelante—. ¿Recuerdas a Eric? Hombre, ese tipo solía volverme loca.

Christa resopla.

—Eso es porque estaba «muy» enamorado de ti.

—No pudo haber sido tanto. Tampoco me respondía los correos. —Ashley agita la mano quitándole importancia, pero su cara se aprieta—. Me pregunto cómo estará.

El silencio reina en la cocina mientras cada una se sumerge en sus propios pensamientos.

—¿Qué le dirás a Kyle si lo vuelves a ver? —pregunta Christa finalmente.

Me encojo de hombros.

—No lo sé. ¡Hola! —Trago saliva contra la repentina oleada de nervios.

Y «¿por qué me lastimaste así?»

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 4

Antes

2006, Campamento Wawa, primer día.

—... eran como «mejores» amigas, pero entonces Marie se lio con Carlos una noche, aunque «sabía» que Jenny estaba «enamorada» de él —murmura Ashley por un lado de la boca, inclinándose para que yo pueda captar sus palabras amortiguadas por encima del zumbido de las risas y la música suave—. Fue un desastre «total».

Observo disimuladamente a Carlos, un tipo fornido con una camiseta amarilla mostaza, de pie frente a nosotros, riendo con sus amigos mientras atiza la hoguera con un tronco recién cortado. Las dos rivales por su afecto se sientan equidistantes a él: Jenny, la rubia alta y ágil en la mesa de *picnic* de la derecha, y Marie, la chica menuda con una trenza francesa negra azabache acurrucada con un grupo a la izquierda. Es lo bastante guapo como para llamar la atención, «supongo». Aunque ahora parece más interesado en la morena que lo ayuda que en cualquiera de ellas dos.

—Entonces, ¿resolvieron las cosas?

—«No». —Los ojos esmeralda de Ashley se agrandan con énfasis—. Y luego Darian hizo que Marie y Jenny compartieran litera este verano. «Gracias a Dios» que Christa vio la lista y lo hizo arreglar las asignaciones. ¿Te imaginas lo tenso que habría sido?

Supongo que es una pregunta retórica, así que me limito a sacudir la cabeza mientras me aplasto el mosquito de la rodilla, debería haberme puesto pantalones, y hago una nota mental para no hacer algo desafortunado cerca de esas dos chicas.

Cuando Christa le pidió a Ashley que me enseñara el lugar, Ashley lo entendió no solo en el sentido físico de: el baño de las «chicas» está

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

a la izquierda, la cafetería cierra a las cinco, mantente alejada de la parte del lago donde hay maleza, sino también como un resumen de las conexiones sociales clave y los chismes más jugosos, y cualquier otra cosa que considere que pueda necesitar saber sobre la gente con la que voy a vivir y trabajar durante los próximos dos meses. Es asombrosa la cantidad de información que me ha ido soltando a cuentagotas entre la reunión de bienvenida, la cena y ahora. Hago todo lo que puedo para no confundirlo todo.

Hasta ahora, aparte del triángulo «Carlos, Marie, Jenny», también está la apuesta de Kate y Colin, una quiniela sobre cuánto tardarán los dos monitores en volver a enrollarse después de la aventura intermitente del verano pasado. A juzgar por los ojos saltones y las sonrisas disimuladas que se han estado lanzando durante toda la noche, estoy pensando en echar cinco dólares al sombrero para esta noche. Y luego está el interrogante de si Tom y Doyle saldrán por fin del armario, en relación con el larguirucho rubio y su amigo que están en la mesa de *picnic* a nuestra derecha, que fueron campistas aquí durante años y, según jura Ashley, han estado saliendo en secreto durante los dos últimos veranos.

También me he enterado de que Claire, la chica de la sudadera de lana extragrande con piernas musculosas, es la monitora residente de esquí acuático y esquí acuático sobre tabla durante el verano y es tan buena que se habla de su clasificación para los Juegos Panamericanos; y que el padre de Olivia es propietario de cuatro gasolineras, lo que la clasifica como «rica» especialmente con el Honda Civic nuevo con el que llegó al campamento; y que Justin entró en la Universidad de Columbia en otoño con una beca completa de ayuda financiera de la que ha estado presumiendo.

En mi círculo de amigos, nadie «presumiría» nunca de necesitar ayuda financiera para «nada».

También me han dado el resumen rápido de Christa. Al parecer, no es muy querida. En parte porque tiene tendencia a dar órdenes e insiste en «tener siempre la razón», pero también porque es conocida por delatar a los monitores. Ahora que ha sido nombrada monitora principal, un título glorificado para el topo personal de la directora

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

del campamento que anuncia a todo el que quiera escucharla, la gente la ha estado evitando a toda costa.

Y «yo» soy la afortunada que se va a alojar con ella los próximos dos meses.

Seguro que hay muchas preguntas flotando por ahí sobre la chica nueva. Todo el mundo ha sido amable hasta ahora, pero no me he perdido las frecuentes miradas curiosas, y hubo ese final abrupto de una conversación en voz baja entre Ashley y otras dos chicas cuando volví con mi hamburguesa, seguido de sonrisas adornadas.

No he ofrecido mucha información sobre mi vida, así que no puedo imaginar lo que Ashley diría de mí a modo de introducción. Es agradable ser un misterio. Es tan diferente de mi casa, donde parecía que la mitad de la escuela sabía mi nombre al final de mi primer día de primer año. O mejor dicho, conocían mi apellido.

Sin embargo, la «única» persona de la que me muero por obtener información, de la que he sido muy consciente desde que crucé el umbral para tomar asiento en el pabellón para la orientación, es aquella de la que Ashley aún no ha divulgado ni un solo detalle. El que está apoyado despreocupadamente contra el tronco de un cedro gigante, con las manos metidas en los bolsillos y los pies cruzados por los tobillos, hablando con Olivia mientras coquetea descaradamente con él. Con el que he intercambiado frecuentes miradas durante horas, permitiéndome admirar su hermoso rostro durante uno o dos segundos antes de apartarme para no ser «demasiado» obvia.

—Entonces, ¿cuál es la historia de ese tipo, de todos modos? —pregunto finalmente, fingiendo desinterés—. Ya sabes, el de antes. Kurt o algo así...

—Kyle —corrige, sus ojos se fijan inmediatamente en él, como si ella también hubiera estado al tanto de su ubicación todo el tiempo—. Él dirige este lugar. Al menos eso parece a veces. Es... diferente.

—¿Cómo así?

—Es que... —Sacude la cabeza—. No sé cómo explicarlo. Me gusta, no me malinterpretes. Pero nadie sabe mucho de él. —Mira a su

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

alrededor y baja aún más la voz—. Solía venir aquí con su hermano. Era un niño delgado y callado que no hablaba mucho. Luego dejaron de venir. Nadie lo vio ni supo nada de él en toda su vida, hasta que el año pasado apareció como monitor de tercer año, con «ese» aspecto, y te juro que «todas» las chicas se enamoraron de él al instante. Bueno, excepto Christa —resopla Ashley—. Una vez lo denunció por faltar a su actividad y lo metió en un buen lío —hace una pausa—, ¿Por qué? ¿Te interesa?

—Está bastante aceptable, supongo —miento con indiferencia. «Aceptable» no es ni por asomo lo que es Kyle. Y tan diferente de Trevor, el chico con el que salí durante casi cinco meses el año pasado. Trevor estaba en el último curso y medía 1,80 metros de musculatura, hombros anchos y ojos azules como los de un bebé. También resultó ser un cerdo que se hacía pasar por un buen chico, prometiendo que no me presionaría para tener relaciones sexuales, mientras me metía la mano en la camisa y me ponía alcohol en las bebidas en las fiestas. Cuando me di cuenta de esto último, lo dejé. A su ego no le hizo mucha gracia. Quiero decir, ¿una estudiante de segundo dejando a Trevor Reilly? Empezó a salir con otra estudiante de último año a los dos días, y le dijo a todo el que quisiera escuchar que no me molestaran a menos que quisieran bolas azules.

—Entonces, ¿con quién ha tenido una aventura Kyle por aquí? —Porque un tipo con ese aspecto no se pasa todo un verano rodeado de admiradoras hormonales y permanece célibe.

—Estuvo con Avery el verano pasado.

Mi mirada recorre la multitud.

—Déjame adivinar, ¿la de la camisa con rayas marineras?

—Sí. —Ashley frunce el ceño—. ¿Cómo lo sabes?

—Solo una corazonada —murmuro irónicamente, observando a la pelirroja de piernas largas con la bolsa de malvaviscos mientras ensarta cuidadosamente varios en el extremo de un largo palo de metal. Caderas estrechas, cintura delgada, pechos grandes, cabello largo y brillante del color de un cobre ardiente. Destaca entre todas las monitoras del círculo, y es sin duda la belleza más clásica.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Kyle no parece tan diferente como Ashley afirma, después de todo. Al menos no en cuanto a su elección de chicas.

— ¿Cuántos años tiene?

— ¿Veinte creo? «Por lo menos» veinte. Este es su segundo año como monitor superior. Kyle solo tiene diecisiete. — Ashley me mira con complicidad —. Le deben gustar mayores.

O con más experiencia. Si es así, ¿cuán rápido abandonará el interés que parece mostrar por mí? Quiero decir, no es que me esté reservando para el matrimonio, pero tampoco tengo prisa por deshacerme de mi virginidad como si fuera una papa caliente. Quiero que signifique algo cuando finalmente suceda y, hasta ahora, no he conocido a un chico que cumpla ese requisito. Trevor Reilly definitivamente no.

¿Y Kyle?

— Entonces, ¿qué pasó entre ellos?

Se encoge de hombros.

— El verano terminó, supongo. Además, si me preguntas, no es la persona más interesante, pero no estoy segura de que fuera su personalidad lo que buscaba. — Ashley acepta un palito de malvavisco asado de un chico cercano con una sonrisa de agradecimiento —. El año pasado fue compañera con Christa. No le fue muy bien.

Saco dos malvaviscos gigantes de la bolsa y se los doy mientras vuelvo a echarle un vistazo. Olivia, o «Miss Sunoco» se está acercando a Kyle, con sus contoneo de caderas al ritmo lánguido de la música alternativa que suena en una radio portátil y su larga melena castaña agitándose con cada risa exagerada. Me pregunto si la encontrará interesante.

— Nunca le gustará Olivia — dice Ashley como si me leyera el pensamiento, con los ojos puestos en ellos dos mientras da unos pasos para sostener su palito por encima de las llamas —. Ella siempre tiene que ser mejor que los demás. Pronto verás a qué me refiero. Y «siempre» está hablando de dinero. Sobre su gran casa, sus autos y

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

dónde van de vacaciones. Kyle no soporta a las chicas así. Eso es lo que Eric me dijo.

«Tomo nota». Así que no debería mencionar... básicamente nada de mi vida cerca de él.

—¿Quién es Eric?

—El compañero de crimen de Kyle. Ese de ahí.

Sigo la inclinación de su barbilla hasta un tipo que está frente a nosotros, ocupado en rociarse repelente de insectos. Me había fijado en él antes. Estuvo al lado de Kyle durante la orientación y la cena.

—Es guapo. —Como Ryan Phillippe, con rizos rubios oscuros que le abrazan el cuero cabelludo y una mirada traviesa.

—Es un parlanchín y un bobo. —Ashley se muerde el labio inferior como si estuviera considerando sus próximas palabras—. El año pasado, Kyle me dijo que Eric había dicho que yo era guapa. —Se ríe nerviosamente y sacude la cabeza, como quitándole importancia.

Frunzo el ceño.

—¿No le crees?

—Vamos... A los chicos no les gustan las chicas con «tantas» pecas.

—Un rubor sube por su cuello—. Especialmente a tipos como Eric.

—Eso no es verdad. —No puedo negar que me dieron pena esas pecas cuando la vi por primera vez. Pero solo unas horas más tarde, puedo ver que Ashley tiene una forma ágil y natural, y cuando sonrío, toda su cara se transforma. Es una de esas personas que, cuanto más las conoces, más atractivas se vuelven, con pelo alborotado, pecas y todo.

Vuelvo a mirar a Eric. Ha dejado el bote de repelente para zancudos y ahora mantiene una conversación susurrada con otro chico, cuya atención se desvía hacia Kyle y Olivia, que están enfrente, con sonrisas pícaras en los labios.

—¿Kyle te haría algo así? —Porque jugar así con las emociones de una chica insegura lo convertiría en un imbécil.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Ashley frunce el ceño, como si se lo estuviera pensando seriamente por primera vez.

—No. Supongo que no lo haría. Quiero decir, los dos bromean, pero no son mezquinos.

—Entonces... ¿Eric y tú?

—¿Qué? —Se ríe—. No. No somos compatibles. Eric es sagitario y yo piscis. «Nunca» funcionaría.

Espero a que esboce una sonrisa o una carcajada. Algo que me diga que no acaba de invocar signos del zodiaco inadecuados como razón válida para evitar una aventura.

Su rostro permanece serio.

—De todas formas, Eric estaba tonteando con otra, como una semana después de que Kyle me lo dijera, así que no podía estar «tan» interesado en mí...

—¡Pecas! —grita Eric, atrayendo la atención de todos mientras marcha hacia nosotras.

Incluyendo la de Kyle.

Siento que mi cuerpo se endereza de forma natural.

—¡Deja de llamarme así! —El ceño fruncido de Ashley se desvanece rápidamente en una sonrisa mientras Eric rodea la hoguera—. ¡Dios, eres tan alto ahora!

Con una amplia sonrisa, la rodea con sus brazos y la abraza amistosamente.

—Sí. Un estirón tardío, supongo.

Se separan y ella le golpea juguetonamente las costillas.

—Nunca me mandaste un email.

—Ya sabes cómo es cuando te vas de aquí. —Sus ojos azul tinta se vuelven hacia mí—. ¿Y? ¿Quién es tu nueva amiga?

Ashley saluda dramáticamente hacia mí.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Piper, este es Eric. Eric... Piper.

Me ofrece la mano y la cojo, pero el apretón se transforma rápidamente en un extraño movimiento de «palmada chasquido movimiento» que me deja la mano congelada en el aire, con las cejas levantadas por la sorpresa, sintiéndome tonta.

Eric frunce el ceño con asombro.

—«Vaya». De verdad que nunca has estado en Wawa.

—Eh... no.

—Porque ya sabes, hay un apretón de manos secreto.

—¿Hay un apretón de manos «secreto»? —Me hago eco, fingiendo conmoción.

Sonríe.

—Oh, sí, hay un apretón de manos secreto. Más vale que lo aprendas rápido porque lo harás mil veces este verano.

—Diez mil veces —dice una voz masculina gutural. Me doy la vuelta y veo a Kyle a mi lado, lo bastante cerca como para oler la mezcla de repelente para zancudos de Deep Woods y el producto capilar que usa para que no se le despeine el pelo.

Debe de haberse librado de las insinuaciones de Olivia y ha venido hacia aquí en cuanto ha visto acercarse a su mejor amigo. Trago saliva, forzando el vértigo que me produce ese pensamiento.

—«Diez mil». Eso es mucho.

—Lo es. —Asiente con fingida seriedad—. Pronto te despertarás con la mano haciendo los movimientos mientras duermes.

—Sí, «eso» no es lo que hace tu mano mientras «duermes» —replica Eric, ganándose un rápido puñetazo en el hombro.

Kyle vuelve su atención hacia mí, sus ojos dorados brillan con diversión.

—Hola.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Hola. —Un rubor recorre mis mejillas. Saber que me estoy sonrojando solo hace que mi cara se caliente más. Ojalá el cielo se oscureciera por completo ahora mismo.

—Soy Kyle. —Me tiende la mano y lo miro con recelo. Una bonita sonrisa curva la comisura de su boca con el aro labial—. Nada extraño. Te lo prometo.

Sus dedos largos y delgados se deslizan sobre los míos, su piel fría al tacto.

—Soy Piper.

—Piper —repite, y su mano se detiene uno o dos segundos más de lo normal antes de soltarme—. Eso me gusta. Es diferente.

—Es «definitivamente» diferente. —Y ha venido con un arsenal de apodos no deseados. Limpia Pipa, antes de que mi figura de palo empezara a rellenarse; Pipes, cortesía de mi hermano; Piper la Viper, de los jugadores contrarios en las pistas de tenis; ese me está gustando. Y, por supuesto, también están las bromas. El año pasado encontré más de un bote de pepinillos en mi taquilla, y los chicos del equipo de natación me seguían por los pasillos mientras susurraban alguna estúpida rima sobre cómo recoger sus pepinillos.

Kyle se mete los pulgares en los bolsillos y los deja colgar de manera tan informal.

—¿Cómo acabaste en Wawa por primera vez, Piper? —Me mira tan atentamente, sus ojos, con un verde vibrante abrazando las pupilas, ahora puedo verlo, buscan los míos.

Tengo que aclararme la garganta antes de poder articular palabra.

—Mi madre solía venir aquí, y cree firmemente que todo el mundo debería vivir la experiencia de ser monitor de campamento al menos una vez en la vida, así que... aquí estoy.

—Esos malditos padres, siempre obligándonos a experimentar la vida y esas mierdas —murmura, con el labio crispado por la diversión, mientras levanta la mano para rascarse despreocupadamente la nuca. Su manga se desliza, mostrando los

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

bordes de tinta negra. Diecisiete años y tatuado. ¿De verdad se lo permiten sus padres? Porque los míos se oponen con vehemencia. Mi padre básicamente me ha dicho que cada tatuaje es un dígito perdido de mi fondo fiduciario si se entera.

—Así que lo entiendes, entonces. —Sonrío suavemente.

Su mirada se dirige a mi boca.

—Así es.

—¡Todos! —Darian, nuestra menuda y enérgica directora de campamento, se ha subido a una de las mesas de *picnic*. Da varias palmadas, mostrando unos brazos tonificados—. Todos, ¡tomen asiento! Silla, mesa, hierba, donde sea. Pónganse cómodos.

Hay un revoltijo de cuerpos alrededor de la hoguera mientras la gente se va acomodando. Me encuentro sentada en un extremo del banco de una mesa de *picnic*, junto a Kyle. Su muslo con *jeans* roza suavemente el mío, distrayéndome momentáneamente de todo lo demás.

—Parece que se lo están pasando bien, poniéndose al día. Es «increíble». —Darian enfatiza la palabra «increíble» levantando los brazos. Supongo que en su vida anterior fue esa animadora enérgica del instituto. En algún momento de los últimos veinte años, cambió su larga coleta rubia, su falda corta y sus pompones por un corte varonil, botas de montaña y una visera de tenis en la que se lee «¡Campista para toda la vida!» en la parte delantera—. Escuchen, «sé» que no hace falta que les recuerde cómo es el primer día de campamento, ¿verdad? Toda la emoción y los nervios pueden hacer que la noche sea muy larga. Los niños estarán emocionados, nerviosos, añorarán su hogar... lo que significa que no duermen, lo que significa que «ustedes»... —Señala el aire con sus dedos índices—. Tampoco duermen.

Suena un coro de gemidos.

—Y luego se levantarán al amanecer para un día aún «más largo».

Más gemidos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Darian levanta las manos en señal de rendición.

—Lo sé, lo sé... Pero cuidar de estos niños y asegurarnos de que disfruten de su semana es más o menos por lo que están aquí, ¿me equivoco? —hace una pausa, esperando a escuchar algunos sonidos de aceptación—, y todos ustedes necesitan dormir bien esta noche para estar listos para lo que viene. ¿Me entienden? —Echa un vistazo alrededor del grupo.

—¿Sin travesuras? —grita Eric con una sonrisa pícaro, ganándose unas cuantas risas.

—¡Ya lo entendió, señor Vetter! ¡Nada de travesuras! Y no quiero tener que tratarlos como niños, vigilando cada uno de sus movimientos. Escuchen, sé que habrá momentos en los que necesiten relajarse un poco después de arbitrar y acorralar niños todo el día. Lo comprendo, también he pasado por eso, pero espero que todo el mundo esté en sus cabañas a las diez de la noche, roncando suavemente, para que estén despiertos, llenos de energía y entusiasmo cuando esos padres y niños lleguen mañana. ¿Están todos de acuerdo conmigo? —Una vez más, levanta los brazos por encima de la cabeza y su pregunta parece más bien un grito de ánimo.

Kyle se inclina hacia mí.

—Darian se esfuerza por estar a la «moda» —murmura, en voz baja, con la boca cerca de mi oreja mientras pronuncia la palabra «moda».

Respiro hondo para calmarme y equilibrar mi acelerado ritmo cardíaco.

—Claro, me doy cuenta.

—Suele errar el tiro y mucho. —Se echa hacia atrás, apoyando los codos en la mesa de *picnic*, con las largas piernas estiradas—. Pero es buena jefa. Nadie puede ser un idiota con ella.

Suena extrañamente como una advertencia. Algo así como, si eres una idiota con Darian, vas a tener problemas para llevarte bien con los otros monitores o tal vez solo con Kyle.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡Muy bien! Así que pasando a otro tema, tenemos algunas personas nuevas en nuestro grupo. Una que es «completamente nueva» en Wawa. —La mano de Darian vuela hacia mí e instintivamente me tenso al ser señalada—. Así que creo que es un buen momento para jugar a nuestro juego «favorito» para romper el hielo. —Otra ronda de gemidos—. Y ver qué cosas nuevas podemos aprender unos de otros. ¡Vamos! Ha pasado un año. Han pasado cosas. Además, estoy segura de que aún hay muchas cosas que no saben ni siquiera de sus amigos más íntimos. —Da una palmada—. ¡Bien! ¡Dos verdades y una mentira! ¿Quién va primero? No me hagan elegir.

Alguien grita:

—¡La chica nueva va primero! —Y comienza un cántico de: «¡Chica nueva, chica nueva!»

—¡Bien, entonces! Piper, levántate e intenta engañarnos —asiente alentadoramente Darian.

—¿Me toman el pelo? —murmuro en voz baja, retorciéndome en mi asiento mientras cuarenta y tantos pares de ojos se posan en mí. ¿Dos verdades y una mentira? ¿Qué demonios digo? ¿No podían haberme dado dos minutos para prepararme?

Mi mente se ha quedado completamente en blanco.

—Yo voy primero —anuncia Kyle, poniéndose de pie y dando un paso adelante, dirigiendo la atención de todos hacia él.

Darian no se opone.

Dejo escapar un tembloroso suspiro de alivio.

—A ver... dos verdades y una mentira... —Desliza los dedos por la barbilla en exagerado pensamiento—. Este es mi segundo año como monitor en Wawa, presencié un robo a mano armada, y acabo de hacerme mi quinto tatuaje el mes pasado. —Las enumera con tanta soltura que cualquiera diría que las tiene preparadas desde hace tiempo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Uno... dos... tres... —Eric, que está sentado al otro lado de Kyle, cuenta en voz alta, con el ceño fruncido, pensativo—. ¡Eh, Avery! ¿Kyle tiene tinta en el culo? O ya sabes... —Se lleva una mano a la ingle.

Estallan las risas.

—No finjas que no se pasean juntos y desnudos cada vez que pueden —replica Avery en tono insolente, con la cara enrojecida a juego con su pelo rojo.

—Sí, pero no nos acercamos. —Eric enarca las cejas—. Si sabes lo que quiero decir...

—¡Gracias, Eric! —Darian lo corta con un tono de advertencia—. ¿Alguien quiere adivinar? ¿Cuál es la mentira de Kyle Miller?

Hasta yo sé que este es su segundo año como monitor. Un consenso general de «¡número dos!» Y «¡robo a mano armada!» —resuena alrededor de la hoguera mientras Kyle espera pacientemente, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa cómplice en los labios.

—¿Y bien? —Darian lo observa expectante, aunque, noto, con un toque de aprensión en su mirada.

Kyle levanta la mano y tira del cuello de su camiseta, estirándola para revelar un hombro delgado pero musculoso y el contorno fresco de un tatuaje en proceso.

—Este será el número cuatro cuando esté terminado.

Las cejas se arquean y se intercambian miradas, y entonces estalla un aluvión de preguntas curiosas sobre el robo.

—Vamos en el sentido de las agujas del reloj —anuncia Kyle, ignorándolos a todos y acomodándose en su asiento a mi lado. Le da un codazo en la rodilla a Eric, que parece sorprendido.

—Hombre —murmura Eric, mirando a su mejor amigo—. ¿En serio? ¿Cuándo?

Kyle se encoge de hombros con indiferencia.

—No me acuerdo. Dos verdades y una mentira, Vetter. Vamos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Eric sacude la cabeza y entonces, como si Kyle fuera el director del campamento, se levanta y pronuncia sus tres líneas.

Pero las palabras de Eric no me llegan. Mi atención se centra en el chico que está a mi lado, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada fija en las llamas danzantes. Tengo muchas preguntas.

Unos ojos dorados se vuelven hacia mí de repente y desvío la mirada hacia la hierba rala que hay a mis pies, pero ya es demasiado tarde.

—¿Ya se te ha ocurrido algo? —pregunta despreocupado.

—Casi —miento—. Gracias, por cierto, por darme algo de tiempo. Se encoge de hombros.

—Ser el nuevo apesta.

Supongo que habría sido él el año pasado, después de tantos años fuera.

Eric ha terminado y todos gritan números, la mayoría ha elegido «uno».

Kyle me tiende discretamente tres dedos y me guiña un ojo.

—Es un nadador de mierda.

Supongo que, después de todo, estaba escuchando a su amigo. Mientras tanto, mi atención se centra ahora en su muñeca, en la tinta que asoma por debajo de la banda de cuero marrón. Inclino la barbilla hacia ella.

—¿Qué es eso?

Kyle pasa el pulgar de un lado a otro de la pulsera durante un momento, con la boca trabajando en unas palabras que no parecen querer salir. Y entonces desabrocha el broche y estira el brazo para posarlo sobre mi rodilla desnuda, con la palma hacia arriba. Espera a que lo vea por mí misma.

Lucho por ignorar la sensación de su piel caliente contra la mía mientras observo el tatuaje. Dos filas, dos números, con varios

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

decimales a continuación de cada uno. El segundo número es negativo.

—Son coordenadas. —Levanto la vista a tiempo para ver la pequeña sonrisa de satisfacción en su perfil mientras observa el fuego—. ¿Hacia dónde?

Pasan unos segundos hasta que aparta el brazo y vuelve a ajustarse la banda de cuero que cubre el tatuaje.

—A ningún sitio en especial —dice despreocupadamente, apoyándose de nuevo en los codos.

—¿Marcaste permanentemente tu cuerpo con coordenadas a un lugar que «no» es especial?

La sonrisa se ensancha.

—Tal vez lo hice.

Sacudo la cabeza, pero me rio. No sé qué pensar de este tipo, aparte de que miente y los dos lo sabemos.

El juego para romper el hielo se extiende rápidamente por el grupo y yo debería estar escuchando, pero no puedo prestar atención a nadie excepto a Kyle.

—Entonces, ¿cuál va a ser tu mentira?

—Si te la digo, se pierde el objetivo del juego, ¿no?

Su lengua se desliza para rozar distraídamente su aro labial, llamando mi atención sobre él. He besado a tres hombres en mi vida y ninguno tenía un aro en el labio. Me pregunto qué se sentiría al besar a Kyle.

Se me acelera la sangre al pensarlo.

—De todos modos, sabré cuál es.

—De verdad... ¿Y por qué estás tan seguro? —pregunto juguetonamente.

Otro movimiento del aro labial.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Soy telépata. —Se gira para mirarme, captando mi mirada en su boca—. Apostemos.

—¿Cuánto?

Kyle se mueve ligeramente, acercándose a mí.

—El perdedor tiene que comer cinco Fun Dip en menos de un minuto. El ganador los compra.

—¿Qué? —Me rio entrecortadamente—. ¿Es eso humanamente posible?

—Eric lo hizo cuando perdió una apuesta conmigo y siempre pierde cuando apuesta conmigo, por cierto. —La sonrisa de suficiencia que se dibuja en sus labios es totalmente diabólica.

Fijo mi mandíbula con determinación. Me encantan los Fun Dip y me gusta aún más ganar.

—¿Los dobles o los individuales?

—Te dejaré ir con los individuales.

—Trato hecho.

En sus ojos brilla un destello de excitación.

Ahora es el turno de Avery, que salta de la mesa de *picnic* para ponerse de pie, mostrando unas piernas largas y esbeltas pero bien torneadas. Todo el mundo se fija en ella cuando se echa hacia atrás con ambas manos su brillante melena pelirroja y se coloca unos mechones detrás de cada oreja.

Pero estoy robando frecuentes miradas hacia Kyle, tratando de captar cualquier destello de interés que pueda persistir por la aventura del verano pasado. ¿Se acostó con ella? La broma de Eric implica que han llegado bastante lejos.

Una sensación de opresión e incomodidad se agita en mi estómago al pensarlo.

Pero me recuerdo que está sentado a mi lado.

Vino a «verme».

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Bien. Entonces... veamos... —Avery balancea los brazos a los lados dos veces—. Voy a cambiar mi especialidad a herpetología...

—Mentira —murmura sin perder el ritmo.

—¿Cómo lo sabes? —«¿Y qué demonios es eso?»

—Porque odia a los reptiles.

«Ah»...

—Especialmente las tortugas.

Frunzo el ceño.

—¿Quién «odia» a las tortugas?

—Exacto. —Sus cejas se juntan—. Necesito estar con el tipo de chica a la que le gustan las tortugas —hace una pausa y me mira con intenso escrutinio—, ¿«Eres» el tipo de chica a la que le gustan las tortugas?

Lucho por reprimir lo que sin duda sería una sonrisa estúpida, mientras aleteos se agitan en mi estómago.

—Me «encantan» las tortugas. —Las de chocolate con nueces. En cuanto a las vivas, me son indiferentes. Es decir, me desviaría si viera una cruzando la carretera, pero no tengo planes de unirme a un programa de defensa de «salvar a las tortugas».

Pero esto no tiene nada que ver con las tortugas.

Me trago los nervios.

—En realidad, tengo un montón en casa.

—De verdad... —Sus ojos se entrecierran y no puedo evitar fijarme en la espesa franja de pestañas largas y oscuras—. ¿Cuántas?

—Ciento una. —Me esfuerzo por mantener la cara seria.

Kyle suelta un silbido bajo.

—Son muchas tortugas.

—Tenemos una granja de tortugas.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada que atrae la atención de todos, incluida la de Avery, cuyos ojos se entrecierran y se dirigen de él a mí.

—¿Algo que necesites compartir, Kyle? —pregunta Darian con una sonrisa tensa, su fastidio apenas velado. Me pregunto si siente lo mismo que Christa por Kyle.

Levanta una mano, con la palma hacia fuera.

—Perdona, pero ¿has oído alguna vez que alguien tenga una «granja de tortugas»?

—¿Para qué demonios sirve una granja de tortugas? —murmura Eric—. Todo lo que harían es sentarse en la arena todo el día.

—Y nadar —ofrece Kyle—. Pero necesitarías una piscina grande, sobre todo para ciento una.

—¿Ciento una? ¿Quieres decir, como los dálmatas?

—«Exactamente» como los dálmatas, Vetter. «Exactamente».

Eric frunce el ceño como si se lo estuviera pensando.

—¿Las manchas están en sus caparazones o en sus cuerpos?

—Bueno, chicos... —interrumpe Darian el partido de *ping pong* de ingenio entre los dos amigos. Señala a Avery—. ¿Podemos centrarnos, por favor?

—Sí, por supuesto. Me disculpo —dice Kyle sombríamente—. Por favor, Avery... sigue hablándonos de tus «gatos».

Con otra mirada cautelosa hacia Kyle, Avery continúa.

—Sus nombres son Nieve y Carbón.

—Porque uno es todo blanco y el otro todo negro. Dijo lo mismo el año pasado —murmura Kyle, y no se le escapa el aburrimiento en su voz. Sea lo que sea lo que Avery sienta por él, que ahora mismo parece ser bastante resentimiento, no hay amor perdido por su parte.

—Eso no impidió que tuvieras una aventura con ella todo el verano —replico antes de poder contenerme.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Kyle ahoga otra carcajada a través de un falso ataque de tos, ganándose una mirada sucia de Avery y un carraspeo de Darian.

—Veo que Ashley ha estado ocupada informándote de todo lo que querías saber.

Y ahora Kyle es plenamente consciente del hecho de que yo quería saber de él.

Mis mejillas se sonrojan. Pero no debería avergonzarme, ¿verdad? Porque, a menos que sea terriblemente imperceptible, todo indica que el interés es mutuo.

Avery ha terminado y la gente está gritando sus conjeturas.

—Me perdí su tercera cosa. ¿Qué era? —le pregunto.

—Probablemente que tiene una hermana que es igual a ella o algo igual de patético. —Kyle agita una mano desdeñosa en su dirección—. ¿Tienes una hermana que se parece a ti?

—No. Un hermano, que no se parece en nada a mí. —Él es hijo de mi madre, mientras que soy una versión mucho más femenina de mi padre.

Kyle sonríe con suficiencia.

—Ahora sé una verdad sobre ti.

«Mierda».

—Vamos, Piper. Cuento contigo para que se te ocurra algo más interesante que hermanos y gatos.

—Bueno, lo siento si no he estado involucrada en ningún robo últimamente.

Una mirada extraña e ilegible parpadea en su rostro, pero desaparece en un instante.

—Entonces, sorpréndeme. —Sus ojos recorren mi cara—. Di algo que no te gustaría admitir delante de un grupo de desconocidos.

—Bien. —Se me revuelve el estómago.

—Y subamos la apuesta. Diez Fun Dip, dos minutos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Bien.

—Bien. —Sonríe. Vuelve a centrar su atención en el círculo.

Me siento obligada a preguntarle algo, «lo que sea», para mantener la conversación.

—Así que... ¿tienes un hermano?

Sus dedos se mueven hacia la banda de cuero de nuevo, jugueteando distraídamente con ella.

—Sí. Un hermano. Jeremy.

—¿Va a venir este año?

—No. —Los ojos de Kyle recorren las copas de los árboles que caen en la oscuridad, ahora que el sol ha pasado de largo—. Entonces, ¿a qué actividades te has apuntado?

—Eh... —Me cuesta pensar, su distracción de su hermano es rápida—. Tejer y bádminton.

Se encoge de hombros.

—«¿Tejer?» Eso es lo peor.

—Las opciones eran escasas. ¿Y tú?

—*Kayak* y senderismo.

Frunzo el ceño.

—Pero esas plazas estaban llenas cuando me apunté y tú viniste detrás de mí.

—Bien vale la pena conocer a la gente.

—Aparentemente —refunfuño—. Ni siquiera he sujetado nunca una aguja de tejer.

Kyle asiente hacia los monitores. Están a la mitad del círculo.

—Mejor empieza a pensar una buena mentira, a menos que quieras perder nuestra apuesta.

Nos sentamos en silencio uno al lado del otro, yo, hiperconsciente de cada giro, movimiento y mirada de Kyle, y escuchamos cómo, uno

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

a uno, cada uno se pone de pie ante la multitud, intentando engañar al grupo. La mayoría de los intentos son poco imaginativos, es decir, respuestas que la gente lanza solo para que termine su turno y no les presten atención. Luego hay gente como Christa, cuyas verdades son tan obvias. «Tengo una personalidad de tipo A, me gusta tener el control». Que es imposible confundir la mentira. «Conduzco autos de Fórmula Uno en mi tiempo libre».

Algunos son buenos. Un tipo llamado Vince tenía a todo el mundo dividido sobre si hizo paracaidismo la semana pasada o si, de hecho, un tiburón pasó rozando su pantorrilla en Cocoa Beach durante las vacaciones de primavera. Resulta que Vince tiene un miedo atroz a las alturas y tendría que estar ya muerto y tirado de un avión para aceptar hacer paracaidismo.

Tom se levantó y se declaró gay, lo que provocó una salva de aplausos y demostró que muchos ya sospechaban esa verdad.

Y luego estaba Olivia... Tuve mi primer contacto real con ella y sus verdades de «pasé año nuevo en París», «mi padre dice que si mantengo mis cuatro estrellas, me comprará un Range Rover cuando me gradúe» junto con su mentira de «conocí a Harry Styles el año pasado». Aparentemente lo conoció hace «dos» años.

Mientras cada persona hace una pausa para esperar el consenso, Kyle me levanta uno, dos o tres dedos. Y «siempre» acierta. Empiezo a pensar que existen los telépatas. Al menos, tiene una habilidad natural para leer a la gente.

Cuando llega mi turno, me sudan las palmas de las manos.

—¡Muy bien! Y por último, pero no menos importante... —Darian hace un redoble de tambor con las palmas de las manos en la parte posterior de la caja de cartón utilizada para transportar los restos de madera para el fuego.

Me pongo en pie, sintiendo de nuevo la mirada de todos sobre mí.

—Espero que te guste la manzana ácida —murmura Kyle, y puedo oír la sonrisa de suficiencia en su voz.

«Y espero que no me salga el tiro por la culata».

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Tenemos tortugas en casa, tengo un gran flechazo por Kyle y terminé mi relación con el capitán del equipo de fútbol del instituto por intentar presionarme para tener sexo.

Probablemente no era lo que Darian tenía en mente para romper el hielo, pero ahí lo tienen.

Los ojos se abren de par en par, las bocas se cierran, suenan risitas nerviosas y sorprendidas, y entonces la gente empieza a gritar números. Permanezco de pie con la cabeza alta, como si no me inmutara, aunque el calor me sube por la nuca. Gracias a Dios, por fin es de noche.

—«Bien», eso ha sido... interesante. —Las propias cejas de Darian se arquean mientras me mira, le fallan las palabras—. ¿Y bien, Piper? ¿Cuál es la mentira?

Respirando hondo, por fin me atrevo a mirar por encima del hombro y hacia abajo.

Kyle me mira con una pequeña sonrisa en los labios e inclina la cabeza una vez, como en señal de aprobación. Supongo que no he fallado del todo. Levanta el dedo índice.

«Número uno».

Siento que la sonrisa triunfal se apodera de mí mientras me giro hacia el grupo.

—«Nunca» saldría con un futbolista. Son una panda de llorones.

Risas y abucheos estallan alrededor del círculo mientras vuelvo a acomodarme junto a Kyle, con la sangre aun corriendo por mis oídos y los ojos fijos en las llamas, incapaz de reunir el valor necesario para encontrarme con su mirada.

Darian empieza a dirigirse al grupo para recordarnos dónde y cuándo tenemos que estar mañana, pero yo la descarto al instante. Con Christa como compañera de litera, básicamente tengo una agenda andante y parlante.

—No tienes una granja de tortugas —murmura Kyle.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No he dicho que la tuviera.

—Sí, tú... —Sus palabras se desvían al darse cuenta de su propio error.

—Tenemos dos tortugas mordedoras viviendo en el estanque de casa. Llevan ahí desde abril. —Mi madre ha intentado reubicarlas, pero hasta ahora han eludido a los de control de animales—. Pero gracias por la idea. «Nunca» me habría acordado de ellas.

Mueve la cabeza con incredulidad y una suave maldición sale de sus labios.

—Entonces... —Me trago mi nerviosismo—. ¿Fue lo suficientemente impactante para ti?

Kyle se inclina hacia delante y vuelve a apoyar los codos en las rodillas, por lo que me resulta imposible no mirarlo.

—Bueno, veamos... —Utiliza los dedos para contar—. La verdad más jodidamente conveniente, si alguna vez he oído una...

Suelto una risita.

Vacila.

—... una confesión bastante atrevida... —Pero por la suave sonrisa que se dibuja en sus labios, yo diría que está satisfecho. ¿Hay un ligero rubor en sus mejillas?—. Y luego tu mentira. —Frunce el ceño—. Entonces, ¿quién era? —Ladea la cabeza para mirarme, y por primera vez veo una mirada realmente sombría.

Se me corta la respiración ante su belleza.

—Capitán del equipo de *rugby* —admito—. ¿Cómo sabías que esa parte era verdad?

Se encoge de hombros. Hay una larga pausa.

—Parece que era un auténtico idiota.

—Eres perspicaz. —«Por favor, no seas imbécil, como él».

Kyle esboza una amplia sonrisa.

—Eso me han dicho. —Me mira a los labios.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Siento el impulso irrefrenable de averiguar si Kyle es tan bueno besando como parece serlo adivinando mentiras, y el descaro de asegurarme de averiguarlo en mi primera noche en Wawa.

—Oye, ¿quieres...?

—¡Miller! Hora de la revancha —grita un tipo, desviando de mí la atención de Kyle. Un grupo de chicos corre hacia el campo cercano, donde se ha encendido una luz brillante para iluminar el césped. Un chico hace rebotar un balón de fútbol en su rodilla.

—Oh, te refieres a Eric. ¡Yo no juego al fútbol! —grita Kyle.

—¿Qué? Marcaste cinco... ¡ay! —Las palabras de Eric se cortan cuando Kyle le da un codazo en las costillas.

—Estos chicos no saben de lo que hablan —dice Kyle, se levanta y se estira, con la camiseta levantada para dejarme ver su cintura estrecha pero cincelada y el vello oscuro que le cae al sur del ombligo, con los *jeans* por debajo de la cintura elástica de sus Calvin Klein azul marino—. Pero ya sabes, debería ir allí para, ya sabes, consolar a todos esos llorones.

Me rio.

—Claro.

—Quiero decir, «yo» no juego.

—No, claro que no. —Frunzo el ceño.

Empieza a caminar hacia atrás, alejándose de mí, sonriendo.

—Porque «no» soy un llorón.

—Tú no. Y por cierto, ¿quieres esos «diez» Fun Dip de manzana ácida con el desayuno o con el almuerzo de mañana?

Me sonrío con los dientes apretados.

—La cafetería abre a las diez y media.

—El subidón de azúcar de media mañana será.

—No puedo esperar. —Se aleja, Eric lo empuja juguetonamente.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡Oh, Dios mío! —chilla Ashley, deslizándose hacia mí—. ¡No puedo creer que hayas dicho eso delante de todo el mundo!

—Lo sé. Yo tampoco. —Y un rápido vistazo alrededor del grupo, concretamente a las expresiones tensas de Avery y Olivia, me dice que no están precisamente encantadas con ello. Supongo que cuando la chica nueva entra y básicamente reclama al chico que todas las demás quieren en la primera noche, eso tiene que pasar.

Mierda, ¿acabo de garantizarme enemigas para todo un verano?

—Sabía que te gustaba, por cierto. —Ashley me pincha juguetonamente las costillas con el dedo—. Me di cuenta.

Se dio cuenta, pero no parece molesta o disgustada por el hecho de que mentí. Parece realmente... emocionada por mí. Es en ese momento cuando decido que Ashley es una amiga que necesito este verano.

Christa se sienta junto a Ashley.

—¿En serio? «¿Kyle Miller?» —Su voz destila desaprobación. Su expresión no es mucho mejor.

Me pongo inmediatamente a la defensiva.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Es un imbécil.

—Para mí, no lo es. —La miro con complicidad. «Judas».

—Es irresponsable, miente, cree que todo es una broma —dice, enumerando con sus dedos rechonchos los supuestos defectos de Kyle—. No deberían haberle permitido volver aquí.

—Pero lo hicieron. —Le lanzo a Ashley una mirada de «¿Qué demonios?»

—Algo malo va a pasar algún día y será por su culpa. Recuerda mis palabras.

No puedo evitarlo. Me rio.

—¿Recordar tus palabras? ¿Qué edad tienes, noventa años?

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

—Entonces... —Ashley se inclina hacia adelante para bloquear eficazmente la cara de Christa de la mía y poner fin a una confrontación en ciernes—. ¿De qué han hablado?

Lucho por deshacerme de mi creciente irritación con mi nueva compañera de habitación.

—Solo... cosas. —Como si fuera a divulgar algo al alcance del oído de Christa—. Hicimos una apuesta, para ver si podía adivinar mi mentira.

Sus ojos brillan de emoción.

—¿Quién ganó?

Miro hacia el campo al mismo tiempo que Kyle está mirándome por encima del hombro, con una sonrisa socarrona en los labios tan exasperante como sexi. Ashley tenía razón, es simplemente... diferente, y no sé exactamente cómo.

Pero estoy bastante segura de que estoy acabada.

—Definitivamente yo.



Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 5

Ahora

—Cinco copias, a una cara, dos grapas en cada una, con media pulgada de separación. —La voz de Mark es débil cuando transmite las escrupulosas instrucciones que David le envió anoche.

—Ignóralo. Puede enviarles la presentación por correo electrónico. —David ha tenido semanas para contratar a un nuevo asistente y se está demorando. De ninguna manera voy a dejar que siga dominando al mío.

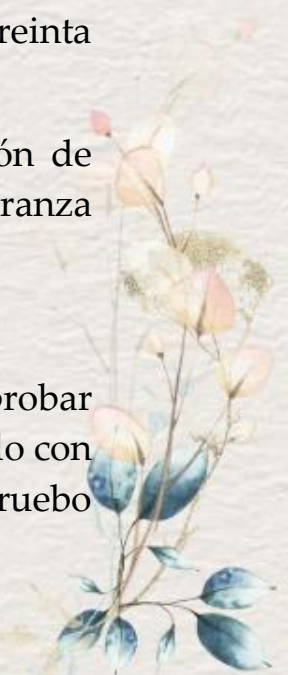
Hago una pausa a medio trazo con el bolígrafo cuando la luz roja del teléfono de mi oficina parpadea, indicando una llamada entrante. Hace tiempo que silencié el timbre, el sonido me crispa los nervios.

«A. Calloway» se lee en la pantalla. Es normal que mi madre siga marcando la línea de la oficina en lugar de mi móvil. Sin duda está dándole seguimiento a su correo electrónico de anoche para discutir los méritos de las cortinas de damasco frente a las de brocado. Se quedó con la casa de verano en el acuerdo de divorcio y ha empezado a redecorarla cada tres años. Aunque siempre me gusta hablar con ella, ahora no es el momento para esa conversación de treinta minutos. No cuando no tengo nada valioso que aportar.

No cuando estoy esperando ansiosamente una actualización de Tripp sobre la reunión de planificación en la ciudad, con la esperanza de que mi juego de poder haya dado sus frutos.

Dejé que su llamada fuera al buzón de voz.

—Sabes que Tripp siempre hace que Jill me llame para comprobar tu agenda, ¿verdad? —Mark se cierne sobre mi mesa, recogiendo con suavidad una solicitud de cheque tras otra mientras firmo y apruebo



Say you

K. A. Tucker

Still Love me

los pagos a los distintos proveedores y contratistas—. Así puede esperar a que estés ocupada en una reunión y dejar un mensaje.

No lo sabía, la verdad, aunque ahora que lo recuerdo, siempre me deja mensajes de voz. Así no tiene que sentir que me está respondiendo. No debería sorprenderme. «Cobarde».

—¿Así que sabe que voy a estar en el Port Room durante el almuerzo?

—Estoy seguro de que Jill se lo dirá.

El Port Room es un establecimiento privado solo para socios, con suelos de madera rústica y amplios asientos de cuero, donde a veces me gusta celebrar reuniones por su comodidad. El inconveniente es que las conversaciones telefónicas mientras se está dentro están prohibidas.

Y Tripp lo sabe.

—Supongo que tendré que asegurarme de contestar mi teléfono entonces, ¿no? —Porque quiero oír lo que la comadreja tiene que decir, en directo—. Y, déjame adivinar, ¿se va a tomar la tarde libre?

—Jill cambió su hora de jugar golf a la una.

En mi prisa por pasar las solicitudes, la esquina de la hoja me roza la piel, haciéndome un corte. Siseo, me meto el dedo índice en la boca para calmar el escozor y reprimir la maldición poco profesional que quiere salir a gritos.

—Debería pedirle que cancele —refunfuño con amargura. Aunque anuncian treinta y seis grados para esta tarde. Al menos el cabrón sudará con el calor del mediodía.

—Apuesto a que Jill lo haría por ti.

—¿Quieres apostar cinco Fun Dip de manzana ácida? —No es que ganara esa apuesta. No es ningún secreto que a la ayudante de Tripp, una mujer de unos cuarenta años con gafas violetas de ojo de gato y moño de bibliotecaria, no le gusta trabajar para él.

Frunce el ceño con curiosidad.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Fun Dip?

—No importa —suspiro, garabateo «Piper C. Calloway», la C de Constance, por la madre de mi padre, en la parte inferior de la última solicitud, echando un segundo vistazo fugaz a los números—. Por favor, dime que esto es lo último.

—Es lo último.

—Gracias a Dios.

—Excepto los otros que vienen esta tarde...

Con un gemido, tiro el bolígrafo al escritorio y me reclino en la silla, inspeccionándome la herida. Quién me iba a decir que este trabajo conllevaría tanto papeleo mundano?

Mark se detiene en la puerta de mi despacho y me mira con curiosidad.

—¿Noche salvaje?

—No, la verdad es que no. —Aunque las bolsas bajo mis ojos harían pensar lo contrario—. Tal vez demasiado vino tinto. Tengo la cabeza un poco aturdida. —Ashley, Christa y yo nos bebimos dos botellas mientras recordábamos el campamento Wawa. A medianoche ya estaba en la cama, aunque estuve dando vueltas en hasta las tres, con la mente y el corazón pensando en la posibilidad de que el chico de ojos dorados con el corte fauxhawk se hubiera cruzado ayer en mi camino.

Estoy casi segura de que «fue» Kyle a quien vi.

—¿Quieres que vaya a Joe's a traerte algo?

Miro la hora. Las diez y media. Tengo una hora y media hasta la comida, y la llamada de Tripp, si Mark tiene razón sobre sus tácticas de evasión, y una docena de informes que revisar, y de repente me vuelvo loca.

Además, tengo algo que hacer abajo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No, yo iré. Me vendría bien un paseo antes de quedarme dormida en mi silla mirando estos números. Negro, dos de azúcar, ¿verdad?

—Sí. Gracias. —Frunce el ceño, como si le sorprendiera que me acordara—. Sabes... es genial trabajar para ti. —La puerta de cristal de mi despacho se cierra antes de que pueda responder, pero sus palabras me dejan con una sonrisa. Creo que sé de dónde viene ese elogio. Es bien sabido en la empresa que el equipo ejecutivo, incluido mi padre, tiene una mentalidad de la vieja escuela en el trato hacia los asistentes. Una forma de operar del tipo «tú te ocupas de mí» de una época en la que la gente aún utilizaba con facilidad el término «secretarias» y las asistentes eran más bien las esposas de los trabajadores de la era de la depresión, que se aseguraban de que sus jefes tuvieran cafeína y estuvieran bien alimentados, y de que las verdaderas esposas recibieran regalos en aniversarios de boda y cumpleaños.

No es que aquí se trate mal a las asistentes ejecutivas: se les aplaude y se les compensa bien por sus habilidades maternas, pero es un entorno arcaico que deseo cambiar.

Puede que mi padre frunciera el ceño cuando le dije que había contratado a un asistente masculino, pero no intentó disuadirme. Y nunca he tratado a Mark como a alguien que está aquí simplemente para traer café y hacer funcionar la impresora. Claro que hace esas cosas, así como reservar salas de reuniones y concertar citas, pero también le he encomendado tareas que le enseñan cosas del sector y demuestran que creo que tiene una cabeza útil sobre los hombros. Cuando Mark se vaya, lo hará a cosas más grandes y mejores, y me alegraré por él.

Cojo el bolso justo cuando unas estridentes carcajadas masculinas llegan desde el pasillo. Un momento después aparece mi padre con David.

—Es una broma —murmuro, poniendo los ojos en blanco al verlos. Llevan su atuendo habitual de los viernes para jugar golf, pantalones

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

de lana a medida y camisas de cuello, pero esta semana visten idénticamente de gris marengo y palo rosa.

Mi padre golpea dos veces con los nudillos el escritorio de Mark al pasar, su saludo habitual, que siempre hace que Mark se ponga visiblemente rígido y luego entra en mi despacho.

—¡Bienvenido de vuelta! ¿Qué tal Tokio? —No lo he visto desde principios de la semana pasada.

—Agotador. Me alegro de estar en casa. Corrí ocho kilómetros cuando salía el sol y luego jugué dieciocho hoyos con mi chico favorito. —Papá tiene una voz ronca y acerada, de las que demandan que les prestes atención e intimidan a la gente. Tampoco puede mantener una sonrisa durante mucho tiempo, lo que aumenta el factor de intimidación—. ¿Y cómo está mi hija? ¿Manteniendo el fuerte Calloway?

—Alguien tiene que hacerlo. —Le sonrío irónicamente—. Tienes algo de color.

—¿Ah, sí? —Frunce el ceño mientras comprueba sus antebrazos nervudos, ya dorados, tonificados y cubiertos de un vello más oscuro que la espesa melena gris plateada de su cabeza. No siempre se ha preocupado tanto por su salud, ya que ha pasado años cargando con veinte kilos de más gracias a las frecuentes cenas a base de filetes y los cócteles diarios. Pero un infarto leve hace dos años cambió las cosas. Sigue tomando un *whisky* de vez en cuando, pero ahora su dieta consiste principalmente en pescado blanco y ensaladas, y prácticamente ha suprimido la cafeína.

Se acerca a las ventanas para contemplar la ciudad con los brazos cruzados sobre el pecho. Sin duda, admirando el trabajo de su vida hasta ahora y lo que está por venir. Cuando se jubile, Kieran Calloway habrá dejado su impronta en una ciudad a la que medio millón de personas llaman hogar, con todo tipo de edificios, desde lujosos rascacielos a viviendas asequibles, pasando por locales comerciales y de ocio e incluso una biblioteca de renombre arquitectónico mundial.

Es un gran legado.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Me enteré de tus problemas con Tripp por el proyecto Marquee.
«Directo al grano».

Lanzo una mirada a través de dos paredes de cristal, pero es un esfuerzo inútil, ya que David está de espaldas a mí, con el teléfono pegado a la oreja mientras rebota una pelota de tenis contra la ventana.

Espero que le dé en el ojo.

—Lo estoy manejando.

—¿Lo haces? —pregunta con ligereza, pero oigo el peligroso trasfondo que hay debajo—. Conozco a Tripp desde hace «mucho» tiempo. Hay un cierto matiz que lo motiva.

—¿Tiene que ver con una botella de Hendrick's? —murmuro en voz baja.

—Le he dejado un mensaje esta mañana, haciendo hincapié en lo importante que es su papel en...

—¡No lo hiciste! —estallo, lanzando el bolígrafo desde mi mano a través de mi escritorio con frustración—. ¿No ves lo mal que me sienta esto? —Parece como si hubiera acudido a mi padre con mis problemas porque no puedo manejarlos por mí misma. Es «exactamente» lo que Tripp espera.

A diferencia de mi chillido de niña, su voz permanece tranquila.

—No voy a arriesgarme a perderlo por el bien de tu ego, Piper. El Grupo Calloway no es cosa de uno solo. Necesitas a tipos como él y David a tu lado, te gusten o no.

Respiro hondo para calmarme e intento igualar su tono, aunque por dentro estoy gritando.

—Estoy esperando una llamada de Tripp para que me ponga al día de la reunión con los urbanistas, y espero que las cosas avancen sin problemas después de hoy...

—«Nada» se mueve con fluidez en esta industria.

—Si tengo que implicarme más, «lo haré».

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

El suspiro de respuesta genera tensión en mis hombros. Significa que estoy a punto de recibir un sermón. Vuelve a mi mesa y se sienta en el borde.

—Tú los «diriges». Los «guías». Los «motivas». Y «confías» en ellos. «No» haces su trabajo por ellos, Piper.

—No puedes motivar a alguien que no te respeta.

—Entonces «gánate» el respeto de Tripp.

—«¿Cómo?» ¡El tipo me llama fulana mimada a quien quiera escucharlo!

Se aprieta el puente de la nariz con el dedo índice, como si le doliera la cabeza.

—Hablaré con él.

—¡No, no lo harás, papá! —añado un suspiro y un—. Por favor, no.

—Más tranquilo, porque mi voz roza la histeria.

Hace una pausa, como si buscara otro ángulo en esta conversación.

—Bueno, ¿«eres» una fulana mimada?

—¿Qué? ¡No!

—Bien. Me alegro de que sepas lo que vales. Sé que eres una joven brillante con la pasión y el potencial para seguir liderando el legado Calloway como nadie. Por eso te he ascendido. —Me ofrece una rara sonrisa alentadora antes de que se le caiga—. Ahora demuéstreselo al resto. —Su voz brusca adquiere un tono tenso—. No tengo planes de irme a ninguna parte pronto, pero como aprendimos hace dos años, nada está garantizado. Te quiero a la cabeza de la mesa de los Calloway «ahora», con los pies en el fuego, para que todo el mundo pueda empezar a hacerse a la idea de que algún día dirijas al GC. Pero aún tienes «mucho» que aprender, de mí y de este equipo ejecutivo. Eso incluye a Tripp.

—Sí, «señor» —consigo decir apretando los dientes—. Simplemente no entiendo qué valor le ves.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Admitiré que Tripp ha dejado que sus falsas aspiraciones nublen su juicio últimamente, pero ha estado a mi lado durante casi treinta años. Ese tipo de lealtad cuenta mucho en este negocio. —La mirada de papá se desvía de nuevo hacia el horizonte—. ¿Cómo va todo con el proyecto Waterway?

Dejo a un lado mi malhumor y acaricio la pila de papeles que tengo a mi lado.

—Han llegado las aprobaciones finales del diseño. Seagrum y Whilcroft han firmado los papeles del préstamo.

—¿Cuánto nos falta de financiación?

—Necesitamos otros trescientos millones para cerrar el préstamo de construcción.

—¿Cómo van las conversaciones con el Deutsche Bank?

—Largas e insoportables, pero creo que estamos avanzando. Jim les está poniendo más números. —Jim, nuestro director de inversiones, es un hombre alto y delgado, con una perpetua barba incipiente y un agudo sentido financiero, sobre todo cuando se trata de negociaciones que implican esa cantidad de dinero.

—¿Y la ceremonia de inauguración?

—En la galería de arte de la Quinta. Todo está en marcha para eso.

—Mantenme informado —murmura papá, cogiendo el regalo que me llegó de mi hermano la semana pasada, hecho con cucharas de plata recicladas, lo que no creo que sea una coincidencia, dado que siempre bromea con que salimos del vientre de mi madre mamando de ellas, para estudiarlo con mirada incrédula—. ¿Para qué sirve esto? ¿Para sostener el «teléfono»?

Suelto un suave suspiro, aliviada por el repentino cambio de tema, aunque sea a uno más personal.

—Supongo que Rhett también te envió uno.

—Sí, y le dije a Greta que lo tirara, pero la maldita mujer nunca me escucha.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Sonrí. Greta ha sido la asistente ejecutiva de mi padre durante casi veinticinco años. Se jubilará el año que viene y él ya está hablando de doblarle el sueldo para que se quede. La verdad es que no estoy segura de que mi padre pueda sobrevivir sin «esa maldita mujer».

—No me sirven las chucherías —murmura mientras juguetea con mi iPhone en la base, moviéndolo de un lado a otro.

—Funciona bastante bien y es ingenioso. —En un sentido cursi.

Papá suelta un sonido que podría ser de aprobación, si es que pudiera aprobar algo de lo que hace mi hermano, antes de levantarse estirándose. Su dura mirada se desvía hacia el despacho de enfrente.

—Sabes... David realmente te ama.

Pongo los ojos en blanco.

—David realmente ama a «David». —Y nunca volveré a ser tan estúpida como para divulgarle algo.

—La confianza es importante en un hombre...

—«Papá».

Levanta las manos.

—Algún día dirigirás una empresa «multimillonaria». Necesitas estar con un hombre como David. No como ese último desperdicio de espacio.

—¿Quién? —Frunzo el ceño, confundida por un momento—. Espera, ¿estás hablando de «Ryan»? —¿Mi ex de hace cuatro años?

Papá gruñe al oír el nombre.

«Desperdicio de espacio...»

—¡Era un autor publicado!

—Que no podía pagar su propio alquiler, si no recuerdo mal. —Echa en cara.

—Podría haber sido mucho peor.

—Sí, tienes razón. Podría haber sido un criminal.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Suspiro pesadamente. Para mi padre, el valor de un hombre depende de su apellido, su cuenta bancaria y sus zapatos.

Y quiero terminar con esta conversación.

—Saluda a «Rita» de mi parte.

Hace una pausa, aparentemente sorprendido.

—En realidad, decidimos tomarnos un tiempo separados. Se mudó.

Siento que mis cejas se arquean de sorpresa.

—¿Desde cuándo?

—Hace por lo menos un mes —dice con desdén.

—¡Un mes! —¡Estuvieron juntos casi un año! Pensé que era con ella con quien se iba a casar—. Deberías habérmelo dicho.

Se encoge de hombros.

—No creí que te gustara especialmente.

«Gustarme» sería una palabra demasiado fuerte para describir mis sentimientos hacia Rita, pero al menos es una década mayor que yo, a diferencia de la diseñadora de interiores de treinta y dos años que la precedió. Por suerte, eso duró poco.

—No me gusta la idea de que estés solo por la noche —digo en su lugar. Estaba solo en casa cuando sufrió el infarto. Fue pura suerte que consiguiera llamar al 911.

—Y no me gusta que «tú» estés sola, y punto —responde suavemente.

—No lo estoy. Tengo a Christa y Ashley también se mudó.

—A tu edad, deberías estar...

—Disfrutando de mi vida. —Sonríó mientras lo corto con firmeza—. Casarme con David habría sido un «gran» error. ¿Y has olvidado que me sugirió que dejara GC para que él pudiera hacerse cargo?

Papá se lo quita de encima con:

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No hablaba en serio.

Ahogo mi gemido.

—Habría sido muy infeliz casada con él. ¿Es eso lo que quieres, papá? ¿Que sea infeliz?

Cualquier refutación que se formulara en sus labios muere con un suspiro resignado.

—Saluda a las chicas de mi parte. —Papá coge el pomo de la puerta.

—¿Sabes quién más está feliz? —Golpeo la escultura de las cucharas—. «Rhett» es feliz. —Mi hermano regresó de Tailandia hace un año con Lawan, su esposa tailandesa. Abrieron una tienda de reciclaje en un pueblo encantador a una hora de Lennox. Solo he ido a verla una vez, pero parece encajar con el gurú del compostaje, la conservación del agua de lluvia y el reciclaje en el que se ha convertido.

La expresión de papá se agria.

—Pues claro que es feliz. Su madre aún le paga las facturas y siempre está colocado.

Desgraciadamente, el estilo de vida altruista de Rhett también parece encajar con el estereotipo de fumador de marihuana y evasor de responsabilidades en el que mi padre aún lo tiene encasillado.

No puedo evitar reírme, aunque le sacudo la cabeza.

—Él no fuma marihuana y mamá no paga sus cuentas. —Ella solo se aseguraba de que tuviera su fondo fiduciario, algo que mi padre se empeñaba en revocar hasta que Rhett pasara esta «etapa» de su vida—. Vendrá a la ciudad en unas semanas. He quedado con él para cenar. Deberías venir.

Papá no pierde detalle.

—Estaré fuera.

—Tal vez en otro momento, entonces. —No tengo esperanzas.

—Ponme al día de las aprobaciones del Marquee al final del día. —Se dirige rápidamente a su despacho, una habitación tres veces más

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

grande que la mía y la de David, con paredes de madera maciza, su propio aseo y un bar de caoba.

Con un fuerte suspiro, genial, pronto tendré que informar a mi padre cada hora, cojo el bolso y el teléfono y salgo por la puerta, asomando la cabeza al despacho de David el tiempo suficiente para decirle que lo único que Mark va a graparle es su maldita lengua.



—Verás, tengo que pedirte un favor... —Pongo el café selecto en el escritorio de seguridad frente a Gus.

—Crema batida, chispas de chocolate... —Sus ojos marrones centellean—. Debe ser un «gran» favor.

De momento hay silencio en el vestíbulo, Ivan está en otra parte y nadie espera para acceder al edificio. Aun así, me inclino y bajo la voz.

—Vi a un hombre en el edificio ayer sobre la hora de comer y necesito su nombre.

—Un «hombre». —Sus cejas gruesas se arquean con curiosidad y casi puedo ver cómo se agitan los engranajes de su mente. A Gus no le impresionaba mi relación con David, una verdad que nunca ha compartido en voz alta, pero nunca ha tenido que hacerlo porque el disgusto se le dibujaba en la cara cada vez que David y yo entrábamos juntos.

—Un viejo «amigo» del campamento de verano. No sé si trabaja en el edificio o si estaba de visita. De todos modos, me preguntaba si podría escanear su registro de entrada. Estoy bastante segura de que era él. —Ni siquiera había pensado en preguntarle a Gus hasta que Christa, siempre tan rápida de mente, mencionó consultar con seguridad.

Los grandes ojos marrones de Gus me miran con curiosidad mientras se lleva el vaso de café a la boca. Cuando lo retira, le queda un bigote de crema batida que no se limpia inmediatamente.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Aprieto los labios para contener la risa.

—¿Cómo se llama este «amigo»?

—Kyle Miller. —Solo con decirlo me da un vuelco el corazón.

—Hum... Kyle Miller, del campamento de verano. —Gus finalmente se pasa una servilleta por el labio superior—. ¿Qué aspecto tiene?

—Eh... —Intento conciliar mis recuerdos del chico de diecisiete años con el hombre que vi ayer que, si «era» Kyle, ahora tiene treinta—. Mide 1,80, está en forma, tiene el pelo castaño oscuro... y unos bonitos ojos color avellana. Dorados, en realidad.

La boca de Gus se curva en un ceño pensativo.

—¿Y este Kyle Miller era un «buen» amigo tuyo?

—Sí. Por un tiempo, al menos.

—¿Un tipo decente?

—Lo era. —Siento que mis mejillas se ponen rosas y me mortifico. No recuerdo la última vez que hablar de un chico me hizo sonrojar y encima delante de nuestro guardia de seguridad. Tengo que volver arriba y ponerme a trabajar, como la ejecutiva que soy—. ¿Te suena de algo ese nombre? ¿Puedes comprobarlo en tu computadora?

La silla de Gus cruje al reclinar su cintura en ella.

—No creo que necesite comprobar la computadora.

—¿No... ? —Contengo la respiración mientras busco en la cara de Gus un atisbo de reconocimiento.

—No. Porque acabo de contratar a un tipo llamado Kyle con pelo oscuro y bonitos ojos dorados.

Se me desencaja la mandíbula y me invade una oleada de asombro.

—¿Tú «qué»? —«¿Kyle va a ser guardia de seguridad en mi edificio? ¿Voy a verlo todos los días?»

La profunda carcajada de Gus recorre el cavernoso vestíbulo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Ivan se va a Chicago, así que necesitaba un nuevo guardia. La oficina central me dio un par de tipos para elegir. El que más me gustó fue Kyle. Ahorita está en entrenamiento. Empieza el lunes. —Gus frunce el ceño—. Excepto que su apellido no es Miller. Es Stewart.

Espera.

—«¿Stewart?» —Mi ceño fruncido coincide con el suyo—. Tal vez no sea el mismo Kyle, entonces. —Tan rápido como el *shock* fluye a través de mí, una ola de decepción me invade.

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Gus levanta la barbilla apuntando en algún lugar detrás de mí.

Giro la cabeza tan rápido que siento un doloroso chasquido en el cuello, pero apenas noto la quemadura de calor que le sigue, concentrada en los dos hombres uniformados que caminan hacia nosotros. Ivan a la izquierda.

Y Kyle «Stewart».

Inhalo bruscamente.

Es «mi» Kyle.

Se me revuelve el estómago al verlo acercarse, igual que aquella primera vez hace tantos años. Ha cambiado mucho, pero no me equivoco. Sigue moviéndose con ese aire despreocupado e imperturbable. El corte fauxhawk de cinco centímetros ha sido sustituido por un corte más maduro y elegante, aunque su espesa melena castaña sigue teniendo volumen en la parte superior. Ha crecido y me supera en unos centímetros, incluso con tacones.

Lo que más ha cambiado es su cuerpo, que se ha llenado de peso y músculo de la mejor manera posible: sus hombros son anchos y fuertes, pero no voluminosos, sus brazos están llenos de músculos, pero no de forma exagerada. Su mandíbula es ahora dura y cincelada. Su aro labial ha desaparecido, pero el tatuaje de su brazo ha crecido y la tinta se extiende por todo el antebrazo.

Esos hermosos iris dorados con anillos verdes, no han cambiado nada. Y están fijos en mí.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡Dios mío! ¡Kyle! —estallo en un casi chillido, sorprendiéndome a mí misma y a Ivan, por la mirada de ojos abiertos que me dirige. Me aclaro la garganta y añado con un poco más de dignidad —: Cuánto tiempo sin vernos.

—Hola. —El pecho de Kyle se levanta con una respiración profunda mientras me observa uniformemente. No hace ningún movimiento hacia delante. ¿Es solo la sorpresa de verme aquí lo que lo detiene?

—Parece que ya tienes una amiga en el edificio —dice Gus.

—Eso parece... —Un leve fruncimiento del ceño junta sus cejas—. Sarah, ¿verdad?

—¿Qué? Ah, claro. Que gracioso. —Me rio, esperando a que su cara se resquebraje con una sonrisa.

El momento se alarga.

—Eh... Piper —balbuceo, mi excitación se desinfla al instante—. ¿Del Campamento Wawa? —«Tiene que ser una broma». No parezco «tan» diferente y es imposible que haya significado tan poco para él como para que se haya olvidado de mí.

¿O sí?

Hago una pausa, esperando un indicio de reconocimiento.

—¿Recuerdas... tortugas? —«¿De verdad, Piper? De todas las cosas que podrías usar para intentar refrescarle la memoria...» Vuelvo a mirarlo a los ojos, en busca de la chispa juvenil y curiosa que recuerdo. Y me doy cuenta de que no está.

Tampoco la amabilidad.

—Correcto. Así que... ¿trabajas aquí? —pregunta finalmente, tranquilo y sereno. A mí me parece un extraño.

—Sí. Esta es mi empresa. Es decir, la empresa de mi padre, pero algún día me haré cargo de ella. —Señalo con el pulgar el emblema de «Grupo Calloway» en la pared. ¿Ha sonado odioso?

La mirada de Kyle se desvía hacia el emblema.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

—Por eso me sonaba ese nombre —murmura más para sí mismo.

Dios mío. Kyle realmente me ha «olvidado».

La decepción que conlleva darse cuenta de ello es asombrosa. Que yo haya podido significar tan poco para él... Me duele el pecho.

El silencio persiste mientras Kyle y yo nos enfrentamos, con Gus e Ivan como espectadores siempre atentos a esta reunión dolorosamente incómoda.

Suena un ascensor y unas voces que me sacan de mi trance.

—Tengo que ir a una reunión —miento, sintiendo que me arde la cara. «Sí, una reunión conmigo misma, para lamerme las heridas del ego». Recojo la bandeja de cafés del mostrador y me aclaro la voz—. Buena suerte con el nuevo trabajo. Seguro que te gustará trabajar con Gus. —No espero respuesta y me dirijo a los ascensores, con el rápido chasquido de mis tacones como un eco hueco. Pulso el botón varias veces para que se abra rápidamente y poder desaparecer.

Aun así, no puedo evitar echar una mirada atrás.

Ivan y Gus están discutiendo algo en un portapapeles y Kyle parece estar escuchando, de espaldas a mí. Lo admito, hace que ese uniforme de guardia de seguridad tan de mala calidad le quede bien, como si estuviera hecho a medida específicamente para su cuerpo.

De repente se gira, lo justo para mostrarme su perfil mientras ojea el periódico abierto sobre el escritorio.

Contengo la respiración, deseando que se gire un poco más, que mire hacia mí, que me demuestre que no me ha descartado de sus pensamientos tan fácilmente.

Pero su atención nunca se desvía.

Cuando suena el tintineo y se abren las puertas del ascensor, me lanzo dentro, deseando de repente estar en cualquier sitio menos aquí.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 6

Antes

2006, Campamento Wawa, segundo día.

Las cejas perfectamente perfiladas de Avery se arquean cuando dejo la lata de Coca-Cola y los diez paquetes de Fun Dip sobre el mostrador improvisado: una barrera de contrachapado sobre cajas de madera apiladas.

—Son para una apuesta —digo, como si eso lo explicara todo. Bueno, la Coca-Cola no. Eso es para ayudarme a sobrevivir al hecho de que no sirven café a los monitores de campamento.

—Nunca hice esas apuestas con él —murmura despreocupada, con sus ojos azules como el cristal fijos en un portapapeles mientras marca unas cuantas tildes, con su larga melena pelirroja recogida a un lado en una trenza suelta. Anoche no me di cuenta de lo blanca que es su piel, ni de lo largos y delgados que son sus brazos.

—Sí, bueno... Me gustan los Fun Dip. —Me encojo de hombros, porque ¿de qué otra forma podría responder la potencial aventura de verano de Kyle de este año, a la aventura de verano de Kyle del año pasado de una forma que no garantice una enemiga?

—Espero que hayas ganado —dice finalmente Avery. No ha perdido tiempo modificando su camiseta de Camp Wawa. Ha cortado las mangas y el cuello y se ha hecho un nudo en la cintura, un estilo que hace que la abultada prenda roja de algodón no resulte tan poco favorecedora y que su cintura parezca mucho más pequeña que su pecho. Me di cuenta de que otras monitoras también lo habían hecho durante el desayuno. Supongo que no entendieron el discurso de Christa sobre «las reglas».

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

—He ganado. —Saco un billete de veinte del bolsillo de mi *jeans*, que debería cubrir los gastos, y lo pongo junto a los caramelos—. Y necesitarás pedir más de manzana ácida. —Solo había nueve, así que cogí también uno de cereza.

—El año pasado gastamos unas «cincuenta» cajas de Fun Dip por culpa de esos dos tontos. —Pulsa los botones de la arcaica caja registradora y la impresora empieza a contar.

¿Le sigue gustando? ¿Es este aire de indiferencia una armadura para sus sentimientos? ¿Por qué rompieron?

¿Durmieron juntos? ¿Cuántas veces?

Me doy cuenta de que la estoy mirando, así que desvío la mirada y la dejo vagar de nuevo por el interior de la cafetería. Es un remolque móvil modificado con las ruedas sustituidas por bloques de hormigón. Por fuera, parece pertenecer al pantano de Luisiana de un dibujo animado de Disney, con el típico vinilo blanco cubierto de tejas de cedro pintadas de verde bosque y revestido con al menos cincuenta carteles metálicos cursi. Una ristra de farolillos cuelga irregularmente del borde del tejado. El interior ha sido vaciado de todas las comodidades tradicionales de las casas móviles para dejar sitio a un perímetro de finas estanterías metálicas que albergan de todo: regaliz, chocolatinas y papas fritas, latas de Coca-Cola y Dr. Pepper, repelente para zancudos y crema solar, tampones y compresas higiénicas. En una esquina hay un arcón congelador con un cartel laminado que indica los sabores de helado disponibles. Frente a la caja registradora se alinean estanterías de caramelos de diez centavos, con pinzas y pequeñas bolsas de papel marrón listas para rellenar.

—¿Todo esto se vende de verdad?

Avery resopla.

—¿Bromeas? Estas estanterías de caramelos estarán «vacías» y los niños sin dinero para el miércoles.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

No puede ser tan difícil para un niño quedarse sin dinero, observo, escudriñando los precios. Definitivamente no hay descuentos en caramelos por aquí.

—Por supuesto, Christa no dejará que «sus» niñas hagan eso. Tendrá todo un discurso sobre ahorrar dinero preparado para el primer día. —Avery se ríe, un sonido musical—. ¿Quién intenta enseñar a administrar el dinero a un grupo de niños de ocho años en un campamento? Deja que se diviertan.

—Así es. Ustedes compartieron una cabaña el año pasado.

—Sí... —El cajón de la caja registradora se abre con un tintineo y desliza mi dinero en la ranura—. Ha sido «divertido». —Su voz destila sarcasmo.

Lo igualo.

—Bueno, soy la afortunada ganadora este año. ¿Algún consejo sobre cómo tratar con ella?

—Haz como si no estuviera. —Pone los ojos en blanco, repitiendo a Christa—: «Tienes que hacer esto, tienes que hacer lo otro».

Me río. Avery parece bastante amistosa conmigo, aunque sea a costa de Christa.

—«En serio». Es brutal. Espera a que intentes salir cuando las niñas estén dormidas. Me amenazó con ir a ver a Darian porque una noche no volví hasta las cuatro. —Avery sacude la cabeza—. Así que se me fue la olla. Después se apartó de mi camino.

Frunzo el ceño.

—Entonces, ¿se nos permite salir de nuestras cabañas por la noche? —Darian había aludido a que los monitores «desconectarían» después de un día de arbitraje, pero olvidé preguntarle a Ashley.

Las cejas de Avery se arquean sorprendidas.

—Vaya. De «verdad» que no has estado antes en un campamento.

—La verdad es que no. Yo... no. —No tiene sentido intentar describir White Pine.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Algunos de los monitores salen después de que los niños se hayan dormido, para pasar un rato. No es gran cosa. Siempre hay alguien cerca si un niño se despierta. Eso es lo bueno de dormir con Christa, siempre se queda cuidando. Lo cual es genial porque, de todos modos, no le cae bien a «nadie». —Avery mete mi compra en una bolsa de papel marrón justo cuando entra en funcionamiento el aire acondicionado instalado en la ventana del fondo. Una ola de aire fresco entra en la cafetería, agitando la polvorienta y raída cenefa floral del escaparate.

Se siente celestial.

—Entonces, ¿cómo se consigue un trabajo aquí, de todos modos?
—No recuerdo que la «cafetería» estuviera en la hoja de actividades.

—Antigüedad. Puede resultar aburrido, pero cuando hace treinta y cinco grados y no estás en el lago, quieres estar aquí. —Avery coge por detrás una lata de cerveza de raíz. Da un trago largo a la pajilla mientras me mira, como si me estuviera evaluando—. Habla con Darian. Aquí nos turnamos cuatro, pero tiene una lista de reserva. Puede que esté dispuesta a incluirte en ella. —Duda—. O podría mencionárselo la próxima vez que la vea.

—Eso sería... genial. Gracias. —Frunzo el ceño y me pregunto por qué está siendo tan amable conmigo, pero rápidamente decido que esta es la mejor alternativa, sean cuales sean sus motivos. Cojo mi bolsa de papel—. Disfruta del aire fresco. Estaré ahí fuera, «muriéndome» en mi propio sudor. —Me dirijo a la puerta, con el estómago revuelto por los nervios de pensar en encontrar a Kyle.

Solo lo he visto brevemente desde anoche. La reunión de los monitores terminó a las nueve y cuarenta y cinco y tuvimos el tiempo justo para volver a las cabañas e instalarnos, teniendo en cuenta la advertencia de Darian sobre el toque de queda. Me metí en mi litera de arriba y esperaba pasarme la noche memorizando los nudos de las tablas de pino sobre mi cabeza mientras me obsesionaba con cada pequeño gesto, mirada y palabra intercambiada entre Kyle y yo, pero de alguna manera me quedé dormida al ritmo de los suaves ronquidos de Christa.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Kyle no hizo su gran aparición hasta el final del desayuno, entrando el tiempo suficiente para dedicarme una sonrisa despreocupada. Luego cogió un bollo y un zumo de naranja y se marchó con Eric a su lado.

No lo he vuelto a ver desde entonces e, incluso con ese rápido pero evidente coqueteo, no puedo evitar preguntarme si ahora me está evitando, si tal vez ya ha perdido el interés.

La sola idea amenaza con hundir mi ánimo.

—¡Oye!

Miro hacia atrás por encima de mi hombro y veo a Avery sonriendo con picardía, mostrando sus dientes perfectamente rectos y blancos.

—¿Apuesto a que Christa te ha dicho que no puedes cortarte la camiseta?

—Hum... —Mis ojos recelosos revolotean entre su cara y las enormes hojas plateadas de las tijeras mientras rodea el mostrador.

Se ríe.

—Parece que te preocupa que vaya a apuñalarte.

—Bueno... ¿lo harás? —pregunto secamente.

—Relájate. Ya no me interesa Kyle.

Siento que se me hunden los hombros de alivio y se me forma una sonrisa tímida. Al menos no era la única que percibía esa incomodidad.

—No te muevas —murmura, deslizando sus fríos dedos bajo el cuello de mi camiseta para apartar el algodón. Empieza a cortar.

Dudo.

—Entonces, ¿qué pasó con Kyle y contigo de todos modos? —¿Qué puede decirme de él que no haya oído aún?

Sus ojos parpadean un momento hacia mí.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Nada realmente... Terminó el verano. Él volvió a casa y empecé la universidad. Es demasiado joven para mí. Fue divertido, pero eso es todo lo que obtendrás de Kyle. «Diversión».

—¿Así que es un jugador? —Se me revuelve el estómago.

—No. Eso no. Al menos, no cuando estaba conmigo. —Tira el cuello de algodón a la papelería y se pone a trabajar en mi manga izquierda—. Simplemente no deja que te acerques demasiado. —Sonríe disimuladamente y me corta la manga derecha—. Pero te divertirás «mucho». Ya está. —Da un paso atrás para admirar su trabajo—. Ata la cintura y puede que no mueras.

—Gracias —murmuro—. Hasta luego. —Atravieso la desvencijada puerta de la cafetería e inmediatamente me golpea una ráfaga de calor de media mañana.

Christa está merodeando cerca, estudiando atentamente su portapapeles.

Ahogo mi gemido.

—Hola. —«Estupendo. Allá vamos...»

Su pecho se hincha con una respiración profunda.

—Hola, Piper. —Levanta la barbilla y entra en la cafetería, ofreciéndome una sonrisa tensa al pasar, sin reparar en mi atuendo alterado.

Frunzo el ceño con curiosidad.

Hasta que la oigo decir:

—Vengo a recoger tus sábanas para enumerarlas. —El aire acondicionado se ha apagado por el momento, lo que permite que su voz se escuche con claridad a través de las finas paredes y la ventana mal sellada.

Una sensación de hundimiento me golpea al darme cuenta de que Christa debía de estar fuera cuando hablábamos de ella.

Debe haber oído las palabras poco amables dirigidas hacia ella.

Me alejo rápidamente, con la culpa inundando mi conciencia.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Puedo conducir cuando regresemos? —Agarro el manillar mientras avanzamos a toda velocidad por el estrecho camino de grava, el carrito de golf dando tumbos y sacudidas mientras Ashley se las arregla para golpear cada bache hasta el momento y no hay tantos que evitar.

—¿No acabas de sacarte el carnet?

—¡Yo tengo el mío desde hace más tiempo que tú! —No es de extrañar que suspendiera el examen de conducir tres veces antes de aprobarlo finalmente hace solo dos semanas, algo que admitió con una sonrisa tímida mientras saltaba al asiento del conductor.

—Bien. Cambiaremos cuando lleguemos a... ¡Ah! —Pisa el freno justo cuando Eric sale de detrás de un espeso matorral—. ¿Estás loco? Podría haberte atropellado —grita, con la cara enrojecida al instante.

—¡Ah, hermosas doncellas! —vocifera, avanzando con paso exageradamente rígido y agitando un palo en el aire—. Las busco por orden de —vacila—... Maximus Decimus Meridius para comandar este buen barco de ahora en adelante.

Ashley pone los ojos en blanco.

—No tenemos tiempo para esto. —Señala el pequeño remolque enganchado a nuestro carrito, repleto de recipientes de Tupperware llenos de bolsas de basura de plástico, papel higiénico, jabón de manos y linternas. Nos han encargado que llenemos las cabañas de las chicas y las duchas antes de que empiecen a llegar los campistas.

—¡Adelante! —Da un paso adelante—. ¡*Tout suite!*

Me muerdo la lengua contra el impulso de corregirlo, mientras la voz chirriante de Madame Monroe llena mi cabeza. Mi profesora de francés nos inculcaba la frase adecuada gritando «¡*Tout de suite!*» al principio de cada clase para que nos sentáramos a toda prisa.

Mientras tanto, la nariz de Ashley se arruga de confusión.

—¿Qué?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Eric tira el palo al suelo y levanta a Ashley de su asiento. A pesar de su altura, consigue echársela al hombro con sorprendente facilidad.

—¡Bájame, Eric! —chilla, pero se ríe mientras le golpea la espalda con los puños.

Kyle aparece de repente detrás de otro matorral.

—No te «atrevas...» —Empiezo, con las manos en alto para impedir que intente cargarme. Mientras tanto, el corazón me da un vuelco al pensar en sus manos sobre mí.

Pero en lugar de eso se desliza en el asiento del conductor, estirando la mano hacia atrás para soltar suavemente el enganche, liberando el carrito.

—¡Escuchen! ¡Tengo una cautiva! —grita, y pone el carrito en marcha. El motor eléctrico gira mientras nos alejamos a toda velocidad, dejando atrás a Eric y Ashley con el remolque de provisiones.

—¿Qué haces? —digo riendo—. ¡Tenemos que entregar eso!

Echa un vistazo a su reloj de pulsera y me doy cuenta de que es solo para aparentar.

—Tienes un montón de tiempo. Además, está justo ahí. —Señala con la cabeza las cabañas de las chicas cuando pasamos el desvío.

—¿Adónde me llevas?

—A una gira. ¿Por qué? ¿Te preocupa?

—¿Ser despedida en mi primer día? Algo así.

Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—No te van a despedir. Y, no te preocupes, Eric y Ashley acabarán enseguida.

—Pero si Christa ve que no estamos...

—Christa está ocupada volviendo loca a la gente en el centro recreativo. —De repente, giramos en una curva del camino y yo chillo

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

con una mezcla de alegría y miedo, mi cuerpo apretándose contra el de Kyle.

—¡Nos vas a hacer volcar! —adviento.

—Estas cosas no vuelcan. Confía en mí, soy un experto.

—Mi hermano se rompió el brazo volcando uno de estos. —Rhett y sus amigos, borrachos, decidieron tomar un atajo por una empinada cuesta en el hoyo trece y acabaron metiendo el carrito en el estanque de patos del club de campo. Tuvo suerte de que no fuera peor, aunque la reprimenda y las sanciones económicas que le impuso mi padre compensaron con creces la ausencia de lesiones graves.

—Bueno, yo conduzco mejor que tu hermano. —Tomamos otra curva y esta vez, en lugar de continuar por el camino, Kyle se desvía por un área boscosa.

—En serio. ¿Adónde vamos?

Vuelve a acomodarse en su asiento, agarra el volante despreocupadamente con una mano y curva los labios en una sonrisa reservada.

Intento igualar su calma; mientras tanto, por dentro, mis nervios están a flor de piel. Dondequiera que me lleve, está lejos del resto del campamento.

Dirijo mi mirada a los árboles a medida que el bosque se hace más denso y el sendero se estrecha. Se detiene por completo frente a una zarza de arbustos y una señal que marca el límite de la propiedad del Campamento Wawa. Más allá hay una señal de «Prohibido el paso» que indica que son tierras del gobierno. Kyle apaga el carrito, se baja y comienza a caminar. Se detiene el tiempo suficiente para mirarme y gritar:

—¿Qué haces?

—Eh... te sigo, supongo. —Me levanto del asiento. Por impulso, cojo la bolsa de caramelos marrones del contenedor y empiezo a seguirlo por un sendero empinado, con una mueca de dolor cuando las ramas perennes me arañan las piernas desnudas.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Por fin atravesamos la densa maleza y salimos a campo abierto.

—Guau —murmuro, protegiéndome los ojos del sol cegador mientras contemplo la vasta extensión de agua azul y árboles. Estamos al borde de un acantilado rocoso—. Este lago es más grande de lo que pensaba. Desde este punto de vista, parece no tener fin.

—Tiene muchas bahías pequeñas. —Kyle saca un paquete de Marlboro del bolsillo y lo tira al suelo cerca de él.

«¿Fuma?» No estoy segura de cómo me siento al respecto.

Su teléfono, su billetera y sus gafas de sol lo siguen de cerca.

—Si es posible que subas al barco el día de esquí acuático, deberías hacerlo. Verás más partes del lago. —Se quita las zapatillas y los calcetines.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con recelo.

Alarga la mano por encima de su cabeza, se quita la camiseta del Campamento Wawa y doy una buena y larga mirada de su torso delgado, cortado con músculo y decorado con remolinos de tinta sobre su hombro y a lo largo de un lado de su clavícula.

—Hace calor fuera.

Intento no fijarme en cómo le cuelgan de las caderas los pantalones cortos, pero fracaso estrepitosamente.

Y entonces Kyle corre dando un salto mortal por el acantilado.

Jadeo y me precipito hacia la orilla justo cuando él atraviesa la superficie del agua y su cuerpo desaparece en la turbia oscuridad con un pequeño chapoteo. Sale a la superficie un momento después, con un fuerte gemido de satisfacción.

—¡Oh, sí. Mierda, qué bien se siente!

—¡Estás loco! —grito, con la sangre martilleándome en los oídos.

Se ríe y sale nadando, poniéndose boca arriba para mostrar su pecho desnudo. Se siente cómodo en el agua, como si llevara años nadando.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡Vamos!

—¡Claro que no!

—¿Por qué no?

—¡Porque no! —Hago un gesto con la mano, como si eso fuera respuesta suficiente—. ¿Qué tan alto es esto, de todos modos?

—Son solo diez metros.

«Solo».

—¡Hay rocas por todas partes!

—Está despejado. He saltado cien veces. Quinientas veces. —Sus brazos cortan el agua mientras bracea, observándome fijamente—. Oh. Lo entiendo. Tienes «miedo». —La burla es inconfundible.

—No tengo miedo —me burlo, aunque la altura me intimida.

—Demuéstralo.

—Pero... No tengo bañador.

—Gallina —me devuelve, y puedo ver la sonrisa de suficiencia desde aquí arriba.

¿Es una prueba? ¿Avery saltó del acantilado con él?

Parecía divertido y no me dan miedo las alturas.

—No, lo que es de gallina es que intentes quitarme la ropa así —replico, igualando su arrogancia.

—Nunca haría eso. Lo juro —hace una pausa, braceando el agua para levantar una mano en el aire, haciéndome un saludo de Boy Scout.

Pongo los ojos en blanco, aunque dudo que pueda verlo.

—Solo salta con la ropa puesta. Puedes cambiarte a la vuelta. No es como si no tuvieras mil camisetas del campamento, de todos modos.

Más bien seis, pero su argumento es justo.

—Vamos. Sé que quieres. —Nada hacia atrás, para dejarme espacio.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

El agua parece tentadora y hace calor.

Y siento un subidón de adrenalina con la idea de hacerlo.

Y Kyle me espera abajo.

—Dios mío, no puedo creer que esté haciendo esto —murmuro, dejando mis cosas junto a las de Kyle y quitándome los zapatos—. ¿Estás «seguro» de que no hay rocas?

—Positivo. Solo hay que correr.

Respiro hondo y, antes de que pueda acobardarme, me lanzo hacia adelante y salto.

Oigo vagamente la ovación de Kyle por encima de mi grito mientras surco el aire, con el estómago en la garganta mientras caigo en picada, para zambullirme en las oscuras aguas con los pies por delante. Hace un frío espantoso en cuanto el agua envuelve mi cuerpo, pero cuando salgo, siento un frescor refrescante en la piel, un bálsamo para el calor y la humedad del verano.

Me rio, me enjugo las gotas de los ojos y la alegría se apodera de donde hace un momento vivía el miedo. Miro hacia atrás, a la pared de roca escarpada que se cierne sobre nosotros.

—¡No puedo creer lo que acabo de hacer. Dios mío. Ha sido «increíble»!

—Te lo dije. —Kyle sonríe ampliamente, sus deslumbrantes ojos brillan divertidos mientras se acerca a mí. Está tan cerca que nuestras rodillas chocan con cada patada de nuestras piernas, intentando mantenerse a flote.

Tan cerca que podría besarme fácilmente, si quisiera.

¿Quiere hacerlo?

Me trago la oleada de nervios en la garganta. De repente, la caída de diez metros palidece en comparación con la valentía que tendría que reunir para inclinarme y apretar mis labios contra los suyos.

—¿Te dolió? —pregunto, fingiendo que el aro de plata ha tenido mi atención todo este tiempo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No. —Su lengua sale para rozarlo y siento que mis labios se separan. Está tan cerca que siento su aliento acariciándome la piel.

—Entonces, ¿cómo volvemos allí?

Se mueve bruscamente y comienza a nadar.

—Por aquí.

Mi decepción aumenta mientras lo sigo, deseando no haber preguntado.

Con brazadas fáciles y fuertes, atraviesa el agua y toma un recodo a la izquierda, hasta una plataforma baja de roca. Sus músculos se tensan y brillan mientras se eleva, antes de ofrecerme su mano para ayudarme a subir. Mi ropa cuelga pesadamente de mi cuerpo mientras nos abrimos paso entre rocas y arbustos, por un sendero estrecho y lleno de maleza que sube la empinada colina. Kyle me coge de la mano a mitad de camino, en un punto especialmente traicionero y me rodea con sus dedos húmedos para ayudarme a subir.

Me arden los músculos de los muslos cuando llegamos arriba, pero apenas me doy cuenta, cautivada por su tacto, sin querer perderlo. Gimo cuando me suelta y me agacho para ocultar mi vergüenza por la reacción mientras escurro el algodón de la camiseta.

—Estoy empapada.

—El sol calienta. Te secarás rápido aquí fuera. —Acomodándose en la roca, Kyle coge su paquete de Marlboro y se mete un cigarrillo en la boca. Se da cuenta de que lo estoy mirando—. No te importa, ¿verdad? —pregunta, con los labios ya abrazando un cigarrillo, el mechero en pausa en el aire para encenderse.

Me encojo de hombros.

—No, está bien. —Me siento a su lado.

Me tiende el paquete, pero le hago un gesto con la mano.

Enciende el cigarrillo y, en un momento, el olor acre del humo me llena la nariz. Por extraño que parezca, no me molesta como de costumbre y me contento con sentarme junto a Kyle, que no lleva

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

camisa, mientras fuma tranquilamente, con la mirada perdida en el cielo azul y el majestuoso lago.

Hasta ahora estoy disfrutando del Campamento Wawa cien veces más de lo que imaginaba que lo haría ayer a esta hora. Puede que tenga algo que ver con quien me acompaña, pero no me ha dolido Europa ni una sola vez desde que salí del auto de mi madre.

—¿Dijiste que venías mucho por aquí?

Suelta una nube de humo en forma de anillo y observa cómo se eleva.

—Aún recuerdo la primera vez que salté. Tenía nueve años y vine con unos niños mayores. Estuve casi una hora al borde del acantilado, me temblaban las rodillas —hace una pausa, como si recordara ese mismo momento, y entonces se le escapa una suave risita—, pensé que me iba a mear encima al bajar. Cuando lo hice y miré hacia atrás a esa pared de roca, estaba tan seguro de que era lo más valiente que había hecho en toda mi vida. Después de eso, no pude parar. —Se pasa distraídamente un dedo por el tatuaje de la muñeca—. Es lo primero que hice cuando llegué aquí el año pasado y he estado esperando todo el año para volver a hacerlo.

Entonces caigo en la cuenta.

—Esas coordenadas son para este lugar, ¿no?

Hace un gesto de dolor contra el resplandor del sol mientras me mira.

—Mírate. Eres bastante lista, ¿verdad?

Me encojo de hombros, sintiendo que mis mejillas se ruborizan.

—A veces.

Sus músculos abdominales se tensan mientras se echa hacia atrás, con un brazo bajo la cabeza y el otro libre para llevarse el cigarrillo a los labios. Tiene los ojos cerrados para protegerse de la luz del sol, lo que me permite contemplar su cuerpo delgado, ya seco y cubierto de una fina capa de sudor. No tiene la musculatura de Trevor, pero corría el rumor de que Trevor se había dopado.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿En qué estás pensando? —pregunta de repente.

Desvió la mirada de su terso pecho a las escasas briznas de hierba entre la superficie rocosa y pienso rápido.

—Ese robo —suelto—. ¿Cómo fue?

Pasa un momento antes de que responda.

—Loco.

—Pero, como... —Tanteo las preguntas que ahora se agitan en mi cabeza—. ¿Dónde estabas? ¿En una tienda o en casa de alguien?

—Un banco.

Siento que se me levantan las cejas.

—¿En serio? ¿La gente sigue atracando bancos? —murmuro con incredulidad, más para mí misma.

—Los estúpidos lo hacen.

Estúpidos con un arma, aparentemente.

—Entonces, ¿los atrapó la policía?

—Oh, sí. Los atraparon. Se irán por un largo tiempo.

—¿Tenías miedo? ¿Pensaste que te iban a disparar? Quiero decir... Yo estaría aterrorizada.

Se pasa la lengua por el aro del labio.

—Más en *shock* que otra cosa.

—¿Qué dijeron tus padres al respecto?

—¿Mis padres? —Hace una pausa, como si necesitara pensar bien su respuesta—. Se alegraron de que estuviera bien.

—No me digas. Los míos se volverían locos. Nunca más me perderían de vista.

—Comprensible. —Le da una calada a su cigarrillo.

Y mis ojos dibujan sobre las diversas tintas de su cuerpo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Les parece bien que te hagas tatuajes? A tus padres, quiero decir.

—¿Por qué no les parecería bien?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. ¿Porque solo tienes diecisiete años?

—Ashley fue bastante minuciosa. —Sonríe—. ¿Qué más tiene sobre mí?

Me empieza a arder la cara.

—No mucho. Solo que venías aquí cuando eras más joven, pero de repente dejaste de hacerlo. Tú y Avery estuvieron juntos el verano pasado... y todas las chicas de aquí te desean.

—No todas las chicas —murmura después de un momento—. Christa no lo hace. A menos que tenga una forma rara de demostrarlo.

—Sí, no creo que le gustes.

—Entonces, todas las chicas excepto Christa.

Me rio.

—¡Vaya! Qué engreído eres.

Sonríe entre resoplidos.

—Eh, tú lo has dicho.

Dejo que mi mirada se pierda en el paisaje mientras absorbo el zumbido de las lanchas motoras y el pío de los pájaros cercanos.

—Ya veo por qué este es tu lugar favorito.

—¿Quieres saltar otra vez?

Un subidón de adrenalina recorre mi cuerpo con solo pensarlo. Con él, cien veces más, hasta que se me queda la garganta ronca de tanto gritar y me tiemblan las piernas de tanto subir, pero no me pagan por tirarme por un acantilado y mirar embobada a Kyle.

—¿Qué hora es?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Se encoge de hombros, sin hacer ningún movimiento para coger su reloj o su teléfono.

—¿No crees que deberíamos volver pronto? Quiero decir, ¿antes de que alguien se dé cuenta de que hemos desaparecido? —Me sorprendería que no oyeran mis gritos.

—¿Siempre te preocupas tanto?

—No estoy preocupada —miento, porque apuesto a que Kyle no es el tipo de chico que se sentiría atraído por una chica que se preocupa.

—¿Por qué estás aquí? —pregunta entre bocanadas de humo, desviando suavemente el tema.

Cogiéndome desprevenida.

—Eh... ¿Necesitaba un trabajo de verano?

—Tu madre te dejó en un flamante y equipado Porsche 911, Piper. Algo me dice que el dinero es el último problema de tu familia. —Y, por el tono de su voz, eso es de alguna manera un punto menos para mí.

No tiene sentido negarlo.

—Sí, mi familia tiene algo de dinero. —«Mucho dinero». Más de lo que Kyle pueda imaginar, supongo. Oigo la actitud defensiva arrastrándose en mi voz.

Kyle también, porque levanta una mano en señal de rendición y murmura:

—Relájate. Solo intento entenderte, eso es todo. Pareces fuera de tu elemento aquí.

—Como dije anoche, mi madre vino aquí cuando era pequeña y tenía muchas ganas de que viniera un verano. —Después de un momento, añadido—: Y cree que quedará bien en mis solicitudes para la universidad.

Los labios de Kyle se tuercen en pensamiento, aparentemente reflexionando sobre eso.

—Me parece bien.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Espero a que me pregunte quién es mi padre, qué hacen mis padres que nos ha hecho ricos, pero no lo hace. Me pregunto si es porque no quiere saberlo o porque no le importa.

—Entonces, ¿por qué has venido? —pregunto finalmente.

—Porque en realidad necesito un trabajo de verano y este sitio es mejor que hacer hamburguesas en Johnny B's cualquier día de la semana. Además, Eric es básicamente mi mejor amigo y todo el mundo es bastante genial, en su mayor parte de todos modos. Los chicos son divertidos. —Da otra calada larga, con la boca trabajando alrededor de las «O». Sonríe socarronamente—. El año pasado pasé el mejor verano de mi vida.

—¿Por Avery? —me atrevo a preguntar en tono indiferente, aunque me muero por conocer su opinión, ahora que ella me ha ofrecido la suya.

Resopla mientras estudia la colilla de su cigarrillo.

—Por todo. Pero Avery y yo nos divertimos, sí.

Ese revuelo de celos chisporrotea en mis entrañas. Lucho por apartarlo.

—Eso es lo que ella dijo.

—¿Estaban hablando de mí? —No hay duda de la sorpresa en su voz.

—Yo no saqué el tema. Lo juro.

—¿Qué ha dicho?

—Exactamente lo que acabas de decir: que ustedes dos se divirtieron mucho.

—¿Algo más?

Abro la boca, con la intención de decir «no» pero decido que prefiero decir la verdad.

—Que no dejas que la gente se acerque demasiado. —Lo observo atentamente para ver su reacción.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Parece considerarlo.

—Supongo que tiene razón, no dejo que se acerquen. Al menos no a ella. Supe de inmediato que no iba a durar más allá del verano, así que me aseguré de mantenerlo fácil. Ya sabes, para que nadie saliera herido —hace una pausa—, no me molesta en absoluto si ella termina con alguien más este año. No he pensado mucho en ella, para ser honesto.

¿Qué hay de esto? ¿Yo? ¿Ya me ha descartado como la aventura de verano de este año? ¿Y estaré de acuerdo con eso? Quiero preguntar, pero me muerdo la lengua.

Su sonrisa torcida me dice que, de algún modo, sabe lo que estoy pensando.

—Este verano será aún mejor —me atrevo a decir.

—¿Ah, sí? —Entrecierra los ojos contra el sol mientras estudia mi cara—. ¿Y eso por qué?

—Porque estoy aquí.

Se ríe entre dientes.

—¿Ahora quién es la engreída? —Le da una última calada al cigarrillo, lo apaga en la piedra y se sienta. Coge sus zapatos, unas Adidas de ante que se están cayendo a pedazos: la costura de un dedo rota, los extremos de los cordones deshilachados y el material gris oscuro muy manchado.

—No puedes soltarlos, ¿eh? —me burlo.

—Son cómodos —murmura, pero noto cómo se sonrojan sus mejillas.

¿Acabo de avergonzar al chico del que tengo un profundo enamoramiento? «Así se hace, Piper».

Retrocedo rápidamente.

—Tengo un par de tenis así. Son mis zapatillas de la suerte. No he perdido un partido de tenis con ellas, nunca.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Su mirada sigue clavada en sus cordones grises, pero veo que las comisuras de sus labios se mueven en una pequeña sonrisa. Una sonrisa que indica que sabe que estoy mintiendo, interrumpida por su rápida mirada a mis impolutas Nike verde azulado, compradas la semana pasada, junto con dos pares más para elegir durante el verano.

—Probablemente deberíamos volver. —Se pone la camiseta por encima de la cabeza.

Aunque me preocupa que me descubran eludiendo responsabilidades, no estoy lista para irme.

—No tan rápido. —Cojo la bolsa de papel marrón y se la tiro.

Se encoge de hombros.

—Sabía que tenías esto.

—No, no lo sabías.

—Sí, así es. Te vi salir de la cafetería con esto.

Frunzo el ceño.

—¿Dónde estabas?

—Por ahí... —Inclina la cabeza para mirarme, sus ojos centellean juguetonamente—. ¿De verdad vas a obligarme a hacer esto?

—Una apuesta es una apuesta.

Con un gruñido, vierte los paquetes sobre su regazo, sosteniendo el sabor a cereza con el ceño fruncido.

—Solo tenían nueve de manzana ácida.

La arroja sobre mi regazo.

—Soy alérgico a la cereza.

—¿En serio? —Frunzo el ceño—. Pero dudo que tenga cereza de verdad.

—¿Quieres averiguarlo aquí arriba? —Señala nuestro lugar aislado, en lo alto de la roca—. Porque puedo sufrir un ataque anafiláctico.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Oh. No. Definitivamente no. —Sacudo la cabeza para enfatizar—. Pero vamos a prorratearlo. Tienes que hacer nueve en... un minuto, cuarenta y ocho segundos.

—Estás llevando esto a un nivel completamente nuevo. —Entre risas, abre la parte superior de las bolsas y las coloca en línea entre sus muslos. Pone en marcha el cronómetro de su reloj y me lo entrega, mientras nuestros dedos se deslizan uno sobre el otro, haciendo que mi sangre corra a toda velocidad por mis venas.

Me aclaro la garganta para tranquilizarme.

—¿Listo?

—No.

—Y... ¡Vamos! —Pulso el pequeño botón rojo y los números empiezan a agitarse en la pantalla.

Con una maldición, coge el primer paquete abierto e, inclinando la cabeza hacia atrás, se echa el polvo en la boca. Su cara se tuerce horriblemente contra la acidez.

—Oh, Dios... olvidé... lo ácidos que son —dice entre tragos y retorciéndose.

Aúllo de risa.

—¡Uno menos, quedan ocho!

Me fulmina con la mirada, tira el paquete vacío a un lado y coge otro.

—Espera, te voy a hacer pagar por esto.

Se me saltan las lágrimas cuando termina el último paquete, justo cuando suena el pitido de su reloj.

—¡No puedo creer que lo hayas hecho!

Se frota el labio inferior con el pulgar, limpiando algunos restos de polvo.

—Por un momento pensé que iba a vomitar. Me duele la boca. —Estira la lengua y la mueve, mostrando sus papilas gustativas

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

recubiertas de caramelo verde, lo que me hace reír más—. Cállate y cómete el tuyo —murmura con una sonrisa, mientras empieza a recoger los paquetes tirados.

—Hace siglos que no pruebo uno de estos. —Me mojo el caramelo en la boca antes de mojarlo en el polvo y vuelvo a metérmelo en la boca. Mis mejillas se fruncen, el sabor agrio de la cereza en mi lengua.

Levanto la vista y encuentro la mirada de Kyle clavada en mi boca.

—Así que para eso son —murmura, con expresión contemplativa y los labios entreabiertos. Es la misma mirada que tenía antes, cuando estábamos en el agua.

Cuando estaba segura de que quería besarme.

Lo deseo desesperadamente.

Con una pequeña sonrisa juguetona, echo más polvos en mi bastoncillo y los chupo, esta vez más despacio, repitiendo los pasos varias veces.

Kyle agacha la cabeza. Intenta no reírse.

—¿Qué? —pregunto, y me asalta un poco de aprensión.

—Nada. Es solo que... tu boca está manchada de rojo.

—No, no lo está. —Aprieto los labios.

Se echa a reír.

—Sí. Como, «por todas partes».

El calor inunda mis mejillas mientras maldigo en silencio y tiro el bastoncillo a la bolsa. Aquí estoy, intentando seducirlo, y ahora parezco una niña de cuatro años que se ha manchado con el pintalabios de su madre.

—Sí, bueno, tienes la lengua verde. —Me froto furiosamente la palma de la mano contra los labios, intentando en vano borrar el color.

—¡Para! Para... —Sigue riéndose mientras me agarra la mano y me la aparta, entrelazando mis dedos con los suyos. Sus ojos brillan con

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

picardía cuando se posan en mi boca—. En realidad, me gusta cómo te queda el rojo. Me gusta mucho. —Se acerca un poco, pero luego duda.

No aguanto más.

Acorto la distancia y aprieto mi boca contra la suya. Solo un segundo, lo suficiente para sentir la suavidad de sus labios y el frío metal de su aro labial, y para saborear el polvo de caramelo de manzana ácida.

Y entonces me acuerdo.

Me libero con un grito ahogado, mi ritmo cardíaco se acelera.

—¡Dios mío! Se me ha olvidado. Lo siento mucho, ¡no estaba pensando! ¿Qué hacemos ahora?

Frunce el ceño con confusión.

—¿Sobre qué?

—¡Tu alergia! —¿Qué distancia hay hasta el carrito de golf? ¿Podremos llegar a tiempo?

—Oh. Eso. —Sonríe—. Sí. Mentí sobre eso.

—¿Qué?

Se encoge de hombros.

—Odio el sabor a cereza.

El alivio se apodera de mí, incluso cuando le golpeo el pecho.

—¡Kyle! No bromees con esas cosas.

—Definitivamente ahora me estoy arrepintiendo. —Me mira la boca y se detiene un momento antes de inclinarse hacia mí.

El último beso fue rápido y fugaz, conducido por mi impulsividad. Este, sin embargo, es todo Kyle. Es lento e intencionado, sus labios rozan los míos una vez, dos... antes de posarse sobre ellos en una juguetona danza de suaves presiones y el roce ocasional de su lengua. Pero solo la punta, y solo contra mis labios, moviéndose tan rápido

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

que apenas la atrapo con los míos. Cada vez que lo hago, noto que Kyle sonrío.

Trevor nunca me besaba así. Siempre se zambullía de lleno, con labios apasionados y manos ocupadas. Creía que besaba bien. Pensé que eso era lo que me gustaba.

Pero esto...

Esto es más como un juego. Kyle me está tomando el pelo.

Y estoy devorando cada segundo.

Mi respiración se vuelve superficial mientras sigo su ritmo, aprieto los puños en mi regazo y el calor empieza a recorrer mis extremidades hasta llegar a mi interior. Alargo los dedos hacia su regazo, pero los retengo, curiosa por ver qué hace a continuación.

Pero él sigue con este tortuoso y lento ritmo durante minutos que parecen horas, hasta que finalmente me libera.

—¿Tan mal está la cereza? —susurro, con la cabeza nadando en una niebla embriagadora.

Sus ojos dorados arden de calor mientras me sonrío.

—En realidad, creo que me has convertido en un gran fan de todo lo relacionado con las cerezas. —Con una profunda y temblorosa exhalación, se baja de la roca y me tiende la mano—. Vamos. No quiero meterte en problemas en tu primer día.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 7

Ahora

—¿Cómo ha estado? —Christa se acomoda en el taburete del bar a mi lado, con una pila de papeles a su alcance.

—Delicioso, como siempre. —Nunca he tenido una mala comida en el restaurante de Christa y he comido aquí suficientes veces que las probabilidades dicen que debería haber tenido al menos un filete demasiado cocido o pasta costrosa. Aparto los platos sucios, el pequeño charco de jugos de carne roja me resulta poco apetecible ahora que mi estómago está estirando las costuras de mi vestido—. ¿Has acabado por esta noche?

—Solo necesito finalizar esta orden de la cocina, si puedo traducir las notas de Ian. —Sacude la cabeza mientras su dedo se arrastra por el margen—. El hombre tiene cuarenta y ocho años. Es hora de que aprenda a deletrear. Quiero decir, en serio... ¿pimiento verde? ¿Tosino?

Me inclino para leer la lista de suministros que ha preparado el jefe de cocina.

—Hagas lo que hagas, no olvides pedir los «cevollinos» y la «crema adria». No puedo comer papas asadas sin cevollinos y crema adria.

Suspira y acepta el refresco por el que Sam, el cantinero, se atraviesa para ponérselo delante.

—Le di el fin de semana libre a dos de mis encargados y ahora no tengo encargado, así que estoy encadenada a este sitio. También podría dormir aquí. —Lo dice como si fuera un castigo, pero conozco a Christa: mandar a la gente es el combustible de su motor.



Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Supongo que tengo el apartamento para mí sola, entonces. — Ashley tomó el tren de las cinco a casa de sus padres, donde se quedará hasta el domingo.

—¿Puedes darle a Elton su cena mañana?

—Si es amable conmigo —resoplo.

—¿Puedes darle de comer de todos modos?

—Bien.

—No te molestará.

—No, tienes razón. Fingirá que no existo. — Ese gato ha dominado el arte del desaire de una manera que pocos humanos pueden igualar.

—¿Y? ¿Qué ha pasado hoy para que aparezcas aquí con cara de haber atropellado a tu perro?

Deslizo hacia delante mi copa de vino vacía y Sam la llena sin decir palabra, con su mano extra grande. Supongo que mi rostro adusto dice que lo necesito. Bebo un trago ávido, alimentando el cálido zumbido que por fin empieza a suavizar mi humor.

—¿Además de que mi padre me ha dicho que tengo que ganarme el respeto de Tripp el idiota?

Se le tuerce la cara de asco.

—El tipo es un misógino. Por definición, es incapaz de respetar a una mujer. ¿Cómo se supone que vas a hacerlo?

—Bueno, probablemente no diciéndole que se meta el palo de golf por el culo —murmuro. El idiota llamó a las doce y cuarto «como había previsto» y se quedó momentáneamente sin habla cuando interrumpí mi almuerzo de trabajo en el Port Room para responder a la llamada.

Empezó bastante bien. Declaró con confianza que todas las autorizaciones necesarias para el Marquee estarían en nuestras manos el lunes a más tardar. Me tragué mi orgullo y lo felicité por un trabajo bien hecho, y luego le pedí que me enviara los plazos y presupuestos revisados para el lunes a mediodía. Fue entonces

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

cuando tuvo el descaro de negarse en redondo a pedir esa cantidad de trabajo a su equipo un viernes por la tarde, sobre todo cuando el trabajo se prolongaría sin duda durante el fin de semana de verano. Curiosamente, para ser un hombre al que no le importa ganarse mi aprobación, sí que le importa la aprobación de ellos.

Así que estallé, de la manera menos profesional.

Francamente, no es nada que mi padre no hubiera exigido, y probablemente no en términos más agradables, pero por alguna razón siento que voy a oír hablar de ello.

—Se lo merecía. Tu padre debería despedirlo. —Christa choca su copa contra la mía—. ¿Y Kyle Miller? —Sus cejas se levantan en forma de pregunta—. ¿Tuviste la oportunidad de hablar con seguridad sobre él?

Tomo un gran bocado.

—«Kyle» es de seguridad y ahora es Kyle Stewart.

Christa tiene los ojos azules desorbitados cuando termino de explicarle el incidente de hoy.

—¿Kyle es de seguridad? —dice, su voz gotea incredulidad—. ¿Les dan armas a esos guardias?

—No.

—¿Tasers?

—No.

—Supongo que no puede causar demasiados problemas, entonces —murmura con sombría satisfacción.

—¿Podemos centrarnos en que ni siquiera recordaba mi nombre? —incluso admitirlo ante Christa es embarazoso—. Quiero decir, tal vez podría entender que dijera Penny o Pepper, pero ¿«Sarah»?

Se encoge de hombros dando un sorbo a su bebida.

—Tenía como dieciséis años.

—Diecisiete.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Bien. Diecisiete y es un chico. Fue un verano, hace trece años — dice analizando—. Son cosas que pasan.

Le dirijo una mirada inexpresiva.

—Bien. Tienes razón. Kyle debería al menos recordar tu nombre — admite de mala gana—. Solo intentaba hacerte sentir mejor.

—Exacto. Entonces es imposible, ¿no? Que me olvidara ¿por completo?

Porque, incluso después de todos estos años, con la universidad, los novios, mi carrera y mi compromiso con David, Kyle Miller siempre ha sido una astilla en mi corazón, una sombra en mis pensamientos. Un persistente «y si...» del que nunca he podido librarme.

—Yo diría que sí, dado que los despidieron juntos de Wawa — murmura Christa—. Además de todo ese asunto con Eric terminando en el hospital.

—¡Exactamente! Entonces... «¿Sarah?»

—No lo sé. Tal vez se metió en las drogas. Cosas pesadas. Tal vez es un adicto al *crack* —ofrece Christa a través de un trago de su refresco.

Suelto un bufido burlón.

—Sí, no lo creo. —No creo que Kyle, la versión que yo conocí, toque esas cosas.

—Bien, bien. ¿Lesión en la cabeza?

—¿Eso le hizo perder la memoria de todo ese verano? Tendría que ser una lesión grave en la cabeza. No lo creo. Parecía... perfecto.

Siento la mirada de halcón de Christa mientras sorbo mi vino y reflexiono sobre las posibilidades.

—¿Y qué si no te recuerda? —dice finalmente—. Siempre fuiste demasiado buena para él. Eres inteligente, guapa y ambiciosa. Tu familia es de la realeza empresarial. Estás aquí arriba. —Su brazo se extiende por encima de nosotros, tan alto como puede llegar—. Él está

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

aquí abajo. —Golpea el suelo con la punta del pie, como si estuviera aplastando un insecto—. Él también lo sabía entonces. Y ahora mírense los dos. Tú vas a dirigir el mundo algún día y él es básicamente un policía de centro comercial.

Pongo los ojos en blanco.

—Eso no significa que no podamos ser amigos.

—¡Pero ese es mi punto! ¿Por qué querías serlo? ¡Desapareció y nunca te llamó! ¿Por qué pensar en ese imbécil un segundo más? — Su cara se tuerce con una expresión de disgusto ante la sola idea.

—No lo sé. ¿Quizás necesito un cierre? —Jugueteo con la lista de cócteles, incapaz de convocar el mismo nivel de ira—. Al menos parece haber salido bien. Tiene un trabajo decente.

—Sí, supongo que no incluyó Wawa como referencia —resopla burlonamente Christa, luego me lanza una mirada cómplice—. Y no me sorprende que cambiara su apellido.

—Por eso nunca pude encontrarlo.

—No sé por qué continuaste buscándolo —murmura en voz baja, tachando las líneas de su tabla de pedidos.

Suspiro. Sé que solo intenta hacerme sentir mejor, a su manera, pero Christa siempre juzgó a Kyle con demasiada dureza.

Todavía me atormenta la decepcionante posibilidad de haber sido tan insignificante para un tipo que una vez significó tanto para mí.

—Tal vez estaba haciendo una de sus elaboradas bromas de Kyle. Ya sabes cómo es. O lo era, en aquel entonces. — ¿Cuánto ha cambiado en trece años, aparte de su nombre?

—O quizá estaba fingiendo porque no quiere acordarse de ti —dice Christa, con su típico estilo directo y sin rodeos.

—O quizá no quiera recordarme —resueno, un pensamiento que ya había estado rondando en los recovecos de mi mente pero al que no quería darle voz. Echo la cabeza hacia atrás y me paso por la

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

garganta media copa de vino tinto, con la esperanza de que me ayude a pasar ese trago amargo.



—Hoy llegas temprano. —David aparece de la nada para entrar por la puerta principal de nuestro edificio. La mantiene abierta para mí.

Murmuro gracias y mi mirada se dirige al mostrador de seguridad, con el estómago tenso por los nervios. Gus está allí, con su amplia sonrisa habitual, saludando a los empleados mientras pasan sus tarjetas por el teclado. El asiento de al lado está libre.

Es lunes. Dijo que Kyle empezaba hoy, ¿no?

A menos que Kyle saliera de aquí el viernes sin intención de volver después de descubrir que trabajo aquí.

—¿A quién intentas impresionar? —pregunta David.

—¿Qué?

Se encoge de hombros.

—Solo pareces más arreglada que de costumbre.

—Me lo he puesto mil veces. —Mi madre se trajo de París hace unos años el vestido azul cuadriculado de un desfile de un diseñador. Es uno de mis favoritos, aunque David no lo recordaría.

—El vestido no. El pintalabios. —Sonríe—. Siempre llevabas ese pintalabios rojo cereza cuando intentabas llamar mi atención.

—No lo hacía —niego—. ¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos? —No suele estar en la oficina hasta poco antes de las nueve.

—Tenía que salir de allí antes de que mi cita se despertara. Olvidé lo mala idea que es traerlas a mi casa.

Es la primera vez que David admite haberse acostado con otra mujer desde nuestra ruptura. No sé si está mintiendo o tratando de ponerme celosa. Si es así, se va a decepcionar, porque todo lo que siento es alivio.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Espero que te lo robe todo.

—No seas sarcástica. Es impropio —murmura con suficiencia.

Capto las miradas curiosas que los empleados de Calloway nos lanzan al pasar. David y yo solíamos empezar nuestros días paseando juntos así, aunque un poco más tarde. Al mediodía, la mitad de la empresa supondrá que nos hemos reconciliado.

—No camines tan cerca de mí —le advierto, apartándome.

—¿Por qué?

—No quiero que nadie piense que hemos vuelto a estar juntos.

Suspira exasperado.

—Oh, por el amor de Dios, Piper. Te veré arriba.

Gus asiente cortésmente con la cabeza mientras David pasa a toda velocidad por la puerta de seguridad sin apenas mirarlo, y luego vuelve sus grandes ojos marrones hacia mí. Están llenos de desconfianza, con una pregunta inconfundible.

—Buenos días, señorita Calloway. Hoy estás especialmente guapa.

—Gracias. —Quizá el pintalabios rojo cereza era demasiado llamativo para un lunes por la mañana, sobre todo cuando rara vez llevo nada más allá de una ligera capa de brillo.

—¿Y cómo fue tu fin de semana?

—Tranquilo. Lo pasé sola. —Solo Elton y yo, que no me dedicó más que una mirada bizca cuando le llené el cuenco de comida enlatada para gatos, demasiado cara.

Gus parece captar mi intención oculta, que no me he reconciliado con David, porque capto el suave suspiro de alivio que se le escapa.

—Bien. Todo el mundo necesita un fin de semana para sí mismo de vez en cuando.

—Así que... —El estómago me da un vuelco de ansiedad cuando echo un vistazo al asiento vacío. Hay una taza de café a medio terminar sobre el escritorio, así que Kyle debe de estar aquí, pero,

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

después de mi primer encuentro humillante con él, no quiero que me importe, ni siquiera a Gus—. ¿Ya echas de menos a Ivan?

—Es una adaptación, eso seguro. —Gus sonríe cálidamente—. Pero la gente viene y va todo el tiempo. Con lo viejo que soy, ya me he acostumbrado. Supongo que agradeceré el valioso tiempo que pase con ellos.

«A no ser que fueran tu primer amor y desaparecieran de la faz de la tierra, solo para resurgir trece años después y no acordarse de ti en absoluto».

Gus me mira expectante y, de repente, me siento tonta por estar aquí, charlando con él, aunque es algo que hago todos los lunes por la mañana. Esta vez, sin embargo, tengo un motivo oculto, y me temo que lo sabe.

—Hasta luego. —Hago señas con la tarjeta, espero a que el semáforo se ponga en verde y empujo el brazo metálico.

—Que tengas un buen día, señorita Calloway —me ofrece mientras me dirijo hacia los ascensores, con el chasquido de mis tacones resonando en el cavernoso atrio. Tanteo distraídamente el botón del ascensor, con la mirada fija en la pantalla del teléfono, distrayéndome de mi decepción con los mensajes. Las puertas se abren y doy un paso adelante.

Y choco contra un cuerpo sólido.

—Perdón. Pensé que estaba desocu... —Mis palabras se cortan cuando miro a unos ojos familiares—. Oh... hola.

Pasan unos latidos antes de que Kyle responda con un suave.

—Hola.

—Yo... mi teléfono. No estaba prestando atención —admito tartamudeando, antes de aclararme la garganta.

Su mirada se desvía hacia abajo y se detiene un instante en mi boca, antes de volver a posarse en mis ojos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Es entonces cuando lo veo. El más pequeño respingo de sus labios, la más pequeña sonrisa cómplice.

Es solo un segundo. Es solo el tiempo suficiente.

«En realidad, me gusta el rojo en ti. Me gusta mucho».

Respiro hondo, mientras me invade una extraña mezcla de reivindicación y tristeza.

—Es bueno verte de nuevo, Kyle.

—Yo también me alegro de verte, Piper —me dice por fin, con la mandíbula tensa mientras me mira, aunque sus ojos muestran un atisbo de suavidad que antes no estaba allí.

—¿No Sarah? —Mantengo mi voz ligera, casual, como si el desaire del viernes no hubiera dejado una herida profunda, manteniendo mi mente dando vueltas todo el fin de semana.

La punta de la lengua le roza la comisura de la boca, donde no queda más que una débil cicatriz del aro labial.

—Sí. Yo... Eso fue... Lo siento.

—¿Cómo pudiste olvidar mi nombre? —Esta vez, no puedo ocultar el dolor.

Sus labios se tuercen, como si pensara en qué contestar.

—No lo hice —admite finalmente, posando su mirada en sus botas negras—. Estaba sorprendido y no estaba preparado. Fui... un idiota.

—Sí. Lo fuiste. —Y el vestíbulo a las siete y media de la mañana del lunes no es el lugar adecuado para exigir una explicación mejor.

Su amplio pecho se levanta con un profundo suspiro.

—Entonces, ¿cómo estás? —Su voz permanece fría. ¿De verdad quiere saberlo? ¿O es solo una formalidad?

Hago a un lado ese pensamiento.

—Estoy bien. Genial, de hecho.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Sí, eso parece. —Detecto un sabor sardónico en su tono mientras sus ojos color avellana recorren la arquitectura del atrio.

—¿Y tú? Parece que te va bien. —Mi mirada se desvía sobre su uniforme.

—No me puedo quejar. Rikell es una empresa decente. Tengo beneficios y vacaciones. Ya sabes, ese tipo de cosas. —Cruza los brazos sobre el pecho, haciendo que sus bíceps parezcan mucho más grandes y esculpidos en las mangas cortas de su camisa de uniforme.

Y me sorprendo mirándolos fijamente, durante demasiado tiempo. Tanto que empieza a moverse sobre sus pies.

—¿Cuántos son ahora? —Asiento con la cabeza hacia la manga de tinta, aunque mis mejillas se sonrojan.

Estira el brazo hacia delante, girándolo lentamente de un lado a otro, como si admirara sus propios tatuajes.

—Dejé de contar hace mucho tiempo.

—Ya lo creo. —Me aclaro la garganta—. ¿Vives en la ciudad?

—Summer Heights.

—¿Ah, sí? Qué bien. Tenemos unos cuantos edificios por ahí. —Está a media hora en auto, más, si vas en transporte público, de una zona considerada más asequible para familias jóvenes y gente que empieza.

—Sí, bueno, por ahora estamos alquilando. Veremos si nos gusta.

«Estamos» alquilando.

«Veremos» si nos gusta.

Por supuesto que Kyle vive con alguien. Tiene treinta años. Se me aprieta el estómago cuando mi mirada se posa en su mano izquierda. No tiene alianza. Ni siquiera una línea de bronceado. Una inesperada oleada de alivio me golpea, seguida de esa voz dentro de mi cabeza que me recuerda que la falta de un anillo no significa que no esté casado. O, al menos, que esté locamente enamorado de alguien: que el siguiente paso no es inevitable.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Aparto ese doloroso pensamiento.

—Solo vivo a unas manzanas de aquí. Con Ashley y Christa.

Eso me gana una mirada sorprendida.

—«¿Christa?»

Me rio.

—Ha mejorado mucho. La mayor parte del tiempo.

—Eso es... genial. Supongo. —Su mirada se desvía hacia el escritorio de seguridad detrás de mí, y siento que busca una salida—. Debería...

—¿Has mantenido contacto con alguien de Wawa? —«¿Fui la única a la que dejaste completamente de lado?»

Cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, hay pesadumbre en ellos.

—He visto a Eric unas cuantas veces a lo largo de los años, pero eso es todo.

—¿Ah, sí? —A pesar de la tensión, sonrío al mencionar a ese bobo—. Estábamos hablando de él la otra noche. ¿Cómo le va? ¿Sigue siendo un grano en el culo?

Kyle entrecierra los ojos y me estudia durante un largo rato.

—Está bien. Escucha, debería volver al trabajo. No quiero que Gus me despida en mi primer día.

—Lo dice el tipo que solía escabullirse en cuanto veía un hueco —me burlo suavemente.

—Sí, bueno... Eso fue hace mucho tiempo. Mierda pasa. La gente cambia. —Su sonrisa es triste.

—Lo hacen. —A veces para bien, y a veces no.

¿Pero cuál es para Kyle?

Siento la imperiosa necesidad de saberlo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Oye, ¿quieres tomar algo algún día? O tomar un café o comer o lo que sea. Ya sabes, ponernos al día. —De todo.

Una sonrisa curiosa se dibuja en sus labios, pero es fugaz.

—Pues... —Arruga la frente—. Mantengámoslo simple por ahora. Ya sabes, saludos por la mañana y despedidas por la noche. Ese tipo de cosas. —Su voz es baja y suave, casi de disculpa, cuando me asesta el golpe verbal.

El tipo de cosas que hacen los extraños. No amigos. Ni siquiera conocidos. Definitivamente no lo que solíamos ser.

Trago saliva contra la bola de decepción que crece en mi garganta.

—Por supuesto. Si eso es lo que quieres.

—Creo que es lo mejor para todos los implicados. —Da un paso atrás—. Que tenga un buen día, «señorita Calloway». —Me rodea y camina hacia el escritorio, con pasos uniformes y lentos.

Vuelvo a tocar distraídamente el botón del ascensor y oigo el tintineo que anuncia otra cabina disponible, pero no me muevo, con los pies fijos en su sitio y la mirada clavada en la espalda de Kyle, que se retira.

Sucede justo cuando pasa junto a Gus para sentarse. Se gira, nuestras miradas se cruzan y trece años parecen evaporarse en el aire que nos separa.

Christa tenía razón, después de todo.

Puede que Kyle no me haya olvidado, pero no parece querer recordarnos.

Con los tacones a un lado y los pies apoyados en una caja de cartón de archivador, contemplo en silencio los últimos rayos de sol que se deslizan sobre el edificio Marquee. Apenas se ve la azotea. En cuanto cerramos el trato, retiramos los carteles del hotel. Ahora está inactivo, con las primeras plantas tapiadas para evitar la entrada de gentuza y dar rienda suelta a las alimañas.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Tal vez Christa tenga razón y no debería pensar en Kyle.

O tal vez debería odiarlo.

Por romperme el corazón hace trece años.

Por tratarme tan cruelmente el viernes pasado.

Por querer mantenerme a distancia hoy.

Pero ahora mismo, todo lo que tengo dentro de mí son preguntas.

—¿Vuelves pronto a casa?

Me giro en la silla y veo a mi padre en la puerta. Ha cambiado el traje a rayas y la corbata diplomática por una impecable camisa blanca con cuello, los dos botones de arriba abiertos, una chaqueta de lino beige y pantalones caqui. Llega el sutil aroma a sándalo de su loción después del afeitado.

—Pronto. Pero lo más importante, ¿a dónde vas, Don Juan?

La comisura derecha de su boca se tuerce.

—Una cena de negocios.

Papá nunca va a las reuniones de negocios sin corbata.

—Tienes que recortar dos meses en los plazos revisados del Marquee...

—Lo sé —digo—. Ya le he pedido a Tripp que su equipo lo ajuste. Dijo que me tendría algo para el fin de semana. Estoy presionando para una reducción de once semanas.

—Oh. —Mi padre asiente lentamente, un destello de satisfacción cruza su rostro—. Bien. —Se pasa las yemas de los dedos por la barbilla, pensativo. Noto la suavidad, incluso desde aquí. Con quienquiera que se vaya a reunir, se afeitó en el baño de su oficina para ella—. ¿Tripp y tú parece que se llevan bien?

—Eso parece. —Aprieto los dientes con una sonrisa inocente. Tripp se ha pasado las dos horas de reunión de esta tarde mirándome desde el otro lado de la mesa mientras Serge me explicaba los planos

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

revisados tras la aprobación municipal. Si las miradas mataran, ahora mismo estaría asada en un espetón.

—Interesante... —Los ojos de papá se entrecierran—. No creí que el que le dijeran que se metiera un palo de golf por el culo lo motivara tanto.

«Mierda».

Por supuesto, el cerdito fue chillando todo el camino a casa.

Respiro hondo, contraigo los hombros y me preparo para una reprimenda.

—Sé que piensas que soy duro contigo, y exigente. Y puede que lo sea. Pero todo lo que hago... todo lo que he hecho a lo largo de los años... lo he hecho solo por tu bien. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, papá. Lo sé.

Suspira pesadamente.

—No te quedes aquí hasta muy tarde.

—No lo haré. Te lo prometo. Disfruta tu cena.

Hace un ruido y se da la vuelta para marcharse.

—¿Papá?

—¿Hum? —Sus cejas se alzan en forma de pregunta.

—Por favor, dime que esta tiene al menos cuarenta.

La sonrisa en sus labios mientras se marcha no me reconforta.



Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 8

Antes

2006, Campamento Wawa, primera semana.

—¿Listos para su primer día completo en el mejor lugar del mundo? —grita Darian, cuya diminuta estatura parece especialmente grandiosa desde lo alto de la mesa de *picnic*. La luz del sol matutino se cuela por la arboleda a sus espaldas, provocando que entrecerráramos los ojos y nos los protegiéramos con las manos; sin embargo, los monitores y los campistas continuamos mirando, mientras los platos para el cereal permanecen vacíos y olvidados.

«¡No!» Quiero gritar. Podría matar por una dosis de cafeína ahora mismo.

Darian no mentía cuando dijo que ayer sería un día largo. Kyle y yo volvimos del acantilado justo a tiempo para enganchar el remolque al carrito de golf y regresar a toda velocidad al pabellón. Nadie, salvo Eric y Ashley, parecía darse cuenta de que nos habíamos ido en primer lugar, y Ashley me prometió que no diría una palabra a nadie, justo antes de preguntarme por qué mi ropa estaba húmeda.

Nos estábamos metiendo los perritos calientes en la boca cuando empezó a llegar la primera ronda de niños, con una hora de antelación. Niños de ocho a quince años salían en tropel de los autos de sus padres, muchos buscando caras conocidas y regocijándose cuando las encontraban. También había algunos con el ceño fruncido y los ojos brillantes, suplicando volver a casa mientras sus agotados padres los acompañaban hasta los mostradores de inscripción.

Desde entonces, ha sido un caos controlado. Saludar, sonreír, identificar, recoger y conducir a los niños a sus respectivas cabañas como patos en el agua, arbitrarlos cuando se peleaban por la litera de arriba o la de abajo, llevarlos a las diversas actividades de orientación

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

y para romper el hielo, convencerlos de que comieran sus verduras, asegurarse de que no se quemaran los dedos con los malvaviscos y recordarles que se cepillaran los dientes y fueran al baño antes de que se apagaran las luces, pues de lo contrario tendrían que ir por la noche.

Las lágrimas comenzaron en cuanto se apagaron las luces a las nueve de la noche. La primera fue Izzy, una niña con pelo rubio platino de estatura pequeña que en sus ocho años de vida nunca había pasado una noche lejos de su madre. Los quejidos se convirtieron en sollozos, y luego en lamentos, mientras lloraba porque quería volver a casa y porque echaba de menos a su perro, Otis, y a su perra muerta, Rose. Se produjo una reacción en cadena y pronto tuvimos a cuatro niñas llorando por volver a casa y a las otras seis llorando de irritación, y a Christa y a mí dando vueltas por la cabaña durante dos horas, intentando que se calmaran. Cuando sonó el último gemido, pensé que iba a echarme a llorar.

Cuando Izzy nos despertó a las cuatro de la mañana porque había mojado la cama, puede haberse escapado una lágrima.

Quienquiera que pensara que sería una buena idea darnos diez niñas de ocho años que no solo son nuevas en el Campamento Wawa, sino también nuevas en cualquier campamento, merece un puñetazo en la cabeza.

O por lo menos que abran la cafetería ahora para que pueda tomarme una Coca-Cola, porque la voy a necesitar para pasar este día. ¿Pero cómo demonios voy a pasar todo este verano? Ocho semanas, ocho nuevos grupos de niñas. Ochenta niñas. ¿Y si todas lloran hasta dormirse cada noche?

Esta debe ser la razón por la que ser monitor de campamento queda tan bien en las solicitudes universitarias: saben que has soportado un infierno y has vivido para contarlo.

Mi mirada se desvía hacia una mesa de *picnic* más allá, donde Kyle está lanzando Cheerios a la cabeza de uno de sus niños. El niño de pelo rizado, de unos diez años, no para de girarse para intentar atrapar la mitad de lo que su monitor le lanza, solo para reírse ante la

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

mirada burlona y severa y el silencio de Kyle, que señala a Darian como diciendo «presta atención».

Tal vez sintiendo mi mirada, Kyle se vuelve de repente hacia mí y nuestros ojos se cruzan. Una sonrisa torcida se dibuja en sus labios y siento que se me dibuja una estúpida sonrisa de oreja a oreja, mientras olvido mi cansancio y me concentro en lo que sentí ayer cuando estaba su boca en la mía.

Aún puedo sentirla allí, aún saboreo la mezcla de polvo de caramelo de manzana y, tenuemente, mentol.

¿Él quiere que vuelva a ocurrir tanto como yo?

Las fuertes palmadas y la bulliciosa voz de Darian resuenan por todo el espacio, volviendo a llamar mi atención.

—Y lo más importante de todo, campistas de Wawa, ¡vamos a divertirnos!



—Las cajas de hilo están en la sala de suministros. ¿Cuántas hay, Christa?

—Tres —dice Christa alegremente desde una mesa más allá, mientras alinea botellas y bandejas llenas de pintura en una fila ordenada.

—Genial. Encuéntralas y dirígete al pabellón. —Darian frunce el ceño concentrada mientras dirige a los monitores en el centro recreativo de Wawa: un edificio rectangular, largo y sencillo, de paredes de paneles y linóleo de escuela pública, que se utiliza principalmente para los días de lluvia y los bailes de fin de campamento—. Ashley, Marie, ustedes dos saben tejer, ¿verdad?

Marie se encoge de hombros y luego asiente.

—Hum... por supuesto. —Ashley señala el pañuelo azul que le rodea el cuello.

—¡La maestra del tejido en tricot! ¿Cómo olvidarlo?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Ashley suelta una risita.

—Aprendí a tejer en tricot durante el invierno.

—Ooooh. —Los ojos de Darian se abren de emoción—. Me encanta una buena bufanda Foxy Roxy.

—¿En una suave lana gris pálido?

Darian abraza su portapapeles contra el pecho y cierra los ojos.

—¡Siempre has sido mi favorita, Ashley!

Lanzo una mirada interrogativa a Marie, que vuelve a encogerse de hombros, rematándolo con un pequeño giro de ojos y una sonrisa. Al menos no soy la única que piensa que son raras.

—Bien, ¿entonces puedes enseñarle a Piper a tejer? —pregunta Darian, cambiando de nuevo a modo líder.

—Yo le enseñaré —llega una voz masculina desde atrás.

Me da un vuelco el corazón cuando veo entrar a Kyle, con las mangas de la camiseta del campamento cortadas hasta la costura, mostrando las líneas de tinta inacabadas en el hombro.

—Kyle, ¿no se supone que estás cubriendo...? —Darian frunce el ceño ante su hoja principal, buscando su nombre.

—Senderismo. Sí, lo estaba, pero Jessica cambió conmigo.

—¡Sabes que no puedes intercambiar! —Christa estalla de irritación.

Darian suspira.

—Kyle, conoces las reglas. Es la política del campamento, por la seguridad de los niños. Necesito saber con qué monitor están y en dónde están en todo momento.

Caminando junto a Christa, sin mirarla siquiera de reojo, Kyle levanta las manos en señal de rendición mientras se acerca, hasta que se eleva por encima del diminuto cuerpo de Darian.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Lo sé, se lo dije a Jess, pero me suplicó que cambiara y pensé que, si podía hablar contigo para decírtelo, estaría bien. —Baja la voz en un susurro fingido—. Creo que siente algo por Mitch.

Los ojos azul grisáceo de Darian parpadean hacia mí, con una mirada cómplice, como si yo tuviera algo que ver con esto.

—Ya se han ido por River Trail, pero si quieres que salga corriendo y envíe a Jess de vuelta, puedo hacerlo —ofrece Kyle inocentemente—. Podría volver en unos... quince minutos. Veinte, máximo.

Darian suspira.

—No, no quiero perturbar al grupo. Solo... no más cambios. Lo digo en serio, Kyle.

Capto la exagerada mirada de Christa.

—¡Por supuesto! No hay problema. —Los dedos de Kyle juegan con el pelo de punta sobre su cabeza, dudando un momento—. Excepto para el *kayak*, ¿bien?

Darian gime, pero Kyle ya está hablando de nuevo.

—Porque más o menos ya he conseguido que Mark se cambie conmigo. Es solo que no tengo confianza en mis habilidades para nadar.

Una ceja rubia se arquea con severidad.

—¿Tú? ¿No tienes confianza en algo?

Se encoge de hombros.

—Hace tiempo que no nado en un lago.

Frunzo el ceño. Acaba de saltar de un acantilado de diez metros a un lago hace veinticuatro horas.

Me pregunto si puede sentir mi penetrante mirada de «mentiroso, mentiroso».

Kyle se inclina para escanear el portapapeles.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Podrías tachar su nombre de ahí y añadirme a mí? Así sabrás dónde está cada uno y todo irá bien. ¿Verdad?

Darian echa un vistazo al portapapeles y me mira con los labios fruncidos antes de desviar la mirada hacia su sonrisa juguetona. Tarda un momento en negar con la cabeza, pero luego garabatea con el bolígrafo sobre la página.

—Así que Mark va a hacer *kayak* y tú bádminton.

«Bádminton».

Un revoloteo excitado se agita en mi estómago. Es mi segunda actividad. Kyle ha cambiado sus actividades para las próximas dos semanas para que coincidan con las mías.

—Solo esta vez. Asegúrate de que conoces tu nuevo horario. Y... coordínate mejor a partir de ahora —regaña suavemente Darian, que no es despistada, pero remata con una sonrisa cómplice.

Se pasa los dedos por el pecho en señal de cruz.

—Eres increíble, Dare.

—Lo sé —responde con ligereza, pero no pasa desapercibida la forma en que su pecho se hincha con una respiración profunda y orgullosa.

Mientras tanto, Christa niega con la cabeza, su boca trabaja sobre las palabras como si debatiera si soltarlas o no. Por la cara de fastidio que pone, probablemente no debería.

Es el momento perfecto para que Avery y otra chica entren por la puerta.

—Oh, bien. Ya están aquí. Los materiales de arte están listos para ustedes. Van a hacer origami —exclama Darian.

—¡Sí! —Avery levanta las manos fingiendo entusiasmo.

Darian tiende una hoja de papel al grupo de tejedores.

—Aquí está su lista de campistas. Uno de ustedes debe salir ahora para empezar a reunirlos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Yo iré. —Marie la coge y sale corriendo antes de que nadie pueda sugerir lo contrario.

Kyle se pone a mi lado mientras seguimos a Ashley hacia una puerta que tiene escrito «Almacén. Solo personal».

—¿Tejer? ¿En serio? —me burlo, mientras mis entrañas gritan de alegría—. Creía que odiabas tejer.

—Alguien tiene que enseñarte y soy bueno. Mucho mejor que Pecas.

—Sí, claro —dice Ashley por encima del hombro—. ¿Conoces las agujas de tricot?

Sonríe.

—Conozco algo que pincha.

—«No»... Oh, Dios mío. —Le sacude la cabeza, con las mejillas sonrojadas.

Alarga la mano para darle un juguetón tirón del extremo de la bufanda.

—Sabes que afuera hace como treinta y cinco grados, ¿verdad?

—Es un accesorio. Me lo voy a quitar, después de impresionarlos.

Kyle se detiene el tiempo suficiente para dejarme avanzar y su mano roza la parte baja de mi espalda en el proceso, provocándome escalofríos.

El almacén es largo, estrecho y está iluminado por una bombilla desnuda. Y atestado de suministros.

—Aquí hay una —anuncia Ashley, dando golpecitos a una caja Rubbermaid que lleva la etiqueta «Tejido» en los laterales y la parte superior, sus ojos se iluminan con una extraña excitación mientras hojean el desorden—. Pero no creo que estén todas marcadas.

—¿Cómo vas hasta ahora? —me pregunta Kyle, apartando un recipiente marcado con «Drama».

—Bien. Estoy agotada.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Una noche dura?

—La peor. Estaban llorando.

—¿Cuántas?

—Todas.

Se ríe entre dientes.

—Mejorará.

—No te creo.

—¿Crees que alguno de nosotros volvería si no fuera así?

Tiene razón.

Kyle saca una máscara blanca de una caja cercana y se la pone en la cara, cubriendo la mitad superior y dejando a la vista solo su mandíbula cuadrada y sus labios carnosos.

—Nunca adivinarás quién soy con esto puesto.

Me rio.

—Es el único musical que he podido ver. — Aunque ninguno de los actores tenía tan buen aspecto como él ahora mismo.

—¿Cuál?

—El Fantasma... ¿Ya sabes? — Hago un gesto hacia la máscara.

—Oh... — Kyle la tira de nuevo a la caja y cierra la tapa—. Nunca lo he visto.

—¿En serio? Deberías ir. Ya la he visto cuatro veces. En Broadway, luego en Singapur, Londres y... Vancouver, creo. — Abro una caja y encuentro un colorido revoltijo de pompones, palitos de helado y otros materiales artísticos básicos—. Mi madre es una gran fanática del teatro. Andrew Lloyd Webber pasó un fin de semana en nuestra casa de verano. Me arrastra a muchos espectáculos.

—Sí, todo eso parece difícil — murmura Kyle, sacando una madeja de hilo blanco de un recipiente naranja—. ¡La encontré! Dos de tres.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡Eh! —Ashley frunce el ceño cuando el hilo rebota en su frente, pero su enfado se desvanece casi al instante—. De acuerdo. Voy a sacar esta. Ustedes dos encuentren la última. —Sale trotando con los brazos cargados, no sin antes ofrecerme un guiño exagerado.

Mientras tanto, me arden las mejillas y repito lo que acabo de decir, preguntándome si habré sonado detestable.

—No soy como Olivia, lo juro —suelto.

Kyle se ríe entre dientes.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Que piense que eres como la Reina de la Gasolina?

—Que lindo. Ella es Miss Sunoco en mi cabeza. Y, bueno... sí.

Kyle aparta otra caja.

—Sé que no eres como Olivia. Ella hace todo lo posible para que parezca que su familia está forrada de dinero y se lo restriega a la gente por las narices. Mientras tanto, aquí estás tú, esforzándote por fingir que eres como el resto de nosotros.

—¡Soy como todo el mundo aquí! —Excepto con un enorme fondo fiduciario.

—Sí, eso es exactamente lo que pensaba cuando te vi por primera vez —murmura mientras echa un vistazo a una caja azul llena de botes de pintura y pinceles.

—En serio... ¿en qué pensabas? —me atrevo a preguntar, evitando su mirada mientras destapo una caja verde y descubro unas agujas de tricot. Se me revuelve el estómago esperando su respuesta.

Kyle se coloca detrás de mí, tan cerca pero sin tocarme.

—Bueno, definitivamente no estaba pensando que eres la chica más linda en la que he puesto los ojos.

—¿No? —Sonríó mientras un cálido escalofrío me recorre la espalda.

—De ninguna manera. —Se inclina, hasta que su boca está junto a mi oreja—. Y aquella primera noche junto a la hoguera, de ninguna

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

manera me preguntaba cómo sería besarte. —Sus manos se posan suavemente a ambos lados de mi cintura, mientras sus labios se deslizan sobre mi mejilla—. ¿Y anoche? ¿Mientras me estaba durmiendo? «Definitivamente» no estaba pensando en ti en absoluto.

Mi respiración se ha vuelto agitada.

Las voces se acercan a la puerta y nos recuerdan que no estamos solos.

Kyle suelta su suave agarre de mi cuerpo y se desliza hasta quedar frente a mí, pero no sin un característico suspiro de frustración.

—Sacaré esta. Es más pesada.

—Puedo con ella. —Rematar pelotas de tenis en las pistas desde que tenía ocho años me ha garantizado unos brazos delgados pero fuertes. Para demostrarlo, levanto la caja. Es incómoda pero manejable.

Sus dedos se deslizan sobre los míos, entrelazándose para agarrar las asas, siento sus manos cálidas y fuertes. Su mirada se posa en mi boca y contengo la respiración, esperando que se incline y me bese.

—Vas a salir esta noche después de que se apaguen las luces, ¿verdad? Hay luna llena. Subiremos el acantilado.

—¿Para saltar?

—Aún no lo sé. Si hay suficiente luz, sí.

Un pequeño estremecimiento se arremolina en mi interior ante su insistencia.

—Si puedo escaparme. Avery dijo que Christa va a ser un problema.

—Como quieras. Ya oíste a Darian en la orientación. Mientras no seamos idiotas, no le importa.

Me pregunto si pensaría que saltar de un acantilado de diez metros de noche es ser idiota.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Por favor? —susurra, inclinándose aún más, hasta que su boca queda a escasos centímetros de la mía, tan cerca que percibo más que veo su sonrisa, su aliento besándome la piel.

Debe ser capaz de oír el latido de mi corazón.

Por fin... «por fin...» presiona sus labios contra los míos en un beso dulce y lento.

—¿Han visto el otro bote de pintura por aquí? —La voz repentina de Christa en la puerta me hace saltar.

La maldigo en silencio mientras Kyle da un paso atrás y me quita la caja de las manos.

—En la caja naranja de la esquina. —Me guiña un ojo y sale del almacén de suministros, dejándome mareada.

—No se permiten muestras de afecto delante de los campistas —regaña Christa.

Cojo la última caja.

—¿Ves algún campista por aquí? —digo por encima del hombro mientras me apresuro a salir, sin darle la oportunidad de decir la última palabra.



A través de la pequeña ventana que hay junto a nuestra litera, veo dos figuras altas caminando por el sendero. ¿Es una de ellas Kyle? Acordamos encontrarnos en la bifurcación del camino hacia las cabañas de las chicas a las diez. Eso fue hace casi media hora.

Probablemente ya se ha ido.

Tiro de mi cansado cuerpo hasta sentarme y me detengo un momento, para escuchar a diez niñas, respirando profundamente. Kyle tenía razón; esta noche no se parecía en nada a los horrores de la noche anterior. Después de todo un día de sol, calor y emoción, las niñas se acurrucaron en sus sacos de dormir y no emitieron ni un solo sonido. En un momento pensé que tendría que llevar a Izzy desde la

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

hoguera hasta la cama, su pequeño cuerpo fundiéndose con el mío por el cansancio.

Debajo de mí, Christa también está callada, hace diez minutos que ha guardado su libro y ha apagado la linterna. Lo sé porque lo he cronometrado y han sido los diez minutos más largos de mi vida.

Es ahora o nunca.

Con el estómago revuelto, bajo la escalera y cojo la sudadera y el bañador del gancho.

—¿Adónde vas? —susurra apresurada Christa en el momento en que mi mano toca el pomo de la puerta.

Reprimo mi maldición.

—Baño —miento, y me escabullo. Estoy a diez pasos cuando oigo sus pisadas en el camino de grava detrás de mí.

—No puedes irte así y no decírmelo.

Pongo los ojos en blanco y me giro hacia ella. Está de pie junto a la puerta de la cabaña, con los brazos cruzados, el pijama arrugado y la mandíbula firme y decidida. Supongo que ha estado al acecho, sabiendo lo que planeaba y decidida a frustrarlo.

—No me importa si no le caigo bien a nadie porque sigo las normas. Estamos aquí para cuidar de las niñas, no para emborracharnos y hacer tonterías.

—¿Quién se emborracha? He quedado con Ashley y algunos más. Volveré pronto. —No es del todo mentira, ya que Ashley dijo que saldría.

—¿Y si una de nuestras niñas tiene que ir al baño?

—Están en coma. No se despertarán...

—Pero, ¿y si lo hacen?

—¡Entonces llévalas tú! Están ahí mismo. —Hago un gesto por encima del hombro en dirección a los baños, sin molestarme en ocultar mi enfado—. Me tengo que ir. Vuelvo enseguida. —Me doy la vuelta para marcharme.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No tengas una aventura con él —suelta, como si no pudiera contenerse más.

Así que esto es realmente sobre Kyle. Suspiro.

—¿Por qué? Porque ¿no te gusta?

—No. —Acorta la distancia—. Porque no lo conoces.

No puedo evitarlo. Me rio.

—¿Y tú sí?

Su ceño se tensa.

—No. Solo sé cosas, ¿de acuerdo?

Me pica la curiosidad.

—¿Cómo qué?

—Como... —Parece a punto de tragarse la lengua, evitando que se le escape lo que sea que tenga en mente—. Tienes que estar cerca de él durante los próximos dos meses, ya sabes.

Algo me dice que eso no es lo que iba a decir.

Ahora me toca a mí cruzar los brazos sobre el pecho.

—¿Y? —Dos meses viendo a Kyle todos los días no suena como una dificultad. Es lo que pasa después de esos dos meses lo que debería preocuparme. ¿Qué pasará cuando los dos volvamos a casa? Supongo que podemos ir y venir en auto para vernos. Tendré mi reluciente auto nuevo...

Christa interrumpe mi ensoñación con:

—¿Qué pasa si no funciona y tiene una aventura con otra?

—Oh dios mío. Está bien. —Me rio, levantando una mano—. Tienes que aprender a relajarte, Christa. No voy a pensar en terminar las cosas cuando ni siquiera estoy segura de si estamos juntos todavía. — Aunque esperemos que eso cambie esta noche. Si Christa volviera a dormir.

Me doy la vuelta para marcharme de nuevo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡Pregúntale por su padre!

Y me giro de vuelta.

—¿Qué quieres decir? —Frunzo el ceño—. ¿Qué pasa con su padre?

Levanta la barbilla indignada.

—Nadie más por aquí lo sabe, pero yo sí. ¿Y esa historia del robo? Esa fue la verdadera mentira. Bueno, técnicamente era la verdad, pero omitió los detalles importantes...

Algo pequeño corta el aire detrás de la cabeza de Christa y se abalanza sobre la puerta agrietada de nuestra cabaña, distrayéndome por completo.

—¿Qué fue eso?

Christa hace una pausa.

—¿Qué fue qué?

—Creo que un pájaro acaba de entrar en nuestra cabaña.

—Un pájaro... —Pasan dos segundos y los ojos de Christa se abren de par en par—. ¡No! No no no no no... —Entra corriendo. Corro tras ella, justo cuando el interior de nuestra cabaña se baña de luz. Su mirada aguda busca en las esquinas del techo—. ¡Allí! —Cuando los sacos de dormir empiezan a hacer ruido y aparecen caras con los ojos entornados, señala a la esquina más alejada, donde se aferra un cuerpo negro, pequeño y enjuto—. No es un pájaro. ¡Es un «murciélago»!

En esos pocos segundos de calma antes de que la realidad se imponga y estalle el pandemónium masivo, suelto un suspiro decepcionada.

Demasiado para ver a Kyle esta noche.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 9

Ahora

—¡No!

—Vamos... —David me pisa los talones cuando entramos en el edificio tras un desayuno de trabajo—. ¡Préstamelo por hoy!

—¡Mark no es un maldito bolígrafo que se pase! —Respiro tranquilamente mientras mi mirada se posa en el grupo de gente que merodea alrededor del mostrador. Visitantes que esperan para registrarse. Kyle está sentado en algún lugar detrás de ellos, anotando información, entregando credenciales. Les ofrece sonrisas corteses y saludos banales, sin más familiaridad de la que me ha mostrado a mí estas dos semanas desde que empezó a trabajar en el edificio.

Mi yo inteligente y maduro me sigue diciendo que lo deje pasar. Que lo nuestro fue hace trece años. Entonces éramos adolescentes. Niños estúpidos, en realidad. Ahora somos adultos y completos extraños. Si Kyle quiere que siga así... bien.

Pero fue el primer chico al que quise, el primero en muchos sentidos, y me destrozó. ¿Cómo puede seguir tratándome como si no significara nada para él?

Tengo que dejar de pensar en el chico travieso y juguetón del campamento Wawa. El que me persiguió y encantó desde el primer momento en que puso sus ojos en mí. El que captó mi atención a doce metros de distancia y se apoderó de mi corazón no mucho después.

Está claro que ese chico hace tiempo que se fue.

Además, Kyle está involucrado con otra persona. No me voy a meter en medio de eso.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

—¡Piper! —El ladrido molesto de David me sobresalta. Me ha hecho una pregunta. Qué, no tengo ni idea.

—¿Qué pasó con la señora de hace un par de días? La de las gafas gruesas. Carla dijo que era perfecta.

—¿Quién? ¿La abuela Ethel? —resopla burlonamente David—. Me llamó querido tres veces durante la entrevista.

Me burlo.

—¡Oh, el horror!

—Y se negaba en redondo a hacer los recados de tintorería, llevar café, o a trabajar más allá de las cuatro de la tarde.

La multitud se disipa. Por mucho que quiera pasar de largo sin mirar, me resulta imposible. Mis ojos se desvían hacia Kyle, sentado en su silla, hacia su mandíbula cincelada, sus pómulos altos y sus labios carnosos. Era atractivo cuando tenía diecisiete años, pero se ha convertido en un hombre peligrosamente guapo.

Y su mirada fija en mí.

—Vamos, Piper... ayúdame —se queja David—. Solo por esta semana.

—¡Hace un minuto, era para el día! —Esto es tan David, pidiendo un centímetro, a continuación, llegar a un metro, como si tuviera derecho a eso—. Pídele a Greta que te ayude.

—¿Estás de broma? Greta no tiene tiempo. Además, a Kieran no le gusta compartir.

—A mí tampoco, así que será mejor que contrates a alguien pronto.

David maldice en voz baja.

—Ya sabes, tú te lo has buscado —le digo. Por la puerta de su despacho ha pasado un goteo constante de posibles asistentes ejecutivos, gracias a los esfuerzos de Recursos Humanos. Todos investigados, todos con amplia experiencia.

Y todos problemático, según David.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Qué te pasa últimamente, Piper?

—¿De qué estás hablando?

—Quiero decir, has estado de un humor de mierda durante las últimas dos semanas.

—Mi humor no tiene nada de malo —siseo, sintiendo la atención de Kyle y Gus sobre nosotros mientras discutimos a menos de metro y medio de distancia.

David baja la voz.

—¿Esto es porque estoy viendo a otras mujeres? Tú fuiste quien me dijo que saliera a buscar a alguien. Tú fuiste quien puso fin a nuestro compromiso, recuérdalo.

Pongo los ojos en blanco.

—No me importa con quién estés. Deja de hacer esto sobre nosotros, David.

—¿No es así?

—¡No! Se trata de que encuentres un asistente para que dejes de torturar al mío. Has sido un completo imbécil con él desde el primer día.

—¿Qué, en serio, Piper? Estoy de rodillas suplicándote un poco de ayuda para poder cerrar este proyecto para tu empresa, ¿y me insultas? ¿A esto hemos llegado? —Pasa su tarjeta por el escáner y atraviesa la barrera de seguridad enfadado, sin siquiera saludar con la cabeza a Gus, que enarca las cejas.

Y yo me quedo de pie torpemente frente a Kyle, sintiéndome de repente como la mala de la película.

Kyle observa con curiosidad la espalda de David antes de centrarse en mí. No se estará creyendo la triste historia de David, ¿verdad?

—¡Rompió el molino de viento en miniatura de Mark! —suelto, como si eso lo explicara todo.

Las comisuras de los labios de Kyle se crispan.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Que tenga un buen día, señorita Calloway.

Suspiro pesadamente. Somos extraños. Paso por la puerta de seguridad, sintiendo su mirada penetrante sobre mí durante todo el camino.

«¿Qué está haciendo?»

Sigo con la mirada las elegantes zancadas de Kyle, que se pasea por el pasillo a paso tranquilo, sin dirigirme más que una mirada superficial. Es la segunda vez hoy, la quinta esta semana, que pasa por delante de una sala de reuniones en la que he estado. ¿Ivan también patrullaba así por las plantas? Si lo hacía, nunca me había fijado en él. Es un poco ridículo, la verdad. Podría entender la necesidad de patrullas de seguridad durante la noche, pero son las diez de la mañana.

El codo de Mark me da un suave codazo en el brazo, llamando mi atención.

Y hay cuatro pares de ojos que me observan fijamente.

—Tripp nos recomienda que vayamos con KDZ para la construcción del Marquee —murmura Mark en voz baja, una indicación de lo que me perdí mientras contemplaba a nuestro nuevo guardia de seguridad.

Siento cómo se me sonrojan las mejillas mientras vuelvo a escudriñar rápidamente la propuesta que tengo delante.

—Lo siento, ¿quién? Estamos utilizando a Jameson para el Marquee. ¿Quién demonios es esa constructora KDZ?

—Son de Boston, pero acaban de expandirse a la zona. Vienen muy recomendados y su contrato será competitivo. —Tripp se alisa la corbata sobre el vientre mientras recita lo que parece una respuesta planeada—. Llevo meses en conversaciones con ellos sobre el Marquee.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Siento que se me abren los ojos. ¿Así que Tripp ha pasado de decir a los ingenieros que no se molestaran en el proyecto a estar muy involucrado, y con una empresa constructora que nunca ha mencionado ya en fila?

¿Qué demonios está pasando?

¿Cuándo pensaba meterme en el bucle?

—Bueno, estamos listos para firmar con Jameson, que tiene un historial probado con nosotros. Así que ¿por qué nos echamos atrás ahora? ¿Especialmente cuando ya estamos retrasados?

—Exigiste que redujéramos el plazo en casi tres meses. KDZ puede cumplirlo. Ya están trabajando en su propuesta. Me reuniré con su presidente el viernes para revisarla y tomar la decisión.

Tripp no tiene por qué ofrecer un contrato de construcción sin mi aprobación y la de mi padre, y lo sabe.

Me muerdo la lengua antes de soltarlo delante de todo el grupo yuerzo un tono paciente.

—Como he dicho, estamos listos para proceder con Jameson, pero estoy dispuesta a revisar esta propuesta una vez que la tengan.

—Kieran ya ha dado el visto bueno a KDZ. Si no te gusta, tendrás que hablarlo con él. —Tripp levanta el cuerpo de la silla—. Ahora, si me disculpas, tengo otra reunión a la que asistir. —Sale por la puerta, pero no antes de que vea cómo se le mueven con petulancia los labios.

Necesito todo lo que hay en mí para controlar mi expresión, aunque siento que el calor me sube por el cuello.

—Mark enviará el seguimiento. Nos vemos el jueves. —Espero a que todos hayan salido de la habitación y la puerta esté cerrada para soltar un golpe.

—¿Cuándo vuelve mi padre de Los Ángeles?

—El jueves, creo. Espera. —Mark frunce el ceño mientras teclea locamente un mensaje instantáneo a Greta—. Sí. Su avión aterriza a las cinco de la tarde.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Tendré que llamarlo por esto. Odio enfrentarme a mi padre por teléfono. Es mucho más brusco.

Me pellizco el puente de la nariz.

—Hijo de puta. —No sé muy bien quién se merece más el título. ¿Es otra de las estupideces de Tripp para salvar las apariencias y hacerme quedar como una tonta? ¿O la culpa debería recaer directamente sobre los hombros de mi padre esta vez?—. ¿Qué tengo ahora?

—Una reunión con David y Jim.

—«Genial». Justo lo que necesito ahora. Otro culo pomposo con el que lidiar —murmuro.

Mark se mete el portátil bajo el brazo.

—¿Estás bien?

Suspiro, recogiendo mis cosas.

—Sí.

—¿Segura? —insiste, haciéndome cautelosa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Nada. Solo... —Se encoge de hombros—. Has parecido, no sé, no tú misma últimamente. Distraída.

Primero David me acusa de estar de mal humor, ¿y ahora Mark? Agacho la cabeza mientras recojo mis cosas, sobre todo para ocultar otro sonrojo de mis mejillas.

—Es que tengo muchas cosas en qué pensar. Ya sabes, el proyecto Waterway... —Mentira—. El Marquee. —Mentira—. Y esta mierda de Tripp. Está empeorando. —Mentira parcial.

Técnicamente, todas esas cosas son reales y deberían estar dominando mi atención y elevando mis niveles de estrés. «Debería» es la palabra clave. Pero la verdad es que, si estoy distraída, es porque mi atención sigue enganchada en el nuevo guardia de seguridad, mis pensamientos se demoran en el pasado.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Mark asiente lentamente, como si comprendiera.

—*Håret i postkassen.*

—¿Perdón?

Ofrece una tímida sonrisa.

—Es algo que decía mi abuela. Es un proverbio danés. Significa «tienes el pelo atascado en el buzón».

—¿Qué?

Sonríe.

—Te has encontrado con un problema complicado.

—Oh. ¿Con Tripp? Sí, supongo que sí. Solo que no sé qué hacer con él. Está claro que nunca me aceptará como su superior.

—*Få hul på bylden.*

Espero la traducción con las cejas levantadas.

Mark se encoge de hombros.

—«Ataca el problema desde la raíz».

Me estremezco ante la imagen mental que desprende.

—¿Así que tu abuela cree que si ataco a Tripp, quizá con una aguja larga y afilada se irá?

Se ríe entre dientes.

—Aprendería a mantener la distancia.

—Definitivamente me haría sentir mejor —suspiro, levantando mi cansado cuerpo de la silla.

—¿Vas a comer, señorita Calloway? —pregunta Gus mientras tira el envoltorio de su hamburguesa Alejandro's a la papelera detrás de él. El hombre rara vez abandona el escritorio, ni siquiera para comer.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Y una reunión. —No quiero suspirar al ver la silla vacía a su lado, pero se me escapa de todos modos.

—Acabas de perdértelo. Fue a comprobar algo en el estacionamiento.

Por supuesto que sí. Mi mirada se desvía hacia el mueble con monitores detrás del escritorio, hacia las pantallas que muestran los ascensores. No hace falta ser un genio para darse cuenta de lo que está pasando.

Estamos en la tercera semana y Kyle ya me evita, huyendo en cuanto me ve bajar. Se va a probar una alarma, a patrullar el edificio o a mear. Cualquier cosa para no tener que verme, parece.

Me enfado, pero lo dejo a un lado.

—¿Cómo te va hasta ahora con él?

—No hay quejas. Es puntual, disciplinado, tranquilo. Se toma en serio su trabajo.

Nada que ver con la versión que yo conocía.

—Bien. Bueno... —Holgazanear aquí hablando de Kyle se siente incómodo—. Nos vemos luego. —Me doy vuelta para irme.

—He oído que pidió su traslado para acá, desde San Diego —dice Gus.

«San Diego». Así que allí fue. ¿Ha estado allí todo este tiempo?

Siento la mirada fija de Gus sobre mí, como esperando mi reacción.

—Tiene sentido. Lennox es una gran ciudad. Entiendo por qué se ha mudado —digo con indiferencia. ¿Por qué se mudó? ¿Por su novia, tal vez?

—Esta ciudad no. «Este edificio» —aclara Gus, limpiándose la boca con una servilleta—. Por lo visto, lleva tiempo intentando entrar aquí. Puso una solicitud de traslado en Recursos Humanos de Rikell para este edificio.

Frunzo el ceño.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Para cuántos edificios de la ciudad se encarga Rikell de la seguridad?

—Quince. Veinte. Algo así. — Los ojos de Gus me estudian mientras intento procesar esta información.

Si fuera Lennox a donde Kyle quería mudarse, aceptaría un traslado a cualquiera de esos edificios. Entonces, ¿por qué querría trabajar en este en concreto?

A menos que...

—Debió de haber algo en este lugar que le hizo querer venir aquí —dice Gus, como si leyera mi mente.

—Sí. La arquitectura —murmuro distraídamente, más confusa ahora que antes.

Algo.

O alguien.

—Sí. La «arquitectura». —Un brillo de complicidad brilla en los ojos de Gus, pero su ceño está fruncido por la preocupación—. ¿Algo que deba saber?

¿Qué diría Gus si supiera todo lo que yo sé sobre Kyle? ¿Si supiera toda nuestra historia?

¿Sería tan rápido para lanzar palabras amables sobre él?

—Sí. Lo hay. —Me inclino, como para compartir un secreto—. Estas hamburguesas son terribles para ti. Empieza a comer más sano.

Su risa me sigue mientras me dirijo a las puertas principales, con la mente en blanco.

¿Por qué iba Kyle a hacer el esfuerzo de cruzar el país para trabajar en mi edificio, para luego mantenerme a distancia?

«¿Qué demonios estás tramando, Kyle?»

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 10

Antes

2006, Campamento Wawa, primera semana.

—¡Muy bien! Así que todos hemos aprendido algo importante del fiasco de anoche —comienza Darian, tras haber acorralado a todo el equipo de monitores en el campo junto al pabellón. Mientras tanto, los campistas se distraen con panqueques y salchichas, y versiones exageradas de la bestia vampírica alada que intentó matar a las ocupantes de la Cabaña Nueve.

Hace una pausa para mirar al grupo, con los dedos índices apuntando visiblemente. Es su movimiento característico antes de pedir la participación del público.

—¿Quién puede decirme qué era?

—No corras hacia una cabaña llena de niñas dormidas gritando: «¡Sálvese quien pueda antes de que las mate el murciélago!» —grita Colin, un chico alto de pelo oscuro. Todos los monitores se ríen.

Todos excepto Christa.

—¡Yo no dije eso! —estalla indignada, con la cara calentándose a juego con el color de su camiseta del campamento—. Eso no es lo que ha pasado.

—No. Bueno, sí, Colin, «técnicamente» no te equivocas, nunca deberías decir nada en ese sentido. Y tal vez podría haber habido una manera más ordenada de despertar a las niñas para hacer frente a la situación de anoche —Darian amenaza, levantando la mano en el aire para detener las siguientes palabras en defensa de Christa.

A los pocos segundos, la pequeña Teegan levantó la vista y vio el cuerpo enjuto y negro acurrucado en un rincón justo encima de su

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

cabeza, a solo medio metro de distancia. Pronto se unió un coro de gritos estridentes, mientras nos apresurábamos a bajar a las cinco chicas que dormían en las literas de arriba para que se pusieran a cubierto en la parte de abajo.

Los siguientes segundos, cargados de ansiedad, parecieron transcurrir a cámara lenta, mientras el murciélago se elevaba y revoloteaba alrededor de la cabaña durante unas cuantas vueltas antes de lanzarse en picado hacia Christa. Armadas con nuestras almohadas, nos turnamos para golpearlo hasta que finalmente atravesó la puerta abierta y se dirigió hacia los árboles.

Pero el daño ya estaba hecho: diez niñas aterrorizadas que tardaron horas en volver a dormirse, junto con el descanso perturbado de los otros noventa campistas a los que despertó la aguda alarma. Además, Darian, por supuesto, cruzó a toda velocidad el campamento en un carrito de golf, vestida con un camisón de Elmo y botas de montaña, con el pelo corto y rubio de punta, para averiguar qué estaba pasando.

—Aprovechamos a recordar que hay que cerrar bien la puerta de la cabaña cuando se va al baño por la noche, ¿de acuerdo? —dice Darian—. ¡Simple error, lo entiendo! Pero, ¿saben qué? Estamos en el bosque, ¡y los murciélagos viven en el bosque! Es parte de la naturaleza. No pasa nada. Podemos coexistir en armonía, siempre que no se metan en nuestras cabañas.

Mis ojos parpadean hacia Christa antes de desviarlos hacia la hierba. Cuando Darian me preguntó qué había pasado exactamente, me preparé para los problemas. Supuse que Christa me delataría por haberme escapado para quedar con Kyle.

Pero, en lugar de eso, siguió con la mentira, asintiendo enérgicamente cuando le expliqué que había visto entrar al murciélago justo cuando yo volvía. Quizá se sintió en parte responsable, porque fue quien dejó la puerta abierta. En cualquier caso, al menos no me tiró debajo del autobús a la primera oportunidad que tuvo.

Darian hace otra pausa dramática y señala con el dedo índice.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Y por qué no queremos murciélagos en nuestras cabañas por la noche, aparte de lo espeluznante que son obviamente?

Avery suelta un aullido y luego:

—¡Qué asco, Eric! —Las cabezas giran para ver a Eric cerniéndose sobre su hombro desde atrás, con una espumosa sustancia blanca goteando de su boca y sobre su camiseta. Hay otra ronda de risas alrededor del grupo.

—Porque los murciélagos tienen rabia —dice Kyle inocentemente, mientras Eric sostiene una lata de crema batida y traga y le sonríe a Avery.

—¿Cómo has conseguido...? —Darian sacude la cabeza—. No importa. Sí, Kyle, tienes razón. Los murciélagos pueden transmitir la rabia y, aunque los casos son raros, no podemos tener murciélagos rondando a nuestros niños dormidos. Los murciélagos tienen dientes muy pequeños y es posible que los niños no se den cuenta de que los han mordido, sobre todo cuando duermen tan profundamente después de sus días aquí. Estamos bastante seguros de que ninguna de las niñas entró en contacto con nuestro amiguito peludo anoche gracias a la rápida actuación de nuestras monitoras...

—¡Sálvese quien pueda! —grita el chico llamado Colin.

—Pero —le dice Darian con una mirada de advertencia—, si no se hubieran dado cuenta enseguida, habría pasado toda la noche ahí dentro con ellas.

Me estremezco al pensarlo.

—Entonces estaríamos ante una situación muy diferente, que implicaría llamadas a casa y muchas vacunas. Así que por favor recuerden, mantengan las puertas de sus cabañas cerradas, reporten cualquier rasgadura en las mallas de las ventanas y comencemos todos a hacer revisiones visuales alrededor de nuestras cabañas antes de apagar las luces de ahora en adelante, solo para estar del lado seguro. ¿De acuerdo, todos?

Murmullos de acuerdo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Genial. Además... Anoche me di cuenta de que faltaba uno de nuestros carritos de golf. Todos saben que los carritos de golf no se usan por la noche salvo para emergencias. No tengo conocimiento de ninguna otra emergencia anoche, así que quienquiera que olvidara esa regla y lo tomara prestado... —Sus agudos ojos azules flotan entre Eric y Kyle, que están estudiando sus zapatos—. Por favor no lo vuelvan a hacer. De acuerdo. —Darian da una palmada—. ¡Hora de terminar de desayunar y ponernos en marcha! Va a ser otro día caluroso y soleado.

Los monitores se dispersan a paso lento, la promesa de un calor sofocante no es tan motivadora como Darian parece creer que debería ser.

Kyle se queda rezagado para ponerse en fila conmigo, su caminar es más un contoneo, sus pulgares metidos casualmente en los bolsillos de sus pantalones cortos.

—Parece que te divertiste más que yo anoche.

—Si así quieres llamarlo. —Me duelen los ojos por la falta de sueño y estoy segura de que mis ojeras coinciden con las de Christa—. Intenté escabullirme después de que Christa se durmiera.

Su pecho se levanta con un profundo suspiro de alivio.

—Eso tiene más sentido —murmura y luego sonrío.

Frunzo el ceño.

—¿Más sentido que qué?

Se encoge de hombros, rozando el mío contra el suyo.

—Pensé que tal vez habías cambiado de opinión.

—¿Sobre qué? ¿Saltar de noche por un acantilado? —me burlo—. Nunca.

Agacha la cabeza y una tímida sonrisa se dibuja en sus labios.

—Eso, o... no sé, ¿sobre «esto»?

«Esto», nosotros.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

No puedo evitar reírme ante la sugerencia. ¿Acaso Kyle no siente mi mirada clavada en él cada vez que está en mi campo visual? ¿No se da cuenta de la estúpida sonrisa que se apodera de mi cara cada vez que nuestros ojos se cruzan?

Suelta una risita suave y se encoge de hombros.

—No lo sé. Estaba ahí de pie, esperándote, y empecé a pensar, y... sí no... —Sus hermosos ojos fundidos se vuelven a encontrar con los míos y veo en ellos una vulnerabilidad que no había visto antes. O quizás no estaba ahí antes. Tal vez fue necesario que estuviera de pie en el camino, en la oscuridad, esperándome, para que la duda se sembrara.

Si nuestros papeles se hubieran invertido, si yo hubiera sido la que esperaba y él no hubiera aparecido... Solo de pensarlo se me revuelve una punzada en el estómago. Y eso me dice dos cosas: una, que ya me estoy enamorando de Kyle.

Y dos: que no soy solo yo.

Se me acelera el pulso y extendiendo las yemas de los dedos sobre su antebrazo.

—No, definitivamente no es eso. Solo intentaba evitar que Christa me interrogara —y añadido, más para mí—. En lo que he fracasado estrepitosamente.

Su mano se desliza alrededor para suavizar la parte baja de mi espalda, muy rápidamente, antes de caer a su lado.

—¿Qué te ha dicho?

Mis ojos se desvían hacia el pabellón, hacia la mesa de *picnic* rosa caramelo de la Cabaña Nueve. Christa está de pie junto a las campistas, con las manos en las caderas, evaluando sus platos para decidir si han comido suficiente. Anoche dijo muchas cosas, pero lo más inquietante, sobre lo que aún no he podido obtener más información, es con lo que terminamos.

—Que mentiste sobre ese robo.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

—¿Qué? —Sonríe, y su mirada se desvía hacia ella—. No sabe de lo que habla.

Es más calculador que curioso, me doy cuenta, estudiándolo de cerca, con el ceño fruncido por la cautela.

Se pregunta qué sabe ella.

Lo que significa que hay algo que saber.

Lo observo mientras digo:

—También me dijo que te preguntara por tu padre.

No puede ocultar su reacción lo bastante rápido, la forma en que se le cae la sonrisa y el pánico relampaguea en sus ojos, antes de suavizar su expresión.

—¿Qué querría decir? —pregunto tan despreocupadamente como puedo.

Su mandíbula se endurece por la tensión mientras mira fijamente a Christa desde el otro lado. Ella debe de notarlo porque nos mira, sus ojos se entrecierran hacia él en un desafío silencioso antes de apartar la mirada.

—¿Qué más ha dicho? —pregunta en voz baja.

Jugueteo con la idea de mentirle, pero decido no hacerlo. Kyle es demasiado listo para eso y dudo que le guste que le mienta.

—Que es la única aquí que sabe la verdad sobre ti.

Sus hombros se hunden.

Un sentimiento inquietante comienza a apoderarse de mí.

—Muy bien, oficialmente estoy empezando a enloquecer. ¿Qué ha pasado? ¿Hiciste algo?

—No, no he hecho nada. Es que... —Sacude la cabeza y vuelve a suspirar—. Es mi familia.

—¿Qué pasa con ella?

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

—Es... —Su garganta se sacude con un trago difícil—. No es como la tuya. Ni como la de los demás, supongo. —Los niños empiezan a levantarse y a llevar los platos sucios a los carritos cercanos. Pronto saldrán a la carga—. Mira, ¿podemos hablar de esto más tarde?

—Supongo. Mientras me digas qué está pasando. —Porque ahora que las preguntas están ahí fuera, no tener las respuestas me volverá loca.

Suspira.

—Encuéntrame en el sendero esta noche. Te lo contaré todo. —No hay duda de la resignación en su voz.

Lo veo alejarse hacia sus niños, con la cabeza gacha.

¿Qué le pasa a su familia?



Esta vez no me molesto en intentar escabullirme.

Siete minutos después de apagarse las luces, cuando la última niña se ha dormido, me deslizo por la escalera y me pongo la sudadera.

La linterna de Christa ilumina su libro abierto, pero siento su mirada clavada en mí.

—Voy a hablar con él —susurro, y salgo, cerrando la puerta tras de mí.

No me detiene.

Me apresuro por el sendero, con los brazos enroscados alrededor de mi cuerpo cansado. El campamento está inquietantemente silencioso por la noche, los abetos y las cicutas proyectan sombras ominosas contra las luces de la propiedad.

Kyle está esperando donde dijo que estaría, apoyado contra un árbol, un cigarrillo ardiendo entre sus dedos.

—Hola.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Se me revuelven las mariposas en el estómago. De repente me siento extrañamente tímida.

—Hola.

Espero que me atraiga hacia él y me bese en los labios, pero se contiene.

—¿Christa te ha vuelto a dar problemas?

—No.

—Bien. Vamos. —Hace un gesto con la cabeza hacia su izquierda y me fijo en el carrito de golf.

—Pensé que no se nos permitía usarlos después de apagar las luces.

—¿Quieres caminar hasta allí? —Señala hacia el sendero oscuro y boscoso.

Sacudo la cabeza y me deslizo dentro.

—¿Hay alguna regla que realmente sigan en Wawa?

—Hum... —Parece pensárselo mucho—. Déjame pensar. No se me ocurre ninguna en este momento.

Me rio mientras salimos, recorriendo el mismo camino serpenteante entre los árboles, con la única luz de los faros del carrito. El trayecto hasta el acantilado no es tan largo como parecía la primera vez. Estacionamos y salimos en cuestión de minutos. Kyle utiliza una de las linternas con pilas del campamento para guiarnos por el estrecho sendero, hasta que llegamos a la misma gran roca de la última vez que estuvimos aquí. Coloca la linterna en un pico de piedra más alto, dejando que bañe la zona con una luz tenue.

Hay un silencio inquietante por la noche. Decido que prefiero el día. Aunque me sentaría aquí bajo un aguacero torrencial si eso significara estar con Kyle.

Se mete otro cigarrillo en la boca.

—Sabes que fumar es malo para ti, ¿verdad?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Eso me han dicho. —Capto su sonrisa en el destello de su mechero cuando enciende la punta.

—¿No hay salto de acantilado esta noche?

—¿Quieres ir? —pregunta entre resoplidos, con su intensa mirada clavada en mí—. Podemos ir.

Contemplo el cielo oscuro, la luz de la luna que se filtra entre las nubes. Por muy aterrador que fuera a la luz del día, dudo que tuviera el valor de saltar en la oscuridad.

—¿De verdad saltaste anoche?

—No. No estaba de mucho humor.

Porque me estaba esperando. Porque pensó que lo había abandonado.

Un silencio incómodo se apodera de nosotros, esta brecha que Christa logró deslizar entre nosotros es efectiva.

—Entonces... —¿Dónde empezar esta conversación, para que pueda poner mi mente y mis nervios a descansar?—. Tu padre es un espía del gobierno. ¿Es eso?

Se ríe suavemente.

—Eso sería genial.

—¿Asesino?

—Eso sería aún más genial.

He estado pensando en esto todo el día, mientras intentaba averiguar qué haría que la sonrisa de Kyle cayera tan rápido cuando mencioné a su padre. Sea lo que sea, no puede ser bueno.

—¿Está vivo?

—Sí —y añade en voz más baja—. Desgraciadamente.

Solo se me ocurre otra cosa, una cosa que podría hacer que Kyle se avergonzara de contarme.

Trago saliva.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿En prisión?

El largo tramo de silencio me responde.

Me acerco a él y le pongo la mano en el antebrazo.

—No importa. No es para tanto.

—Cierto. —Se ríe entre dientes—. ¿Dirías eso si tu padre estuviera con el uniforme anaranjado ahora mismo?

Eso me da que pensar. En primer lugar, no puedo imaginar a mi padre entre rejas. ¿Alguna vez ha hecho algo para merecer estarlo? No, no me lo imagino. Siempre está hablando de principios y moralidad.

—Entonces, ¿por qué está ahí tu padre?

—¿Importa?

—Sí. A un amigo de mi padre lo atraparon por amañar las finanzas de su empresa para conseguir más dinero del banco. Fue deshonesto y, por supuesto, ahora nadie hace negocios con él, pero aún lo veo por ahí a veces. La gente sigue hablando con él. —No mi padre, claro, pero no necesito compartir esa parte—. Y la gente acaba en la cárcel por causar accidentes de auto que matan a gente. Es horrible, pero no es lo mismo que alguien que mató a diez personas y se comió sus órganos. Quiero decir, eso sería malo.

—Sí, sobre eso... —Kyle guarda silencio. Durante demasiado tiempo.

—Dios mío. —Se me cae el estómago.

—Estoy bromeando. —Alarga la mano para apretarme el muslo—. En serio, estoy bromeando.

Le doy un codazo suave en el costado, pero gimo de alivio.

—Entonces, ¿por qué está ahí?

—Vamos a ver. —Da una larga calada a su cigarrillo—. Robó un montón de material de la constructora para la que trabajaba y lo revendió. Sobre todo herramientas.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Eso no es tan malo. Quiero decir, nadie salió herido, ¿verdad?

—Estoy seguro de que tenían seguro —coincide—. Pero también está la estafa, en la que robó a un grupo de ancianos los ahorros de toda su vida, lo que realmente pareció enojar al juez.

Me estremezco sin poder evitarlo.

—¿Les robó a ancianos? Pero, eso es como si...

—Está a la altura de robar medicamentos a niños enfermos. No te preocupes, puedes decirlo. —Kyle pateo una piedra suelta—. Mi padre es un delincuente.

Trato de imaginarme el tipo de hombre que haría eso, cómo es, cómo habla, qué verías cuando lo miras a los ojos, y no encuentro nada. Nunca he conocido a alguien tan vil.

—¿Cuándo ocurrió eso? —pregunto en voz baja.

—Hace siete años. Yo tenía diez. Fue la última vez que vine aquí. No pude permitírmelo después de eso.

Ashley dijo que él y su hermano dejaron de venir. Supongo que ahora sé la razón.

Kyle ya ha consumido un cigarrillo. Enciende otro.

—Por aquel entonces vivíamos en Albany. Mi madre trabajaba en IHOP. La despidieron porque el dueño pensó que debía de saber lo que hacía mi padre. Dijo que no podía confiar en ella.

—¿Y sí? Lo sabía, quiero decir.

—Nunca lo ha admitido, pero definitivamente tenía que saber que él estaba haciendo algo turbio. Recuerdo un día que llegó a casa un sábado por la noche con un buen fajo de billetes. Tenía una lata grande de café donde lo metía y luego lo guardaba en el armario encima del refrigerador. Le pregunté por qué no lo metía en el banco. Se rio y dijo que a veces hay que esconder el dinero. Así que sí, yo diría que lo sabía. Pero, ¿sabía que robaba a ancianos? —Se encoge de hombros—. Actuó horrorizada cuando empezaron a correr las noticias, pero creo que podría haber sido una actuación. Ella lo visita.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Estudia un corte en su dedo índice—. Aunque finalmente dejó de intentar que yo también fuera.

No sé qué decir, así que no digo nada y, en su lugar, paso suavemente una mano por su espalda. Su tensión prácticamente vibra bajo mi palma. No debe de gustarle mucho hablar de eso.

—Antes de que detuvieran a mi padre, las cosas iban bien. Después, sin embargo, todo se fue a la mierda. Nos echaron de casa unos meses después, por no pagar el alquiler. Nos mudamos a Poughkeepsie, porque es donde creció mi madre y está más cerca de Fishkill, donde está mi padre. Nos quedamos con mis abuelos en su pequeño *bungalow* durante unos meses hasta que mi madre consiguió un trabajo de recepcionista en una tienda de neumáticos. Ahora estamos en un apartamento, encima de un 7-Eleven. Ya sabes, en uno de esos centros comerciales.

—Lo siento mucho.

Se ríe suavemente.

—¿Sobre vivir encima de un 7-Eleven?

—¡No! Quiero decir sí, pero por «todo».

—Sí. Apesta. Por eso me gusta venir a Wawa. Es tranquilo aquí. Puedo ser alguien diferente. Alguien que no tiene a la mitad de su familia en prisión.

Frunzo el ceño.

—¿La mitad?

—Ah, sí. Olvidé la mejor parte, ¿verdad? —Su mirada se pierde hacia el cielo negro—. Mis dos hermanos mayores están en la cárcel por intentar robar un puto banco.

Me quedo con la boca abierta. Agradezco la oscuridad.

—¿Estas... hablando en serio? —¿O estoy jugando sin querer a otra ronda de dos verdades y una mentira?

—Búscalo. «Periódico Poughkeepsie». Hicieron una gran portada con los tres juntos. Se titula «El gen criminal viene de familia». —Pasa

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

una mano por delante de él de forma dramática; su voz está cargada de amargura.

Solo había mencionado a un hermano pequeño antes.

—Pero pensé que habías dicho...

—Sí, mentí. Lo siento. Tengo tres hermanos. Solo me gusta fingir que dos de ellos no existen. —Apaga el resto de su cigarrillo contra la roca.

—Así que esa historia sobre estar envuelto en un robo a mano armada la primera noche...

—Era verdad. Estuve envuelto en un robo a mano armada. Solo omití algunos detalles clave. Como la parte en la que los idiotas de mis dos hermanos me dijeron que me quedara en el auto mientras ellos entraban a pagar unas facturas y cómo no les hice caso. Gran sorpresa, ¿verdad? Pero era enero y hacía frío, y la calefacción del auto apenas funcionaba, así que dije «a la mierda» y entré, y me encontré a los dos con medias sobre la cabeza, apuntando con pistolas a los cajeros. Supe enseguida que eran ellos por sus voces. Fue surrealista... —Mueve la cabeza lentamente, como si lo estuviera repitiendo—. Empezaron a gritarme por no escuchar. Al parecer, necesitaban que esperara en el auto para poder llevármelo cuando salieran corriendo —resopla—. Luego me gritaron que vigilara al guardia de seguridad para asegurar que no hiciera nada raro. El pobre tenía sesenta y siete años y le habían quitado la pistola nada más entrar. No iba a hacer nada.

»Les dije que se largaran de allí antes de que se metieran en más problemas. No escucharon... —No escucharon—. No sé cuál era su plan, pero se fue a la mierda, rápido. Alguien activó la alarma para llamar a la policía y el lugar fue rodeado en poco tiempo. Se rindieron.

—¡Dios mío! ¡Es una «locura», Kyle!

Estudia el suelo.

—Sí, esa es una palabra para ello.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Intento imaginarme a Rhett delante de un cajero con una pistola en la mano, o algo igual de loco, pero no puedo.

—¿Qué pasaba por tu cabeza durante todo eso? ¿Tenías miedo de que le hicieran daño a alguien? Quiero decir, son tus hermanos.

—¿Sinceramente? —Su risita es baja y suena tímida—. Recuerdo que me preguntaba de dónde habían sacado esas medias. Si salieron a comprarlas o las cogieron de la cómoda de nuestra madre.

Suelto una carcajada y él se une, liberando parte de la tensión del ambiente que nos rodea.

—¿Y qué pasó después?

—La policía pensó que yo estaba implicado, así que me arrestaron. Fue entonces cuando me asusté. Pensé que yo también acabaría en la cárcel. Pero retiraron los cargos después de revisar las cintas de seguridad y las declaraciones de los testigos.

—¿Y tus hermanos?

—Acaban de ser sentenciados hace unas semanas. Nueve años. Saldrán más o menos al mismo tiempo que mi padre. Max tendrá treinta, Ricky tendrá treinta y dos.

—Piensa que si no hubieras entrado cuando lo hiciste, te habrías llevado el auto. —Si los hubieran atrapado, Kyle sería cómplice de un robo a mano armada. También habría acabado en la cárcel, o en un centro de menores, dada su edad.

No estaría sentada aquí con él ahora mismo.

Me recorre un suspiro de alivio.

—Ahora ya sabes por qué finjo que no existen —murmura con ironía.

Incluso Rhett parece un santo en este momento, a pesar de los estragos que ha causado en nuestra familia.

—¿Al menos se disculparon?

Se encoge de hombros.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—A su manera. Pero realmente nos jodieron las cosas a Jeremy y a mí. Ahora, cada vez que hay un robo en el colegio o en el barrio, automáticamente nos señalan con el dedo. Incluso ha venido la policía a nuestro apartamento diciendo que fulano de tal vio a uno de nosotros por la zona en ese momento. Por suerte, tenemos pruebas de que no era así. No sé qué va a pasar la próxima vez, cuando no las tengamos —suspira—. Así que ahora sabes la clase de basura que soy, Piper. Somos esa familia. Cada pueblo tiene una de ellas. En la que no puedes confiar, que sabes que es solo cuestión de tiempo antes de que hagan alguna mierda turbia.

—Pero tú no eres como tu padre o tus hermanos —me apresuro a argumentar.

Se ríe, pero no hay alegría en el sonido.

—¿Cómo sabes que no lo soy?

—Simplemente lo sé —digo con convicción, ahuyentando esa vocecita en el fondo de mi cabeza que se pregunta si podría estar equivocada.

Traga saliva con dificultad en la silenciosa noche mientras rebusca en su paquete de cigarrillos y saca otro. Se lo lleva a los labios, pero se lo deja ahí, sin encender.

—Encontré una cucaracha muerta en la caja de Cheerios la mañana que salí para venir aquí. Apuesto a que tú nunca podrías decir eso.

Me doy la vuelta para ocultar mi vergüenza. Nunca he visto una cucaracha, viva o no.

Lanza la mano libre hacia el suelo.

—Llevo estas zapatillas de correr de mierda porque no puedo permitirme unas nuevas hasta que me paguen. Mi parachoques está sujeto con cinta adhesiva. ¿Y lo mejor de venir al campamento? No estoy comiendo sándwiches de mantequilla de maní y fideos ramen cinco días a la semana. —Finalmente cede y enciende el cigarrillo. El tercero.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Ojalá supiera qué decirle para consolarlo, pero no tengo ni idea. Habla de un mundo que desconozco por completo y no es lo que mi madre considera una vida «normal».

Es francamente «pobre».

Me trago mi lástima, porque sé que no la quiere.

—¿Alguien más aquí sabe de tu familia? —Ashley no, o habría dicho algo. ¿Lo sabe Avery?

Sacude la cabeza, con la mirada perdida en la oscura lejanía.

—Ni siquiera se lo dije a Eric. Era agradable, ya sabes. Que nadie supiera nada de mí. Me gustaba así.

Y ahora sé algo grande.

—No diré una palabra a nadie. Lo prometo.

Examina la punta del cigarrillo encendido que tiene entre los dedos.

—En realidad ya no importa, ahora que Christa lo sabe. No vive muy lejos de mí. Debió de ver el artículo y sumó dos más dos.

—No creo que tengas que preocuparte por ella. Ni siquiera quería decírmelo. En realidad se contuvo.

—Vaya. Christa reteniendo su opinión. Es la primera vez. —Su voz gotea sarcasmo.

Siento una punzada de culpabilidad.

—También me cubrió anoche. Con Darian. —Aunque el fiasco del murciélago no habría ocurrido en primer lugar si no hubiera tratado de detenerme.

Sus labios se tuercen pensando y cuando vuelve a hablar, su tono es mucho más suave.

—Debes gustarle mucho.

Puede que Kyle no quiera compasión, pero no puedo evitar ofrecerle consuelo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No te preocupes tanto porque la gente se entere. A nadie le va a importar. —Le doy un codazo en el hombro—. Sé que a mí no.

—¿En serio? —Inclina la cabeza para mirarme, y apenas puedo distinguir su cara en la penumbra—. ¿A la chica que salió con el capitán del equipo de *rugby* no le importa que su nuevo chico sea básicamente basura blanca?

Suspiro exasperada.

—¡Deja de decir eso! Tú no eres basura blanca. —Frunzo el ceño—. ¿Y olvidaste que mi ex era un gran imbécil? Tener padres ricos no te convierte automáticamente en mejor persona.

—Buen punto. —Patea una piedra suelta—. ¿Pero qué diría tu madre si supiera que estás aquí ahora mismo conmigo?

—¿Mi madre? Ya sabe que estoy... —Corto la frase, sintiendo cómo se me sonrojaban las mejillas. Mi madre me vio prestarle atención de más a Kyle. «Así que va a ser el chico con el estilo Mohawk, ¿no?» dijo, y no le molestó en absoluto. Por otra parte, ella no sabía nada de su hábito de fumar o de sus tatuajes o que la mitad de su familia inmediata está entre rejas—. A ella no le importaría.

—Claro... —murmura Kyle, como si leyera la duda en mis pensamientos. Vacila y, cuando vuelve a hablar, lo hace con voz suave—. ¿Te hace desear no haber aceptado mi reto la primera noche aquí?

«Cuando anuncié que tengo un gran enamoramiento por Kyle delante de todos».

—No, para nada. ¿Por eso no querías que lo supiera? ¿Pensaste que ya no querría estar contigo?

Inclina la cabeza y murmura en voz baja:

—Algo así.

—Bueno, entonces... no puedes leer a la gente tan bien como crees. Deja escapar un largo suspiro de alivio y se inclina hacia mí.

El corazón empieza a latirme con fuerza en el pecho.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Pero se detiene.

—Lo siento. —Levanta el cigarrillo.

—No me importa. —Aprieto mi boca contra la suya con determinación, para demostrarle lo poco que me importa. Me deleito con la suavidad de sus labios, incluso teñidos de tabaco.

Se echa hacia atrás de repente, para dejar caer el cigarrillo al suelo y molerlo con la punta del pie.

Y entonces se mueve rápidamente hacia mí, gira su cuerpo, una mano se desliza para acariciarme la nuca y la otra me agarra por la cintura.

Este beso no tiene nada de tentativo ni de burlón, su boca choca contra la mía con un toque de desesperación. Me invita a que abra los labios y desliza la lengua en mi interior para que se mueva con la mía.

Durante todo el día he tenido que contener mis manos, pero ya no tengo que hacerlo. Dejo que mis dedos recorran su cuerpo, familiarizándome con el cuerpo delgado que llevo días deseando tocar libremente.

Respira hondo cuando mis dedos se deslizan bajo su camiseta, disfrutando del calor de su piel. Engancha una mano bajo una de mis rodillas y me sube a su regazo para que me siente a horcajadas sobre él. La piedra bajo mis espinillas es dura e incómoda, así que retuerzo el cuerpo para apoyar mi peso en sus muslos. Sus manos se deslizan por mi trasero, las puntas de sus dedos recorren el dobladillo de mis pantalones cortos y me acarician los muslos. Le doy un tirón a la camiseta, ansiosa por arrancársela, con la boca apretada contra él y el cuerpo deseoso de más.

Me acerca más, hasta que nuestros pechos quedan al ras. Su corazón late con fuerza y en respuesta me aprieta aún más.

Por instinto, muevo las caderas contra él, y el dolor de mi bajo vientre se agudiza aún más. Desaparecen todas las dudas, todas las restricciones, se acalla la voz de la razón.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Gime y sus manos suben por debajo de mis pantalones cortos para agarrarme el trasero. Me aprieta y tira de mis caderas contra las suyas.

Y quiero más. Quiero todo de él.

Nuestras bocas se sueltan al mismo tiempo, como si ambos nos diéramos cuenta de lo lejos y rápido que puede llegar esto esta noche, aquí mismo, en lo alto de esta roca, si no mostramos algo de control.

—Guau. —Se ríe.

Suelto una risita.

—Lo sé.

Se inclina para presionar su frente contra la mía, sus manos encuentran ahora un lugar seguro en la roca a su lado.

—Tenemos todo el verano.

Recorro su mandíbula con la punta de los dedos.

—Sí. Definitivamente.

—Y este no es el lugar más cómodo.

—No, no lo es. —Le rozo el aro del labio con la lengua y gime suavemente—. Mi madre tenía razón. Me va a «encantar» ser monitora de campamento —susurro, ganándome una carcajada.

Me coge la cara por los dos lados y me da un dulce beso en los labios.

—Y es solo el principio.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 11

Ahora

Mark llama a la puerta de mi despacho a las seis de la tarde. Le hago señas con la mano para que entre.

—¿Necesitas algo más antes de que me vaya? —Se quedaría aquí hasta medianoche si se lo pidiera y probablemente nunca se quejaría.

—Estoy bien, gracias. Me voy pronto de todos modos, a encontrarme con mi hermano para cenar.

Vacila.

—¿Algún seguimiento para mí después de tu llamada con Kieran?

«Sí. Empieza a buscar un nuevo trabajo para los dos». Puse una sonrisa falsa.

—No. Todo bien. —Llamé a mi padre a Los Ángeles y le pregunté a bocajarro si había dado el visto bueno a Tripp para hacer un trato con esa desconocida empresa KDZ. «Le dije a Tripp que viera lo que tenían que ofrecer» fue su respuesta. Durante una fracción de segundo, sentí una inmensa satisfacción, sabiendo que Kieran Calloway le arrancaría una tira del pellejo a Tripp por tergiversar sus deseos.

Y luego procedió a arrancarme una tira de pellejo, por dejar que Tripp me pisoteara.

Cuando terminamos la llamada, dudaba entre correr a casa para esconderme el resto del día o buscar a Tripp para rodearle el cuello con mis manos.

—Muy bien, entonces. Buenas noches. —Con una última sonrisa, Mark se echa el maletín al hombro y sale.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Por fin sola en esta esquina del edificio, sin nada más que el zumbido relajante de la oficina para hacerme compañía, cruzo los brazos sobre el escritorio y apoyo la frente encima.

Y suelto un fuerte gemido.

¿Qué demonios estoy haciendo en este trabajo? Quizá Tripp tenga razón. Quizá solo sea una fulana mimada de veintinueve años. Tal vez mi padre me ha consentido durante demasiado tiempo.

Siempre ha sido así. A los seis años, cuando le pregunté si podía diseñar nuestra nueva casa, me envió con una caja de lápices de colores y un bloc de papel. Por supuesto, mi diseño estaba totalmente fuera de escala y algunas cosas no eran prácticas, los siete pisos, el tobogán desde la planta superior hasta la cocina, la piscina en el salón, el delfinario en el baño principal, pero él tomó mis mejores ideas y las transformó en la casa de mi infancia, la casa en la que aún vive mi madre. Ella siempre ha dicho que si Kieran Calloway tiene un punto débil, soy yo, y empiezo a pensar que no se equivoca.

Debería haberme dejado tranquilamente gestionando proyectos durante los diez o quince años siguientes, hasta que fuera lo bastante mayor, lo bastante experimentada, para merecer quizá un puesto entre los hombres.

Es una admisión silenciosa que me revuelve el estómago de asco.

Cuando llaman a mi puerta, me levanto de golpe y mi mente se llena de excusas para no parecer que estaba durmiendo la siesta en mi mesa.

Hasta que veo a Kyle de pie al otro lado, con un paquete marrón en un brazo.

Sonriéndome.

Cada uno de mis problemas se evapora cuando mi corazón empieza a latir con fuerza y mis labios se curvan en una sonrisa tímida. Le hago señas para que entre, con la revelación de Gus persistiendo en mi mente.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

—Acaba de llegar esto para ti. —Todavía tiene esa ligera arrogancia, observo, mientras camina hacia delante para dejar la caja sobre mi escritorio, donde descansaba mi cabeza. Cae con un ruido sordo que indica que su peso es considerable.

Me aclaro la garganta, sin confiar en mi voz.

—No se espera que la seguridad entregue paquetes en mano. Pero gracias.

—Tu asistente iba de salida, así que le dije que te lo traería. —Su mirada recorre mi despacho de cristal: las fotos enmarcadas y los títulos que tengo encima del archivador, los bolsos que cuelgan del perchero, los pares de zapatos de tacón que guardo en la oficina por si necesito cambiarlos.

Miro con curiosidad la etiqueta de la caja. Es otro paquete de Rhett. He quedado con él dentro de una hora. ¿Qué necesidad tenía de enviarme esto antes de tiempo?

—¿Cuándo terminas tu turno? —pregunto, pasando las tijeras por las costuras de la caja.

—Ya he terminado. Me voy a casa.

¿A casa con su mujer? ¿Con su novia? Aún no lo ha dicho y no me atrevo a preguntárselo. O, más bien, no quiero. Así es más fácil negar la realidad.

Me llama la atención la pequeña placa rectangular con su nombre que lleva en la camisa.

—¿Así que ahora es Stewart?

—Sí. El apellido de soltera de mi madre. Pensé que era una buena idea dado mi historial familiar. —Su mandíbula se tensa, su mirada se desvía hacia mi alfombra persa.

—Sí. Supongo que tiene sentido —murmuro, hurgando en la caja. ¿Cuánto saben Gus y Rikell sobre la familia de Kyle? ¿Siguen en prisión los hermanos y el padre de Kyle? No recuerdo en cuánto tiempo dijo que estarían fuera. Tengo tantas preguntas que hacer que

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

no sabría por dónde empezar. Mis instintos me advierten que no haga ninguna. Por ahora.

Ha terminado su turno y aun así se queda mirándome.

—¿Pero qué...? —Arrugo la frente y saco el artilugio de madera y metal. Es una lámpara, obviamente, hecha de tubos industriales y una jaula de alambre, y la robusta base es un bloque de madera. Incluye una tarjeta con el logotipo de la tienda de mi hermano en la parte superior y una lista de la procedencia de los materiales—. Vaya. Esto era parte de una vía de tren. —Golpeo la base de madera.

Dentro hay otra cajita que contiene una bombilla Edison antigua. La saco y la enrosco.

—La hizo mi hermano.

—¿El que se fue a Tailandia?

—Yo... sí. Él. —Me invade una oleada de nostalgia—. Te acuerdas de eso.

La mirada de Kyle está ahora viendo hacia la ventana, en mi vista del centro de la ciudad.

—Gus lo mencionó.

De alguna manera lo dudo. Gus es muchas cosas, pero chismoso no es una de ellas, pero decido no desafiárselo.

—He quedado con Rhett para cenar esta noche —digo, desenrollando con cuidado el retorcido cable negro—. Ya ha vuelto. De Tailandia, quiero decir. Él y su mujer viven a una hora de Lennox. Han abierto una pequeña tienda que vende cosas recicladas y algunos días realmente lo envidio. —Ahora estoy balbuceando.

Siento los ojos de Kyle clavados en mí mientras busco la mejor manera de enchufar esta lámpara de escritorio.

—Aquí. —Se arrodilla delante de mi escritorio y me coge el extremo del enchufe. Las yemas de nuestros dedos se rozan durante un instante, lo que me produce una sacudida de conciencia, esas manos que pasaron mucho tiempo en varias partes de mi cuerpo,

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

hace tantos años, y luego pasa el cable por la abertura eléctrica de la esquina superior derecha hasta el panel de enchufes que hay debajo—. Queda un enchufe libre —murmura, y yo contengo la respiración, hiperconsciente de lo cerca que está de mis piernas desnudas bajo el escritorio, con la falda llegándome justo por encima de las rodillas.

Vuelve a levantar la cabeza.

—Inténtalo ahora.

Y me pierdo momentáneamente en sus hermosos ojos dorados, que me devuelven la mirada.

Me aclaro la garganta y pulso el sencillo interruptor de palanca plateado. La bombilla explota de luz.

—Supongo que mi hermano sí que sabe de electricidad. —Me acomodo en la silla para admirarla.

Excepto que no puedo mantener mi mirada allí por mucho tiempo. Nunca pude, en nada más, no cuando Kyle estaba cerca.

Kyle se levanta, alisándose el cuello de la camisa del uniforme, aunque está perfectamente recto.

¿Puede oír cómo me late el corazón? Siento que voy a explotar si retengo la pregunta por más tiempo.

—¿Por qué pediste el traslado aquí? —empiezo a preguntar al mismo tiempo que Kyle pregunta:

—Tú y Tripp Porter no se llevan bien, ¿verdad?

—¿Qué? No. La verdad es que no. —Frunzo el ceño con curiosidad—. ¿Por qué? ¿Qué has oído?

Sus labios se tuercen mientras parece pensar en explicarse.

—Estaba detrás de él hoy temprano, cuando se dirigía al estacionamiento. Estaba al teléfono, hablando con un tipo llamado Hank sobre un contrato tan bueno como el suyo. Dijo que Kieran Calloway valora sus consejos y que no se preocupara de que tú metieras tu... —Kyle frunce los labios, cortando las palabras que estaba a punto de repetir—. Que no arruinarás ese trato.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Mis oídos empiezan a latir con fuerza.

—De verdad... —Esto debe ser sobre el Marquee. Pero, ¿quién demonios es ese tal Hank? Por impulso, tecleo rápidamente «Hank KDZ Boston» en mi buscador. Y sacudo la cabeza cuando aparece un perfil del presidente de Constructora KDZ, Hank Kavanaugh—. Hijo de puta. ¿Qué demonios se cree que está haciendo? —murmuro, más para mí misma, sintiendo que las mejillas me arden de rabia.

Kyle cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Hasta qué punto es honrado este Tripp? —me pregunta de un modo que me hace pensar que tiene una opinión.

—No he tenido motivos para sospechar que no lo sea. ¿Por qué?

—Porque, justo antes de meterse en su auto, lo oí decir que quería sus quinientos en la cuenta el mismo día que se secase la tinta o lo mataría. —Kyle me observa con calma mientras proceso su afirmación.

—Quinientos... ¿Qué quinientos? ¿Está hablando de dinero?

Kyle me lanza una mirada cómplice.

—¿Estás diciendo que Tripp se está llevando un soborno por este contrato? —Mi voz es inquietantemente firme, en contraste con la tormenta que se avecina en mi interior. «¿Quinientos... mil?»

—Te estoy contando lo que oí. Pensé que querías saber lo que podría estar tratando de hacer a tus espaldas. Por lo que vale viniendo de mí... sí, definitivamente está tramando algo.

Y Kyle siempre tuvo un don para distinguir entre realidad y ficción.

Se dirige a la puerta.

—Te agradecería mucho que no metieras mi nombre en esto. Dudo que ayude con la credibilidad, si le llevas esto a tu padre.

—No... probablemente no. —¿Cómo reaccionaría mi padre si supiera que Kyle trabaja en nuestro edificio?

Kyle abre la boca para decir algo, pero luego parece cambiar de opinión.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Buenas noches, Piper. —Sale por la puerta y se pasea por el pasillo antes de que me dé cuenta de que por fin me ha llamado por mi nombre de pila y no «señorita Calloway».

—Buenas noches, Kyle —susurro en el silencio.

Como si oyera mis palabras, se vuelve para verme mirándolo fijamente y luego desaparece.

Dejándome para averiguar qué demonios se supone que debo hacer con esta información. Si Tripp se está llenando los bolsillos de dinero asegurando este contrato de construcción para Hank Kavanaugh, ¿por qué estaba dando largas a la puesta en marcha del Marquee hace menos de un mes?

Algo no cuadra.

Además, nunca obtuve respuesta a mi pregunta.

«¿Por qué has vuelto a mi vida ahora, Kyle?»



—No eres tan inteligente como te he dado crédito. —Rhett chupa las semillas de soja tiernas antes de tirar la vaina al bol de los descartes.

—¿Cómo así? —Le quito la mano de un manotazo cuando intenta coger otra ración. Llegó veinte minutos tarde a este restaurante vegetariano de tapas de moda, que él eligió, y ahora está comiendo el doble de lo que le corresponde.

Se echa hacia atrás en su silla con una sonrisa, cepillando a un lado su pelo rubio. Siempre lleva seis meses de retraso en el corte de pelo, intencionadamente. El tipo es la personificación del desenfado y contrasta mucho conmigo, hasta en su desgastada camiseta de concierto de metal y sus *jeans* deshilachados, sus Birkenstocks y el maletín hecho de neumáticos de bicicleta reciclados y botellas de plástico que cuelga del respaldo de su silla.

—Vamos, papá probablemente tenga una serie de mensajes pregrabados para poder dirigir la empresa *postmortem*.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Le lanzo una mirada fulminante a mi hermano.

Sube sus manos en señal de rendición. Sabe que no me gustan las bromas sobre la muerte, sobre todo después del infarto de papá.

—Todo lo que digo es que no se va a ir a ninguna parte pronto. Al menos, no por decisión propia y va a dirigir su empresa de la manera que siempre lo ha hecho, incluso contigo allí como su compañera. Le ha funcionado bien hasta ahora.

—Y para ti. —Le dirijo una mirada mordaz. Rhett puede permitirse pasar los días haciendo arte funcional con basura gracias a la implacable ética laboral de papá y a su tenaz afán de superación.

Pone los ojos en blanco, pero luego reconoce lo que digo con un suspiro y un movimiento de cabeza.

—De todos modos, si fuera por mí, despediría a Tripp mañana mismo. Me hierva la sangre que pueda ser tan desleal con papá.

—¿De verdad crees que el tipo aceptaría un soborno por un contrato de construcción?

—Me sorprendería —admito. Pero la confianza de Kyle es difícil de ignorar. Aunque tal vez sea porque quiero creerle. Tal vez ese sería el lado positivo del engaño de Tripp, un punto de partida para que Kyle y yo empecemos a hablar de nuevo.

Pero, ¿con qué fin?

—Parece que has tenido un buen día. —La mano de Rhett se mueve rápido, cogiendo tres vainas como si fuera un juego.

No sabe ni la mitad.

—No puedo ir con papá con esto. Ya está pensando que cometió un error promoviéndome.

—Kieran Calloway no comete errores así. —Rhett sonrío comprensivo—. No te habría puesto ahí si no supiera que podías soportarlo.

Resoplo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Antes no lo oíste destrozarme el tímpano por teléfono. Creo que ha cambiado de opinión.

—Lo dudo. Y, además, eres su única opción si quiere mantener el negocio en la familia.

—Sí. Gracias por eso, por cierto —murmuro sarcásticamente, apuñalando un bocado de coliflor frita. Hay días en los que envidio el estilo de vida relajado de mi hermano. Días en los que me siento en mi despacho y desearía que pudiéramos intercambiar los papeles, para que él pudiera quitarme de encima la carga de continuar el legado de nuestro padre, aunque solo fuera por un rato.

Pero la verdad es que no obtendría más satisfacción entretejiendo cables eléctricos a través de tuberías para hacer que las cosas se iluminen, ni Rhett al mando del equipo que va a construir un apartamento de treinta y dos pisos.

Ambos estamos exactamente donde debemos estar.

—Por favor. Si mañana le dijera que quiero volver a entrar, me diría que prefiere disolver la empresa antes que darme una oportunidad. Y, por cierto, no quiero tener nada que ver con ese mundo.

—Eso es porque estás demasiado ocupado fumando porros y jugando con cucharas de plata.

Sonríe.

—Búrlate de mí todo lo que quieras, pero ¿sabes cuántos de esos soportes para teléfonos hemos vendido? Probablemente los suficientes para pagar un par de esos zapatos ridículos y carísimos.

—Mueve el tenedor hacia mis Manolos—. ¿Cuánto costaban, mil? ¿Dos mil?

—Es curioso, creo recordar una época en la que solo salías con chicas que llevaban zapatos ridículos y carísimos.

Sonríe.

—Y entonces vi la luz.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Mi hermano era el arquetipo de chico rico de ciudad: pelo engominado, gusto por la ropa cara, los autos rápidos y las rubias de la alta sociedad. Moderadamente autoritario, pero atemperado por la influencia de mi madre; se enfadaba rápidamente cuando no se salía con la suya, aunque en su mayor parte era disciplinado y deseoso de complacer a mi padre. Hacía prácticas en el GC durante los veranos, preparándose para un puesto ejecutivo.

Y entonces fue como si un día se despertara con una nueva personalidad y un billete de ida a Tailandia. La verdad es que probablemente había indicios de que algún día se volvería loco, pero la diferencia de edad de seis años entre nosotros me impedía verlos.

—Sí, esa luz es terriblemente azul y brillante. —Miro fijamente la bolsa de Tiffany con su característico color turquesa que asoma de su maletín. Contiene un colgante de diamantes al que Lawan había echado el ojo un día en Internet, pero nunca se atrevería a pedirle que se lo comprara—. No me estaba burlando de ti, por cierto. Me encantó la escultura de la cuchara y la lámpara que acaba de llegar.

—¿Sí? —Sus ojos centellean de placer—. ¿Y qué dijo papá?

—Él... lo usa a diario.

Rhett estalla en carcajadas y no puedo evitar una sonrisa. Siempre ha tenido una gran risa, pero en algún momento se convirtió en un sonido fuerte y estruendoso.

—Dudé demasiado, ¿verdad?

—Eres una mentirosa de mierda, Piper.

—Llamó su atención, momentáneamente, si eso significa algo.

—No importa. Renuncié a complacerlo hace años. Y te diré, fue liberador —suspira pesadamente—. Bien, suficiente sobre papá y ese sitio. Dime qué más está pasando en tu vida, así sabré que tienes una buena excusa para no venir a visitarnos durante ocho meses.

Me da escalofrío.

—¿Tanto tiempo ha pasado?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Desde la gran apertura de nuestra tienda. Lawan intenta no tomárselo como algo personal.

—Lo siento, de verdad. Es solo que he estado tan ocupada con el trabajo, y luego toda la ruptura, la mudanza y todo eso...

Inclina su botella de Corona hacia mí.

—La mejor decisión que has tomado nunca, deshacerte de esos noventa kilos, por cierto. No voy a mentir: puede que haya descorchado una botella de champán después de que mamá me diera la noticia. —Decir que David y Rhett no congeniaron es quedarse corto. En el momento en que llegamos a su casa en el Maserati de David y este salió con sus zapatos de cuero pulido y su traje para un fin de semana informal, Rhett ya había tomado una decisión. David no hizo más que reafirmar su opinión sobre él cuando le dijo a bocajarro que era un idiota por no firmar un acuerdo prenupcial para proteger su dinero de Lawan, que también era una espina especialmente clavada en el costado de mi padre.

Es la única vez que he visto la versión pre-Tailandia de mi hermano: a segundos de romperle los dientes a mi prometido.

—¿Cómo está el apartamento?

—¿Además del gato siamés psicótico que estaba sentado en mi mesita de noche mirándome dormir la otra noche? —Pongo a Rhett al corriente de mi nueva situación.

—Realmente necesito conocer a estas amigas del campamento algún día.

—Si no estuvieras ya casado, emparejaría a Ashley contigo. Serían perfectos juntos.

—Felizmente casado —corrige con una mirada de advertencia.

—Como quieras. Pero avísame cuando Lawan se escape con el jardinero y la mitad de tu dinero. —Un escenario que mi padre ofreció cuando intentaba convencer a mi hermano de que firmara el acuerdo prenupcial que sus abogados habían redactado, el día antes de su boda.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Solo estoy bromeando, por supuesto. Nunca he visto una pareja más feliz y cariñosa que Lawan y Rhett. Él le prepara el té todas las noches y todos los sábados por la mañana va a una panadería del pueblo para comprarle sus *croissants* de almendra favoritos; ni siquiera lo he oído levantarle la voz.

Rhett da un trago a su cerveza.

—¿Y qué hay de ti? ¿Ya sales con alguien?

—Todavía no. —Es curioso, hace solo unas semanas, esa respuesta habría sido más bien un «claro que no» acompañado de una risa amarga. Ahora, sin embargo, en cuanto Rhett preguntó, mi mente se dirigió instantáneamente al vestíbulo del trabajo, y al hombre detrás del mostrador de seguridad.

—No te preocupes, pronto aparecerá alguien decente —y añade refunfuñando—. Preferiblemente lo más opuesto posible a Worthington.

—Definitivamente lo es —murmuro en voz baja mientras bebo un sorbo de vino.

Demasiado alto, parece.

Rhett se echa hacia atrás en su silla, cruzando los brazos sobre su amplio pecho.

—Bien, suéltalo. ¿Así que hay alguien?

—No...

—Un arquitecto.

—No.

—Inversor.

—No.

—¿Profesional del tenis?

Me da escalofrío.

—¿Masajista?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Basta.

—¿El jardinero?

Me río y bromeo:

—No quiero el plato de segunda mesa de Lawan.

Rhett arquea las cejas mientras espera expectante. Otro rasgo de los Calloway que ha heredado, es la tenacidad. El resto de la cena será secuestrado por este tema hasta que ceda.

Gruño.

—Bien, pero no se lo digas a nadie. Sobre todo a mamá.

Espero a que asienta con la cabeza.

—¿Te acuerdas de aquel chico con el que estuve en el campamento de verano? Seguro que mamá te habrá hablado de él. ¿Kyle?

—No creo... —Su boca se frunce y su ceño se tensa por la concentración mientras se esfuerza.

—Era de Poughkeepsie. —Dudo—. Su padre y dos de sus hermanos estaban en prisión.

—¡Oh, sí! —El reconocimiento llena su cara, como sabía que acabaría ocurriendo—. A la dulce princesa de papá, Piper, la atraparon con los pantalones abajo en el lado equivocado de la ciudad ese verano. Finalmente me quitó algo de presión. Especialmente cuando te despidieron. —Empieza a tararear «Uptown Girl» de Billy Joel.

Pongo los ojos en blanco.

—En fin, como que me lo encontré —le explico.

—¿Trabaja como «guardia de seguridad» en Calloway?

—Sí.

—Vaya. Eso es algo. —Frunce el ceño—. Si no recuerdo mal, ustedes se metieron en serios problemas juntos. ¿No hubo algún tipo de accidente con un chico?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Con uno de los monitores, sí. —Se me aprieta el estómago por el recuerdo de aquella noche, con lo afortunados que fuimos, con lo malo que pudiese haber sido.

Los dedos de Rhett se mueven a lo largo de su barbilla, rascándose la barba incipiente, mientras lo procesa.

—¿Sabe papá que este tipo está trabajando allí?

—«No». —Sacudo la cabeza para enfatizarlo.

Una amplia sonrisa divide lentamente la cara de Rhett.

—Entonces, ¿ustedes dos...?

—No.

—¿Pero tú quieres?

—No sé lo que quiero. —¿Es eso cierto?

El curioso ceño de mi hermano me dice que sabe que no es cierto.

—Quiero saber por qué desapareció así. Se comportó como un imbécil.

Quiero saber cuándo exactamente dejé de importarle. ¿Fue enseguida o con el tiempo? ¿O en realidad nunca sintió nada?

¿He pecado de ingenua?

Me rechinan los dientes al pensar que Kyle podría haberme dedicado frases de adoración y caricias íntimas para conseguir lo que quería de mí antes de que acabara el verano.

—Hum. Qué pequeño es el mundo —murmura Rhett.

—Esa es la cuestión. —Transmito lo que Gus me dijo sobre que Kyle pidió el traslado a nuestro edificio—. ¿Qué crees que significa eso?

—Que quiere volver a tu vida. «Obviamente». Y maldita sea, será por algo. ¿La princesa de papá con el «guardia de seguridad» del edificio? ¿Uno con un puñado de convictos por familia? —Se ríe entre dientes—. Podría volver a estar en los buenos libros de Kieran Calloway una vez que se entere.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Me alegro de que estés entretenido —murmuro—. Pero no quiere reconectar. Me ha estado evitando la mayor parte del tiempo. Además está viviendo con alguien.

Sus labios se fruncen con el pensamiento.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—¡No lo sé! Pero sigue metiéndose en mi cabeza, estropeándome el día. No puedo concentrarme. —El calor me sube por el cuello—. ¡Es vergonzoso! Estoy metida en esto. En él. Es como si tuviera dieciséis años otra vez. —Excepto que no los tengo. ¡Tengo veintinueve años y me absorbe la nostalgia cuando debería centrarme en mi carrera, en estos proyectos que valen miles de millones de dólares!

—Entonces solo hay una cosa que hacer: enfrentarte a él. —Rhett se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa.

—Haces que parezca tan fácil.

—Estás bromeando, ¿verdad? —Se aprieta el puente de la nariz como si le doliera—. ¿No saliste una vez de una reunión siendo dueña de un edificio, que el tipo ni siquiera quería vender?

Pongo los ojos en blanco.

—Ese idiota no sabía negociar ni de broma. —Un ejemplo perfecto de cuando un tipo no tenía nada que hacer heredando el imperio de su papá y era demasiado estúpido y arrogante para darse cuenta.

—¿Y no te sentaste en una sala de conferencias y librate argumento tras argumento durante una hora seguida hasta que tu profesor finalmente cedió ante ti?

—¡Era un imbécil misógino! Quiero decir, ¿quién debate en una sala llena de mujeres sobre los derechos reproductivos de las mujeres? ¿Y cómo sabes siquiera sobre eso?

—Mamá. Estaba tan orgullosa de ti que se olvidó de la diferencia horaria y me despertó en mitad de la noche para contármelo. Mi punto es, ¡eres la maldita Piper Calloway! Así que mete a este guardia de seguridad en una habitación y obtén tus respuestas. Porque hay

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

una razón para que quiera trabajar en tu edificio, y tiene que ver contigo. Y oye... —Levanta las manos en señal de rendición—. Di lo que quieras sobre hacer suposiciones injustas, pero dada la familia de ese tipo y quién eres, hay motivos justos para estar preocupado.

—Kyle no está ahí para hacerme daño.

Rhett me lanza una mirada inexpresiva.

—Supongo que podría preguntarle si nos podemos reunir...

—¿Preguntarle? No, dile que se reúna contigo. Porque eres la «maldita Piper Calloway». —Enfatiza cada palabra con un golpe en la superficie de la mesa, ganándose mi risa.

—Bien, lo haré.

—Bien. Hazme saber cómo va.

—Lo haré. Pero... —Levanto un dedo en señal de advertencia.

—Lo sé, lo sé. —Pone los ojos en blanco y hace como que se cerrara los labios con un zipper—. ¿Has hablado con mamá últimamente?

—Hace una semana. Está redecorando Martha's Vineyard. —«Otra vez».

—Me alegra ver que sigue disfrutando de los frutos de mi trabajo —murmura Rhett, imitando el tono amargo y profundo de nuestro padre.

—¿Verdad? —Sacudo la cabeza—. Ya ni siquiera recuerdo que se gustaran.

Mamá acabó «pensando» mucho aquel verano mientras yo estaba en Wawa, con la ayuda de un profesor de tenis de veintinueve años. La aventura acabó con los escasos esfuerzos de reconciliación de mi padre y se ganó su ira. Hace doce años que están oficialmente divorciados. Por mucho que temiera lo inevitable desde el principio, por mucho que los despreciara a ambos por su papel en la desintegración de nuestra familia, cuando la tinta se secó en el papeleo legal del feo y sonado divorcio, lo que sentí más que nada fue

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

alivio de que finalmente tomaran caminos separados, hasta que las heridas cicatrizaran y pudieran ser civilizados. Quizá incluso amigos.

Hace tiempo que dejé atrás esa ilusión.

La última vez que mis padres estuvieron en la misma habitación fue hace cinco años, para la boda de Rhett en la isla tailandesa de Naka. Me costó meses convencer a mi padre que hiciera el viaje, una aparente victoria que se convirtió en una pesadilla cuando llegó al hotel con una despampanante modelo de veintiocho años a la que había conocido en una recaudación de fondos unas semanas antes. Evidentemente, una mujer que solo tenía un propósito allí. Bueno, dos, si la intención de mi padre era meterse profundamente en la piel de mi madre, de cincuenta y dos años. Y vaya si lo hizo, si su brindis, pronunciado después de demasiadas copas de Cristal y con al menos una docena de indirectas no tan sutiles lanzadas hacia él, era una indicación. La pobre Lawan se hizo una idea de la familia en la que se había casado y comprendió aún mejor por qué mi hermano decidió quedarse al otro lado del mundo tanto tiempo.

El camarero viene a recoger nuestros platos y a entregarnos la cuenta, que Rhett coge antes que tenga oportunidad de alcanzarla.

—Estoy tan contento que hayamos hecho esto, Pipes.

—Yo también. Sabes, eres el único con el que puedo hablar francamente, de cualquier cosa —murmuro—. Nunca juzgas.

—Soy un gran porrero, ¿recuerdas? Los porreros no juzgan. —Guiña un ojo—. ¿Qué vas a hacer con este guardia de seguridad?

Suspiro pesadamente.

—No lo sé, pero tengo que hacer algo y pronto. Como mañana. —No puedo seguir así, con la mente enredada en el pasado. Si no, voy a empezar a merecer cualquier apodo despectivo con el que Tripp quiera etiquetarme—. ¿Algún consejo?

Sonríe.

—Eres la maldita Piper Calloway.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Llegar al trabajo a las siete de la mañana tiene sus ventajas.

Concretamente, encontrar un vestíbulo tranquilo, propicio para la confrontación.

—Soy Piper Calloway... Soy Piper Calloway... —murmuro en voz baja mientras me dirijo hacia el mostrador de seguridad, con los tacones haciendo clic, la barbilla alta y la mirada al frente.

—Buenos días, señorita Calloway —canturrea Gus—. ¿Cómo está mi chico Rhett?

Me aclaro el repentino nerviosismo de la garganta.

—Está bien. Me pidió que te transmitiera sus saludos.

Gus esboza una amplia sonrisa.

—Espero que vuelva por aquí algún día. Ha pasado mucho tiempo. Todavía estaba en la universidad, la última vez que lo vi.

—Me aseguraré de hacérselo saber. —Desvío mi atención hacia Kyle, que está recostado en su silla, observando el intercambio con ojos curiosos—. Buenos días, Kyle.

—Buenos días, señorita Callow...

—Por favor, reúneme conmigo en el nivel once, en la sala de conferencias C, a las diez de la mañana.

Algo ilegible relampaguea en sus ojos, resignación, tal vez, y hay unos segundos de pausa antes que su mirada dorada se desplace hacia Gus.

—¿Te parece bien?

—Ningún problema. —Gus levanta las manos—. Lo que diga la jefa, lo hacemos. Con mucho gusto.

Kyle suspira pesadamente y luego asiente una vez.

—Bien —murmura, con desgana en el tono—. Te veo más tarde.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

—Diez A.M. en punto. Once C —repito—. Ya sabes dónde está; has pasado por delante bastantes veces. —Agito la tarjeta y me dirijo a mi despacho, tratando de ignorar los nervios que se agitan en mi estómago.

En cuanto entro en el ala ejecutiva, Mark me mira con curiosidad. Sin duda por el correo electrónico que le envié anoche, pidiéndole que viniera lo antes posible, a las siete de la mañana como muy tarde. Nunca le había pedido eso.

No estoy de humor para intercambiar cumplidos ahora mismo.

—Necesito que averigües «todo» lo que puedas sobre Hank Kavanaugh de KDZ. Dónde vive, con quién está casado, a que escuela fue, sus proyectos de construcción, todo. Quiero saber cómo lo conoce Tripp y todas las reuniones que han tenido. A ver qué puede contarte Jill. En secreto, por supuesto.

Mark toma notas con avidez, y su boca se llena de preguntas que se muere por hacer, pero sabe que no debe hacerlas todavía. Finalmente, se atreve a murmurar:

—¿Así que tienes un plan?

—«Oh», tengo un plan. —Puedo sentir la sonrisa viciosa y desafiante extenderse por mis labios—. Vamos a drenar un absceso gigante.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

Capítulo 12

Antes

2006, Campamento Wawa, primera semana.

—¡Está enamorado de ti!

—¡Dios mío, no! —Me arden las mejillas mientras sonrío y miro a nuestro alrededor para asegurarme que nadie más ha oído el entusiasta siseo de Ashley. Afortunadamente, la atención de todo el mundo parece estar en la pantalla que hay delante o en las risitas de sus amigos cercanos o en estirar sus sacos de dormir sobre la hierba mientras se preparan para ver «The Parent Trap». La cuarta noche del campamento es «noche de cine» todas las semanas, si no llueve, y admito que el mar de pequeños cuerpos retorciéndose sobre el campo de fútbol es impresionante.

La imagen del proyector parpadea un par de veces antes de llenarse finalmente la pantalla y la partitura de apertura resuena por los altavoces y se transmite a través del aire tranquilo y cálido de la noche.

—«Por favor». Sus ojos están como pegados a ti. —Baja la voz—. ¿Se enrollaron anoche?

—No.

—No te creo.

No puedo reprimir mi amplia sonrisa lo bastante rápido.

—¡Lo sabía! —Ashley empieza a reír histéricamente—. ¿Cómo fue?

—Solo nos besamos. Eso es todo. —Eso es mentira. No puede ser «solo» cuando se trata de besar a Kyle, lo he decidido. Mis labios todavía estaban hinchados cuando me desperté esta mañana, con un suspiro de satisfacción a pesar de la hora temprana y la falta de sueño,

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

y el sonido de la voz de Christa, instando a todo el mundo a levantarse.

Llevo todo el día de subidón, mi cuerpo zumba de vida y expectación cada vez que lo vislumbro. Nada ha podido empañar mi estado de ánimo: ni la rodilla ensangrentada de Izzy cuando tropezó con un tronco, ni la temperatura gélida del lago cuando fuimos a nadar, ni los palitos de pescado demasiado fritos y poco apetecibles que cayeron en mi plato para cenar.

—Vas a salir esta noche, ¿verdad? —pregunta Ashley.

—Por supuesto. —He estado contando ansiosamente las horas desde que mis ojos se abrieron.

—Ponte el bañador. Vamos a nadar de noche.

Me estremezco.

—Será divertido. Confía en mí. —Y añade con voz tímida—: Estoy segura que Kyle irá.

Mi mirada se desvía hacia donde está sentado, a tres metros de distancia, detrás de sus campistas. Se ríe de Eric, que se pasa furiosamente las manos por los rizos rubios.

—Purpurina —explica Ashley con una risita—. Los chicos deben haberla robado del cajón de artes y le gastaron una broma a Eric o Kyle lo hizo. A veces son tan idiotas entre ellos.

En medio de una carcajada, Kyle se vuelve hacia mí y siento cómo una tímida sonrisa curva mis labios, los recuerdos de su boca contra la mía aun firmemente grabados en mi mente.

—¿Ves? ¡No puede quitarte los ojos de encima! Eres como un imán.

—¡Para! —Le doy un codazo, pero estoy sonriendo.

Kyle parece captar la esencia de nuestra conversación porque mete la mano en un bol de palomitas y nos lanza un grano. No nos da, pero le da a Christa en la cabeza.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Se oye el suave rasgueo de una guitarra, risas y el calor del día perdura en el aire mientras Ashley y yo nos acercamos al lago, con los bañadores puestos debajo de la ropa. Mis campistas se durmieron antes que las de ella, así que me quedé paseando por el baño de chicas, esperando a que llegara. Christa no dijo ni una palabra cuando bajé los escalones y cogí mis cosas.

Tal y como va todo, dudo que lleguemos a coincidir en algo.

La gente ya está en el agua, intercambiando chapoteos, aunque está demasiado oscuro para identificar nada más allá de algunas siluetas.

Alguien ha cargado una fogata de metal y la ha colocado en la arena. Las llamas danzan en su interior, tostando los malvaviscos que sostienen cerca, mientras iluminan el círculo de rostros que la rodea. Avery y María se sientan a ambos lados de Colin, aparentemente arrulladas por su voz gutural mientras canta el estribillo de «Wonderwall» de Oasis.

—¿Oigan chicas, van a venir? —grita Eric desde algún lugar del lago. Solo puedo suponer que Kyle está en algún lugar por ahí, también.

Ashley se quita las sandalias y arrastra los dedos de los pies por la orilla.

—Es asombroso. ¡Ven aquí, Pecas!

Se despoja de su ropa donde está parada, ganándose un sonoro silbido de aprobación mientras se ajusta la braguita de su bikini verde. Wawa tiene una regla de una sola pieza para el traje de baño, una de las pocas reglas del código de vestimenta a la que Darian se asegura que todo el mundo se adhiera.

—¿Vienes, Piper?

Sigo su ejemplo, con un remolino de nerviosismo y excitación agitándose en la boca de mi estómago mientras descubro mi propio bikini prohibido, un sencillo pero elegante bikini negro que mi amiga Reid jura que hace que mis pechos parezcan el doble de grandes.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Aprieto los dientes mientras nos sumergimos lentamente, aunque la temperatura es más soportable ahora que antes, el contraste con el aire es menos dramático.

—¡Oh, se siente agradable! —Ashley roza la superficie del agua con la punta de los dedos—. Me encanta nadar de noche.

Respiro, fortaleciéndome contra el frío.

—No sé si iría tan lejos como para llamarlo agradable. —Se me pone la piel de gallina.

Los momentos siguientes transcurren borrosamente. El agua se agita y una figura oscura se abalanza sobre mí. Entonces siento unos brazos húmedos y fuertes que me rodean los muslos y me levantan.

—¡No! —grito mientras mi cuerpo se inclina sobre el hombro de Kyle. Mis dedos se deslizan por su piel húmeda mientras me agarro a su espalda desnuda. Se precipita hacia delante, adentrándose más en el lago, con las manos agarrándome con fuerza por las caderas, su intención clara—. Kyle, no te atrevas...

Solo me suelta cuando mi cuerpo está completamente sumergido.

—¡Te odio! —balbuceo entre risas, aunque enseguida me caliento con la temperatura del agua.

—No lo haces —se burla, quedándose a unos metros, sumergido hasta el cuello.

Me pican los dedos por tocar su piel desnuda. Me deslizo hacia él y empieza a retroceder, justo fuera de mi alcance, llevándome hacia el fondo y hacia la derecha, lejos de Eric, Ashley y los demás. Solo se detiene cuando el nivel del agua me llega a los hombros y estamos solos. La arena me resulta extraña. Aprieto los dedos de los pies contra el fondo sedoso del lago.

—Hola. —Se agacha en el agua para quedar a mi altura. Sus fuertes manos encuentran mi cintura y me acerca a él, encajándose entre sus muslos separados.

—Hola. —Mi voz es un susurro mientras mis dedos se enroscan alrededor de sus bíceps, deleitándome con su forma y su fuerza. El

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

corazón me martillea en el pecho, los recuerdos de sus labios flexibles contra los míos la noche anterior inundan mi mente y hacen estallar mis ganas de hacerlo de nuevo.

—¿Te gustó la película de esta noche? —pregunto.

—¿Qué película? —Inclina la cabeza para apoyar la frente en mi sien, la punta de su fina nariz rozando mi mejilla—. No vi ninguna película.

—Casi me duerme. —«Mentira». Como si pudiera dormirme con Kyle cerca.

—Tú tampoco estabas prestando atención. —Oigo una sonrisa en su voz.

—¿Cómo lo sabes?

Su mano se enrosca y me sube por la columna, se detiene en el cierre de la parte superior de mi bikini y desliza un dedo por debajo.

—Porque te estaba mirando.

—Eso no suena espeluznante en absoluto —me burlo.

Se ríe entre dientes.

—El aspecto que tienes con esto... —Me baja un tirante de la parte de arriba del bikini y lo sustituye por su boca, dejando un rastro a lo largo de mi piel, caliente contra el aire frío. No sé si es el metal de su aro labial o simplemente él, lo que me produce escalofríos—. No me extraña que no dejen llevar bikini a las monitoras. Toda mi cabaña escondería sus erecciones en el lago.

—¡Dios mío! Tienen como doce años. —Me encojo de risa.

—Exactamente. Créeme. No creerías las cosas de las que hablan. —Traga con fuerza y luego, deslizando el tirante de nuevo en su lugar, se aparta—. Lo siento.

—¿Por qué?

Suspira.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Es solo que no quiero que pienses nunca que te estoy presionando.

«Por lo que dije del cerdo de Trevor la primera noche aquí».

No puedo evitar reírme. Si Kyle fuera Trevor, ya me habría metido la lengua hasta la garganta y me habría desabrochado el top.

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunta, con un toque de cautela en la voz.

—Nada. Solo... —Puede que Kyle se haya dado cuenta que soy virgen, pero empiezo a pensar que también supone que soy completamente inexperta. Bajo el agua, deslizo mis manos primero sobre su pecho, y luego hacia abajo, admirando el corte de su torso delgado—. Esto está bien, cualquier cosa me parece bien.

—¿«Cualquier cosa»? —No puedo verle la cara en la oscuridad, pero imagino sus gruesas cejas arqueadas con diversión.

Dejo que mi mano se deslice más abajo, con la palma plana mientras la deslizo por la parte delantera de sus pantalones cortos, disfrutando un momento de la dura forma contra mi palma, haciéndole saber que no soy tan delicada ni inexperta.

La respiración de Kyle vacila y el sonido de su trago me llega al oído.

—Entendido. —Me coge la barbilla con la palma de la mano y se inclina para besarme, no con tanto fervor como anoche, antes de dejar que su mano se deslice por mi garganta, por mi clavícula y más allá, deslizándose bajo el agua para patinar sobre mi pecho. Su tacto es tímido al principio, pero rápidamente se vuelve confiado cuando la yema de su pulgar dibuja círculos sobre la suave tela de mi bikini, se me endurece el pezón.

Me agarro a su cintura y espero a que aparte la tela, a que deslice su mano por debajo, a sentir su tacto sobre mi piel desnuda. Solo de pensarlo, siento calor en el bajo vientre.

—¡Muy bien, monitores! Ya se han divertido un poco —dice de repente la voz de Darian desde la orilla.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Mierda —murmura Kyle, su mano se atasca, su respiración entrecortada.

Una ronda de gemidos atraviesa la noche.

—Oh, lo sé. Chicos, tienen que aprender a estar más callados si quieren salirse con la suya. ¡Vamos, vayan a sus cabañas ahora!

Kyle suspira.

—¿Mañana? —murmuro contra sus labios, dejando que mi mano descienda sobre él una vez más.

El sonido estrangulado que sale de su garganta me hace sonreír.



—¡Darian los va a matar! —susurra Ashley mientras Eric y Kyle suben por el sendero, uno tras otro, en los carritos de golf del campamento. Son más de las once de la noche y el suelo sigue empapado tras una tarde de lluvia torrencial que ha mantenido a los campistas encerrados en el centro recreativo y bajo el pabellón. A pesar del baile de dos horas de duración y de la ceremonia de entrega de premios a los campistas de esta noche, aún tardaron casi una hora en calmarse, su última noche en Wawa, con demasiada energía no gastada recorriendo sus pequeñas extremidades.

Al igual que los monitores, al parecer.

—No, sus luces están apagadas. Todos esos pasos de baile cursis la cansaron. —Eric sale del camino y se detiene junto al carrito de golf de Kyle—. El primero en llegar al campo de bádminton gana. La ruta que quieras, pero solo hierba.

—Estás loco. —Ashley niega con la cabeza pero trota para tomar asiento junto a Eric, sonriendo.

Kyle señala el sitio libre a su lado.

Probablemente sea una mala idea, observo mientras me deslizo hacia él, acurrucándome como si tuviera frío, aunque el aire nocturno es pegajoso y cálido.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Hola —susurro, apretando los labios contra su mejilla.

Se gira hacia mí y me roba un beso.

—¿Me echas de menos?

—«Muchísimo». — Aunque nunca estuvimos a más de tres metros de distancia en toda la tarde, por casualidad o a propósito.

Sonríe y suelta un gemido bajo que siento muy dentro.

Suena el zumbido del carrito de golf de Eric.

—¡Eh!

Chillo y me agarro al chasis del carrito mientras avanzamos a trompicones. Kyle persigue a Eric, desviándose del camino y entrando en el campo cubierto de hierba, golpeándonos y empujándonos a los dos mientras intentamos esquivarlo. Ashley nos mira, con el pelo encrespado, mientras anima a Eric.

—Más rápido. Más rápido —grita entre risas.

No es una sorpresa que nos ganaran en la pista de bádminton.

—Eso no fue ni remotamente justo —reprende Kyle.

Eric levanta las manos.

—Tal vez si dejaras de chuparle la cara durante dos minutos...

Kyle pone los ojos en blanco pero sonríe.

—¿El primero en llegar al *kayak*?

—Vamos.

—¡Yo conduzco! —proclama Ashley.

Eric hace la señal de la cruz sobre sí mismo.

—Oh, cállate. —Ella le da una golpe suave en la mano, luego asiente hacia mí—. Es nuestro turno, ¿verdad?

—¿Supongo? —Una parte de mí también quiere persignarse, y no en broma—. Aunque nunca he conducido uno de estos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Es fácil. Toma. —Kyle me agarra por la cintura y me sube con aparente facilidad a su regazo, dándome una lección de treinta segundos de empujar este pedal para avanzar y girar este volante para dirigirme, todo mientras soy plenamente consciente de la sensación de su creciente necesidad contra mi trasero.

—¿Lista? —dice alegremente Ashley, ya en posición para conducir, sus puños agarrando el volante negro con propósito.

—Espera. —Cambiamos de sitio y me acomodo en el asiento del conductor.

—Bien. Entonces... —Kyle se inclina y baja la voz a un murmullo bajo—. Van a ir por ahí. —Señala hacia la izquierda—. Pero hay un camino mejor, por el otro lado del tótem.

—¿Por la colina?

—Shh... Justo a la derecha. Lo he hecho antes. Confía en mí. A Eric no se le ocurrirá, así que finge que los sigues hasta que lleguemos...

—Escucho atentamente mientras me da indicaciones, intentando ignorar la sensación de sus labios rozando mi oreja mientras intenta ocultar nuestro plan a nuestros competidores.

—¿Qué está diciendo? —grita Eric, con los ojos entrecerrados con cautela.

—Que conduzca con cuidado —respondo, con fingida inocencia.

Salimos al mismo tiempo, con Ashley chillando y Eric haciéndola callar. Estamos lo bastante lejos de las cabañas para no despertar a los campistas, pero no tanto de la de Darian.

—¡Ahora! —exige Kyle y me desvío a la derecha, el carro rebotando sobre los terrones en la hierba—. ¡Alrededor de ese árbol!

Yo también aprieto los dientes para no chillar mientras rodeo un enorme roble y bajo a toda velocidad la colina y atravieso otro tramo de espacio abierto hacia el lago, con una mezcla de terror y euforia corriendo por mis venas.

—Ahí están. Tenemos que llegar al camino del lago antes que ellos.
—Kyle señala el otro carrito, que se acerca a toda velocidad hacia

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

nosotros, con sus tenues faros parpadeando con cada bache—. ¡Mierda, nos van a ganar!

—Y una mierda. —Piso a fondo el pedal del carrito, llevándolo a su máxima velocidad, que no es tanta, pero en la oscuridad, en terreno accidentado, bien podría estar corriendo con el Porsche de mi madre.

—Piper...

—Lo conseguiremos. —Mis manos se aprietan alrededor del volante.

—Mierda, mierda, mierda... —Kyle se agarra al armazón del carrito, braceando.

—¡Oh Dios mío! —grita Ashley.

Corto por delante de ellos y me desvío hacia el camino, mientras Kyle dice:

—¡Mierda!

Y entonces es cuando todo se va al infierno.

El camino corta más bruscamente a la derecha de lo que esperaba y voy demasiado rápido para intentar corregirnos.

Nos estrellamos contra el lago.

El atuendo de Elmo para dormir de Darian no es tan cómico esta noche como lo fue la noche del incidente del murciélago.

Tal vez porque salió con sus botas de montaña justo a tiempo para ver cuando Kyle, Eric y dos chicos que estaban en la playa en el momento del accidente sacaban del lago el carrito de golf sumergido.

O tal vez porque los cuatro estamos alineados contra la pared del centro recreativo como si fuera una especie de simulacro de fusilamiento y casi espero que Darian saque un rifle y acabe con nosotros. Su personalidad normalmente alegre ha sido sustituida por una mandíbula dura y una mirada severa.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Se dan cuenta de lo que cuesta cada uno de esos carritos? — Tiene los brazos cruzados sobre el pecho—. Al menos seis de los grandes cada uno. ¡Como mínimo! Y puede que este funcione después que se seque y evaluemos los daños, ¡pero es probable que necesite piezas nuevas! Y piensen en lo que podría haber pasado.

Eric se sujeta la muñeca con cautela. La golpeó contra el chasis del carrito de golf cuando Ashley maniobró para evitar chocar con mi «yo maníaca» que se dirigía a toda velocidad hacia ella.

—Ve a la cocina y ponle hielo a eso —dice en tono cortante.

—Está bien... —empieza a decir.

—¡Ahora! —ladra Darian.

Eric nos mira con los ojos muy abiertos antes de agachar la cabeza y entrar en la cocina.

Ashley y yo intercambiamos una mirada que confirma lo que ambas sabemos: que estamos metidos en un buen lío.

Darian respira exageradamente para tranquilizarse.

—De acuerdo. Díganme «exactamente» qué pasó.

Abro la boca para asumir toda la culpa.

—Es culpa mía —suelta Kyle—. Aposté con Eric que podía ganarle en una carrera y perdí el control.

Lo fulmino con la mirada. ¿Está loco? No va a asumir la culpa de esto.

—No, no fue...

—Lo convencí para que sacara los carritos del estacionamiento — dice por encima de mi voz, su mano rozando la parte baja de mi espalda—. Lo siento. Metí la pata, Dare.

Me giro para mirar a Ashley. Se queda petrificada, con los labios apretados.

Eric reaparece.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Esto es todo lo que he encontrado —murmura, sosteniendo una bolsa de guisantes congelados.

—¡No! —La cara de Darian se contrae de fastidio—. Los necesitamos para la cena.

—Uf. En serio. ¿Guisantes? —Eric hace una mueca.

—¿Revisaste el congelador de atrás?

—No. Pero esto funcionará, ¿no?

—¡No, es nuestra comida, Eric! —empiezan a discutir.

Me da un momento para dirigirme a Kyle.

—No vas a cargar con la culpa de esto.

—Sí, lo haré —murmura en voz baja—. Esto es culpa mía. Nada de esto habría pasado si no hubiera sido por mí.

—¡No! Yo no...

—Sé cómo tratar con Darian. Solo cállate y déjame, ¿bien? —Desliza sus dedos entre los míos, para apretarlos una vez.

—Ve a poner esos guisantes en su sitio antes que se estropeen. —Darian señala hacia la cocina.

Eric arrastra los pies hacia el interior.

—Ustedes dos... —Nos señala a Ashley y a mí—. Vuelvan a sus cabañas ahora mismo. Tú, vamos a hablar. —Sus ojos se entrecierran viendo a Kyle.

—Vete. Yo me encargo de esto —susurra, dándome un suave empujón en la parte baja de la espalda.

—¡Ahora! —grita Darian.

Nos escabullimos, dejando a Kyle y Darian enfrentados.

—Te advertí que no te metieras en líos este año, Kyle —la oigo decir.

Inclina la cabeza.

—Me lo advertiste.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Sabes lo que esto significa. Sabes que no puedo permitir que se queden monitores que se comportan así. ¿Y arrastrar a esas chicas a esto? Sé que no fue idea de ellas.

—Somos tan estúpidos —murmuro, mis pies se mueven lentamente mientras observo el intercambio por encima de mi hombro. La cabeza de Kyle gacha y las manos de Darian agitándose dramáticamente, con la cabeza temblando furiosamente.

—No piensan cuando se juntan —susurra Ashley.

—¡No, todos nosotros! —Soy una estúpida. Debería haberlo sabido. Conozco la situación de Kyle. Si lo despide, tendrá que volver a ese agujero infestado de cucarachas. A diferencia de mí, él realmente necesita este trabajo. ¿Por qué arriesgaría todo eso?—. No podemos dejar que Kyle cargue con la culpa, Ashley.

—¿Quizás se calme y podamos hablar con ella mañana? Darian siempre perdona a esos dos.

—No estoy tan segura que vaya a suceder esta vez. —Me detengo detrás de un seto para ver cómo se desarrolla el resto.

Eric sale con lo que parece ser una adecuada bolsa de hielo contra su muñeca. Darian tiene las manos en las caderas mientras los sermonea un poco más. Ambos inclinan la cabeza hacia atrás. Están diciendo algo, pero ella sigue negando con la cabeza.

«No, no, no...» está diciendo.

Finalmente, les hace señas para que se alejen, hacia las cabañas de los chicos.

Se miran una vez antes de alejarse, arrastrando los pies. Kyle tiene las manos apretadas contra la nuca.

Darian toma asiento en la mesa de *picnic* cercana y apoya la frente en las manos. Su lenguaje corporal rezuma resignación.

¿Y si Kyle finalmente se ha quedado sin su apoyo?

El pavor me invade. No puedo imaginar el verano aquí sin él. No duraré ni un día.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Vienes? —susurra Ashley.

—Te alcanzaré. —Doy media vuelta.

Darian se vuelve para mirarme cuando estoy a unos tres metros, con la grava crujendo bajo mis zapatos. Incluso con tan poca luz, parece agotada.

—Piper, te dije que volvieras...

—No eran Kyle y Eric los que conducían. Éramos Ashley y yo —suelto. «Lo siento, Ashley»—. Y fui yo quien puso el carrito en el agua, porque estaba compitiendo con Ashley e iba demasiado rápido.

Darian suspira.

—¿Y a ustedes dos se les ocurrió la idea de hacer carreras de carritos de golf por su cuenta?

—Sí.

Me devuelve una mirada cómplice. No se lo cree ni por un segundo.

—Por favor, no los despidas.

—Kyle y Eric sacaron esos carritos, sabiendo que se les dijo explícitamente que no lo hicieran. Más de una vez.

Sacudo la cabeza con firmeza.

—No, yo los saqué. Así que castígame.

Sus cejas se arquean.

—¿Sacaste los dos?

Hago un gesto de asentimiento y bajo la mirada hacia mis zapatos.

—¿Estás dispuesta a asumir toda la responsabilidad de esos dos sinvergüenzas?

«Tres, técnicamente, si contamos a Ashley».

—Sí. —Porque la verdad es que perder este trabajo no afectará mi futuro. No me privará de gastar dinero el próximo año. No limitará mi solicitud a la universidad o mi futura carrera. Todo lo que hará es

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

magullar mi ego. Y el de mis padres. No sé a quién le dolería más: a mi nostálgica madre o a mi orgulloso padre.

—Pagaré los daños. No le costará nada al campamento, lo prometo.
—Se me revuelve el estómago ante la perspectiva de esa llamada telefónica con mi madre—. Por favor, no los despidas —vuelvo a pedir, en un tono más suplicante.

—No quiero. Perder a los monitores la primera semana de campamento lo echa todo a perder. —Arrastra sus dedos sobre la mesa de *picnic*—. Ve a tu cabaña.

Me muerdo el labio inferior, dudando.

—Entonces, ¿no vas a despedirlos?

—No lo sé. Tengo que pensarlo un poco. Se los haré saber mañana por la mañana. Ahora vete.

Camino de vuelta por el oscuro y silencioso campamento, preparándome para una noche en vela, pero aferrándome a la esperanza.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 13

Ahora

Mi tacón izquierdo se tambalea un poco al salir del ascensor. Llego dos minutos antes y Kyle ya está en la sala de reuniones, sentado y esperando, de espaldas a mí, con la atención puesta en su teléfono.

Por un momento, me acobardo y vuelvo a sujetar la puerta del ascensor. Por un momento, me digo a mí misma que es una locura y que tengo que dejarlo ir y seguir adelante antes de humillarme aún más.

No conozco al hombre tranquilo y reservado que está sentado en esa habitación; solo conozco al chico salvaje que solía ser.

Entonces esa emoción familiar se revuelve en mi estómago, la que Kyle siempre ha despertado en mí como nadie, ni siquiera David en nuestros primeros días y no puedo ignorarla.

Respiro hondo y atravieso la puerta de cristal.

Kyle no se mueve ni se gira; espera a que esté cerca de él para mirarme. Sus ojos dorados me ven con cautela y resignación. Su mirada se desplaza hacia abajo, sobre mi blusa de seda azul pizarra con el escote profundo, pero no de forma poco profesional, y luego vuelve a mirar hacia arriba. Es una mirada rápida, pero no me la pierdo.

—¿Se trata de ese tal Tripp? —pregunta finalmente.

Me acomodo en la silla frente a él, poniéndonos al mismo nivel.

—No.

Asiente lentamente, como si supiera lo que voy a preguntar. Supongo que escuchó mi pregunta ayer, después de todo. Prefirió fingir que no.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

¿Entro con fuerza o intento un enfoque más sutil?

Sus ojos siguen mis manos mientras las aprieto sobre la mesa.

—¿Cómo va todo?

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—No me quejo.

—¿Te están gustando las cosas aquí hasta ahora?

—Sí.

—¿Y te gusta Lennox?

—Sí —responde como si estuviera en un interrogatorio y tal vez eso es lo que esto es.

—¿Te gusta más que San Diego?

Su sonrisa vacila un poco.

—Gus me dijo que es de donde te mudaste.

Asiente lentamente.

—Pensé que era hora de volver a casa.

—¿A casa? —repito ligeramente—. Creía que tu casa estaba en Poughkeepsie. ¿O era Albany?

—Ambas, en realidad. —Sus labios se tuercen pensando—. Te acordaste.

—Por supuesto que sí. Lo recuerdo todo, Kyle. —Oigo la vulnerabilidad en mi voz y la odio. Me aclaro la garganta e intento templar los nervios—. A diferencia de ti, nunca lo olvidé.

—No olvidé nada —dice rápido, tajante, clavándome una mirada dura y suave a la vez—. Ni un segundo.

El aire de esta sala de reuniones se ha vuelto eléctrico de repente.

«Entonces, ¿por qué la actuación?» quiero preguntar, pero dejo esa pregunta en el banquillo por el momento.

—¿Cuándo te mudaste a San Diego?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Se mueve y se acomoda en la silla, como si quisiera ponerse cómodo.

—Dos semanas después de dejar Wawa.

«¿Sin siquiera una llamada, correo electrónico o algo para mí?»

Tamborilea con las yemas de los dedos sobre la superficie lisa de la mesa a un ritmo pausado, sin apartar la mirada de la mía.

Esperando a que haga mi siguiente pregunta.

Mi teléfono vibra en el bolsillo con una llamada entrante. La ignoro. Este intercambio entre Kyle y yo me parece mucho más importante que cualquier otra cosa en este momento.

—¿Cómo está tu familia ahora?

Suspira pesadamente, sus ojos se desvían hacia la ventana detrás de mí.

—Bien, supongo. Ya no tengo mucho que ver con ellos.

—¿Están fuera? —No hace falta que me explaye.

Kyle gira la cabeza, como si comprobara el pasillo detrás de nosotros para asegurarse que no hay ningún fisgón merodeando junto a la puerta. Me ofrece una vista sublime de su perfil, de esa nariz larga y fina que solía acariciarme el cuello, de esos labios carnosos y suaves que pasaron muchas noches pegados a los míos. Me pregunto si sigue besando como antes o si eso ha cambiado con el resto de su persona.

—Sí. Bueno, mi padre y Ricky lo están, de todos modos. Fueron liberados hace unos años. Max se metió en algunos problemas mientras estaba dentro, así que su sentencia fue extendida. Saldrá dentro de unos meses. —Kyle no dice nada durante un buen rato y supongo que esa es toda la información que voy a obtener. Pero luego dice—: Estuvieron viviendo en Albany un tiempo, pero decidieron mudarse a San Diego. Lo último que sé es que mi madre y mi padre han vuelto a estar juntos, y que papá y Ricky trabajan en la construcción. Probablemente maquinando su próxima estafa.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

—¿Crees que no han aprendido?

—Oh, estoy seguro que han aprendido. Han aprendido todo tipo de cosas estando tanto tiempo entre rejas. Como, por ejemplo, a no dejarse atrapar la próxima vez —murmura sarcástico y su mirada se desvía de nuevo hacia la mesa.

Su opinión sobre su familia no ha cambiado mucho, observo. Para ser justos, nunca los he conocido, así que puede ser cierto.

—¿Saben que te mudaste a Lennox?

Se encoge de hombros con indiferencia, pero luego niega con la cabeza.

—No se los dije. Quizá mi hermano pequeño sí. Si no... Lo averiguaré cuando llame a mi madre en Navidad.

¿Cómo debe ser tener una familia tan disfuncional? No es que los Calloway sean un ejemplo de ideales familiares. Papá y yo cenamos y tomamos algo el veintitrés de diciembre para que él pueda entregarme el regalo que Greta eligió para mí antes de volar a su yate en las Islas Caimán. Paso las Navidades en Martha's Vineyard, bebiendo cosmos de cerezas y escuchando los temas navideños de Elton John mientras bombardean a la tía Jackie y mamá admira el árbol de seis metros decorado por diseñadores. Aunque, ahora que Rhett y Lawan están en Estados Unidos, quizá volvamos a la tradición del suéter navideño feo.

¿Cómo son las Navidades de Kyle? Obviamente las pasa con la mujer con la que sale. Probablemente también con su familia. ¿Se relajan con suéteres feos a juego y calcetines de lana, emborrachándose con ponche de huevo especiado y jugando juegos de mesa? ¿Sacan nombres para el amigo invisible y discuten alegremente sobre a quién le toca pelar las papas?

¿Quién es Kyle?

¿Y por qué ha venido aquí?

Lo observo atentamente.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

Pasa un momento antes que su mirada se cruce con la mía. En sus ojos persiste esa sombra perpetua que nunca vi aquel verano en Wawa. Quizá haya llegado con su sabiduría y dolor.

O tal vez siempre estuvo ahí y solo la veo ahora, debido a mi sabiduría y dolor.

—¿Por qué pediste el traslado a este edificio? —pregunto con calma.

Su mandíbula se tensa. Espero unos largos instantes, pero no contesta.

—Sabías que este era mi edificio, ¿no?

Traga saliva, su mirada se desvía hacia sus manos cruzadas sobre la mesa.

—Gus me dijo que pediste venir aquí. «¿Por qué?»

Silencio.

—Necesito entender, Kyle. De lo contrario voy a tener que darle a Gus detalles sobre nuestra historia y luego él va a tener que informárselo a Rikell, y...

—Necesitaba volver a verte —suelta. Me mira con ojos sinceros—. Es que... quería volver a verte.

Una confesión tan simple y, sin embargo, mi pecho se hincha de euforia.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué ahora? Han pasado trece años.

Suspira y se frota la nuca.

—Como dije, Max saldrá en unos meses, y por lo que me dijo mi hermano pequeño...

—Jeremy. Ese es su nombre, ¿verdad?

Los ojos de Kyle se dirigen a los míos, con un destello de sorpresa en ellos.

—Sí.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Con qué facilidad me vienen a la memoria los detalles más insignificantes sobre Kyle, todos estos años después.

—Todavía habla con mi madre. Ella le dijo que Max iría a California cuando saliera. Al parecer, estuvo haciendo todo tipo de preguntas sobre mi trabajo y si podría meterlo —resopla Kyle—. Un exconvicto trabajando en seguridad. Sí, claro. En fin, ahí fue cuando empecé a pensar que era hora de irme de California, cortar con ellos por completo. Pensé que podría volver por aquí. Sabía que Rikell tiene contratos por todo el país. —Arrastra el dedo por la veta de madera de la mesa—. Estaba trabajando en el turno de noche, hojeando una revista de negocios que alguien dejó en el vestíbulo. Ya sabes, matando el tiempo y tratando de mantenerme despierto. Había un gran artículo sobre unos magnates del negocio inmobiliario, padre e hija. —Sus labios se curvan en una sonrisa de complicidad—. Y ahí estabas tú, con ese vestido negro largo, de pie en un escenario.

—El artículo del «empresario americano». —Utilizaron una foto de la noche en que anuncié mi ascenso: mi padre y yo, vestidos de etiqueta, brindando por otro buen año.

—Era un buen artículo. Quiero decir, no leo ese tipo de cosas, pero me gustó leer sobre ti. A qué universidad fuiste, cosas que has dicho y hecho... ya sabes, todo eso. —Sonríe, más para sí mismo—. Era raro. No dejaba de pensar: «La conocí hace tiempo».

«Y mejor de lo que he dejado que cualquier otro chico me conozca desde entonces».

—El artículo decía que estabas en Lennox, aprendiendo el oficio para poder hacerte cargo de la empresa cuando tu padre se jubile. —Kyle se muerde el labio inferior, como decidiendo si continuar—. Pregunté por ahí y resultó que Rikell se encargaba de la seguridad aquí. Y pensé, si eso no es el universo diciéndome algo... —Un rubor recorre sus mejillas, sus ojos pegados a la mesa frente a él—. Fue entonces cuando me di cuenta de las ganas que tenía de volver a verte. Quería ver si habías cambiado.

Trago saliva ante su franca confesión.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Podrías haberme llamado, venir de visita. No tenías que conseguir un trabajo aquí. —Por otra parte, me parece que eso es algo que Kyle debería hacer: dar un paso más.

Se encoge de hombros con indiferencia.

—Di mi nombre y pensé que, si surgía una oportunidad, estaba destinado a suceder. Que estábamos destinados a reconectar. Me prometí a mí mismo que si surgía, me mudaría aquí. ¿Por qué no?

No puedo evitar sonreír. Es algo tan Kyle.

—Y surgió algo.

—Surgió algo. —Sonríe torcidamente—. Y, aquí estamos, viéndonos todos los días otra vez. Como en el pasado.

—Sí. Me ves pasar a tu lado. Me ves sentada en una oficina mientras pasas. Me ves, pero no me hablas. ¿Recuerdas? «¿Mantengámoslo simple?» ¿Algo así? —Mi voz es ligera pero teñida de acusación.

Agacha la cabeza y vuelve a frotarse la nuca.

—Me asusté un poco, al principio.

—Fuiste un completo imbécil conmigo.

Hace un gesto de dolor.

—Lo sé. Verte me ha traído muchos recuerdos. —Su mirada se desvía hacia la mía y en ella veo un atisbo del chico vulnerable que una vez conocí.

—A mí también —digo en voz baja, sintiendo el repentino impulso de cruzar la mesa y cogerle la mano. Cierro el puño con fuerza para resistirme. «Ya no es tuyo».

Así es. No es mío.

—¿Qué tiene que decir tu novia sobre esto? Se mudó contigo al otro lado del país, ¿no? —¿Sabe todas las razones? Porque si yo fuera ella, seguro que querría saberlo y luego te despellejaría mientras duermes por sugerir la mudanza.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Kyle vuelve a morderse el labio inferior mientras me mira fijamente.

—Vivo con Jeremy, Piper. Es el que se mudó al otro lado del país conmigo y también estaba feliz de alejarse de la mierda de casa.

—¿Qué? Pensé... —tartamudeo, con el corazón acelerado—. Pero dijiste que tenías... —Mis palabras se desvían mientras repaso la conversación—. No, no dijiste eso.

—Lo has dado por hecho —dice y añade en voz baja—. Y no te lo he aclarado.

—¿Por qué no?

Su manzana de Adán se mueve al tragar saliva.

—No lo sé. Más fácil, supongo. —En voz baja, lo oigo murmurar—. Al menos, pensé que lo sería.

Mi mente se arremolina.

Kyle está soltero. Disponible.

No está fuera de mis límites.

A pesar de todo el daño que me hizo hace tantos años y de mi irritación por cómo ha ido nuestra reconexión hasta ahora, no puedo ignorar esta sensación, que estoy a punto de salir flotando de esta silla, que mi sangre se acelera demasiado para que mi corazón pueda soportarlo.

Se aclara la garganta.

—De todos modos, me di cuenta tan pronto como te vi que esto podría haber sido mi idea más tonta hasta ahora, venir aquí. Pero ya era demasiado tarde...

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué es tonto?

Se ríe suavemente.

—Vamos, Piper... Ya no somos adolescentes en un campamento de verano.

Frunzo el ceño. ¿Qué está diciendo exactamente?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Somos las mismas personas —me oigo murmurar, aunque dudo que sea cierto en ambos casos.

—Siempre has fingido ser como los demás, pero ya no puedes hacerlo. Mírate. —Sus ojos parpadean de nuevo hacia mi blusa, atrayendo mis propios ojos hacia abajo.

—¿Qué? ¿Mi blusa? ¿Qué le pasa a mi blusa?

—Absolutamente nada. Aunque definitivamente no es la camiseta roja de Wawa. —Eso de alguna manera suena mal, viniendo de él.

Sé de qué se trata: clase y dinero. Kyle siempre parecía estar preocupado por el dinero que suponía que tenía mi familia y lo poco que tenía la suya y eso fue cuando no tenía ni idea de quién era mi familia en realidad.

Muevo los labios y me pregunto si se acuerda de aquel primer día, en el acantilado, cuando me incitaba a saltar.

—Sigo siendo yo. Todavía puedes hablar conmigo. Podemos seguir siendo... amigos. —La palabra se siente mal en mi lengua. Nunca fuimos realmente «amigos». Siempre fuimos mucho más.

—Seguro. —Sonríe—. ¿Vas a salir con el guardia de seguridad de tu edificio en tu tiempo libre?

—Si quiero, «sí».

—¿Tu padre va a estar de acuerdo con eso?

—Mi padre no tiene nada que decir en mis relaciones personales.

Sus cejas se arquean.

—¿Estás segura?

—Soy una mujer adulta. —Me sale más agudo de lo que pretendía. Atempere mi tono—. Si él pudiera opinar, aún estaría comprometida con David.

—Ese culo pomposo en el Maserati. —Kyle sonríe—. No puedo creer que fueras a casarte con ese tipo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Confía en mí. Lo sé. Gracias a Dios que espabilé. —Me rio y siento que el pecho me va a estallar de calor. Me estoy riendo con Kyle otra vez—. Esto es tan surrealista.

—Lo sé —dice en voz baja y capto un destello de picardía en sus ojos antes que se apague y se haga el silencio.

Dudo, pero luego admito:

—Te busqué.

Agacha la cabeza pero no contesta.

—Fui a Poughkeepsie, al 7-Eleven. —Solo había uno en toda la ciudad, gracias a Dios—. Había una anciana en el apartamento. Dijo que te habías mudado. —Recuerdo no poder respirar mientras llamaba y escuchaba el lento arrastrar de pies al otro lado. Y luego, cuando la mujer de la raída bata azul me dio la terrible noticia, que se había enterado de que la familia anterior no había pagado el alquiler en todo el verano y se había largado del pueblo, creí que iba a vomitar allí mismo, en la puerta. Conseguí contener las lágrimas hasta que llegué al estacionamiento.

Los ojos de Kyle se desvían detrás de mí, hacia la ventana y más allá.

Todavía tengo muchas preguntas. Pero empiezo por la más importante.

—¿Por qué desapareciste así? ¿Por qué nunca me llamaste?

Su mandíbula se tensa.

—Pensé que era mejor. Quiero decir... —Otro trago difícil—. Se suponía que no íbamos a durar más allá del verano. Se suponía que solo íbamos a divertirnos. Tú lo sabías.

—No. No lo sabía, Kyle. —Claro, habíamos hablado de ello, al principio. Pero las cosas cambiaron. Los sentimientos se intensificaron. Todas esas sonrisas robadas, esas palabras susurradas, esas risas compartidas, esos besos acalorados.

Esas noches.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

¿De verdad era tan despistada?

—¿Estás diciendo...? —Lucho con mis pensamientos, mis emociones crecientes—. ¿Así que todo lo que me dijiste era mentira?

—No. —Sacude la cabeza.

—¿Pero nunca quisiste que durara?

—Por supuesto que sí.

—¡Pues entonces lo que dices no tiene sentido! —Siento que se me hace un nudo en la garganta, lo que me enfurece aún más, ¡porque no debería seguir con nudos en la garganta por cosas que pasaron hace «trece años»!

—Wawa se acabó para nosotros. Vivíamos a horas de distancia. Nunca iba a funcionar. —Su mandíbula está dura mientras repite básicamente la misma frase.

—¿Entonces por qué estás aquí? —Modero mi volumen. Estas paredes son demasiado finas para hablar tan alto—. ¿Por qué has vuelto ahora?

—Te lo dije. Me iba a mudar al este de todos modos.

—¿Y qué pensabas que iba a pasar cuando apareciste? ¿Qué esperabas? ¿Qué hubiera olvidado que me hiciste daño?

Agacha la cabeza.

—Sinceramente, no estaba seguro. Han pasado trece años. Supuse que lo habrías superado.

—¡Seguí adelante! —suelto un chasquido, porque ahora mismo me siento como una tonta. Una tonta de dieciséis años que suspira.

Una tonta todavía enamorada. Pero tengo que aceptar que de lo único que estoy enamorada es de un recuerdo.

—Tienes razón. Esto ha sido un error. —Me pongo de pie—. Gracias por venir. Ya puedes volver al trabajo y tal vez deberías considerar solicitar un traslado a otro edificio. Gus puede ayudarte con eso.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Piper, no quise decir...

—¡Me rompiste el corazón! —Mi voz se quiebra, mi pecho apretado por la emoción que todavía estoy luchando por entender. Puede que el tiempo no cure todas las heridas.

Me dirijo hacia la puerta, consciente del sonido de la silla de Kyle golpeando contra la pata de la mesa, el espeluznante chasquido de metal contra metal suspendido en el aire. Un momento después, su mano me rodea la muñeca, agarrándome con fuerza, impidiéndome escapar.

—Lo siento, Piper, pero no lo entiendes.

—Tienes razón. No lo hago. Porque si todo lo que tuvimos fue una aventura de verano hace trece años, ¿por qué demonios me harías caso ahora? —Me atrevo a mirarlo a los ojos—. ¿Has venido aquí por dinero? ¿Es eso lo que quieres?

Me suelta la muñeca como si lo hubiera quemado. Sus fosas nasales se inflaman.

—Yo no quiero nada del dinero de tu familia —insiste entre dientes apretados.

Me encojo de hombros, pero por dentro cada parte de mí se retuerce ante la idea.

—¿Cómo voy a saberlo? Ya no te conozco. Quizá nunca te conocí.
—Me doy la vuelta para marcharme.

—¡Me pagó para que te dejara en paz! —dice Kyle apurado.

Mis pies se paran.

—¿Qué? —Me giro y encuentro la cabeza de Kyle inclinada, con los ojos cerrados—. ¿Qué acabas de decir?

—Nunca podría mentirte, ni siquiera si mi vida dependiera de ello
—murmura.

Un sentimiento de hundimiento se apodera de mí.

—¿Quién te pagó para que me dejaras en paz?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Kyle se encuentra con mi mirada, esta vez con una mirada inexpresiva.

—¿Quién crees, Piper?

Sacudo la cabeza. Solo hay una persona que haría algo así. El único hombre que podría permitírselo y que estaría motivado para hacerlo.

—Cincuenta de los grandes, para hacer las maletas e irme, y no volver a contactar contigo.

—¿Y realmente aceptaste?

Kyle se estremece.

—Tu padre puede ser persuasivo.

Se me acelera el pulso. No puedo creer que mi padre hiciera eso y, sin embargo, no dudo ni por un segundo que lo hizo.

—Cuando te vi en el vestíbulo la primera vez, no sabía si te habías enterado...

—¿Cuándo ocurrió eso? —exijo.

—Aquella noche. Cuando te ibas —admite Kyle con una pizca de reticencia—. Mientras hablabas con Darian. Me dijo que alguien pasaría por mi apartamento en uno o dos días para darme dinero y que si era listo, lo aceptaría y me largara de tu vida para siempre, antes de hacer algo que la arruinara —suspira—. Y que si no recibía el dinero, encontraría la forma de meterme entre rejas con el resto de mi familia, donde pertenecía.

—Estás mintiendo —acuso, aunque una voz dentro de mi cabeza me exige que la escuche. Saco el teléfono, con la intención de llamar a mi padre en ese mismo instante.

—No va a admitirlo.

—Oh, sí, lo hará. —Si Kieran es algo, es un santurrón. «Todo lo que hago... todo lo que he hecho a lo largo de los años... lo he hecho solo por tu bien. Lo sabes, ¿verdad?» Sus palabras resuenan en mi mente. ¿Es eso lo que Kieran Calloway pensaba que era al hacer desaparecer al chico que amaba? ¿Por mi bien?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No sabe que estoy trabajando en este edificio —dice Kyle, con más urgencia, con preocupación en su rostro—. No estoy seguro de cómo reaccionará si vuelvo a aparecer por aquí —vacila—. Pero si eso no te importa, entonces adelante, díselo.

Si lo que dice Kyle es cierto, tengo una buena idea de cómo reaccionará mi padre. El culo de Kyle estará en la acera esta tarde.

Me guardo el teléfono y murmuro:

—Seguro que está en un avión. —A pesar de todo, no creo que haya una situación en la que no me importara lo que le pasara a Kyle. Suspiro pesadamente.

—Así que... cincuenta mil dólares. Esa es mi tarifa.

Kyle mira la fina alfombra azul marino, como si no pudiera mirarme.

—Dejó bastante claro que haría cualquier cosa para asegurarse que tú y yo acabáramos en cuanto salieras de la propiedad Wawa. Creo que usó las palabras «por encima de mi cadáver». Pensé que si habíamos terminado de todas formas, tanto dinero nos daría a Jeremy y a mí la oportunidad de salir del agujero en el que vivíamos. Así que lo cogí. Pensé que era lo mejor para todos.

Eso es mucho dinero para cualquiera, pero especialmente para un chico de diecisiete años que vuelve a un apartamento infestado de cucarachas encima de un 7-Eleven.

—¿Y tu madre? ¿Qué te dijo?

—¿Por el dinero? —Suelta una carcajada burlona—. Nunca se lo dije. Se lo habría llevado y no podía confiarle tanto, no cuando mi padre y mis hermanos le pedían dinero. Dios sabe que ella encontraría una manera de contrabandearlo para ellos. No... Decidí que si iba a quitarle dinero a tu padre, iba a hacer que importara. Así que lo escondí. Usé lo que necesitaba para conseguir un auto decente. Ya nos estaban echando de nuestro apartamento, así que convencí a mamá de ir a California. Condujimos dos días seguidos, encontramos un apartamento barato allí. —Se encoge de hombros—. Le dije que me había ganado el dinero en Wawa.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Y se lo creyó? —pregunto dubitativa. Recuerdo aquellos sueldos de miseria.

—Por supuesto que no. Se imaginó que estaba haciendo algo turbio, pero no hizo demasiadas preguntas. Nunca lo hacía. Mientras hubiera dinero al final. —No hay escasez de amargura en su voz.

A menudo me he preguntado qué clase de mujer dio a luz a Kyle y a sus hermanos. Ahora no estoy segura de querer averiguarlo nunca.

Se hace un silencio incómodo en la habitación mientras intento procesar esta bomba.

—Así que por eso desapareciste. No fue porque... —Mis palabras se desvían.

—¿Porque no me importabas? —Me mira fijamente—. No. No fue por eso.

«¿Y alguna vez dejé de importarte?» Me muerdo la lengua con eso y pregunto en su lugar:

—Mi padre... ¿Qué sientes por él? —Ni siquiera puedo imaginarme lo que siento por él en este momento, pero si lo que dice Kyle es cierto, debo preguntarme si trabajar aquí, en el edificio de mi padre, tener fácil acceso a él, va a ser un problema.

¿Y qué pasará cuando mi padre vea a Kyle sentado en el vestíbulo?

¿Qué hará si lo reconoce?

Observo atentamente a Kyle, para ver si puedo leer las mentiras en su respuesta.

Me sorprende sonriendo suavemente.

—Sabes, es gracioso... irónico, en realidad... Por mucho que lo odiara entonces por obligarme a dejarte así. —Sus ojos sombríos se dirigen a los míos—. Ese dinero cambió nuestras vidas. Saqué a Jeremy de Poughkeepsie, de la cárcel, de todo aquello, antes de que pudiera meterse en problemas. Empezar de cero en San Diego resultó ser lo mejor para nosotros. Jer tampoco tiene interés en verse arrastrado con el resto de nuestra familia.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Eso está bien. Supongo. —Al menos algo positivo salió de mi angustia.

Abre la boca para hablar, pero se detiene.

Tengo más preguntas, pero ahora mismo necesito tiempo para pensar. Necesito tiempo para calmar esta confusión interior.

—Entonces... —vacila, mirándome con ojos cautelosos, como si tratara de sopesar mis pensamientos—. ¿Supongo que nos veremos?

—Hasta que mi padre te reconozca.

Una sonrisa triste se dibuja en sus labios.

—Bien.

—Pero no te preocupes. Seguro que si juegas bien, esta vez puedes sacarle un buen millón —lo digo con ligereza, sabiendo que no necesito un tono duro para dar en el blanco.

Los músculos de la mandíbula cuadrada de Kyle se tensan. Asiente una vez.

—Desconfías de mí. Me lo merezco —murmura—. Pero te prometo que no volveré a aceptar un centavo de ese hombre y si quieres que me vaya, solo tienes que decirlo. Pediré el traslado. Demonios, renunciaré. Valió la pena, solo para verte de nuevo. —Con eso, sale suavemente, dejando tras de sí el delicado aroma masculino del sándalo y el almizcle.

Me mantengo de espaldas al ascensor, esperando el pitido de las puertas, con una tormenta de emociones gestándose en mi interior.

¿Estoy enfadada con Kyle por aceptar el dinero? No puedo imaginarme cómo debió de ser, un chico de diecisiete años enfrentándose a Kieran Calloway, que básicamente lo estaba chantajeando. ¿Qué debería haber hecho?

Sé lo que mi yo de dieciséis años habría esperado que hiciera: decirle a mi padre que se metiera el dinero por el culo. O que cogiera el dinero y luego me contara lo que había hecho mi padre, para que pudiéramos ocultarle nuestra relación.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

¿Cómo pudo mi padre hacer algo así en nombre de mi protección? Fui un desastre emocional en los meses posteriores a Wawa. No podía sacarme a Kyle de la cabeza. Todas esas noches durmiéndome envuelta en desolación, preguntándome dónde estaba Kyle, qué le había pasado. Repitiendo cada palabra, cada caricia, cada promesa, preguntándome qué había hecho para que se comportara tan cruelmente conmigo. Toda la rabia que aprendí a esgrimir contra los recuerdos felices de nosotros, solo lo suficiente para ayudarme a soltar, a sanar, a seguir adelante por fin.

Papá me ofrecía sonrisas tristes y abrazos tranquilos, y no paraba de decirme que yo era guapa e inteligente, y que aquel sinvergüenza no se merecía una Calloway.

Aprieto tanto los dientes que me empieza a doler la mandíbula. Debería haberlo sabido.

Pero, ¿me enfrento a mi padre ahora? ¿O debo esperar a que reconozca a Kyle y explote, y lo mande de paseo?

Destino o no, venir a este edificio fue un movimiento audaz por parte de Kyle, dado el riesgo.

¿Es simplemente estúpido? ¿O cree que el riesgo vale la recompensa potencial? ¿Y cuál es esa recompensa, exactamente? ¿Es volver a trabajar conmigo? ¿Una amistad conmigo?

¿O más?

Se me revuelve el estómago.

Kyle está soltero.

Se mudó aquí, en parte, porque quiere volver a estar en mi vida.

Y la única razón por la que se fue en primer lugar fue mi padre.

Tres verdades con las que tengo que decidir qué demonios voy a hacer.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Quieres que te ayude a cazar furtivamente a la ayudante de Jack? —Miro a David con incredulidad mientras bajamos en ascensor hasta el vestíbulo. Casi consigo escabullirme sin que se diera cuenta, hasta que salió disparado del baño y se cruzó en mi camino.

—Ella no quiere trabajar para ese chiflado —argumenta—. Básicamente me lo dijo.

—No, no lo hizo. —Cheryl es la redactora de actas de las reuniones mensuales de Mujeres Conectadas que dirijo en el GC y una dulce madre soltera de treinta y ocho años que sospecho que está enamorada de su jefe, nuestro director financiero, un hombre casado. Quizá por eso quiera cambiar de despacho: el amor no correspondido no es agradable, pero es peor cuando tienes que enfrentarte a él día tras día.

—Pregúntale, ¿quieres? —ruega David.

—¿Por qué yo?

—¡Porque yo no puedo! «Obviamente». Jack me mataría. Y tú eres... ¡tú! Y una mujer, y, no sé... —Levanta las manos, como si se rindiera—. ¡Es lo que hacen las mujeres!

Pongo los ojos en blanco cuando se abre la puerta del ascensor.

—Hasta mañana, David.

—Espera. ¿Adónde vas?

—A casa.

Comprueba su reloj.

—¡Son solo las tres!

—Me duele la cabeza —miento y me ahorro la conversación cuando las puertas del ascensor se cierran y se llevan mi dolor de culo personal de vuelta a la planta de arriba. La verdad es que me voy a casa a acurrucarme bajo las sábanas y reflexionar sobre las revelaciones de esta mañana. Me voy a casa a esconderme de la vida y de mi padre antes que vuelva de Los Ángeles esta tarde, hasta que decida cuál es la mejor manera de abordar su profunda traición.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Para variar, has salido pronto —me dice Gus mientras atravieso la puerta de seguridad con la correa del portátil clavada en el hombro.

—Un día largo. —Echo un vistazo a Kyle, que está ocupado con una llamada telefónica, con el brazo libre colocado sobre el pecho, haciendo que su bíceps se abulte. Cuando lo conocí era delgado, pero no escuálido. Pero ahora... ¿qué sentiría al pasar mis manos por su cuerpo esculpido como solía hacer?

«Kyle está disponible», me recuerda esa voz en el fondo de mi mente, y con ella ese familiar revoloteo en el estómago.

—Todavía no se ha entregado nada de eso, señora —le oigo decir amablemente, con su mirada dorada posada en mí—. Por supuesto. Estaré atento a la bandeja de galletas... —Sus labios se curvan en una sonrisa y, por primera vez en años, veo que le llega a los ojos. Me recuerda lo mucho que me gusta sentir su sonrisa en mí—. No, me aseguraré que Gus no se coma ninguna esta vez.

—¡Que le pasa! Nunca le he robado las galletas a nadie —balbucea Gus, pero le sigue una sonrisa tímida—. Puede que haya probado una o dos. —Me guiña un ojo antes que sus ojos marrones se desvíen detrás de mí—. Me alegro de volver a verlo, señor. Espero que su viaje haya sido un éxito. ¿Dónde estaba esta vez?

—En Chicago, viendo una inversión inmobiliaria —es la respuesta brusca de mi padre.

Se suponía que no volvería hasta dentro de una hora.

¿Y yo que pensaba que estaba en Los Ángeles?

Mi corazón empieza a latir con fuerza en el pecho mientras suavizo mi expresión y me giro para encontrarme con el rostro severo de mi padre.

«¿Es verdad? ¿Le pagaste a Kyle para que me rompiera el corazón?»

Siempre he sabido que tiene un lado duro y controlador. He tenido la suerte de evitar su ira. O eso creía.

—¿Piper? —Frunce el ceño con curiosidad—. ¿Estás bien?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Me fuerzo a sonreír. Supongo que esta confrontación está sucediendo ahora después de todo. Porque Kyle está ahí mismo. El chico al que le pagó está a solo unos metros de distancia.

Me preparo, esperando a que mire a Kyle, esperando a que esas duras facciones frunzan el ceño con reconocimiento cuando haga clic.

Papá mira su reloj.

—¿Has quedado con alguien?

—No. Dolor de cabeza. —Mi sangre se acelera con la anticipación de lo que está por venir. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a reaccionar?

—Hum... —Su ceño se frunce—. Vete a casa y descansa un poco, entonces.

—Sí. Ese es el plan.

Ladea la cabeza hacia mí con curiosidad, pero luego, como si estuviera decidiendo algo, desvía la atención.

Hacia Kyle.

Sus ojos se entrecierran y contengo la respiración, preparándome para intervenir antes que mi padre monte una escena en el vestíbulo de nuestro edificio.

—Hay un mendigo cerca de la entrada este. Supongo que no lo ves en la imagen de seguridad y por eso no has hecho nada al respecto.

Kyle desvía la mirada hacia uno de los monitores del escritorio.

—Tiene razón. Está en un punto ciego.

—Bueno, ¿podrías por favor ayudarlo a reubicarse?
«¿Inmediatamente?»

—Sí, señor —dice Kyle, con los ojos aún fijos en la pantalla y el rostro estoico. Me pregunto si le quema el orgullo llamar «señor» a mi padre.

La mirada de papá se desvía por la manga de tatuajes de Kyle, su disgusto por ellos es claro y luego se vuelve hacia mí, descartando por completo a Kyle.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

—Vete a casa. Nos vemos mañana. —Le hace un gesto a Gus con la cabeza, pasa su tarjeta y se dirige hacia los ascensores.

Kyle exhala lentamente. Me mira a los ojos y puedo ver sus pensamientos en ellos. Son los mismos que los míos: Kieran Calloway no lo reconoció.

No sé si es por el «Stewart» de su placa o por los trece años y trece kilos de músculo o simplemente por el hecho que Kyle no era más que una hormiga a la que aplastar, una plaga con la que mi padre tenía que lidiar rápidamente. Probablemente todo lo anterior.

De cualquier manera, Kyle está a salvo de la ira de mi padre. Por ahora.

Suelto un pulmón de aire, aliviada por haber ganado algo de tiempo para pensar cómo y si enfrentarme a él por lo que nos hizo.

—¿Quieres acompañar amablemente a nuestro amigo a otra esquina, o lo hago yo? —Gus mira a Kyle.

—Ya lo tengo —murmura Kyle, rodeando el escritorio—. ¿Nos vemos mañana, Piper? —pregunta en voz baja, y oigo la verdadera pregunta tras esas palabras.

«¿Quieres verme aquí mañana?»

Solo puedo asentir con la cabeza.

Porque la pura verdad es que sí.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 14

Antes

2006, Campamento Wawa, fin de la primera semana.

Los redondos ojos azules de Izzy están llenos de lágrimas mientras extiende su pequeña mano, ofreciéndome un círculo de cordón rosa fuerte y cuentas en verde esmeralda y azul aguamarina.

—¿Para mí?

Asiente.

—Lo hice en arte. Para que me recuerdes.

Me rio mientras deslizo la pulsera en mi muñeca. Está demasiado floja, pero no hay suficiente holgura para dos vueltas.

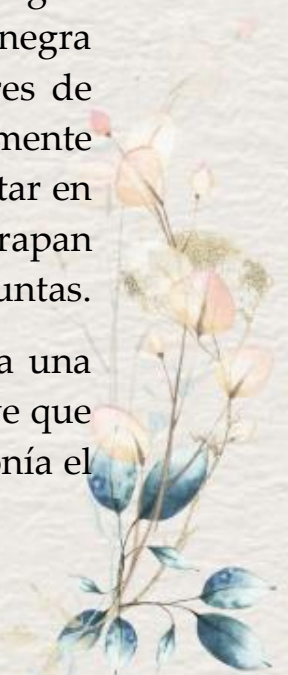
—Dudo que pueda olvidarte nunca.

—¿Volverás a ser mi monitora el año que viene?

—¡Eso espero! —Si el Campamento Wawa permite volver a los monitores que han estado a prueba. Ese fue el veredicto final de Darian esta mañana temprano, después del fiasco del carrito de golf de anoche. Libertad condicional para los cuatro, una marca negra permanente en nuestro expediente de empleo como monitores de campamento, pero no despidió a Kyle y Eric. No habrá absolutamente ninguna «travesura» después de apagar las luces. Debemos estar en nuestras cabañas con nuestros campistas, durmiendo. Si nos atrapan rompiendo estas reglas, será despido inmediato, sin hacer preguntas.

Por mucho que el toque de queda nocturno obligatorio sea una mierda, significa que aún puedo pasar el verano con Kyle. Tuve que luchar contra las ganas de abrazar a Darian mientras nos imponía el castigo.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

La boca de Izzy se abre en una amplia sonrisa. Hoy en Wawa ha habido un frenesí de actividad y emociones, los niños recogen sus cosas y se despiden, en la mayoría de los casos con lágrimas en los ojos y trozos de papel que revelan direcciones de correo electrónico y números de teléfono y promesas de volver la misma semana del año que viene.

Para estos niños, el campamento de verano ha terminado. Mientras tanto, yo solo he sobrevivido a la primera semana. Me quedan siete más. Por extraño que parezca, la idea de eso no es tan terrible como lo fue el domingo pasado, cuando estaba en este mismo lugar, saludando a niños frenéticos. Tiene mucho que ver con cierto chico de ojos dorados, pero no todo. El campamento Wawa ha empezado a gustarme. Los monitores son, en su mayoría, divertidos. Pasar los días haciendo tonterías con ellos y con los campistas casi no me parece trabajo. Y mamá tenía razón: El pudín de chocolate de Russell es un soborno de calidad carcelaria.

—¿No son esos tus padres? —señalo a la pareja que se acerca.

—¡Mamá! —grita Izzy, cruzando el campo tan rápido como pueden sus piernecitas bajo el peso de la mochila, con el saco de dormir arrastrándose por la hierba. Y así, sin más, soy un recuerdo.

—Hola. —Kyle se acerca a mí y sus dedos rozan discretamente la parte exterior de mi muslo.

Me giro para encontrarme con su mirada.

—Hola.

Sus ojos se posan en mi boca y siento ese impulso instantáneo de apretar mis labios contra los suyos.

Su sonrisa dice que él también lo siente.

—¿La última?

—Sí. —Sonrío, mirando cómo Izzy deja sus cosas en el suelo para que sus padres las recojan y luego salta junto a ellos, con los brazos gesticulando salvajemente en el aire—. Es tan linda.

—¿Sabes quién más es tan linda?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Eric? —me burlo, sintiendo que mis mejillas se sonrojan.

Kyle se ríe entre dientes.

—Simpática.

Levanto el brazo, dejando colgar la pulsera.

—Mira lo que me ha hecho.

—Yo también tengo. —Kyle levanta el brazo para mostrar seis pulseras similares de cordón y cuentas de diferentes tamaños y colores, dos de ellas completamente rosas—. Esta es de Maddie, esta... —Repasa cada pulsera, identificando qué niña hizo qué.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Estás presumiendo porque tienes más que yo?

Se encoge de hombros.

—No puedo evitar caer bien.

—Nada de tus campistas, sin embargo. Hum... eso dice algo.

—Oh, no. Sí que me dejaron un regalo —murmura, inclinando la cabeza.

Me eché a reír al ver las innumerables motas de purpurina iridiscente adheridas a las raíces de su pelo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¡Eso tiene que ser medio frasco!

—Está por toda mi almohada, en mi cama y mi saco de dormir. Ya me he duchado una vez. Probablemente necesitaré dos más —suspira pesadamente y sacude la cabeza, pero su sonrisa fácil me dice que en realidad no está molesto.

—¿Y bien? —Miro hacia atrás una vez, a tiempo para devolver el frenético saludo de Izzy antes que se meta en el asiento trasero del auto de sus padres. El estacionamiento está casi vacío de autos—. ¿Y ahora qué?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Veamos... Darian hará un resumen de media hora para hablar de la semana pasada y luego repartirá las estrellas de monitor de la semana.

Siento que se me levantan las cejas.

—¿Estrellas?

—Cada semana, tres monitores consiguen una estrella. Tiene unas grandes pegatinas doradas... —Levanta las manos hacia delante para indicar el tamaño—. Y hace una elaborada producción para que los ganadores le digan a todo el mundo qué es lo que más les gusta de ser monitores de campamento.

—Oh Dios. —Me estremezco.

Kyle se ríe entre dientes.

—Espera a oír algunas de las mierdas que se le ocurre a la gente.

—¿Has obtenido alguna antes?

—Sí. Dos, en realidad.

—¡De verdad!

—Aunque probablemente no las consiga este año. —Me dedica una sonrisa tímida. Percibí el alivio que desprendió cuando Darian le dijo que podía quedarse, incluso cuando Ashley estaba a punto de llorar por lo que eso podría significar para sus solicitudes universitarias, en caso de que lo vean.

Lo siento por ella, pero nos lo merecemos.

—¿Qué hay después del premio estrella? —Se supone que los monitores tienen la tarde y la noche libres.

Se encoge de hombros.

—Russell sirve la comida y luego tenemos el resto del día para hacer lo que queramos. La mayoría de la gente duerme e intenta lavar su ropa. Si hace buen tiempo, nadan. —Mira al cielo gris. Lleva toda la mañana amenazando lluvia, pero aún no ha llegado. Es solo cuestión de tiempo que el cielo se abra—. ¿Quieres ir al pueblo más tarde? ¿A comer una hamburguesa o algo?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Sonrí. ¿Es un código para nuestra primera «cita»?

—Sí. Me parece bien.

Kyle descansa un brazo sobre mi hombro, de una manera que podría ser explicada como simplemente amistosa para cualquier espectador casual.

—Antes de que nos encierren y tengamos que volver a ser monitores.

Gimo, aunque la verdad es que no hay ningún lugar en el que me gustaría estar este verano más que aquí, con él.



Estoy bastante segura de que nunca he estado en un auto tan viejo antes.

O uno que tenga el espejo retrovisor pegado con cinta adhesiva.

—¡Vamos! —Eric va hacia la puerta del lado del pasajero del auto de Kyle, probando la manija. Está cerrada.

—Buen intento. —Kyle se encuentra con los ojos de su mejor amigo. Eric echa la cabeza hacia atrás fingiendo desaliento.

—Bien. ¿Pero sabes lo incómodo que es tu asiento trasero, hermano?

—Sí, por eso estarás sentado en él. —Kyle sonríe, abre la puerta con la llave y adelanta el asiento para Ashley. Ella se mete dentro, gateando sobre el asiento del copiloto para abrir un pequeño pomo de la otra puerta y desbloquear la puerta desde dentro.

Dios, es un auto viejo.

—Si nos besuqueamos, ¿creen que me dejará sentarme adelante cuando regresemos? —murmura Eric, acomodando su alto cuerpo, luego tanteando con el pestillo del asiento para reajustarlo para mí—. No funciona, Miller.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Porque lo estás haciendo mal. —Kyle camina al frente del auto. Con un movimiento de su muñeca, el asiento del pasajero vuelve a su lugar.

—Gracias. —Sonrío, su proximidad me revuelve la sangre.

—No hay problema. —Me apoya contra su auto, apretando su cuerpo contra el mío. Me muerdo el labio inferior para ocultar la sonrisa bobalicona que me amenaza al sentir cuánto me desea.

Su acalorada mirada recorre el escote de mi camiseta verde esmeralda antes de posarse en mi boca.

—¿Quieren ser excomulgados de Wawa, tortolitos? Porque Darian no bromeaba —advierte Eric.

—No estamos incumpliendo ninguna norma. Lee la letra pequeña. Aquí no hay campistas —replica Kyle, con los ojos llenos de picardía—. Si esto es todo lo que tengo esta semana, tengo que aprovecharlo al máximo. —Me pasa los dedos por el pelo y me tira suavemente, lo suficiente para echarme la cabeza hacia atrás y dejarme el cuello al descubierto. El beso que me da justo debajo de la mandíbula me produce escalofríos.

—Vamos, pueden follar en el pueblo. Me muero de hambre —se queja Eric.

Kyle suspira pesadamente, sus labios vuelven a mi boca.

—¿Podemos dejarlos en el pueblo y luego irnos?

—Son cuarenta minutos andando de vuelta, ¿no?

—Podrían hacerlo en treinta, si tienen que correr bajo la lluvia.

Me eché a reír.

—Eres terrible.

Sonríe.

—¿Lo soy?

Me deleito en el tacto de los labios de Kyle mientras profundiza su beso, sus manos comienzan a vagar, una de ellas enganchada en la

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

parte posterior de mi muslo para tirar de mi pierna alrededor de su cadera, las yemas de sus dedos rozando mi piel desnuda, su pelvis presionando más fuerte contra mí. Imagino lo que nos deparará esta noche, si encontramos un lugar privado donde escabullirnos. Solo de pensarlo, mis manos se deslizan alrededor de su cintura, estrechando su cuerpo contra mí, deleitándome con el tacto de su suave camiseta de algodón mientras imagino que luego se la quito.

El sonido de neumáticos crujiendo sobre la grava suena detrás de nosotros y hace que nos separemos.

—Alguien está perdido —murmura Kyle.

Me doy la vuelta y frunzo el ceño ante la familiar camioneta Lincoln negra con los cristales tintados que ahora está estacionada a nuestro lado.

Eddie, el chófer contratado por mi padre, sale y me hace un gesto con la cabeza para abrirme la puerta trasera.

Sale mi padre.

—¡Papá! —exclamo, corriendo hacia delante—. ¿Qué haces aquí? ¿Va todo bien?

—¿No puedo darle una sorpresa a mi hija? —dice con calma, alisando la solapa de su traje azul marino de corte impecable. El hecho de que haya mucha humedad y calor no le ha impedido vestir tan formal y en sábado. Obviamente, venía de una reunión importante. Sus fríos ojos azules revolotean a nuestro alrededor, observando el campamento, antes de posarse de nuevo en mí. Mis amigos están convencidos de que mi padre debería aparecer en una telenovela vespertina, no solo porque su sola presencia llama la atención, sino también por su voz profunda y aterciopelada.

—Por supuesto. Es solo que... estás a horas de distancia. — Envuelvo mis brazos alrededor de sus anchos hombros.

Me devuelve el cálido abrazo, lo que me devuelve diez años atrás, a mi yo de seis años, acurrucada en su regazo, viéndolo leer propuestas de construcción.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Hoy estaba mirando una posible propiedad de inversión que está a solo cuarenta minutos, así que pensé en aprovechar la oportunidad para pasarme.

—Deberías haber llamado.

—Pensé que tu móvil no funcionaba bien aquí fuera.

—Tienes razón. Menos mal que me has encontrado. Nos dirigíamos al pueblo.

—¿Es eso lo que estabas haciendo? —Su mirada aguda y rapaz se desplaza para posarse detrás de mí.

Y con esa mirada, cualquier esperanza que la atención de papá estuviera absorta en un informe cuando llegó en auto, y que se perdiera la exhibición pública, se esfuma.

Siento que me arden las mejillas mientras doy un paso atrás y me aclaro la garganta.

—Papá, este es Kyle. Kyle, este es mi padre.

Kyle se adelanta y extiende la mano.

—Hola, señor. Encantado de conocerlo.

Mi padre se detiene un momento para evaluar la cara de Kyle, luego su mano, antes de cogerla finalmente.

—¿Supongo que tú también eres monitor de campamento?

—Sí. —Kyle levanta la mano para rascarse el bíceps, mostrando sin querer la tinta de su brazo.

Los ojos de mi padre se entrecierran, pero no dice nada. Su atención se centra en el auto de Kyle.

—No puedo decir que haya visto un Pinto en la carretera en bastante tiempo. Por una buena razón, al parecer.

Kyle agacha la cabeza para ocultar su sonrisa.

—Es el auto de mi hermano. Solo lo estoy usando durante el verano.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Y qué está usando?

—Eh... —Kyle parece sorprendido por la pregunta—. Nada. Se fue por un tiempo.

—¡Viajando! —Le lanzo a Kyle una mirada de advertencia. No ha pasado ni un minuto y ya nos hemos acercado peligrosamente al tema de la situación familiar de Kyle.

Una cabeza encrespada asoma entonces por la ventanilla del auto.

—Hola, señor Calloway. Soy Ashley. Encantada de conocerlo. Conocí a su esposa el fin de semana pasado. ¿Le gustaría venir a cenar con nosotros?

Un atisbo de diversión se dibuja en el rostro de mi padre antes de volver a ponerse serio.

—No, pero gracias por la invitación. De hecho, voy a robarles a mi hija unas horas. Si les parece bien —añade.

Como si pudiera decir que no.

—¿Supongo que los veré más tarde? —Intento no parecer reacia. No es que no me guste ver a mi padre. Es que no quiero perder mi única noche libre a la semana con Kyle.

—Encantado de conocerlo, señor Calloway —ofrece Kyle estoicamente.

Papá hace un sonido gutural.

—Sí. Ven, Piper.

Ya ha decidido que no le gusta Kyle. Me duele el estómago de decepción, pero detrás de eso hay una llamarada de ira. Ni siquiera le está dando una oportunidad a Kyle.

Kyle mira a mi padre y luego vuelve a mirarme y me pregunto si se da cuenta. Se encoge de hombros.

—Estaremos por aquí más tarde.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Bien. Hasta pronto. —Con un roce fugaz de mis dedos sobre los suyos, subo a la parte trasera del Lincoln y me acomodo en el fresco asiento de cuero, deseando que se acabe la cena.



—Hiciste muy feliz a tu madre aceptando asistir a este... campamento económico suyo —dice mi padre mientras bebe un sorbo de su cóctel, con los ojos recorriendo el menú y los labios curvados por el desagrado. No sé si es por la escasa carta de vinos o por las mediocres opciones gastronómicas. Ya ha hecho comentarios sobre ambas cosas. Encontramos lo que él llama «el único restaurante medio respetable del pueblo» una granja blanca de grandes dimensiones que funciona también como posada, con varias habitaciones de alquiler en la segunda planta. El comedor tiene vistas al río que atraviesa el pueblo, lo que sería pintoresco si no fuera por las casas en ruinas y la playa pública de la orilla opuesta. Mi padre ha fruncido el ceño ante la vista como si fuera una afrenta personal para él. Siempre le ha molestado la mala planificación urbana.

—¿Has hablado con ella? —pregunto, con esperanza en mi voz. ¿Significa esto que están resolviendo las cosas?

—Brevemente, esta mañana. Me llamó para contarme el incidente del carrito de golf y el hecho de que mi hija está ahora a prueba en su trabajo de verano, como una especie de delincuente.

Mierda. Darian debe haber llamado a mi madre.

Ahora esta reunión improvisada tiene sentido. Mi padre quiere que sepa lo decepcionado que está de mí y necesita mirarme a los ojos para hacerlo. Mis hombros se tensan. Esto no es bueno.

—No sé qué les pasa a los chicos Calloway con meter carritos de golf en el agua. Tienes suerte de no haberte roto el brazo como tu hermano —murmura, cerrando su menú y guardándose las gafas de leer—. Y podrías haber perdido tu trabajo. Habría sido una vergüenza para todos.

—Fue un accidente.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Uno completamente evitable, por lo que tengo entendido. Esto no suena como algo que tú harías, Piper.

Tiene razón, no lo es. Hasta que metes a un chico sexi en la mezcla y entonces, literalmente, me tiro por él.

Lo único que puedo hacer es encogerme de hombros y preocuparme mientras me pregunto qué tipo de castigo está a punto de imponerme. Cuando Rhett metió el carrito de golf al estanque del club, mis padres le quitaron el auto durante tres meses. Ni siquiera tengo un auto para que me lo quiten.

—¿Estaba este tipo Kent contigo?

—No. —Papá arquea las cejas y sé que mamá le ha dicho lo contrario—. Se llama Kyle y fue culpa mía. Yo conducía. Pero él trató de cargar con la culpa —añado rápidamente, con la esperanza de sumarle puntos a Kyle, que ya empieza con números rojos.

Papá aprieta los labios.

—Así que no es brillante, pero es caballeroso.

—«Papá». —Pongo los ojos en blanco.

La camarera se acerca para tomar nuestros pedidos y despejar nuestra mesa de menús.

—¿Qué sabes de él?

«Es el chico más guapo que he conocido y el más aventurero; me hace sentir bien conmigo misma. Podría besarlo siempre. Lo estaría besando ahora mismo, si no fuera por ti».

—Es un buen chico.

—¿Su familia?

Sabía que mi padre haría esa pregunta. Lo sabía y sin embargo no he preparado una mentira adecuada. Qué vergüenza. Gano tiempo para pensar en mi respuesta mientras bebo un trago largo y pausado de mi vaso de agua.

—Tiene unos hermanos. Sus padres están casados.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Y qué hace su padre?

—Hum... algo que ver con el sistema penitenciario. —Jugueteo despreocupadamente con mi tenedor, evitando su mirada.

—¿Un guardia?

—Un guardia, ¿creo? —Me encojo de hombros, fingiendo una expresión despreocupada y despistada—. Aunque no estoy segura.

Me mira durante un largo rato y me temo que sabe que estoy mintiendo. El medidor de mentiras de papá avergonzaría al de Kyle.

—No quiero que te subas a ese auto suyo. Esa cosa ni siquiera debería estar en la carretera. ¿Tiene seguro?

—Por supuesto que sí. —Espero que sea verdad—. Y no es como si realmente tuviera elección si quiero dejar el campamento.

—Es curioso que lo menciones. —Busca en su cartera un catálogo de Volvo y lo desliza por la mesa hacia mí—. Tendrás que elegir todos los detalles para que podamos encargarlo.

Dudo, momentáneamente aturdida.

—¿En serio?

Sonríe.

—Tu madre me ha informado de tus exigencias. Pensé que esta era la forma más fácil.

¿No me castigarán por el carrito de golf? Oh, hombre, Rhett se enojaría. Siempre dijo que podía salirme con la mía en casi todo a los ojos de nuestro padre.

Papá frunce el ceño con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Cojo el catálogo, sin poder evitar una sonrisa de vértigo mientras hojeo las páginas.

—¿Esa sonrisa significa que por fin estás de acuerdo con mi elección de auto?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Si debo hacerlo. Aunque seguiría prefiriendo un Corvette.

—Y preferiría no tener que lidiar nunca más con otro comité de recalificación, pero no siempre conseguimos todo lo que queremos.

—Se echa hacia atrás con suavidad, ajustándose la corbata—. Los chicos de dieciséis años no deben conducir autos deportivos. La hija de O'Connell estrelló el suyo contra una barrera de hormigón la primera semana porque no podía manejarlo. Es un milagro que saliera viva de aquello.

Pongo los ojos en blanco cada vez que mi padre pone como ejemplo a la hija de su amigo.

—Becky O'Connell ha chocado con su bicicleta contra un banco del parque. Dos veces.

—Y sin embargo nunca ha metido un carrito de golf en un lago.

—*Touché.*

Se ríe entre dientes, siempre disfrutando con una indirecta. Se acomoda en la silla, junta las manos y las apoya sobre su vientre.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que salimos a cenar.

—Día de año nuevo. Fuimos por comida china.

—¿De verdad ha pasado tanto tiempo...? —dice distraídamente, como si no buscara una respuesta.

—Has estado ocupado. —«Ocupado engañando a mamá». Rechino los dientes para no decir algo que podría echar por tierra el resto de nuestra «cita para cenar». Cuando me enteré de su aventura con la arquitecta pelirroja de Los Ángeles, estaba sentada junto a la puerta agrietada de mi habitación, escuchando a escondidas. No tuve que esforzarme para oír las acusaciones de mamá a través de la pared de su habitación.

Supuse que había sido un malentendido. No había forma de que mi padre fracturara nuestra ya frágil familia por una noche con una sirena californiana. Pero he oído suficientes peleas a través de las paredes desde entonces para aceptar que Kieran Calloway es culpable de los cargos. También, que lo lamenta. Las flores han

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

llegado a nuestra puerta cada viernes por la tarde como un reloj. Todas las flores favoritas de mi madre. Seguramente ordenadas por Greta, pero aun así. Y la sorprendió con ese viaje a París en mayo, una escapada de negocios para ellos dos solos. Que ella rechazó.

Me he encontrado oscilando entre la rabia hirviente hacia él y la frustración con mi madre, deseando que lo perdonara para que todo volviera a la normalidad.

Supongo que es egoísta por mi parte.

Da otro largo sorbo a su bebida, aparentemente perdido en sus pensamientos por un momento.

—Entonces, ¿qué has estado haciendo hasta ahora en el campamento de verano, además de meterte en problemas?

—Déjame ver... —Imágenes de Kyle pasan por mi mente, pero rápidamente las aparto—. Pues, había un murciélago...

—Me voy a Tokio el martes por diez días. Si necesitas algo mientras estoy fuera, es mejor que llames a tu madre.

—¿Crees que podrán arreglar las cosas? —pregunto, mientras giramos en la entrada de Wawa, los limpiaparabrisas del Lincoln oscilan rítmicamente de un lado a otro.

—Así que eres consciente de lo que está pasando. —La mirada dura y evaluadora de papá recorre las líneas, tenues en la penumbra de la tarde, del pabellón y las dependencias, hacia el pequeño grupo de monitores en el campo, dando patadas a un balón de fútbol a pesar de la llovizna.

Pongo los ojos en blanco.

—Estoy viviendo en la misma casa, papá y no tengo seis años.

Suspira.

—Ya entrará en razón.

—¿De verdad lo crees? —Dudo—. ¿Después de lo que hiciste?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Su mandíbula se tensa y me preparo para una reprimenda.

—Ningún matrimonio es fácil, Piper, y no soy ni mucho menos el primer hombre que comete un error, pero no es un tema que vaya a discutir con mi hija —y añade en un tono más conciliador—. Parece estar de mejor humor desde que se alejó de la ciudad. Ha estado en el club todos los días, socializando y he oído que va mucho a las canchas de tenis. Creo que este tiempo para sí misma será útil. Le dará algo de perspectiva. Le recordará lo bien que lo pasamos. Que por mi único error, no merece tirar por la borda la vida que hemos construido juntos.

—Eso espero.

Se acerca para acariciarme la rodilla justo cuando la camioneta se detiene junto al Pinto de Kyle. Solo de verlo, sabiendo que Kyle está aquí, me da un vuelco el corazón.

—Ha sido una agradable sorpresa, papá. —Y lo ha sido, a pesar de mi reticencia inicial. Le rodeo el cuello con los brazos e inhalo una vez más su reconfortante colonia, un aroma que lleva desde que tengo uso de razón y que ya es su firma. Agito el catálogo de autos en el aire—. ¿Llamo a Greta con mis opciones?

—Envíale un email si puedes, para que quede todo por escrito. El lunes a primera hora.

Halo de la manilla.

—Antes de que te vayas, Piper... —Su mirada acerada se desplaza hacia el auto de Kyle—. Ya no te quiero con ese chico.

Tardo un momento en procesar sus palabras, en asegurarme de que las he oído bien.

—¿Qué?

—Estuve de acuerdo con tu madre en que deberías pasar un verano en un entorno... modesto, para que puedas ver cómo viven los demás y apreciar el privilegio que se te ha concedido. Sobre todo para que no acabes como tu hermano, con una repentina crisis de conciencia y

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

tirando tu vida por la borda. —Frunce el ceño—. Pero no permitiré que mi hija se mezcle con un chico así.

—¡Ni siquiera lo conoces!

—Sé lo que no apruebo y los chicos que consideraría adecuados para ti no te manosearían así en público. Contra un auto que pertenece a un desguace, nada menos.

—No era... Era un juego. —Siento que mis mejillas se ruborizan, por una combinación de rabia y vergüenza. Peor aún, Eddie está escuchando.

—No me hizo gracia.

—Se suponía que no tenías que verlo —murmuro en voz baja.

—Puedes hablar con él, por supuesto. Están trabajando juntos durante el verano, así que no es como si pudieras evitarlo, pero déjalo así.

Sacudo la cabeza, mi furia aumenta. Mi padre nunca ha hecho una exigencia así. Por otra parte, mi círculo de amigos e intereses masculinos siempre ha estado asociado al Breyers Collegiate y a las familias que pueden permitirse ir allí. Aprobaba a Trevor antes de conocerlo, sobre todo porque el padre de Trevor es un abogado civil de alto nivel.

Si supiera a qué «se dedica» el padre de Kyle, probablemente ya estaríamos de camino a casa.

Intento otro ángulo.

—Realmente me gusta y mamá está de acuerdo con él.

—No lo estará después de que hable con ella.

—¡Papá!

—No voy a repetirlo. ¿Me entiendes, Piper?

Y ahí está. Kieran Calloway emitiendo un edicto con su voz calmada y fría. No hay forma de convencerlo cuando se pone así y espera que me adhiera porque siempre lo he hecho. Nadie desafía a Kieran Calloway, especialmente sus hijos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Los ojos se me llenan de lágrimas de frustración. Abro la puerta de un empujón y salgo a la llovizna.

—Piper. —Oigo la advertencia en su voz acerada.

—Bien. Como sea.

Suspira pesadamente, como si yo fuera la irrazonable.

Una repentina oleada de rebeldía me enciende.

—Para que lo sepas... tu perfecto Trevor Reilly alteró mi Coca-Cola para emborracharme y así poder intentar follarme. —Doy un fuerte portazo y salgo disparada, con la fría lluvia en la cara como bálsamo calmante para mi ira.

Veo a Kyle en el otro extremo del campo, sin camiseta y maniobrando hábilmente alrededor de otro jugador con el balón de fútbol para lanzar a gol. El balón se cuele por la escuadra izquierda y sus compañeros lo ovacionan.

Mi enfado con mi padre no hace más que intensificarse.

Echo un vistazo por encima del hombro para ver las luces de freno de la camioneta, que se aleja por la curva de la carretera y se pierde de vista. Ni siquiera se molestó en quedarse para ver cómo me las arreglaba con Kyle.

Asume que lo escucharé.

Siempre lo he hecho.

—¡Eh, Richie Ricón! —llama Eric desde su lugar en la red, sus rizos rubios aplanados, su camiseta húmeda amontonada junto al poste de la portería, para mostrar un torso larguirucho y quemado por el sol—. ¿Así es como rueda tu padre todo el tiempo?

—Mayormente. Sí. —Y posiblemente por primera vez en mi vida, me avergüenzo de ello.

—Oh. —Eric se encoge de hombros—. Genial.

Una ovación llega desde el otro extremo y Eric levanta los brazos.

—¡Bien! ¡Tu chico está que arde!

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Kyle está chocando los cinco con otro chico cuando se da cuenta de que estoy allí. Me saluda y, echándose el pelo húmedo hacia atrás con la mano, empieza a correr hacia mí, con su cuerpo delgado y musculoso.

«Mi chico». Así es. Es mío. Y nadie, especialmente mi padre, va a decidir lo contrario.

Normalmente, odio la incomodidad que conlleva la lluvia: ropa pegajosa y mechones de pelo pegados a la cara. Ahora, sin embargo, estoy demasiado enfadada con mi padre y envalentonada por mis sentimientos hacia Kyle como para preocuparme.

Con una sonrisa decidida, salgo corriendo a través del campo, intercepto el balón de fútbol destinado a la línea central, para lanzarme contra Kyle, haciéndonos caer a los dos sobre la hierba empapada.

—¿Qué vamos a hacer esta noche? —pregunto, entre nuestras risas.

—No lo sé. ¿Pasar el rato? Se supone que va a llover toda la noche. Están hablando de poner una pantalla de cine en la sala de recreo. — Se pone de lado y se apoya en el codo para mirarme, protegiéndome la cara—. ¿Qué tal estuvo la comida?

Pongo los ojos en blanco.

—Bien.

—¿Sí? —Su dedo recorre mi clavícula—. ¿Qué dijo tu padre de mí?

—Que pareces simpático.

Me lanza una mirada dubitativa.

—No te quiere cerca de mí, ¿verdad? —Veo una mezcla de resignación y decepción en sus ojos.

—No me quiere con nadie que él no haya elegido. —Engancho mis muñecas alrededor de la nuca de Kyle—. Pero no importa lo que él quiera. Importa lo que yo quiero. Y te quiero a ti.

—¿Sí? —Sonríe pensativo—. ¿Cuánto?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Tiro de él y lo beso, deleitándome con sus labios calientes y suaves, ligeramente salados por el sudor.

Kyle se estremece y se separa cuando el balón de fútbol rebota en su cadera, recordándome que no estamos solos.

—¿Estamos jugando o nos tomamos un descanso para verlos hacerlo aquí mismo? —grita Eric.

—Cállate —refunfuña Kyle, volviéndose hacia mí—. ¿Quizá podamos retomar esto más tarde, cuando no estemos en medio de un campo de fútbol?

—Probablemente sea una buena idea.

—De acuerdo. —Hunde su cabeza en el pliegue de mi cuello con una risita—. Mierda, necesito un minuto.

—Por qué... «Oh». —Una oleada de calor inunda mi cuerpo cuando entiendo lo que quiere decir.

Su duro trago me llena el oído.

—Rápido, ayúdame a pensar en otra cosa.

¿Algo más aparte de Kyle y yo juntos? Porque ahora que Eric lo ha dicho, es todo lo que imagino.

—Eric disfrazado de criada. Falda muy corta y sus piernas peludas —suelto, porque la representación teatral de ayer hizo que todo el mundo se debatiera entre aullidos de risa y escalofríos de mortificación.

—Sí. Eso debería bastar. —Con un gemido de desgana, se pone en pie, intentando ajustarse discretamente en el proceso.

—¿Serás capaz de correr con eso? —se burla Eric.

—Correr... patear... —Kyle golpea la pelota de fútbol, enviándola directamente a la cabeza de Eric—. Vuelve a la porterilla para que podamos terminar esto. —Me ofrece su mano para levantarme del suelo—. Ash, Avery y los demás están en el centro recreativo, haciendo palomitas. ¿Nos vemos allí cuando terminemos?

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

—De acuerdo. —Quizá sea un residuo de haber desafiado a mi padre, o quizá se deba a la creciente tensión entre Kyle y yo, pero me inclino hacia delante para rozarle el lóbulo de la oreja con los dientes, susurrándole—: Date prisa.

La cara de dolor que pone cuando retrocedo me hace sonreír.

—Vas a pagar por eso —advierde.

—Eso espero.

El calor se enciende en sus ojos, y en ese momento sé que los dos lo estamos pensando al mismo tiempo.

La pregunta no es si voy a entregarme completamente a Kyle.

La cuestión es cuándo.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 15

Ahora

Ashley se abalanza sobre mí en cuanto entro por la puerta principal de nuestro piso.

—¿Qué te parecería... —Me quita las maletas del brazo—. Una fiesta?

—Eh...

—Como una fiesta de inauguración.

—Ya está haciendo la lista de invitados —dice Christa desde su asiento en el sofá, con una mano sujetando el mando a distancia mientras navega por los canales y la otra ocupada acariciando a un Elton que parece contento.

—Llegas temprano a casa. —Me planto en un taburete y aspiro la deliciosa fragancia de la tarta de manzana. En el centro de la isla hay un plato con una costra dorada, cuyos jugos caramelizados rezuman por los listones de la enrejada encimera. Obra de Ashley, sin duda.

—Tú también. —Christa frunce el ceño, silenciando el televisor—. ¿Qué está pasando? ¿Se trata de Tripp o de Kyle?

Me rio a pesar de mi mal humor. Siempre ha sido muy hábil leyéndome.

—Kyle y mi padre.

Ashley se queda boquiabierta cuando termino de contarles todo lo que Kyle ha dicho hoy sobre el soborno.

—Espera un segundo. ¿Así que Kyle afirma que tu padre le pagó dinero para básicamente que desapareciera? —pregunta Christa lentamente, dudosa.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

—Sí.

Ashley frunce el ceño.

—¿Le crees?

—Sí —admito con reticencia—. Lo hago. —Aunque mi padre siempre se ha retratado como un hombre ético, sé que hizo una importante donación económica a Brown para ayudar a paliar la preocupación de que las notas de Rhett no consiguieran que lo aceptaran y hubo un caso en el GC, cuando una empleada afirmó que había sido despedida sin motivo y amenazó con emprender acciones legales. Mi padre le pagó una suma global para que se fuera, sobre todo porque no quería las molestias que supondría enfrentarse a ella en los tribunales. Entonces, ¿creo que sería capaz y estaría dispuesto a pagar a un chico al que consideraba «mala persona» para que se alejara de su única hija?

Sí. Mil por ciento, sí.

—Es como un recurso argumental horriblemente cliché en un programa sobre gente rica —murmura Christa—. Es una locura.

Resoplo burlonamente.

—Es un locura porque Kyle podría haberle sacado mucho más dinero a mi padre.

—Oh, el poder de ser asquerosamente rico —murmura Ashley soñadoramente, con la barbilla apoyada en su brazo.

—Entonces, ¿cuándo vas a enfrentarte a tu padre por esto? —Como siempre, Christa va directa al grano.

—No sé si voy a hacerlo. Créeme, quiero mirarlo directamente a los ojos y asegurarme de que sepa que sé lo que hizo. Pero, en este momento, mi padre no parece recordar que Kyle haya existido. No lo reconoció hoy, en el vestíbulo. Ni siquiera parpadeó.

—Probablemente sea mejor mantenerlo así —dice Ashley.

—¿Verdad? Conociendo a mi padre, haría que escoltaran a Kyle fuera de la propiedad. Probablemente lo despediría. —Siento la

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

imperiosa necesidad de evitar que eso suceda y hay algo de lo que estoy segura: papá nunca querría que nadie supiera que básicamente amenazó y chantajeó a un chico de diecisiete años. Debe de haber leyes contra eso. Como mínimo, es muy turbio y no le haría ningún bien a su reputación.

—Un movimiento bastante audaz, aceptar un trabajo en el mismo edificio. Si está diciendo la verdad. —Christa todavía suena desconfiada.

—¿Qué más dijo Kyle? —Ashley corretea por la cocina, recogiendo pequeños platos y tenedores, y un cuchillo—. Ya sabes, aparte del hecho de que se mudó al otro lado del país por ti trece años después y sigue locamente enamorado de ti.

—¡No está enamorado de mí! Y se mudó para alejarse de su padre y sus hermanos. —Siento que la sonrisa empieza a estirarse en mis labios, sin proponérmelo—. Pero está soltero. Vive con su hermano pequeño.

—¿En serio? —chilla Ashley al mismo tiempo que Christa gime—: Allá vamos.

—¡Qué!

Christa me fulmina con la mirada.

—Olvida por un momento el hecho de que aceptó cincuenta mil dólares para alejarse de ti. ¿Qué va a pasar cuando tu padre descubra que estás saliendo con el guardia de seguridad del edificio?

—¡No estamos saliendo!

—Todavía —murmura, jugueteando con las orejas de Elton—. Pero todas sabemos a dónde va esto.

—¿Quién lo dice?

—¡La historia! Estuvimos allí en el campamento, ¿recuerdas?

—Oh, sí. —Los ojos de Ashley están llenos de estrellas mientras pone un plato delante de mí—. Como imanes cachondos. No podían despegarse el uno del otro.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Me da un escalofrío.

—Eso fue hace mucho tiempo. Han cambiado muchas cosas. —¿De verdad? Kyle sigue acaparando mi atención cuando entra en la habitación y distrae mis pensamientos constantemente. Desde el momento en que lo vi en el vestíbulo aquel día, no he dejado de preguntarme por él. Sigo sintiéndome tan atraída por él que bien podría ser una adolescente hormonal.

—¿Es por eso que no puedes mirarme a los ojos ahora? —se burla Ashley.

—No. Solo estoy embelesada con esta deliciosa tarta —murmuro alrededor de un bocado—. Hum... qué buena está. Perdona, ¿de qué estábamos hablando?

—Cómo no has dejado de pensar en liarte con Kyle desde que te enteraste de que estaba soltero —dice Christa secamente.

—O... nuestra fiesta de inauguración. —Ashley me mira con ojos grandes y suplicantes—. Por favor, por favor, por favor, por favor... Sería una buena excusa para invitar a Kyle.

Me da un vuelco el corazón pensar en verlo fuera de la oficina. En un lugar más cómodo, más social.

—¿No deberíamos tener algo más que un sofá y un televisor preparados antes de recibir gente aquí?

Ashley se muerde el labio pensando, su mirada se desliza sobre la mesa redonda barata en el centro de la habitación, y luego hacia las paredes blancas y vacías, y hacia el patio estéril detrás del cristal.

—Es un desperdicio tener un sitio así y no dar una fiesta. —Sus hombros se hunden por la decepción.

—Quiero decir, supongo que podría contratar a esa decoradora de interiores que hizo mi oficina para llenar este lugar, pero no tengo tiempo para responder a todas las preguntas...

—¡Yo lo haré! —estalla, levantando la mano como si estuviera en clase—. Yo me encargo de todo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—«¿En serio?»

—¿Me tomas el pelo? Conozco tus gustos; solo dame tu presupuesto. Las preguntas serán limitadas, lo prometo. —Sonríe—. Y luego podemos tener una fiesta, ¿verdad?

Me rio entre dientes.

—Claro. De acuerdo.

—Perfecto. —Desliza un bloc de notas y escribe con letra ilegible—. Lista anticipada de invitados.

Sacudo la cabeza divertida mientras ojeo la lista.

—¿Mi hermano?

—Sigues diciendo que tenemos que reunirnos con él.

—Supongo que... —Frunzo el ceño—. ¿Quiénes son George y Harriet?

—Nuestros vecinos.

—¿Tenemos vecinos? —Solo hay dos unidades en este piso y la otra no se había vendido cuando me mudé.

Ashley arquea las cejas.

—Sí, desde hace unos dos meses. Ella es profesora en un colegio privado. Él es banquero de inversiones. Son simpáticos. Bueno, ella es simpática. Todavía no lo conozco. Tomé el té con ella la semana pasada. Tiene muy buen gusto.

Deja que Ashley se gane una invitación a Earl Grey y bollos.

Sigo hojeando la lista, hasta que un nombre me salta a la vista.

—«¿Eric?»

—Dijiste que Kyle aún habla con él. —Se encoge de hombros inocentemente—. Estoy segura de que le encantaría volver a vernos a todas.

—Sí, claro. Echaba tanto de menos a todo el mundo en Wawa que desapareció del planeta y nunca te devolvió los correos electrónicos

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—murmura Christa, levantándose del sofá para pasear hasta la isla de la cocina, con Elton en un brazo. Se inclina sobre mi hombro para ojear la lista de invitados a la fiesta—. Me estás tomando el pelo. —Mueve la cabeza con firmeza—. No vas a invitar a Zelda a nuestra fiesta de inauguración. De ninguna manera. Nada de videntes.

Ashley pone los ojos en blanco.

—Relájate. Lo hago por educación. No vendrá. Pero, ¿crees que deberíamos invitar a tu padre, Piper? Esta es su casa.

—Definitivamente no vendrá. Y no. —Hubiera dicho eso antes de enterarme del pago. Ahora—... No es bienvenido. Además, seguro que estará muy ocupado intimidando a chicos de diecisiete años en algún sitio. Dios, ¿qué es ese sonido? —exclamo, ya incapaz de ignorar el extraño rumor que proviene de Elton mientras acaricia la oreja de Christa.

—Solo está feliz. ¿Verdad, Elton? —Christa frota cariñosamente su nariz contra la de él mientras se aleja, su voz cambia varias octavas para canturrear—: ¿Quién es un buen gatito? Sí, eres un buen gatito.

—Anoche se coló en mi habitación mientras estaba en el baño, podó el aloe vera y luego vomitó en mis zapatillas —ofrece Ashley como prueba de todo lo contrario a las afirmaciones de Christa—. Si hay alguna posibilidad de que hayas desarrollado una repentina alergia a los gatos, ahora sería el momento de hablar.

—¡He oído eso! —Christa se detiene en el pasillo que conduce a su dormitorio—. ¿Y Piper? No engañas a nadie excepto a ti misma.

Suspiro pesadamente, apuñalando mi tarta.

—No sé qué hacer.

—Sí, lo sabes. Tienes que averiguar si Kyle y tú pueden hacer que esto funcione en el mundo de hoy. ¿Va a ser una saga épica de amantes prohibidos o un romance de mal gusto de dos horas en el que la heredera de miles de millones se tira al guardia de seguridad sobre su escritorio?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Yo leería cualquiera de esas historias —murmura Ashley entre sorbos de leche.

Christa pone los ojos en blanco ante nuestra amiga obsesionada con el romance.

—Averígualo y decide si estás bien con eso.

Suspiro.

—Tienes razón.

—Por supuesto que tengo razón. —Desaparece por el pasillo.



—Así que, Shakespeare en mallas tiene una amiga desesperada que necesita trabajo y se supone que yo debo contratarla —murmura David. Pum. La pelota de tenis rebota en la ventana y vuelve, aterrizando en su agarre tan suavemente que parece atada.

Cuando Mark mencionó a una amiga que buscaba trabajo administrativo y preguntó si David se plantearía entrevistarla, mi primer instinto fue preguntarle qué había hecho para que él la odiara tanto. Pero cuando me explicó que le había contado todo sobre David, que ella tiene una actitud de «el vaso siempre está medio lleno» y que, de hecho, está desesperada por encontrar trabajo, las ruedas de mi cerebro empezaron a girar. Esto resolvería el problema de David, un problema pequeño en comparación con mis complicaciones con Tripp, Kyle y mi padre, y tener a David lejos de mí siempre es un buen objetivo.

—Tiene experiencia administrativa.

—Sí, en una «empresa de alquiler de camiones». —Su voz está llena de desdén mientras frunce el ceño ante el currículum que Mark imprimió y dejó sobre su mesa esta mañana.

—¿Qué era eso tan importante que te perdiste ayer? —Frunzo el ceño burlonamente, con el dedo índice en el labio—. Dar un discurso de apertura, ¿verdad?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Entendido —murmura con un resoplido—. Pero no prometo nada.

—¿Prometes que al menos le darás una oportunidad justa?

—Bueno, por supuesto que lo haré. Ya me conoces.

—Lo hago. Por eso te pido que no seas tú mismo.

Pone los ojos en blanco.

Quiero darle un golpe en la cabeza y decirle que deje de ser idiota. Pero David es mucho más receptivo cuando le acarician el ego.

—Mira, eres un hombre demasiado ocupado para atender esas cosas triviales. —Mantengo la voz calmada y tranquilizadora—. Necesito el apoyo de Mark a tiempo completo y no vas a robarle el puesto a la ayudante de Jack. Mark conoce a Renée desde hace años y puede dar fe de que es una mujer competente y trabajadora. —Y lo que es más importante, Renée ya ha completado el «David Worthington 101», un curso impartido por Mark y del que puedo garantizar que no fue ningún cumplido.

Todavía quería la entrevista.

La suave voz de Mark recorre el pasillo anunciando su llegada.

—Bien, ya está aquí. No seas imbécil —adviento, girándome para ver acercarse a mi cordero sacrificial. Lucho para que no se me caiga la boca—. Guau.

Renée es de estatura compacta, especialmente al lado de Mark. Supongo que mide un metro cincuenta sin los altísimos tacones. Está en forma, y el vestido azul marino muestra sus curvas de reloj de arena y sus piernas musculosas. Su melena rubia platino le llega hasta el pecho y es lisa como un atizador.

Unos grandes y expresivos ojos azules me miran mientras Mark la hace avanzar, y ella se muerde el labio inferior antes de darse cuenta y detenerse.

Está nerviosa.

Además, es guapísima.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Está «contratada» —murmura David desde detrás de mí, observando cómo se acercan.

Le lanzo una mirada de advertencia.

—¿Qué? —Se encoge de hombros inocentemente—. Siempre he querido tener una ayudante que pueda llevar en el bolsillo.

Lo más disimuladamente posible, le doy un codazo en las costillas a David antes de dar un paso adelante.

—Renée, encantada de conocerte. Soy Piper Calloway.

A pesar de lo pequeña que es, tiene una amplia sonrisa que le ocupa la mitad de la cara y que ahora parpadea para revelar unos dientes blancos y perfectos.

—Podría haberlo adivinado. Mark me ha hablado mucho de ti. Le encanta trabajar aquí.

«Dios, hasta tiene acento sureño».

David se aclara la garganta y pasa junto a mí con un brazo extendido, ofreciéndole la mano y su característica sonrisa asesina.

—Hola, soy David Worthington, vicepresidente de Ventas y Mercadeo de Calloway. Vas a hacer una entrevista para un puesto como mi asistente ejecutiva.

Se pone rígida en su postura.

—Sí, por supuesto. Hola, es un placer conocerlo.

—Ven a mi despacho. —David da un paso atrás para dejarle espacio para entrar, extendiendo el brazo en un gesto de bienvenida—. Así que, Renée. Es francés, ¿verdad? —Su voz se apaga al cerrarse la puerta.

La mirada nerviosa de Mark se clava en ellos.

—Así que... parece simpática.

—¿Renée? Ah, sí. Es... —Se aclara la garganta—. Es genial.

¿Eh?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Y desde cuándo sientes algo por ella?

—¿Qué? —Mark gira la cabeza—. No siento nada por ella.

—¿En serio? Porque tu cara roja diría lo contrario —me burlo.

Suspira e inclina la cabeza en señal de derrota.

—Cinco años ya, ¿creo? Básicamente desde que la conocí.

Se oye una carcajada en el despacho de David. Lo que haya dicho David debe de haber sido gracioso, porque Renée está prácticamente doblada.

—¿Qué has encontrado sobre «esa persona» por la que te pregunté?

—Oh, sí... —Mark abre el cajón de su escritorio y saca una hoja de papel. Echa un vistazo a nuestro alrededor y luego señala con la cabeza hacia mi despacho. Sea lo que sea que tiene, es algo que no cree que la gente deba oír.

—Bien, escúpelo —exijo en cuanto se cierra la puerta.

—Hasta ahora, sé que Tripp y Hank Kavanaugh fueron compañeros de habitación en la universidad de Minden. También jugaron juntos en una liga masculina de fútbol durante unos años a los veinte.

—«¿De verdad?» ¿Ese perezoso bastardo realmente persiguió una pelota?

—¿Quizá era una liga de cerveza? —me ofrece, y luego me entrega un montón de papeles—. Aquí hay una copia impresa de su calendario de los últimos seis meses. Cada reunión con Hank está resaltada en amarillo.

Empiezo a hojear las páginas.

—Muchas reuniones de golf los viernes por la mañana.

—Esas son las que Jill tiene registradas.

—¿Qué le dijiste? —Si no supiera de primera mano el desdén de Jill por Tripp, nunca le habría sugerido a Mark que se pusiera en contacto

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

con ella. Por otra parte, Mark no sabe nada de las sospechas de soborno.

—Le pregunté si Tripp había quedado con un tal Hank y me envió todo esto. Luego se ofreció a peinar sus correos para ver si hay alguno de KDZ, aunque no recuerda que haya llegado ninguno.

Como habría de esperar, si ha estado trabajando en este acuerdo durante meses, como afirma.

—¿Sabe que esto debe quedar entre nosotros? —Lo último que necesito es que la administración se entere de esto.

—No dirá ni una palabra —hace una pausa—, ¿Qué esperas encontrar, de todos modos?

—Prueba de que Tripp no está tramando nada bueno. —Sé que es una respuesta vaga, pero este nivel de traición está muy por encima del nivel salarial de Mark. Es un tipo inteligente, sin embargo; se dará cuenta.

De cualquier forma, aún no tengo suficiente para enfrentarme a Tripp o acusarlo de nada.

—Sigue cavando.

Mark asiente, y entonces su mirada se desvía hacia el despacho del otro lado del pasillo para ver a David y Renée charlar y reír como viejos amigos. La preocupación le tensa la frente.

—¿Acabo de cometer un «gran» error al presentárselos?

Pongo una mano reconfortante en el hombro de Mark.

—No te preocupes. David es demasiado íntegro para acostarse con su ayudante. —«Espero». Aunque no hay duda de que David contratará a Renée; esa estúpida sonrisa no se le ha borrado de la cara ni una sola vez. Al menos puedo marcar una casilla mental junto a uno de mis dilemas y pasar a ocuparme de Tripp y de mi padre.

Y Kyle.

El sabio consejo de Christa de anoche perdura en mi mente. Como siempre, tiene razón.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Tengo que averiguar si Kyle encaja en mi vida. Y si no... Necesito dejar ir mis buenos recuerdos y seguir adelante.



—Gracias —dice Renée, entrando en el ascensor a mi lado. Aprovecho la necesidad de estirar las piernas para acompañarla, sobre todo como excusa para pasar por el mostrador de seguridad—. Mark me dijo que tú lograste que esto pasara.

—Solo concerté la entrevista y, créeme, esto es más ventajoso para Mark y para mí que para ti.

—¿Estás bromeando? Ayer estaba recorriendo toda la ciudad y repartiendo mi currículum en restaurantes, desesperada ¡y hoy tengo el trabajo de mis sueños! —Parece a punto de chillar.

Su entrevista con David duró casi una hora, cuarenta minutos más que cualquiera de sus otras entrevistas.

—Espero que sigas pensando lo mismo después de tu primer día. Las expectativas de David sobre lo que debe hacer una asistente son un poco altas a veces.

Desecha mis palabras con una amplia sonrisa.

—Oh, no te preocupes, Mark me contó todo sobre David. Estoy preparada. Bruce, ¿mi antiguo jefe? Me hacía limpiar la pecera de su oficina todas las semanas.

Me da escalofrío.

—Sí. Y me hizo espiar la fiesta de cumpleaños que su exmujer organizaba para su hija para que yo pudiera planear otra fiesta para ella. Y me refiero a todo, desde imprimir las invitaciones hasta reservar el *spa* y la comida. Y tenía que ser mejor que la fiesta de su ex. —Se encoge de hombros—. A veces estos hombres no tienen ni idea.

Decido que me gusta Renée. Tiene un carácter fácil y encantador. No es de extrañar que Mark haya estado suspirando por ella durante años. La cuestión es si ella se da cuenta de que él la adora. De

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

momento lo dejo a un lado; es demasiado pronto para empezar a hacer de casamentera para mi ayudante.

—Entonces has venido al lugar adecuado. No tendrás que hacerle invitaciones de cumpleaños para niños, pero David a veces no tiene ni idea. Yo lo sé, casi me caso con él.

—Mark me lo dijo. —Sus ojos azules se abren de par en par—. ¿Qué pasó?

—Me espabilé.

—Bueno... Supongo que no debería sorprenderme que fueran pareja. Es tan... Quiero decir... —Sus cejas perfectamente perfiladas se fruncen mientras busca una salida del agujero poco profesional en el que acaba de meterse—. Oh, Dios. —Su mano con manicura vuela para taparse la boca.

Dejo que se retuerza otro segundo antes de reírme.

—No pasa nada. Sí, es guapísimo. Todos lo sabemos. Definitivamente, él lo sabe. —Las puertas del ascensor se abren y salimos.

—¡Hola, Piper! Venía a verte. —La mirada de Serge se desvía hacia Renée, donde se detiene un momento, y su piel aceitunada adquiere un tono rosado.

—Ustedes sigan con sus reuniones. Dejaré mi gafete en el mostrador. —Renée me da un apretón amistoso en el antebrazo—. Y de nuevo, muchas gracias. Me has salvado la vida.

—No ha sido nada. Me alegro de que se haya solucionado. En las próximas horas deberías recibir un correo electrónico de Recursos Humanos con toda la documentación necesaria. Si no, llama a Mark y te ayudará a solucionarlo.

Esboza una última sonrisa y se aleja hacia la puerta de seguridad, con los tacones chocando contra el travertino.

Mi mirada se detiene en Kyle, su atención pegada a los monitores de las cámaras de seguridad. He estado cerca de Gus el tiempo suficiente para saber que son las que apuntan al estacionamiento. Está

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

de pie, lo que me da una visión completa de ese cuerpo moldeado y esos brazos musculosos.

—Acabo de hablar con mi colega de Jameson sobre el proyecto Marquee —dice Serge, llamando mi atención de nuevo—. Al parecer, ha intentado concertar una reunión con Tripp para repasar la propuesta y Tripp le ha dicho que hemos decidido ir en otra dirección.

—¿Que ha hecho qué? —sale en un siseo, aunque la voz dentro de mi cabeza está gritando.

Serge da un paso atrás, como si pudiera ver la rabia encenderse en mis ojos.

—Supongo que no lo sabías.

Respiro hondo para calmarme.

—Gracias por decírmelo. Me ocuparé de ello.

Se le tensa la frente.

—Así que eso significa que no hemos tomado ninguna decisión sobre el contrato de construcción, ¿verdad?

Fuerzo una amplia sonrisa.

—Así es. Llamaré a Gary ahora mismo y me aseguraré de que sepa que el Grupo Calloway sigue muy interesado en su propuesta. —Gary, tercera generación de Jameson, es un hombre corpulento aficionado a los puros y al *striptease* de Las Vegas, pero siempre ha sido un socio fiable. No puedo imaginarme el ambiente que se respira en su despacho en estos momentos. Ya hemos mantenido docenas de conversaciones sobre el proyecto Marquee y en todas ellas se ha transmitido el mismo mensaje: que el Grupo Calloway tenía toda la intención de firmar con Jameson si se daban las condiciones.

¿Lo sabe mi padre?

—De acuerdo, yo solo... mantendré al equipo trabajando hasta que Tripp y tú decidan en qué dirección vamos. —Hay una pizca de

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

fastidio en la voz de Serge y no puedo culparlo; yo estoy fastidiada y no soy la que maneja todos los detalles minuciosos.

—Lo solucionaremos pronto. Te lo prometo.

Una carcajada musical sale del vestíbulo mientras Serge se mete en el ascensor, impidiéndome unirme a él.

Renée está apoyada en el mostrador de seguridad, con una pierna doblada de modo que solo el dedo del pie toca la baldosa. Gus acaba de decir algo, seguro que encantador, pero su atención no deja de desviarse hacia Kyle.

Que le sonrío.

No solo una sonrisa de cortesía del tipo «que tenga un buen día, señora» sino esa sonrisa que arruga los ojos y frunce los labios y que solía revolverme el estómago.

Esa sonrisa coqueta.

Las palabras de Mark resuenan entonces en mi mente, sobre si fue un error presentar a Renée con David.

Tal vez el error no involucra a David en absoluto.

Un ardor irradia en mi pecho y crece a medida que empiezo a imaginarme un escenario en el que Renée viene a trabajar cada mañana, mostrando esa hermosa sonrisa y saludando con ese sensual acento sureño, quedándose en el mostrador de seguridad más tiempo cada día, hasta que un viernes menciona ir a tomar algo después del trabajo y lo siguiente que sé es que se van a vivir juntos.

Y he perdido mi oportunidad.

—Que mierda —susurro en voz baja, de pie en medio del pasillo, un obstáculo para la gente que sale del ascensor, con los celos royéndome por dentro.

Puede que no sepa cómo, y si, Kyle puede encajar en mi vida hoy, pero lo que sí tengo claro es que no estoy dispuesta a perder la oportunidad de averiguarlo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Se abren las puertas del ascensor y sale Tripp, con un maletín al hombro, dispuesto a abandonar el edificio.

—Piper. Es un vestido precioso —me ofrece con voz condescendiente, mostrándome una sonrisa zalamera.

—¿A sabotear un poco más el proyecto Marquee? —le respondo antes de morderme la lengua.

Sus pobladas cejas grises se arquean. Tarda un momento en procesar mis palabras.

—¿Cómo dices?

—Jameson.

Sus labios se tuercen como si trabajara un sabor amargo en su boca.

—¿Te ha llamado? ¿Qué te dijo?

—¿Sabe mi padre que básicamente has puesto dinamita bajo nuestro puente con ellos?

—Jameson no puede superar la oferta a la que va a llegar KDZ. Kieran estará de acuerdo conmigo.

«¿Te refieres al que te llena los bolsillos con medio millón de dólares?»

Aprieto los dientes para no acusarlo allí mismo. Lo negará y, sin más pruebas, quedará como una imbécil incompetente.

—Si me disculpas, tengo cosas que hacer. —Pasa a mi lado con la cabeza en alto mientras se dirige a la puerta de seguridad.

Kyle me mira entre la charla de Renée y sus ojos agudos se entrecierran al ver a Tripp.

Por mucho que me gustaría interrumpir lo que sea que esté pasando allí, tengo un proyecto y una relación comercial a largo plazo que salvar.

Con eso, tomo el siguiente ascensor.

Esperando que Kyle no caiga ante los encantos de Renée demasiado rápido.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 16

Antes

2006, Campamento Wawa, fin de la segunda semana.

—Por fin, un poco de sol... Estaba harto de estar encerrado. —Kyle se quita los zapatos y se acerca al borde del acantilado para contemplar el agua azul oscuro. El sol de primera hora de la tarde brilla en la superficie.

No estoy segura de qué ha hecho más dura la segunda semana de campamento: los tres días de lluvia constante que obligaron a realizar actividades en el interior y provocaron fiebre de cabaña a todo el mundo o nuestro encierro a las diez de la noche, gracias a nuestra libertad condicional. El lado positivo es que he descansado bien.

—Lamento decírtelo, pero se supone que habrá tormenta más tarde. Al menos, eso es lo que dijo Christa. —Aunque en este momento no hay más que unas tenues nubes blancas surcando el cielo.

—Y Christa nunca se equivoca en nada —murmura sarcásticamente.

Una lancha rápida pasa remolcando a una mujer que practica esquí acuático sobre tabla. Al fijarme bien, me doy cuenta de que es Claire, la monitora de esquí acuático y esquí acuático sobre tabla.

—Es muy buena.

Kyle la observa atravesar las olas con facilidad, flexionando sus musculosas piernas.

—Tiene algunas metas serias. No me sorprendería verla algún día en un podio con una medalla al cuello.

Dudo.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

—¿Y tú?

—No me gusta mucho el esquí acuático. —Se estira por encima de la cabeza para quitarse la camiseta de Wawa, dejando al descubierto las líneas de bronceado de dos semanas de camiseta y una espalda lisa y esculpida.

—No, me refería a qué vas a hacer después del instituto. ¿Tienes alguna universidad elegida? —¿Dónde acabará Kyle el año que viene y a qué distancia estará de mí?

—Sí... No creo que la universidad sea para mí. —Vacía sus bolsillos, arrojando su contenido sobre su roca favorita.

—¿En serio? —Frunzo el ceño—. Entonces, ¿qué vas a hacer? —Debe tener un objetivo, algo por lo que trabajar...

—¿No lo sé? Conseguir un trabajo, supongo.

—¿Haciendo qué? —¿Qué te interesa, Kyle? Además de saltar desde acantilados y correr con carritos de golf por la noche. En las dos semanas que llevamos aquí, aparte del tema de su familia, nuestras conversaciones han sido ligeras, superficiales.

Divertidas.

Pero, ¿tenemos algo en común?

Se encoge de hombros.

—¿Trabajar aquí, tal vez? Puedo ocupar el puesto de Darian.

—¿En serio?

—No... Construcción, tal vez.

—¿Qué, como dirigir tu propia empresa?

Se ríe entre dientes.

—Más bien clavando clavos en tablas. Realmente no me importa. Solo quiero alejarme de mi familia de mierda. Excepto Jeremy. Él es genial. —Asiente, más para sí mismo—. Te gustaría.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Asimilo en silencio su indiferencia hacia su futuro. ¿Es porque nunca lo han empujado a plantearse? ¿O es que las cosas están tan mal en casa que no puede pensar más allá del objetivo de escapar?

—¿Y tú? —pregunta bostezando y estirándose, como si el tema le interesara poco.

—Brown, probablemente. Es el estilo Calloway —añado en tono burlón.

—Hum... —Frunce el ceño pensativo—. Probablemente no debería seguir el estilo Miller. —Una sonrisa irónica curva sus labios mientras se pasa una mano por su *fauxhawk*, desordenándolo. Vuelve a centrarse en el acantilado—. ¿Vas a entrar o qué?

Supongo que es el fin de cualquier conversación seria con Kyle.

—Por supuesto. —Me encojo de hombros y me quito la ropa para quedarme en el bikini de tirantes verde azulado que me puse antes—. ¿Hay algo que hacer en el pueblo?

—Hay una gran hamburguesería en la calle principal y a veces puedes encontrar una buena... —Las palabras de Kyle se caen en el momento en que se gira, sus ojos arrastrándose sobre mi piel desnuda sintiéndose como las yemas de sus dedos—. ¿Es nuevo?

—No, pero aún no me lo he puesto aquí. —Me ajusto los triángulos estrechos sobre el pecho y me pruebo las cintas de las caderas para asegurarme de que están bien sujetas. He metido el bikini en la maleta sabiendo que es demasiado pequeño para otra cosa que no sea broncearme en privado y para seducir a Kyle, por lo visto. Se me revuelve el estómago de mariposas cuando me quedo allí, dejándolo mirar. Nunca me he sentido segura cuando me miran los chicos, pero con Kyle siento un agradable escalofrío que me recorre el cuerpo—. ¿Qué decías? Algo sobre encontrar una buena...

—Película —responde tras una larga pausa, con la voz un poco más ronca de lo normal—. En el autocine.

—¿Un autocine? ¿De verdad? Nunca he ido. ¿Cómo es?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Es divertido. Quizá podamos ir a verlo esta noche. —Capto la sonrisa que curva sus labios antes de que se vuelva hacia el lago, y la elevación de sus hombros con una profunda respiración.

Y la forma en que disimuladamente tira de sus pantalones cortos, tratando de ajustarse.

El calor me recorre por dentro.

¿Los dos solos, lejos de aquí, metidos en su auto al amparo de la noche? Algo me dice que no estaríamos prestando mucha atención a lo que sea que haya en la pantalla.

—¿Nerviosa?

Mis mejillas se sonrojan.

—¿Eh?

Asiente hacia el borde.

—Sobre saltar de nuevo.

«Oh».

—No. —En realidad, ahora que considero la caída libre de diez metros en el lago, me doy cuenta de que estoy nerviosa. Más que la primera vez, cuando tuve poco tiempo para pensar, cuando no tenía experiencia que recordar.

Me mira por encima del hombro y sonrío, como si supiera que miento, y su mirada recorre mi cuerpo por segunda vez.

Y luego, con una sonrisa infantil, salta corriendo por el acantilado.

El júbilo se apodera de mi pecho mientras me precipito hacia el borde para verlo resurgir.

Nada hacia un lado, con movimientos fuertes y experimentados.

—¿Voy a tener que convencerte otra vez? —grita y oigo el desafío en su voz.

Respiro hondo, doy un paso atrás y me lanzo hacia delante, presa de una sensación paralizante y estimulante a la vez, mientras caigo

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

en picada por el aire. Cuando mi cuerpo emerge del agua, una carcajada histérica de logro y éxtasis se apodera de mí.

Hasta que me doy cuenta de que el agua me ha quitado la parte de arriba del bikini.

Grito y me cubro el pecho desnudo con un brazo, mientras con el otro me mantengo en el agua.

—¡Mierda... mi top!

Kyle nada hacia donde me zambullí y se sumerge, para salir unos instantes después, el tiempo suficiente para maldecir sobre el agua turbia. Respira hondo y vuelve a desaparecer, nadando hacia el abismo.

Es difícil andar por el agua con un solo brazo y al final tengo que ceder, soltándome el pecho para mantenerme a flote, preguntándome cómo de turbia está el agua, cuánto puede ver Kyle desde abajo. Aún no me he pavoneado desnuda delante de él, ni de ningún otro chico.

Irrumpe en la superficie del agua con una bocanada de aire.

—Lo siento, se ha ido. Es demasiado profundo aquí y no puedo ver una mierda.

—Bueno, esto va a ser divertido —murmuro, mirando la pendiente empinada y rocosa por la que voy a intentar maniobrar, en *topless*.

Kyle nada hacia mí, haciendo un mal trabajo ocultando una sonrisa reservada.

—No te ves tan molesto.

—Lo siento. Es que... —La pequeña sonrisa se transforma en una sonrisa amplia—. Me preguntaba si eso pasaría.

—¿Y no pensaste en avisarme?

—Lo pensé. —Se acerca hasta que nuestras rodillas chocan—. Y luego lo pensé mejor.

—Imbécil. —Le golpeo el pecho juguetonamente, antes de escudriñar la cima del acantilado—. ¿Dónde está Eric? —Que Kyle

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

me vea en *topless* es una cosa. No voy a montar un espectáculo para los otros monitores.

—La última vez que lo vi, se dirigía a algún lugar con Avery. — Hay un toque de amargura en su voz.

—¿Le gusta?

Kyle pone los ojos en blanco.

—Quién diablos sabe con él. Se liaron la semana pasada.

Deben de haberlo hecho en secreto, porque nada permanece en secreto mucho tiempo en el círculo de monitores. Hasta ahora, Colin ha sido visto besándose detrás de la cafetería con Jenny y, aunque nadie puede confirmar haber visto a Marie y Carlos enrollándose, el hecho de que ambos desarrollaran una erupción de hiedra venenosa por toda la espalda el mismo día de la semana pasada es muy sospechoso.

Dudo.

—¿Te parece raro? —Si una de mis amigas íntimas empezara a salir con Trevor después de romper, probablemente me molestaría.

—No de la manera que probablemente estás pensando. Eric no va en serio con Avery. Solo está esperando su momento hasta que Ashley decida que no es un tonto. —Kyle se ríe—. Eso puede tardar un tiempo. Intenté ayudarlo el año pasado insinuándole que le gustaba, y luego hizo la misma mierda, y Ashley no le dio una oportunidad el resto del verano. Si se entera de que se ha liado con Avery, arruinará sus posibilidades un segundo año. —Kyle sacude la cabeza.

Me doy cuenta.

—Ay... Eres un romántico empedernido —me burlo.

—Cállate. —Kyle sonríe—. Ahora mismo soy un hombre cachondo con una chica hermosa en *topless* delante.

No se me escapa el hecho de que estoy tan cerca de él y desnuda salvo por el culo. A pesar de la fría temperatura del agua, todo mi

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

cuerpo está caliente. Si Kyle está afectado, no se le nota; a gusto en el agua, su respiración es uniforme y tranquila.

—¿Estás bien? —pregunta, como si leyera mi mente.

—Sí.

Vacila.

—Verás... Shane se va a casa el próximo sábado, a pasar la noche. Vive a una hora de aquí y quiere ver a su novia. —Kyle tira de su labio inferior entre los dientes y lo sostiene un momento antes de soltarlo, una sonrisa tímida tocando sus labios—. Tendré la cabaña para mí solo por esa noche. Por si querías quedarte allí conmigo.

Se me revuelve el estómago cuando comprendo lo que me está pidiendo.

—Durante unas horas... o toda la noche. —Traga saliva—. Lo que te apetezca...

—Bien —suelto, sin pretender hacerme la tímida—. Quiero decir, siempre y cuando Darian no vaya a atraparnos por romper la libertad condicional.

—Dijo que teníamos que estar en nuestras cabañas cuando apagaran las luces con nuestros campistas. No hay campistas el sábado por la noche. —lo dice tan inocentemente—. Es nuestra noche libre para hacer lo que queramos.

Excepto que «lo que queramos» no significa apretujados juntos en la litera tamaño imperial. Los dos juntos en una cama, solos, «toda la noche».

Mi respiración se ha vuelto agitada. Mientras tanto, la respiración de Kyle ni siquiera ha vacilado.

—Eres un nadador fuerte —murmuro, necesitando cambiar la conversación a algo que induzca menos palpitaciones.

—Eso espero. Estuve un par de años en el equipo de natación de mi instituto. —Sonríe cuando mis cejas se arquean de sorpresa—. ¿Qué?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Nada. Solo imaginándote con esos pequeños shorts de baño y gorra.

—¿Te estás burlando de mí?

—«Nunca».

Se ríe.

—En realidad iba a hacer el programa de formación de socorristas de la Cruz Roja el año pasado. —Suelta ese pedazo de información personal tan a la ligera.

Lo aprovecho.

—¡Deberías hacerlo! Es un trabajo a tiempo parcial estupendo. Tengo una amiga que es socorrista. Gana mucho dinero. Para una adolescente. —Dinero que no necesita. Lo está haciendo para su solicitud de ingreso a la universidad.

—Sí... Son como doscientos por el curso que estaba mirando. —La mirada de Kyle se desvía—. Bien podrían ser dos mil.

«Doscientos dólares». Menos de lo que me costaron las zapatillas de correr que compré para este verano. Ni siquiera pestañee al poner mi tarjeta de crédito sobre el mostrador para esa compra. Intento hacerme a la idea de no poder permitirme algo, pero no puedo. No recuerdo ninguna vez que esas palabras hayan salido de la boca de mis padres.

—Pero ganarás más trabajando aquí este verano —insisto, con voz ligera y esperanzada.

—Necesito ese dinero para pasar el año. Ropa y cosas así. —Su lengua sale para jugar con el aro de su labio.

—Bueno, puedo prestarte el...

—No, Piper. —Su tono es cortante. Y añade, más suavemente—. Es muy amable de tu parte ofrecerte, pero... no.

Un silencio incómodo se apodera de nosotros y me desespero por apartarlo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Cómo haces para flotar en el agua así? Quiero decir, ¿sin usar los brazos?

Su suave suspiro se desliza por mi mejilla.

—Fácil. Se llama patada giratoria.

—Enséñame. —Cualquier cosa para alejar la conversación de lo diferentes que son nuestras vidas.

Una leve sonrisa enrosca sus labios.

—Mantén los brazos quietos e imagina que tus piernas son una batidora de huevos.

Intento imitar a Kyle, congelando los brazos y pateando las piernas como me imagino que giraría un batidor de huevos.

Empiezo a hundirme.

Las manos de Kyle me agarran por la cintura y vuelven a levantarme.

—Inténtalo de nuevo —me insiste, sin soltarme esta vez, mientras nuestras rodillas chocan entre sí de forma intermitente.

Tardo unos minutos en agarrarle el truco.

—Bien, creo que lo estoy haciendo.

—Lo haces. —Sonríe, pero no me suelta y me acerca para besarme. Dejo que mis brazos floten a ambos lados de mí y cierro los ojos, deleitándome en la sensación de la boca de Kyle contra la mía, en su respiración entrecortada, en la punta de su lengua cuando la desliza primero sobre la comisura de mis labios y luego dentro de mi boca. Sabe al chicle de menta que mascaba antes, no a cigarrillos. Aunque, si así fuera, no me importaría.

Las manos de Kyle empiezan a subir, muy despacio, hasta que sus pulgares se apoyan en la parte inferior de mis pechos y luego se posan en ellos, con ternura, como si estuviera memorizando su forma, y sus dedos índices dibujan pequeños círculos burlones sobre mis pezones.

Abro los ojos, preguntándome si los suyos están tan llenos de lujuria como deben estar los míos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Es entonces cuando me fijo en la cuerda verde azulada que flota sobre el agua detrás de él.

—¡Mi top! —Frunzo el ceño un segundo antes de darme cuenta. Mi boca se abre mientras busco detrás de él, para descubrir que lo ha asegurado a través de una de las trabillas de su cinturón—. ¡Kyle!

Con una sonrisa pícaro, se me escapa de las manos y sale nadando hacia la orilla. Lo persigo, gritando su nombre. Pero es en vano; es demasiado rápido para mí.

Cuando doblo la esquina, lo encuentro sentado en la meseta rocosa, recostado y apoyado en los codos como si tomara el sol, con las piernas colgando por el borde.

Me sonrío, tendiéndome el top.

—Lo siento, no pude evitarlo.

Se lo arranco de un tirón e intento ponérmelo de nuevo, abandonando rápidamente la idea. Es demasiado difícil por estar mojado.

Kyle sonrío, como si lo supiera.

—No miraré. Te lo prometo. —Se da la vuelta para tumbarse boca abajo, de espaldas a mí.

Me subo a la cornisa. La roca está casi demasiado caliente al tacto. Sería un buen lugar para relajarme y deshacerme de estas horribles líneas de bronceado de las camisetas. Un lugar tranquilo y privado donde descansar sin que se vea desde el lago.

—No estás enfadada conmigo, ¿verdad? —Alcanza una piedra suelta cercana, para hacerla girar entre sus dedos.

—No —admito. Disfruté cada segundo de ese momento en que me tocaba tan íntimamente.

En realidad, desearía que no hubiera terminado.

—Avísame cuando estés lista. —Ha mantenido su palabra, su mirada todavía en el cultivo de arbustos más allá.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Una oleada de mariposas estalla en mi estómago cuando me comprometo a tomar una decisión. Salpico la roca caliente al tacto con puñados de agua para enfriarla, me estiro sobre la espalda y me protejo los ojos del sol cegador, dejando mi top apoyado junto a la cabeza.

—Lista.

Con un suspiro, se echa hacia atrás.

—Estaba pensando que deberíamos... —Sus palabras se cortan, su boca se queda abierta mientras desliza la mirada sobre mi cuerpo casi desnudo.

—Tengo unas líneas de bronceado horribles que necesito eliminar —le explico despreocupada, cerrando los ojos y acomodando el brazo a mi lado.

Kyle se aclara la garganta.

—Bien.

Puedo sentir su pesada mirada rozando mi cuerpo y cada segundo que pasa me hace desear que sus manos vuelvan a estar sobre mí.

—¿Te has puesto crema solar?

«Mierda». Gruño.

—No. Y mi botella está hasta arriba...

—Yo voy.

—No tienes... —Mi voz se entrecorta. Ya está de pie, subiendo ágilmente la traicionera colina.

Voy a necesitar la ayuda de Kyle para aplicarlo en la espalda, pienso con una sonrisa, imaginando sus manos recorriendo todo mi cuerpo, a lo largo de cada centímetro de piel expuesta.

Cuando, unos minutos más tarde, Kyle vuelve a saltar desde el acantilado, mi cuerpo está dolorido de necesidad.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Kyle nada por el recodo y vuelve a subirse a la roca, con mi tubo de crema solar firmemente agarrado en la mano. Gotas de agua caen sobre mi piel cuando se acerca a mí.

—Toma, date la vuelta —murmura mientras intenta recuperar el aliento y sus ojos recorren mi pecho y mi estómago.

Lo hago, con cuidado de no rasparme la piel con los bordes dentados de la roca y apoyo la barbilla sobre los brazos cruzados, deleitándome en silencio con la sensación de las gotas frescas de crema solar que caen sobre mi espalda.

—Sí que has subido rápido la colina. —Su primer contacto me arranca un pequeño grito ahogado.

—Sí, supongo que tenía muchas ganas de volver a saltar.

Sonríó para mis adentros.

—Claro. Saltar.

Se ríe por lo bajo.

Nos sumimos en un cómodo silencio mientras sus manos me recorren los hombros y los costados con largas y lánguidas caricias, hasta cubrirme toda la espalda. Pero no se detiene ahí. Exprime otro poco en la parte posterior de cada muslo y me cubre las piernas por completo, desde los tobillos hasta el borde de la braguita del bikini. Las yemas de sus dedos se deslizan por el interior de mis muslos, provocándome, sin aventurarse nunca donde yo quiero, haciendo que el leve dolor que siento entre las piernas se transforme en una punzada de necesidad.

—Tu espalda está lista —anuncia con voz grave y áspera.

—¿Te importa hacer el resto? —Me doy la vuelta, entrecierro los ojos contra el sol y miro hacia arriba para admirar sus impresionantes rasgos.

Se lame los labios mientras recorre con la mirada todo mi cuerpo. Finalmente sacude la cabeza y, sin decir palabra, me echa un poco en el ombligo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Hago una contracción en el estómago por el frío y se ríe. Empieza a extenderme el protector solar por el abdomen, con movimientos aún más lentos que antes y su rostro adopta una expresión extraña y sombría.

—¿Qué pasa?

—Nada en absoluto. Eres simplemente... perfecta —murmura, moviendo la mano hacia arriba, sobre mis pechos, su palma acariciando cada uno de ellos, la suave yema de su pulgar dando vueltas sobre mis pezones un par de veces—. Aún no puedo creer que estés aquí conmigo. Ahora mismo soy el hombre más afortunado del mundo.

Alargo la mano para arrastrar mis dedos contra su muslo.

—Yo soy la afortunada.

—No tienes ni idea... —Niega con la cabeza mientras cambia su enfoque, estirándose hasta llegar a mis tobillos antes de subir por cada pierna, con sus manos firmes y seguras. Y, una vez más, se burla de mí sin piedad, con sus dedos deslizándose provocativamente mientras me cubre el interior de los muslos.

Separo las piernas, lo suficiente para que capte la indirecta.

Sin duda se da cuenta, porque su boca se entreabre y su mirada se desplaza para encontrarse con la mía, permitiéndome admirar el caleidoscopio verde y dorado de sus iris.

Finalmente, Kyle se estira para tumbarse a mi lado, apoyándose en un codo.

—Estás cubierta —susurra, se inclina para darme un beso en la mejilla y me apoya la mano libre en el vientre.

Me giro para encontrarme con él cara a cara, nuestras narices rozándose.

—¿Supongo que debería hacértelo ahora?

Gime y yo me río, inclinando la cabeza para acceder mejor a su aro labial. Lo rozo con la lengua.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

La mano que tiene sobre mi vientre se desliza hacia abajo, hasta que sus dedos recorren la costura superior de la braguita del bikini, haciendo que mi sangre se acelere y el calor se acumule entre mis piernas. Se coloca sobre mí, tapándome los ojos con el sol, y me susurra:

—¿Estás bien?

Dudo y alzo la mano para acariciar su mandíbula, arrastrando el pulgar por la ligera barba incipiente.

—Podría estar mejor.

Esboza una sonrisa sexi mientras se inclina para darme uno de sus tentadores besos. Se libera el tiempo suficiente para mostrarme sus ojos entrecerrados y quizá para comprobar nuevamente lo que quiero en los míos, antes de que sus dedos se cuelen por debajo de la tela y más abajo.

Un leve jadeo se escapa de mis labios mientras poso mi mano en su hombro y mis piernas se separan por sí solas.

Kyle maldice en voz baja.

—Dios, eres tan... —Su voz se entrecorta al tragar saliva y luego profundiza su beso mientras sus dedos se deslizan dentro de mí.

Dejé que Trevor se aventurara en mis pantalones solo tres veces mientras salíamos y una de esas veces, estaba borracha. Aunque no puedo decir que no lo disfrutara, siempre parecía como si estuviera marcando una casilla en la lista de verificación de los preliminares, con el único propósito de llegar a un resultado final que le diera lo que quería. Todo eran manos calientes y dedos torpes, y nunca duraba más de un minuto antes de que me susurrara lo que prefería hacerme y me rogara que le desabrochara los *jeans*.

Todo giraba en torno a él.

Pero Kyle no. No tiene prisa y está muy lejos de ser un tonto que va a tientas hacia el resultado final, con su pulgar recorriéndome en suaves círculos, cada caricia acercándome a un límite que nunca he sobrepasado con nadie.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Nuestras respiraciones entrecortadas se mezclan mientras su mano trabaja sobre mí, mis piernas se separan cada vez más, mis inhibiciones se desvanecen mientras mi cuerpo persigue un clímax que tanto deseo experimentar con él.

Y entonces un grito de «¡Libertad!» llega desde algún lugar en lo alto.

Cierro las piernas sobre la mano de Kyle y me siento en un instante, el calor del momento se disipa efectivamente justo cuando suena un fuerte chapoteo.

Un segundo grito, el de una chica, resuena en la bahía mientras Kyle me quita la mano de encima. Suena otro chapoteo.

Con torpeza coloco mi top, atándolo al cuello y ajustando la parte delantera antes de que los intrusos se aventuren por aquí.

A mi lado, Kyle está tumbado boca arriba, con los brazos echados sobre la cara.

—Voy a matarlo —murmura.

«Quizá sea bueno que nos hayan interrumpido», pienso, mientras miro hacia abajo, donde sus ceñidos pantalones cortos, aún mojados, dejan poco a la imaginación. Lo que veo me hace sentir más necesidad de él y me pican los dedos por deslizarme por debajo de su cintura.

Solo han pasado dos semanas y ya estoy lista para entregárselo todo a Kyle en una meseta rocosa escondida a plena luz del día. No hay prisa, me recuerdo. Aún nos quedan seis semanas juntos y tenemos el próximo sábado por la noche, cuando no tendremos que preocuparnos de que nadie invada nuestra intimidad.

El dolor de mi cuerpo se agudiza al pensar en lo que podría ocurrir.

Por ahora, sin embargo, me conformo con arrastrar el dedo índice por el fino rastro de vello que hay bajo su ombligo, burlándome de él. Miro por encima del hombro para asegurarme de que Eric aún no está a la vista y aliso la mano sobre su dura longitud, agarrándolo con los dedos.

—Tu turno.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Qué? —Levanta los brazos para mirarme—. «¿Ahora?» ¿En serio? —Sus cejas están fruncidas por la duda, pero no me pierdo el calor que empieza a encenderse de nuevo.

Levanto el bote de crema solar.

—Antes de que te quemes.

Sus brazos caen sobre su cara con un fuerte gemido.

Fin de la tercera semana.

—No he recibido más llamadas de tu madre, así que supongo que no te has metido en líos.

La voz de mi padre siempre suena especialmente entrecortada por teléfono. Odio hablar con él por teléfono por eso.

—Sin problemas.

—Bien. Me alegra ver que por fin te tomas en serio tu trabajo.

Pongo los ojos en blanco.

—Hoy es tu día libre, ¿verdad?

—Sí. —Más temprano despedimos a nuestra tercera ronda de campistas. La tercera semana fue muy parecida a las dos anteriores: lágrimas, brazaletes de cordón para principiantes y promesas de reunirnos el año que viene.

—¿Y dónde estás ahora?

—En el pueblo, cenando. —De pie junto al auto de Kyle en el estacionamiento de Tony's Burgers.

—¿Con quién?

Mis ojos se desvían hacia el letrero de neón verde y luego hacia la mesa donde Kyle, Eric y Ashley están sentados, riendo y picoteando sus platos.

—Ashley y Christa. —Es solo una mentira a medias.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Quién conducía?

—Christa. —Mentira. Sorprendentemente, se me escapa de la lengua sin problemas. Han pasado dos semanas desde que mi padre me ordenó que me mantuviera alejada de Kyle y, por suerte, debido a su viaje de negocios a Japón y a mi falta de cobertura en el móvil, he podido evitar mentirle hasta ahora. El hecho de tener que hacerlo me revuelve el estómago.

—Bien. Me alivia oír eso. He investigado al chico con el que estabas. ¿Sabías que su padre y sus hermanos están cumpliendo condena en una prisión federal?

—«¿Qué?»

—Por supuesto que el pequeño delincuente no te lo dijo — murmura—. Su padre es guardia, una mierda.

Supone que mi arretrato fue de sorpresa y no de indignación. Atemporo la acusación en mi voz.

—¿Cómo te has enterado?

—Hice que mi contacto investigara la matrícula de su auto. —Lo admite tan despreocupadamente, como si fuera algo normal—. Tenía un mal presentimiento sobre él y, como siempre, mi instinto estaba en lo cierto. Esas matrículas ni siquiera son válidas.

—Es que... no puedo... —Aprieto los dientes mientras las lágrimas de frustración amenazan con derramarse. «No puedo creer que hayas hecho eso».

Kyle mira entonces por la ventana. Me ve la cara y frunce el ceño. «¿Estás bien?» leo en sus labios.

Fuerzo una sonrisa y asiento con la cabeza, antes de darme la vuelta.

—¿Le has dicho quiénes somos? ¿Quién soy yo? —pregunta mi padre.

—No. Nadie lo sabe. —A eso puedo responder con sinceridad.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Bien. Porque si se parece a su padre, no tardará en intentar extorsionarnos. Tengo ganas de llamar a la directora del campamento y denunciarlo.

—¡No! Quiero decir... —Trato de pensar en algo para disuadirlo, sin que se note que he ignorado los férreos deseos de mi padre y que sigo estando con Kyle. De hecho, estaré con él toda la noche, si todo va según lo previsto. Su compañero de cuarto, Shane, se marchó justo después de la reunión semanal de Darian para los premios estrella —. A los chicos les gusta y hasta ahora se ha mantenido alejado de mí. Además, si lo que has averiguado es cierto, seguro que necesita el dinero. Al menos viene por él honestamente.

—Hum... Tienes razón. Quizás estoy demasiado hastiado —suspira pesadamente—. Pero no llegas a donde estoy sin tratar con tu parte de estafadores y extorsionadores. Me he enfrentado a ese tipo de gente toda mi vida. No voy a dejar que un sinvergüenza se aproveche de mi hija adolescente.

«Porque no hay otra razón por la que Kyle querría estar conmigo, ¿verdad, papá?»

Podría defender el honor de Kyle, pero no tiene sentido. Mi padre ya ha tomado una decisión sobre él, y está claro que el poder del dinero está por encima del corazón. Me trago el amargo sabor de boca.

—No te preocupes, ya se ha ido con otra chica —añado, apilando las mentiras.

—No me sorprende. Un tipo como él no tendría ni idea de la suerte que tiene de ganarse un segundo de tu atención.

«Ahora mismo soy la chica más suertuda del mundo».

«Oh, él lo sabe, papá». Siento la sonrisa vengativa curvando mis labios. «Y va a saber mucho más después de esta noche».

—Guárdate los detalles sobre nuestra familia y si intenta algo, me llamas enseguida. Me encargaré de él.

—Lo haré. Gracias, papá. Te quiero. —Mi voz sale fría y dura.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Yo también te quiero. Nos vemos en cinco semanas, ¿no?

—Sí. —Termino la llamada.

—Entonces, ¿con quién estoy ahora? Por favor, dime que es la Reina de la Gasolina.

Me doy la vuelta y veo a Kyle detrás de mí.

Me dedica una sonrisa tímida.

—Lo siento... Vi tu cara y me preocupé, así que salí. No quería escuchar.

—No pasa nada.

Mete las manos en los bolsillos de los *jeans*.

—¿Todo bien con tu padre?

—Sí, solo... No es nada.

Vacila.

—Pero estabas hablando de nosotros.

Suspiro. Kyle es la única persona a la que no quiero mentir.

—Mi padre es intenso —empiezo.

Su ceja se arquea con complicidad.

—Sí, lo entiendo.

—Investigó tu matrícula o hizo que su contacto lo hiciera.

La cabeza de Kyle cae hacia atrás con un gemido.

—Salió el nombre de mi hermano.

—Lo hizo. Ahora sabe de él, de tu otro hermano y tu padre...

Kyle maldice en voz baja.

—Tengo que decir que le da un nuevo significado a la palabra «sobreprotector».

—Lo sé. Lo siento. No pensé que haría algo así, pero no lo conoces. No sabes quién es. —Dudo, la voz de mi padre resuena en mi oído,

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

advirtiéndome explícitamente que no haga lo que estoy a punto de hacer—. Mi padre es...

—No lo hagas. —Las manos de Kyle se levantan, deteniéndome—. No quiero saberlo, Piper. En serio. Mira, no soy despistado; no voy a fingir que lo soy, pero me gusta que estemos solo tú y yo aquí, ni tus padres ricos ni mis padres de mierda. Hemos sido solo nosotros, juntos y ha funcionado. —Su ceño se arruga, una mirada seria, casi suplicante, llena sus ojos—. ¿Podemos seguir así?

Asiento con la cabeza.

—Sí. Seguro. —Mi padre está muy equivocado con Kyle.

—Bien. —Se acerca a mí, coge mis dos manos entre las suyas y tira de mí—. No me importa si tu padre es un maldito rey de algún país remoto.

Me rio.

—No es un rey...

Kyle detiene mis palabras con un beso.

—Ya te lo he dicho. No quiero saberlo. Ahora, por favor, ¿puedes entrar y distraerme de la asquerosa hamburguesa de mantequilla de maní de Eric?

Me da escalofrío.

—Estás bromeando.

Kyle me fulmina con la mirada.

—Ojalá.

Faltan minutos para que el sol se oculte en el horizonte cuando entramos en el estacionamiento de Wawa.

Eric gime al salir del asiento trasero del auto de Kyle y se estira exageradamente, con la bolsa de papel grasiento de Tony's que

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

contiene una segunda hamburguesa con mantequilla de maní y tocino colgando de la punta de los dedos.

—Esto es un maldito pueblo fantasma —murmura, observando el silencioso campamento. Varios de los monitores se han ido a pasar la noche a casa o a otro sitio, porque necesitaban escapar de Wawa después de tres semanas seguidas. El resto está escondido. Probablemente durmiendo.

—Creo que Wade dijo que iba a encender un fuego junto al lago. —Ashley se recoge el pelo encrespado en una coleta y la sujeta con un elástico.

—Bien. Vamos, Pecas. —Eric le pasa un brazo por el cuello y la conduce hacia el camino de grava que los llevará a la playa—. ¿Nos vemos allí?

Los ojos de Kyle se dirigen hacia los míos.

—Sí. En un rato.

—Oh, cierto. Shane se ha ido esta noche. Entendido. No hagas nada que yo no haría —dice Eric por encima del hombro.

Mientras tanto, Ashley me sonríe pícaramente, haciéndome una señal con el pulgar hacia arriba.

Me empiezan a arder las mejillas. Estupendo. Todo el mundo se habrá enterado de esto por la mañana.

—No olvides que aún estás en libertad condicional —le responde Kyle.

Eric lo aparta con la mano.

—¡Es sábado! Esta noche no hay toque de queda.

Kyle suspira, pasándome la bolsa de bocadillos que compré en la tienda de comestibles local, a una fracción del precio de la cafetería, antes de tirar de mí hacia sus brazos.

—¿Necesitas algo de tu cabaña primero?

—No.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Se inclina para apoyar la frente en la mía.

—Entonces... ¿quieres ir a la mía? —pregunta suavemente.

Ha sido una semana de miradas acaloradas y caricias burlonas al pasar. Una semana de toques de queda a las diez y noches inquietas, anticipando esta noche.

Sonrío.

—Sí. Definitivamente.



Kyle no hace ruido mientras me lleva a las cabañas de los chicos. Las de los chicos y las de las chicas son prácticamente idénticas: un grupo de diez pequeñas construcciones rectangulares marrones situadas bajo un dosel de árboles de hoja perenne y olmos, con una ducha y un baño separados a un lado.

Cuando llegamos al que pone «Diecisiete» y me guía dentro, tengo el estómago hecho un manojo de nervios.

—Igual que la tuya, ¿verdad?

—Bastante. —Aire viciado que hace diez grados más que fuera, techo bajo, seis juegos de literas, paredes cubiertas de tinta donde los campistas han garabateado su nombre para recordar su asistencia, las sencillas cortinas de flores naranjas y marrones... «Comprobado, comprobado, comprobado». Excepto... Se me arruga la nariz—. ¿Huele a calcetines sucios y mojados?

—Créeme, ha oído mucho peor. —Kyle se ríe, corre las cortinas y abre las dos ventanas por completo—. Lo siento, debería haberlo hecho antes de irnos.

Me acerco a la única cama que tiene una almohada y un saco de dormir. El saco para dormir está abierto y fue extendido para cubrir el delgado colchón individual; el extremo cuelga hasta rozar el desgastado suelo de madera. Con cautela, me siento en el borde y aliso con la mano el suave interior de franela azul y roja.

—¿Es la tuya?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Es la mía —murmura suavemente.

Nuestras miradas se cruzan.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, ¿por qué?

—Nada. Solo... has estado actuando raro desde la llamada con tu padre. —Kyle se quita los zapatos—. Pensé que tal vez te preocupaba enojarlo.

—No. No me preocupo. No decide con quién estoy. —Aprieto la mandíbula con obstinación, como si ese pequeño acto de desafío diera peso a mi declaración.

Kyle abre la boca para contestar, pero decide no hacerlo y saca la billetera del bolsillo trasero para tirarla en la cama debajo de la almohada.

¿Tendrá un condón ahí?, me pregunto.

Ni siquiera se me ocurrió preguntar por uno.

Mi corazón se acelera al pensar en lo que estamos a punto de hacer.

¿Estoy realmente preparada para esto? Nos hemos besado, mucho. Hemos tonteado, un poco.

Unas ramas chasquean justo fuera y un momento después aparece la cara de Colin frente a la ventana.

—Hola, Miller, ¿vas a...? —se interrumpe cuando me ve sentada en la cama—. Oh. No importa. Nos vemos luego. —Y se va silbando.

Kyle sacude la cabeza.

—¿La gente nos dejaría solos solo una noche?

—Es difícil ser tan popular.

—Así es. —Arrastra la cortina y oprime el interruptor de la luz, dejándonos a oscuras, salvo por la luz nocturna de seguridad que cada cabaña tiene cerca de la puerta—. Ya está. Con suerte pensarán que ya he salido.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Apenas puedo distinguir su silueta mientras se acerca a tomar asiento a mi lado, el rústico marco de madera no cede ante nuestro peso combinado.

Me roza la mejilla con el dorso de los nudillos.

—Esta noche es en lo único que he podido pensar, durante toda la semana.

—Yo también —admito, moviendo la pierna para ponerme frente a él.

Solo que él ya se está moviendo conmigo, guiándome hacia atrás. Lo siguiente que recuerdo es que estoy boca arriba y Kyle está tumbado a mi lado, pegado a mi costado, con sus dedos recorriéndome la clavícula.

¿Cuántas veces ha estado con una chica antes? Ni siquiera hemos hablado de eso. ¿No deberíamos hablar de eso primero?

Me armo de valor.

—¿Cuántas veces has hecho esto?

—¿Hacer qué? —lo dice tan inocentemente.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Con cuántas chicas has estado?

—Quieres decir...

—Sí.

No contesta enseguida y empiezo a pensar que está formulando una mentira, pero Kyle no parece del tipo que miente sobre con cuántas chicas se ha acostado. Así que debe de estar ocupado contándolas todas en su cabeza.

—Dios mío —murmuro—. No me digas...

—Dos.

—En serio.

—En serio. Dos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Quién?

Gime, como si no quisiera contestar.

—La primera fue esta chica Shannon, cuando tenía catorce años. Mis hermanos organizaron una fiesta en nuestra casa mientras mamá estaba fuera y ella estaba allí. Era un par de años mayor que yo. Nunca la volví a ver —hace una pausa—, y luego Avery, el verano pasado.

«Así que durmieron juntos».

Se me encienden los celos y esa voz cínica se cuela en mi subconsciente, preguntándome si no soy más que la versión 2006 de la experiencia de Kyle en el campamento de verano de 2005, si su itinerario de verano sería el mismo, saltos por el acantilado, carreras de carritos de golf y dormir en la cabaña, pero con otra protagonista femenina.

—No te pareces en nada a ella. Esto no se parece en nada al verano pasado —dice Kyle, como si leyera mi mente. Se inclina para poner su cara en el pliegue de mi cuello. Sus labios calientes y húmedos rozan mi piel.

Cierro los ojos, deleitándome con la sensación.

—¿En qué se diferencia?

—Porque yo no me sentía de esta manera con ella.

—¿De qué manera? —empujo, porque necesito oírsele decir.

—Como que ya estoy haciendo cuentas de cuánta gasolina me costará ir de Poughkeepsie a Lennox cuando acabe el verano. Y me pregunto cuánto puedo ahorrar en tarjetas telefónicas para poder enviarte mensajes.

—Te enviaré tarjetas —me apresuro a decir, con el corazón desbocado mientras me pongo de lado, frente a él, con las narices juntas—. Y voy a comprarme un auto en otoño, para poder ir a verte también. Todos los fines de semana o casi todos los fines de semana. No lo sé. Lo intentaré.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Tus padres te van a dejar hacer eso?

Me acurruco más, hasta que nos tocamos desde la nariz hasta los pies y lo rodeo con el brazo.

—No me importa. Iré.

Presiona sus labios contra los míos.

—Estoy loco por ti, Piper.

—Estoy tan loca por ti, Kyle. —«Creo que estoy enamorada de ti». Las palabras están ahí, en la punta de mi lengua, queriendo saltar.

Se levanta para apartarme el pelo de la cara.

—No vamos a dejar que las cosas vayan demasiado lejos esta noche.

—¿No?

—No. Shane dijo que también se va a casa el próximo sábado. No hay prisa y quiero que tú quieras.

—Sí quiero —me apresuro a decir.

Kyle sonríe suavemente.

—Quiero que estés totalmente preparada.

No puedo responder tan rápido. Tal vez porque sé que estoy tratando de convencerme a mí misma más que a él. Sí quiero estar con Kyle, pero quizá necesite más tiempo. El hecho de que mi cuerpo se relaje en cuanto lo dice lo confirma.

Solo han pasado tres semanas. Tres de las mejores semanas de mi vida, pero aun así, solo tres semanas.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Estaba pensando que podríamos empezar con esto... —Me empuja suavemente el hombro hasta que vuelvo a estar tumbada boca arriba y luego se inclina para presionar su boca contra la mía, su lengua deslizándose por la comisura de mis labios hasta que le permito entrar.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Podría perderme en la boca de Kyle durante días, la forma en que besa, con tanta concentración, como si no estuviera satisfecho yendo más allá, es embriagadora.

Y al mismo tiempo frustrante, ya que mi cuerpo empieza a tener ganas de más.

—¿Podemos continuar donde lo dejamos el sábado pasado? —Me oigo preguntar.

Me responde subiéndome la camiseta por el estómago y el pecho. Levanto los brazos para ayudarlo a quitármela sobre mi cabeza. Segundos después se quita la camiseta y la tira al suelo.

Estoy más excitada que nerviosa cuando levanto la mano para desabrochar el cierre de la parte delantera de mi sujetador celeste de encaje. Se abre y Kyle emite un suave sonido.

—Ponte más de este tipo —murmura, bajando la boca sobre un pezón, el calor de su boca me produce escalofríos en el estómago.

Armada de valor, me desabrocho los pantalones cortos, me los bajo por las caderas y las piernas y me los quito de los tobillos.

A Kyle se le corta la respiración cuando mira hacia abajo para ver mis bragas celestes.

—¿Te he dicho alguna vez que me gusta la ropa interior a juego?

Suelto una risita.

—No.

—Me gusta. —Vuelve a acercarse a mi boca, para sonreír contra ella mientras su mano recorre mi abdomen, deslizándose por debajo de la banda elástica—. Lo que quieras, lo haré. —Sus labios presionan los míos al mismo tiempo que sus dedos se deslizan sobre mí, arrancándome un jadeo fuerte.

Esta vez, no hay una ruidosa directora de campamento gritándonos.

Ningún amigo molesto saltando por el acantilado.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Nada que me impidiera experimentar mi primera vez desmoronándome bajo el tacto de un chico.

Y cuando mi respiración entrecortada se ha calmado, cuando he bajado de las nubes y tengo la boca de Kyle apretada contra mi cuello, me acerco a él, le desabrocho la cremallera con cuidado y le bajo los pantalones cortos por las caderas.

Y yo le devuelvo el favor.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 17

Ahora

—Estaré allí en un cuarto de hora —prometo, tratando de recogerme el vestido con una mano mientras con la otra me llevo el móvil a la oreja. Salgo del auto con la mayor elegancia posible y le doy las gracias al conductor con una inclinación de cabeza mientras me abre la puerta.

—Ya llegas quince minutos tarde. Date prisa —refunfuña mi padre—. Odio estos eventos.

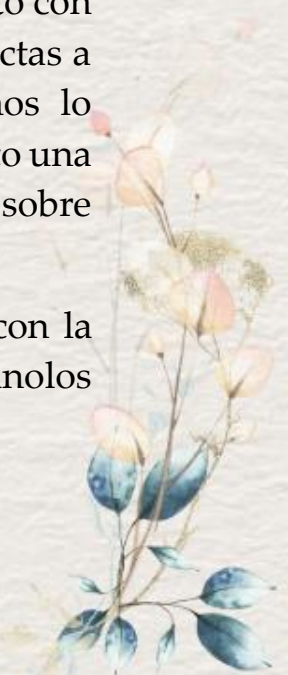
—No tanto como yo. —Termino la llamada antes de que pueda soltarme un sermón sobre cómo estoy al principio de mi carrera y más vale que me acostumbre, porque aparecer en estas galas benéficas de la alta sociedad es fundamental para la imagen de Calloway y para los contactos y «bla, bla, bla».

Normalmente mi tolerancia a los sermones de mi padre es alta, pero desde que me enteré de que él solito incineró mi relación con Kyle, mi medidor de tolerancia hacia Calloway está en cero.

Hasta ahora me las he arreglado para evitar un enfrentamiento con él, respondiendo a sus correos electrónicos con respuestas directas a sus preguntas y atándome a reuniones todo el día. Algunos lo llamarían cobardía, pero con un hombre como mi padre, necesito una estrategia, una que no resulte en una lluvia de fuego infernal sobre Kyle.

Paso mi tarjeta para acceder a nuestro edificio de oficinas, con la intención de subir corriendo a mi despacho para coger los Manolos plateados que dejé en un rincón.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

Un hombre en *jeans*, camiseta y gorra de béisbol se apoya despreocupadamente en el mostrador de seguridad, de espaldas a mí, hablando con el guardia de turno.

Mis pasos vacilan cuando unos ojos familiares me miran por encima del mostrador.

—¿Kyle? ¿Qué haces aquí?

—Cogí un turno extra del chico del fin de semana. —Se levanta de detrás del escritorio, su mirada se desvía sobre el vestido de noche de encaje plateado que elegí en el último minuto para el evento de esta noche—. ¿Qué haces aquí?

Lanzo una mano hacia el grupo de ascensores.

—Olvidé mis zapatos arriba. Voy a subir corriendo.

Asiente con la cabeza.

—De acuerdo.

Pasan varios segundos antes de que pueda salir de mi encantada sorpresa y dirigir mi atención al otro tipo vestido con *jeans*. Siento que mis cejas se arquean por la sorpresa.

—Tú debes de ser Jeremy. —Es una versión más delgada de Kyle, pero con ojos verdes y sin tinta a la vista. Aun así, el parecido es asombroso.

Sonríe, mostrando profundos hoyuelos.

—Y tú debes ser la razón por la que vivo en Lennox.

Kyle lanza una mirada fulminante a su hermano pequeño, pero Jeremy no le presta atención, su mirada se desplaza hacia abajo, sobre mi vestido ceñido, deteniéndose en el escote pronunciado y luego en la gran abertura lateral. Sacude la cabeza, como si se diera cuenta, da unos pasos y extiende la mano, con una expresión más sombría.

—He oído hablar mucho de ti a lo largo de los años. Me alegro de conocerte «por fin», Piper.

«¿A lo largo de los años?»

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Mi corazón palpita mientras acorto la distancia lentamente para aceptar sus dedos cálidos y callosos.

—Lo mismo digo. Oí hablar mucho de ti ese verano.

—Me lo imagino. —Los labios de Jeremy se curvan en una sonrisa reservada y me recuerda tanto a la versión más joven y juguetona de Kyle del campamento, que me quedo boquiabierta mirándolo.

Se vuelve hacia Kyle.

—¿A qué hora sales esta noche?

—Once. —Kyle lanza una mirada tensa a su hermano. Una advertencia. Pero, ¿por qué?

—Bien, te mandaré un mensaje para decirte dónde estamos y que podamos quedar.

—Suená bien.

Jeremy da un paso atrás y sonríe.

—¿A menos que quieras pasar y reunirse con Kyle cuando salga, Piper? Porque sé que él quiere que lo hagas.

—Yo... eh —tartamudeo un momento, sorprendida. Mi mirada fluctúa entre Jeremy y Kyle, que parece dispuesto a saltar por encima del mostrador y estrangular a su hermano—... Tengo una gala benéfica.

—No te preocupes. P sate por nuestra casa alguna vez. Estamos en el diecisiete de la calle Cereza. Apartamento siete-uno-siete. Fácil de recordar. 17 Cereza siete-uno-siete.

—Me tomas el pelo. —Mi memoria comienza a agitarse—. Kyle estaba en la cabaña diecisiete en Wawa. —Y las cerezas...

—Debe ser una señal. —Jeremy se ríe de las dagas que Kyle lanza desde sus ojos—. Diviértete en tu gala benéfica, Piper.

—Lo har . Gracias —murmuro, siguiéndolo con la mirada. No tiene el andar elegante de Kyle; su andar es más saltar n. Pero... —No puedo creer lo mucho que se parecen.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Salimos a nuestra madre. Max también. Ricky se parece más a mi padre —dice Kyle con calma, como si las suaves bromas de su hermano no lo hubieran perturbado.

Veo el sedán negro que me espera fuera, recordándome que tengo que ir a un sitio.

—Supongo que debería coger esos zapatos.

Su mirada se posa en mí, igual que cuando miró a su hermano pequeño.

—Te ves... bien —dice Kyle con voz ronca, mientras traga saliva con dificultad.

Y por un momento, recuerdo cómo me sentía a los dieciséis años, con el corazón palpitando por la atención de Kyle. Su adoración.

—Gracias. —Una sonrisa de satisfacción se dibuja en mis labios mientras atravieso la puerta de seguridad. De repente, las horas dedicadas a arreglarme el pelo y a maquillarme no me parecen una pérdida de tiempo, si eso significa dejar a Kyle casi sin habla.

—¡«Realmente» bien! —grita justo cuando las puertas del ascensor se cierran sobre mí, como si por fin hubiera encontrado la lengua y el valor.

Subo corriendo a mi despacho, me quito los tacones y me pongo los Manolos plateados, con la emoción corriendo por mis venas donde antes solo había miedo. Esto parece el destino. Eso es lo que diría Ashley. Es casualidad que nos hayamos cruzado. Destino que parece que no podemos mantenernos alejados el uno del otro. El universo quiere que sigamos donde lo dejamos, que borremos el daño que mi padre infligió en nuestros jóvenes corazones.

Está claro que he pasado demasiado tiempo con Ashley. Sin embargo, no puedo negar que cualquier excusa que pueda encontrar para dejar de lado esta gala benéfica y quedarme en el vestíbulo durante el resto del turno de Kyle es tentadora.

Cuando vuelvo abajo, Kyle está exactamente donde lo dejé.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Me mira acercarme y, lo juro, su pecho se hunde en una larga y lenta exhalación, como si tomara aire para tranquilizarse.

—¿Encontraste lo que buscabas?

Engancho un dedo a lo largo de la abertura lateral de mi vestido y tiro de la falda hacia atrás para modelar los cristales en los dedos de mis pies, sabiendo muy bien que el movimiento es coqueto. Mi corazón se acelera con la idea de volver a coquetear con Kyle.

—Mejor, ¿verdad?

Sus labios se separan como para responder, pero se detienen cuando sus ojos recorren mi pierna desnuda. Traga saliva.

—Mucho mejor.

—No puedes notar la diferencia, ¿verdad?

—Ni aunque mi vida dependiera de ello —admite, bajando la cabeza con su sonrisa.

—¿Así que trabajas hasta las once esta noche?

—Sí. —Su mirada fija se eleva para encontrarse de nuevo con la mía—. ¿Por qué?

Me encojo de hombros con indiferencia.

—Puede que tenga que pasarme más tarde. Ya sabes... para coger otro par de zapatos.

Sus labios se mueven divertidos ante mi patética mentira.

¿Es verdad lo que dijo Jeremy? ¿Kyle quiere verme más tarde esta noche?

Pasa un largo rato antes de que me haga un gesto casi imperceptible con la cabeza.

—Estaré aquí.

—Diviértete.

—Tú también. —Una pequeña sonrisa torcida me responde.

Con eso, me doy la vuelta y me dirijo a la salida.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Luces «realmente» bien —me dice.

—Eso ya lo has dicho.

Sonríó mientras subo al auto.



—No eres tú misma, Piper. —Mi padre señala con la cabeza a Roy Molson, un ejecutivo de fondos de cobertura con el que nos hemos reunido en más de una ocasión en nuestra búsqueda de inversores—. Apenas me has dirigido cinco palabras. Ignoraste a Larry Muntt...

—No te preocupes, estaba demasiado ocupado mirándome los pechos como para darse cuenta —le respondo. Eso es lo que hace el viejo baboso, otro tipo de Wall Street, cada vez que nos cruzamos en estas cosas.

Papá gruñe. Lo sabe.

—Y no creo que hayas sonreído ni una vez en la última media hora.

Me giro para dedicarle una amplia sonrisa de labios cerrados, forzada y nada amistosa.

Su ceño se tensa.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Cansada —murmuro, dando un largo sorbo a mi copa de champán.

—Aprende a poner buena cara. —Le hace señas de rechazo completo a un camarero, que pasa para que coja un cóctel de camarones de la bandeja de plata. Hay veces en que la educación de alto pedigrí de mi padre se traduce en modales básicos escandalosamente pobres, como cuando no reconoce al personal de servicio como seres humanos.

El señor mayor me tiende la bandeja.

—No, pero gracias —digo con un ademán, y luego dejo vagar mi mirada por la elegante galería de arte y el mar de caras, la mayoría

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

familiares, aunque solo sea de vista, como excusa para evitar más contacto visual con mi padre.

—No has comido nada esta noche —observa papá con más disgusto.

—Yo nunca como en estas cosas. Solo los hombres comen en estas cosas. —Solía hacerlo, hasta que me pasé treinta minutos sonriendo y mirando fijamente a los ojos de un destacado concejal mientras hablábamos, muy consciente del trozo de espinaca que tenía entre los dientes delanteros y haciendo todo lo posible por no dejar que mi mirada se desviara hacia abajo. Lo interpretó como una señal de interés y me invitó a su habitación de hotel. Desde entonces, no me gusta comer ni hablar con políticos.

Papá estudia a la multitud. Desde nuestra posición ventajosa en la esquina, puede ver lo que pasa en la mayor parte de la sala: quién está aquí, quién habla con quién. Exactamente como a él le gusta.

—Gary Jameson me dejó un mensaje antes sobre el Marquee.

—Como esperaba que hiciera. —No puedes decirle a un socio de toda la vida que vas a eliminar a su empresa de la ecuación de un proyecto de construcción de doscientos cincuenta millones de dólares que llevan dos años discutiendo juntos y no esperar que vaya directo al grano.

—Deberías haberme llamado en cuanto te enteraste. —Hay acusación en su tono.

—No pude. Estaba ocupada llamando a Gary para suavizar las cosas con él. —También conocido como «ser gritada» durante veinte minutos antes de que finalmente se calmara lo suficiente como para aceptar mis disculpas por el grave «error de comunicación».

—Bueno... parece que ha funcionado. Aún no quiere colgarme por la piel. —Papá mira su vaso un momento antes de volver a inclinarlo—. Buen trabajo.

—Lo siento, ¿qué? Debo haberte oído mal. ¿Acabas de decirme que hice un buen trabajo?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Papá sonrío.

—Aun así, no creo que puedan igualar los números de KDZ. He escaneado su propuesta de construcción y parece sólida.

Me detengo a mitad de un sorbo, con la sangre subiéndome a los oídos.

—¿Qué propuesta?

Papá frunce el ceño.

—El que Tripp nos envió anoche. ¿No recibiste...?

—¡No, no lo hice! —suelto un chasquido antes de poder evitarlo.

Papá sonrío disculpándose a una pareja cercana que ha mirado mi arrebato mientras rebusca en su chaqueta de esmoquin y saca el móvil.

—Seguro que no estaba pensando —murmura mientras consulta su correo electrónico—. El equipo está revisando los detalles ahora mismo, pero Tripp no espera que encuentren nada preocupante. —Pulsa el teclado—. Lo recibirás en breve. Revísalo el fin de semana y dime qué te parece.

No me lo puedo creer. Ese hijo de puta se ha pasado por encima de mí para ir a ver a mi padre, otra vez, y mi padre actúa como si no fuera más que un pequeño inconveniente. Tal vez sea el enfado con mi padre por lo de Kyle, lo que me alimenta, pero descubro que no me importa elegir mis palabras con cautela.

—Lo que creo —hago una pausa, luchando por recuperar la compostura—, es que si quiero ganarme el respeto en esta industria, tengo que empezar por que tú me muestres respeto a mí.

Mi padre frunce el ceño, y eso hace que su expresión normalmente severa parezca francamente insidiosa.

—¿De qué estás hablando? Claro que te respeto. Nunca te habría nombrado responsable de todas las operaciones Calloway si no te hubiera considerado competente.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Sí, se supone que soy la persona de contacto para nuestros proyectos actuales, liberándote para que te centres en preparar los próximos cinco a veinte años para nosotros. Sin embargo, Tripp me ha socavado en todo momento y parte de la razón es porque tú lo has permitido. —Me niego a apartar la mirada de mi padre—. Todo este asunto de KDZ apesta a algo y aún no sé muy bien a qué. Pero la propuesta debería haberme llegado a mí. Él lo sabe, tú lo sabes y aun así no pestañeaste ante la idea de que no puede mostrarme la decencia suficiente para siquiera copiarme el correo electrónico. Es un contrato de construcción de doscientos cincuenta millones de dólares, no una invitación a una maldita barbacoa corporativa.

Papá abre la boca, pero lo corto.

—Puede que aún tenga mucho que aprender, pero no puedo hacerlo si permites que tipos como Tripp me traten como una figura simbólica, como si fuera opcional. Esto termina aquí y ahora o no tiene sentido que siga en este papel. —La adrenalina corre por mis venas mientras me preparo para cualquier misil verbal que mi padre esté a punto de lanzarme.

Papá suspira pesadamente.

—Tienes razón.

—Yo... —Frunzo el ceño, repitiendo esas palabras para asegurarme de que las he entendido—. Lo siento... ¿qué?

—Tienes razón. Solo pensé... —Sacude la cabeza—. No sé lo que pensé. Supongo que sigo inventando excusas por Tripp. Durante años, me informó directamente a mí, así que supuse que era solo un hábito. Pero, aunque lo sea, no está bien. —Su mandíbula se tensa—. Me aseguraré de recordarle la nueva cadena de mando la próxima vez que lo vea.

Lo estudio atentamente y con confusión.

—¿Por qué me miras así? —pregunta finalmente, con irritación en la voz.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Por nada. Siempre me he preguntado, cuando los alienígenas secuestran a un humano, ¿lo desnudan antes de ponerse el cuerpo del huésped o tú aún llevabas puesto tu traje?

Papá niega con la cabeza, pero se ríe. Me pasa el brazo por la cintura y me atrae hacia sí en un rápido abrazo paternal que no me daba desde la noche en que anunció mi ascenso y mi futura sucesión.

Por un momento, olvido que estoy furiosa con él.

Por un momento, olvido cómo rompió mi corazón de dieciséis años. Si me esforzara lo suficiente, probablemente podría convencerme de que lo hizo con la mejor de las intenciones.

«Pero el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones», decía siempre mi abuelo. Tenía esa cita impresa y enmarcada en la pared del salón, encima del piano. Mamá dijo que la colgó el día que mis padres anunciaron que se casaban. La abuela insistía en que era una mera coincidencia, pero el abuelo nunca se preocupó por la riqueza y nada era una mera coincidencia.

En cuanto papá me suelta de su agarre, deslizo la mano hasta el bolso para mirar el móvil. Las ocho y cincuenta. Kyle trabaja dos horas más.

—¿Qué? ¿Tienes otros planes para esta noche?

—Hemos pagado nuestros cinco mil por plato y nos hemos mezclado lo suficiente para que la gente supiera que estábamos aquí.

—Bien. Oh, antes de que te vayas —llama a un hombre que pasa—. ¿Lloyd?

El hombre se detiene y se vuelve, sus ojos grises pasan de mi padre a mí y se quedan un segundo, dos, tres segundos antes de volver a mirar.

—Kieran, me alegro de volver a verte. —Yo lo situaría en torno a la treintena, con el pelo castaño salpicado de canas en las sienes. Es atractivo de una manera clásica, con una nariz fuerte y una mandíbula cuadrada.

Mi padre me hace un gesto, como si presentara un premio.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Conoces a mi hija, Piper?

Ahogo un gemido al darme cuenta de sus intenciones.

Los ojos de Lloyd vuelven a mirarme.

—No lo he hecho, pero he oído cosas maravillosas. Hola. Es un placer conocerte. —Sonríe y me tiende la mano.

Esbozo una sonrisa cortés y acepto.

—Lloyd es un socio nombrado en Sternum¹ y Oakley.

—De verdad... —Finjo interés, aunque es interesante que mi padre intente emparejarme con el principal competidor de nuestra firma de abogados—. Así que tú eres...

—El esternón. —Lloyd esboza una sonrisa brillante y fácil y luego guiña un ojo—. No te creerías la cantidad de bromas que he soportado.

—Creo que puedo imaginarlo. —Es encantador, lo admito. Y si yo no estuviera ya flechada por alguien, probablemente me preguntaría cómo podría conseguir su número.

«Flechada por alguien».

Dios mío.

Pero ya lo he decidido.

Quiero a Kyle de vuelta.

—Escucha, no quiero ser grosero, pero me has sorprendido cuando salía. Tengo otro acto en el que dar un discurso en exactamente... —Mira su ostentoso Rolex—. Diez minutos.

Levanto las manos.

—Por favor, no dejes que te retengamos, entonces.

—Un placer conocerte, Piper. Espero que nuestros caminos se vuelvan a cruzar. Y pronto. Kieran. —Asiente a mi padre y continúa.

¹ En inglés significa, esternón.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Se separó de su mujer hace un año, pero he oído que está saliendo de nuevo.

—Deberías invitarlo a salir, entonces. Ustedes dos harían una bonita pareja y parece de la edad que prefieres.

Papá me fulmina con la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Renunciaste finalmente a mi reconciliación con David?

—¿Es posible esa reconciliación?

—Sí, justo después de que me prenda en llamas. —Vuelvo a inclinar la copa y me termino el champán.

Suspira.

—Quiero verte feliz.

—Siempre y cuando sea con un hombre como David o este Lloyd Sternum.

—Bueno, mantendrías tu apellido, obviamente. El hombre es inteligente, exitoso y motivado. Es el tipo de hombre que necesitarás en los años venideros...

—No «necesito» un hombre.

Pone los ojos en blanco.

—Lo que quiero decir es que, cuando decidas sentar la cabeza con alguien, tendrá que ser con alguien lo bastante seguro de sí mismo como para soportar estar casado con una mujer tan poderosa como lo serás tú.

—¿Y qué lo garantizaría, papá? ¿Una gran cuenta bancaria? ¿Un avión privado en la familia? —Mi enfado con él se dispara—. Dios me libre de salir con un obrero que solo me quiera por mí.

Mi padre resopla.

—¿No es eso demasiado idealista, incluso para ti?

—Solo porque no funcionó para mamá y tú no significa que todos los demás están condenados.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

En los ojos de mi padre destella una mirada ilegible.

—Tu madre nunca entendió la clase de presión a la que me enfrentaba. Quería romance, vacaciones y todas esas cosas que no tenía tiempo de darle. No lo entendió porque no creció en este mundo.

—Pero esa arquitecta de Los Ángeles lo entendió, ¿verdad?

Frunce el ceño.

—Eso es personal y no es un tema que quiera volver a tratar.

—Hagamos un trato, entonces. Me mantendré al margen de tu vida personal si tú te mantienes al margen de la mía.

Me mira desconcertado.

—¡Fue una presentación inofensiva, Piper! No entiendo por qué estás tan enfadada.

—Porque no quiero que interfieras en mis relaciones, aunque no las apruebes. Así que no lo hagas nunca. —«Nunca más». Mi voz es tranquila y baja, pero no por ello menos severa. Salgo de la galería de arte con la cabeza alta y una pequeña sensación de victoria me recorre los huesos. Puede que aún no me haya enfrentado a mi padre por su traición pasada, pero he dejado clara mi postura sobre cualquier traición futura relacionada con Kyle y conmigo.

Y ahora se trata de averiguar si hay futuro.

—Gracias. Puede irse —le digo al conductor, con la mirada fija en las oscuras ventanas de las oficinas del edificio Calloway. Por extraño que parezca, siempre he encontrado reconfortante el vacío de los fines de semana, como si todos los huéspedes de la semana se hubieran marchado y por fin tuviera la casa para mí sola.

Subo los escalones con el pecho apretado por la expectación. El estómago se me revuelve de esperanza cuando vuelvo a pasar la tarjeta para acceder por las puertas principales.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Mis nervios se electrizan mientras intento no parecer demasiado ansiosa paseando hacia el mostrador de seguridad. No sé qué decir, pero espero no equivocarme.

Kyle me dedica una sonrisa que me hace vacilar. Es una sonrisa que he visto muchas veces, pero no en años.

—¿Volviste por los otros zapatos?

—Un bolígrafo, en realidad —digo con fingida seriedad. Es lo primero que se me ocurre.

—Un «bolígrafo» —repite, poniendo su libro boca abajo—. Debe de ser un bolígrafo magnífico.

—Es uno de esos bolígrafos de gel. Ya sabes, los que se deslizan suavemente sobre el papel. —En lugar de detenerme frente al mostrador de seguridad, rodeo el mostrador y me acomodo en la silla de Gus, recogiendo mi vestido para que no se enganche en las ruedas—. ¿Buen libro? —La portada muestra la sombra borrosa de una persona con la palma de la mano extendida, como si la presionara contra el cristal de una ventana. Un thriller, si tuviera que adivinar.

—Bastante bueno. —Se hunde en su silla, con las piernas abiertas—. ¿Así que tu gala benéfica ha terminado?

—Fui, socialicé, bebí y me largué en cuanto pensé que nadie se daría cuenta.

Kyle se ríe entre dientes.

—Ni siquiera sé lo que es una gala, pero haces que suene como un infierno.

—¿Honestamente? Puede ser. Si pudiera salirme con la mía y no ir nunca más a una de estas cosas, sería más que demasiado feliz. —Me quito los tacones con un suspiro, sintiendo cómo los ojos de Kyle se posan en la abertura lateral de mi vestido, que me sube por el muslo hasta un nivel atrevido. Aunque sé que debería hacerlo, no me lo ajusto.

—Sabes, se supone que no debo dejar que nadie esté aquí.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿En serio?

—De verdad. —Sonríe—. Podría meterme en muchos problemas por ello.

—Bueno... —Tiro de la palanca de la parte inferior de la silla y la ajusto para sentarme más alto, y luego empujo contra la fría baldosa de mármol con los dedos doloridos de los pies y dejo que la silla gire una vez—. Menos mal que no soy «nadie».

—No, definitivamente no lo eres. —Sonríe disimuladamente mientras coge un bolígrafo. Siempre le ha gustado trastear con las cosas. Normalmente era un cigarrillo.

—¿Todavía fumas? —No he oído tabaco en él.

—No. Bueno, quizá de vez en cuando, si estoy en una fiesta. Pero no voy a muchas fiestas.

—Me alegro de que lo hayas dejado. Hablando de fiestas, Ashley está planeando la inauguración en nuestra casa. Deberías venir.

Asiente lentamente.

—Lo pensaré.

No es exactamente la respuesta que esperaba. Dudo.

—¿Te importa que esté aquí?

—No —responde sin perder el ritmo, pero no dice nada más.

«¿Adónde se fue mi chico tranquilo y despreocupado?»

—¿Hay alguien más en el edificio?

—Solo tú y yo. Bueno, está esta chica que se esfuerza mucho. —Se inclina y pulsa dos veces el cursor del teclado. Uno de los monitores se desplaza a la parte trasera del edificio, donde se posa una ardilla negra—. Entró por un conducto de ventilación la semana pasada. Hizo saltar un montón de alarmas para los del turno nocturno.

Un silencio incómodo se apodera de nosotros, con nada más que el silencio tranquilo y el sonido de Kyle chasqueando su bolígrafo repetidamente para hacernos compañía. Y durante una fracción de

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

segundo mis inseguridades se disparan, convenciéndome de que he interpretado mal todo lo relacionado con Kyle hasta ahora. Tal vez no sea tan perspicaz como creo; tal vez se esté dando cuenta ahora de que no estoy aquí solo para charlar amistosamente.

Quizá esté deseando no haberme dicho que está soltero.

Tal vez se esté preguntando cómo se va a librar.

—Dios, esto es «tan» aburrido —suelto finalmente.

Kyle se ríe.

—Puede ser. —Mira su reloj—. Queda poco menos de dos horas.

Son dos horas para mí, con Kyle.

Para hablar de nada. Y de todo, si consigo que se abra. Planeo tomarme cada segundo que tenga para intentarlo.

—Tengo hambre. ¿Tienes hambre?

Frunce el ceño.

—¿No acabas de venir de una cena?

—Una de cinco mil dólares el plato. —Cojo mi teléfono—. Voy a pedir comida para ambos.

—No puedo creer que tengas una hamburguesería entre tus números favoritos —murmura Kyle, mordiendo una papa frita.

Levanto mi teléfono para que pueda ver la lista, mientras me inclino sobre el recipiente de plástico para dar un bocado considerable a mi hamburguesa.

Frunce el ceño mirando mi pantalla.

—Ellos y cualquier otro restaurante en un radio de ocho kilómetros, aparentemente.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡No juzgues! —murmuro, tapándome la boca con una mano—. Trabajo muchas horas, así que no tengo tiempo para cocinar. Acabo pidiendo comida a domicilio.

—¿Pero sabes cocinar?

Considero una respuesta inteligente mientras termino de masticar y tragar.

—¿Cuenta hervir huevos?

Kyle sacude la cabeza, riendo.

—Hervir huevos no cuenta.

Me encojo de hombros.

—Normalmente cojo una ensalada o algo del lugar de Christa, pero al menos una vez al mes se me antoja Alejandro's. Y... hum —gimo con otro bocado—. Merece la pena.

Me observa un momento, con un brillo pensativo en los ojos, mientras me chupo un trozo de salsa de tomate del pulgar. Llevo un vestido de tres mil dólares y estoy devorando una grasienta hamburguesa.

—Parezco absurda, ¿verdad?

—No has lucido absurda ni un día de tu vida, Piper. Eres incapaz de ello.

Pongo los ojos en blanco.

—Bueno, ¿entonces por qué me miras así?

—Es que... te das cuenta de lo raro que es eso, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Tú y yo sentados aquí después de todos estos años? —«Porque creo que es increíble».

Levanta su hamburguesa.

—Que una hamburguesería se llame Alejandro's.

«Oh».

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Lo es —estoy de acuerdo—. Pero tienen todos estos sabores diferentes, como chiles poblanos empanizados, pico de gallo y chimichurri. No recuerdo qué más.

—¿Mantequilla de maní?

—¿Qué? —Me encojo—. Nadie pone... Dios mío. Así es. —Me llevo la mano a la boca mientras una oleada de nostalgia me golpea—. ¡Eric hace eso!

—Juraba que realzaba el sabor del tocino. También se lo ponía a los panqueques. Eso y mostaza. —Kyle sacude la cabeza—. Maldito chico. Le encantaba que me diera asco.

—¿Todavía lo hace?

Kyle inspecciona las papas fritas que le quedan.

—No sé. Hace años que no como una hamburguesa con él.

—Sabes, pillé a Ashley haciendo eso el otro día. Mostaza en sus panqueques.

Le da escalofríos.

—¿Cómo está Ash?

—Está bien. Es profesora sustituta e intenta conseguir un puesto a tiempo completo. Es una aspirante a organizadora de eventos. También vende mantas tejidas a mano, pero tarda meses en terminar una.

Kyle asiente lentamente.

—Siempre fue artística.

—Aún lo es.

—Y un poco atolondrada.

Me rio.

—Sigue siéndolo, pero me gusta vivir con ella. Aporta una energía alegre a nuestra casa. —Siento que una sonrisa nostálgica me roza los labios—. Sabes, siempre pensé que ella y Eric acabarían juntos, pero él nunca respondió a ninguno de sus correos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Sí. Nunca fue bueno para mantenerse en contacto.

—Es una lástima. Quizá se habría quedado con él en vez de con ese imbécil llamado Chad. —Le doy a Kyle el resumen.

Se ríe al final de la historia.

—Parece que esa vidente les hizo un favor a todos convenciéndola de comprar ese sofá orinado.

—Creo que puedes tener razón. —Devoro mi última papa frita mientras considero esto—. Entonces, ¿qué hay de ti?

—No creo en los psíquicos.

—No. —Me río entre dientes, percibiendo su desvío intencionado del tema. Desvío la mirada hacia los restos de la cena, que recojo lentamente—. ¿Novias? ¿Esposas?

—Ha habido unas cuantas.

—¿Unas cuantas esposas? —Levanto las cejas.

—Novias, sí. Esposas... no. Una vez estuve cerca —admite.

Es como un puñetazo en el estómago oír que Kyle ha pensado en casarse con otra mujer. Que estuviera comprometida con David no atenúa mis celos. Y sin embargo, también quiero los detalles íntimos. Quiero saber todo lo que hay que saber sobre todos los años de la vida de Kyle que me perdí: lo bueno, lo malo, lo doloroso.

—¿Qué pasó?

—No era... —se interrumpe bruscamente y suspira—. No era lo que yo estaba buscando. ¿Y Christa? ¿Cómo está?

—Regenta un restaurante de carne asada de alta gama a unas manzanas de aquí. Soltera. Sigue teniendo razón en todo.

Se echa a reír y sonrío. Había olvidado lo mucho que me gusta hacer reír a Kyle.

—Pero es buena. Es mi cínica voz de la razón la mayoría de los días.

Sus labios se tuercen pensando.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Y qué diría esa voz cínica de que te sientes aquí conmigo?

Me muerdo la lengua, insegura de si debería exponerlo todo de inmediato. Pero así es Kyle, me recuerdo. Siempre hemos sido sinceros el uno con el otro.

—Básicamente, que tenemos que averiguar qué significamos el uno para el otro en el mundo de hoy porque Wawa está en el pasado.

Asiente lentamente, como si se lo estuviera pensando. Pero no puedo leer sus pensamientos y odio eso.

—Eres mucho más directa de lo que recordaba —dice finalmente.

—He aprendido a serlo. Tengo que serlo, en mi mundo.

—Sí, supongo. —Su ceño se frunce.

¿Qué intenta decir?

—¿Es algo malo?

—No, en absoluto. Es solo que es diferente a como te recuerdo. — Se echa hacia atrás en su silla, su mirada se desvía hacia el grandioso diseño arqueado del vestíbulo del edificio—. Sabes, es curioso, recuerdo que pensaba en lo dura que era la vida aquel verano. Pero algunas cosas eran mucho más fáciles entonces.

—¿Cómo qué?

—Como... —Una sonrisa lenta y nostálgica curva sus labios—. Tener el valor de pedirle a la chica hermosa del campamento de verano que se tirara por un acantilado conmigo.

Siento cómo se me sonrojan las mejillas.

—Definitivamente no te faltaba confianza entonces.

—Pensé que tenía el mundo resuelto. —Empieza a jugar distraídamente con su muñequera de cuero, parecida a la del campamento. La que me regaló y que he guardado en el último cajón de mi joyero todos estos años.

—¿Siguen ahí? —señalo con la cabeza su muñeca—. Los números.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Abre la boca como si fuera a responder, pero se detiene y su lengua se desliza para rozar la cicatriz del aro labial. Luego estira el brazo para apoyarme la mano en la rodilla, con la palma hacia arriba, y espera en silencio.

Como hizo hace tantos años.

Como ofreciéndome la excusa que necesito para tocarlo.

Mis dedos fríos tiemblan ligeramente al deslizarse sobre su piel caliente, sobre las dos filas de números, con varios decimales a continuación de cada una.

—¿Sigue siendo tu lugar favorito? —pregunto suavemente, mi pulgar se desliza hacia adelante y hacia atrás sobre él, deleitándome en el hecho de que estoy tocando a Kyle Miller de nuevo.

—Es difícil decir que sí, después de lo que le pasó a Eric.

—Lo sé. Tuve pesadillas sobre ese día durante meses después, pero terminó bien.

Kyle se muerde el labio inferior, su mirada se posa en los números.

—Todavía me siento culpable a veces.

—No fue culpa tuya. No te culpa a ti, ¿verdad? Porque si ese es el caso, fue tanto mi culpa como la culpa de Ashley.

Traga saliva, su mirada en el escritorio.

—No. Nunca ha culpado a nadie.

Kyle no hace ademán de retirar el brazo de su lugar de descanso sobre mi regazo, así que aprovecho para estudiar el interior de su nervudo antebrazo.

—¿Cuándo te hiciste el resto de esto? —Su piel se ha convertido en un lienzo de obras de arte desde la última vez que lo vi, con tonos verdes, azules y gris marengo.

—En los últimos dos años.

Tardo un momento en darme cuenta de lo que estoy viendo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Esto es...? —Mis dedos vagan sin reparo ahora, moviendo su brazo para conseguir un mejor ángulo. En la parte carnosa de su antebrazo hay un charco de agua. En su interior hay una figura solitaria que muestra solo la nuca y los brazos mientras mira hacia arriba. Esperando.

Empujo la manga de la camisa de Kyle hacia arriba, por encima de su musculoso bíceps, revelando el acantilado rocoso y a la chica que está de pie en el borde, con su largo pelo castaño oscuro ondeando a su alrededor como si estuviera atrapada por una ráfaga de viento, el bikini de tiras verde azulado mostrando curvas caricaturescas.

Mi corazón da un vuelco y empieza a acelerarse.

—¿Eso es...? —me interrumpo, sin querer presumir demasiado, pero cuando miro a Kyle a los ojos, con su mirada interrogante, y oigo su respiración agitada, sé sin duda la respuesta.

Su mandíbula se tensa, pero luego sonrío.

—Lugar favorito del mundo. Mi verano favorito. —Sus ojos bajan hasta mis labios—. Mi chica favorita.

Mi corazón late con fuerza cuando suena un pitido y se abre la puerta principal. El guardia de seguridad del turno de noche entra y le levanta la mano a Kyle.

Retira el brazo de mi regazo, mira el reloj y frunce el ceño.

—Eso fue rápido.

—Lo fue. —Demasiado rápido. Mi estómago se aprieta de decepción. Podría sentarme aquí a hablar con Kyle hasta que salga el sol. Todavía tengo muchas preguntas. Algunas, creo que ya encontré las respuestas.

Hace una bola con nuestros envoltorios de comida rápida y, rodando hacia atrás en su silla, lo tira todo a la papelera.

—Gracias por la cena y por la compañía.

—El placer es mío. —Meto los pies en los tacones y recojo mi bolso.

—¿Necesitas un auto? —Coge el teléfono.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Iré andando. Solo estoy a tres manzanas.

Se levanta y se estira mientras ve acercarse a su sustituto.

—Te acompaño, entonces. Si te parece bien. —Me mira y de nuevo veo destellos del chico que conocí en el hombre que tengo delante: el anhelo, la expectación.

—Sí. —Una respuesta sencilla para tantas preguntas que podría hacerme ahora mismo.

«¿Todavía me quieres?»

«¿Sigues pensando en mí?»

«¿Estás dispuesto a ver si esto puede funcionar?»

«Sí».

«Sí».

«Sí».

El guardia de seguridad que llega me mira con curiosidad mientras rodea el mostrador.

—Buenas noches, señorita Calloway.

—Hola... Carl —leo en su etiqueta. Lo he visto aquí, los fines de semana que he venido, pero nunca he intercambiado nada más allá de una sonrisa y un saludo cortés—. Espero que tengas una noche tranquila.

Kyle lo pone rápidamente al día y luego, recogiendo su chaqueta y una mochila azul marino guardada en un cajón profundo, me conduce fuera del edificio y hacia la bulliciosa noche.

El edificio Calloway está en el lado norte de calle King, una arteria principal del centro de Lennox. Está más concurrido durante la semana, pero incluso ahora, hay un flujo constante de faros y frecuentes toques de bocina.

—¿Por dónde?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Me planteo brevemente dirigirme en dirección contraria para dar una vuelta a la manzana y poder pasar más tiempo con él, pero decido no hacerlo. Mis pies no pueden soportarlo.

—A la derecha. —Caminamos uno al lado del otro a paso lento.

La temperatura ha bajado, dejando el aire ligeramente frío. Me rodeo el cuerpo con los brazos. Kyle se da cuenta y me pasa su chaqueta por los hombros sin decir nada. Sus dedos se deslizan sobre mi piel desnuda y me hacen sentir una corriente eléctrica.

—Gracias —murmuro y me lo ciño. Puedo oler su colonia en la tela—. Entonces, tu hermano Jeremy... Recuerdo que estabas preocupado por él. Parece que resultó bien.

Kyle pateo una piedra suelta con la bota, haciéndola resbalar por la acera.

—Me metí mucho con él, sobre todo cuando se juntó con una pandilla de mierda, justo cuando llegamos a San Diego. Pero se espabiló rápido, terminó el instituto y estuvo casi cinco años de aprendiz con un electricista hasta que pudo hacer los exámenes. Ahora trabaja por su cuenta y gana mucho más dinero que yo.

—Eso es genial. Bueno, no la parte del dinero.

—No pasa nada. Lo hago pagar más alquiler.

—No lo haces.

Kyle sonríe.

—No. No lo hago. Lo intenté, pero es demasiado listo para caer en eso.

—¿Y tú? ¿Has acabado cambiando de opinión sobre la universidad?

Se encoge de hombros.

—Nunca me esforcé lo suficiente en el instituto para sacar buenas notas. Por suerte no necesité la universidad para este trabajo. Empecé en Rikell en cuanto me gradué. Llevo con ellos más de doce años.

—¿Te gusta?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Hace una pausa, como si considerara mi pregunta.

—Sin estrés. No es difícil y paga las facturas. Puedo pasear y hablar con la gente, mantener las cosas en orden. Es mejor que estar todo el día sentado en un escritorio. Sin ánimo de ofender —añade al cabo de un momento.

Me rio.

—No te preocupes. —Si hay algo como lo que nunca he oído a nadie describir mi trabajo es «estar todo el día sentado en un escritorio». —¿Has pensado alguna vez en unirme al cuerpo de policía?

—Pensé en ello. Brevemente.

—Pero...

—Supongo que me imaginé que comprobarían mis antecedentes y decidirían que era demasiado arriesgado.

—Eso no es verdad. Deberías investigarlo.

—De todas formas, ya he tenido más que suficiente con el sistema legal.

—Me parece justo. —Dudo, mi mirada se dirige a su elegante figura—. Aunque te quedaría bien ese uniforme.

—¿Estás coqueteando conmigo?

—Solo expongo hechos importantes.

Me devuelve una sonrisa ladeada y sus ojos se detienen un instante en mí.

—¿Y tú? ¿Has pensado alguna vez en hacer algo más que trabajar para tu padre?

—No. Bueno, eso no es cierto. Fui a visitar a Rhett a Tailandia el verano después de graduarme en el instituto y casi me convence para aplazar la universidad un año y enseñar inglés. Tenía una casa justo en la playa. Me despertaba cada mañana con el sonido del océano —gimo al recordarlo—. Era increíble.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Por qué no lo hiciste, entonces?

—Oh, mi padre me habría asesinado. Como, legítimamente volar a Tailandia y atar una soga alrededor de mi cuello. Luego habría matado a Rhett —suspiro—. Pero a veces me pregunto qué habría pasado si lo hubiera hecho.

Kyle no dice nada por un momento.

—Todavía necesitas la aprobación de tu padre, ¿no?

Frunzo el ceño, sus palabras suenan como una crítica.

—No lo necesito, pero lo quiero porque... es mi padre.

Kyle asiente, su mirada en la acera por delante.

—Supongo que no sé lo que se siente.

Se hace el silencio entre nosotros cuando nos acercamos a mi calle.

—Giramos a la derecha aquí.

—Guau. —Kyle contempla la calle adoquinada de un solo sentido que tiene delante, bordeada por amplias aceras pavimentadas y un dosel de robles, todo ello parte del diseño del viejo mundo del parque Posey. Las casas adosadas de cuatro plantas de nueva construcción, con detalles decorativos y empinadas escaleras de piedra, se suceden a ambos lados, un guiño a las famosas casas de piedra rojiza de Manhattan. Incluso con la concurrida calle al sur de nosotros, los altos edificios y el estrecho pasillo proporcionan un refugio tranquilo.

—Recuerdo la primera vez que vi el diseño de este proyecto. Me enamoré.

Las cejas de Kyle se arquean.

—¿Ustedes también construyeron esto?

—Grupo Calloway, sí. Estas casas y esos dos edificios —señalo los edificios de viviendas de lujo que se elevan sobre nosotros, diseñados para complementarse entre sí y con las casas adosadas, pero también para destacar por sí solos—. Buscábamos el encanto europeo del siglo XIX dentro de un centro urbano.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No sé nada del siglo XIX, pero yo diría que has dado en el clavo —murmura, alargando la mano para tocar una de las réplicas de las farolas de gas que recorren toda la calle, adornadas con macetas repletas de geranios y petunias de un rojo vibrante. Los bancos ornamentados del parque se intercalan uniformemente. En invierno, todo se viste de luces blancas y lazos rojos—. ¿Hay algo en lo que tu padre no haya intervenido por aquí? —pregunta, y puede que me equivoque, pero percibo un toque de resentimiento en su voz.

—¿Honestamente? No mucho. No en esta ciudad, al menos. Y una vez realizado el proyecto Waterway, será el dueño del horizonte del centro. —Se espera que el enorme proyecto, con dos torres de apartamentos con vistas al agua, flanqueadas por un paseo fluvial y rodeadas por varias manzanas a la redonda de tiendas y restaurantes, se convierta en el nuevo lugar «de moda» del centro para ir de compras y salir por la noche.

Kyle abre la boca para decir algo, pero parece decidirse en contra.

—¿Ya has decidido qué vas a hacer con ese tal Tripp?

Gruño.

—No sé. No puedo acusarlo y, no te ofendas, pero mi padre no va a creer en tu palabra. Tengo a mi ayudante, Mark, buscando información. Hasta ahora sé que fueron juntos a la universidad y que han jugado juntos al golf. Mucho.

—¿Usa un teléfono de la empresa?

—¿Su celular? Sí.

—Entonces, deberías ser capaz de sacar los registros para ello. Ver con qué frecuencia ha estado hablando con este tipo. Puedo decirte exactamente cuándo los escuché, así que puedes precisar el número. También, mira si pueden sacar los registros de cualquier mensaje borrado. Es tan arrogante como para usar su teléfono de la empresa para mierdas como esa.

—¿Pueden hacer eso?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Deberían ser capaces. Más de un año, posiblemente. Y es el teléfono de tu empresa el que está usando. Estoy seguro de que puedes hablar para conseguir los registros.

—Sí. Tal vez lo haga. Gracias por la sugerencia. —Lanzo una mano despreocupada hacia la majestuosa entrada del edificio que hay delante—. Aquí vivo.

La cabeza de Kyle se inclina hacia atrás mientras sus ojos se dirigen hacia arriba, mostrando la pronunciada curva que sobresale de su cuello y esa nariz larga y delgada por la que solía arrastrar el dedo.

—¿Hasta arriba?

No puedo despegar los ojos de su perfil.

—Sí.

Esos labios que he besado miles de veces, hace ya mil años, se curvan en una suave sonrisa.

—Me lo imaginaba.

—¿Cuándo te lo sacaste? ¿Tu aro labial?

—Cuando empecé a trabajar para Rikell. —Sus ojos permanecen en mi edificio durante otro largo instante antes de bajar para posarse en mí—. No permiten *piercings* ni tinta en la cara. Hasta ahora no han dicho nada de mi brazo.

—Lástima. Siempre me gustó. —Me pican los dedos por tocar la pequeña cicatriz que tiene en la comisura de los labios.

Su pecho se eleva con una profunda inhalación y me doy cuenta de lo cerca que estamos.

—Por favor, no me mires así, Piper.

—¿Cómo te estoy mirando?

Se ríe entre dientes.

—Nunca fuiste buena diciendo mentiras. Es una de las cosas que siempre me gustaron de ti.

Se me revuelve el estómago.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Vienes a mi casa? —Contengo la respiración y deslizo mis dedos entre los suyos.

Me aprieta la mano una vez antes de soltarla.

—Creo que es una mala idea. —Su voz es ronca.

—¿Por qué?

—¿En serio, Piper? Cristo, ¡míranos! —Extiende las manos y se ríe—. ¡Llevo un uniforme de guardia de seguridad! Ya sabes, para mi trabajo en el edificio de oficinas de tu familia. Llevo diez años haciendo turnos dobles y ahorrando hasta el último dólar que me sobra, y aún me faltan cinco años para poder hacer el pago inicial de cualquier cosa. Y aquí estamos, literalmente de pie en medio del imperio multimillonario de tu familia, con tu vestido de baile como una princesa de cuento de hadas, después de no haber comido en una fiesta de cinco mil dólares el plato.

—No me importa nada de eso.

Kyle sacude la cabeza.

—Puede que ahora no, pero lo harás cuando te des cuenta de que no encajo en tu mundo. Y no creo que pueda pasar por esa curva de aprendizaje contigo. Pensé que podría soportarlo, pero en cuanto te vi supe que no puedo. No soporto la idea de tenerte y volver a perderte. —Frunce el ceño profundamente, como si le doliera—. Hubo un lugar donde tú y yo funcionamos, pero fue hace trece años y no podemos retroceder en el tiempo, Piper. Créeme, si pudiéramos, lo haría. Por muchas razones. —Sus ojos están llenos de seriedad cuando se posan en los míos, dirigiéndose a mi boca—. Volvería sin dudarlo.

—Pero... —mi objeción se desvanece en mis labios, mientras mi mente busca palabras que lo convenzan de que merece la pena intentarlo. Que merece la pena intentarlo por mí.

Pero escucho lo que me dice: que no fui la única con el corazón roto cuando nos fuimos de Wawa aquel verano. Eso me reconforta un poco, aunque me duela el pecho de frustración.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

¿Kyle tiene razón?

¿Sigo aferrada a un pasado que nunca podrá existir en el futuro?
¿En mi futuro?

Nos quedamos en silencio cuando un hombre pasa junto a nosotros, su perro se detiene a olisquear el banco del parque cercano y luego levanta la pata contra él.

—Es un vestido de noche, por cierto —murmuro.

Kyle frunce el ceño con curiosidad.

—¿Qué?

Me quito la chaqueta de los hombros y se la tiendo.

—Mi vestido. Se llama vestido de noche, no de baile.

Sonríe, sus ojos revolotean sobre el escote mientras acorta la distancia para aceptar la chaqueta de mis manos.

—¿Ves? Ni siquiera distingo los vestidos. —Su mirada se fija en la mía y en ella veo una extraña resignación—. Lo único que sé es que siempre serás la chica más hermosa que he visto en mi vida.

No puedo resistirme más. Como aquel primer día en lo alto de aquel acantilado rocoso, rodeada de paquetes de caramelos vacíos, con los labios teñidos de rojo por el polvo de cereza, me inclino para presionar mis labios contra los suyos.

Es un beso rápido, una prueba, en realidad, lo suficiente para deleitarme con la sensación de sus labios contra los míos otra vez, y luego me retiro, para contener la respiración y esperar su reacción.

Aterrorizada por su rechazo.

—Piper... —Su garganta se estremece al tragar con dificultad.

—Todavía sentimos algo el uno por el otro.

—Lo sé, pero...

—¿Pero se supone que debemos fingir que no? ¿Se supone que debemos cruzarnos en el pasillo y salir con otras personas? ¿Se supone que debo estar de acuerdo con que la alegre Renée merodee

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

por el mostrador de seguridad hasta que la invites a salir? —Sacudo la cabeza, con la frustración a flor de piel—. No, lo siento. Eso no va a pasar...

Los labios de Kyle chocan contra los míos, cortando mis palabras. Sus manos se posan sobre mí en un instante, una se posa en mi nuca desnuda y la otra me rodea por la cintura para estrecharme contra su sólido cuerpo. Tardo un momento en darme cuenta de que estoy besando a Kyle y, cuando lo hago, me agarro a sus hombros tanto para apoyarme como por la necesidad tocarlo.

Esto se siente tan eufórico como recuerdo que era a los dieciséis años, y sin embargo diferente. Se siente diferente. Trece años diferente. Su cuerpo es más fuerte, sus manos más firmes cuando me acarician la piel, sus labios más exigentes cuando me abren la boca para dejar espacio a su lengua. Su postura es diferente cuando me atrae con fuerza hacia él, sin molestarse en moverse para ocultar su excitación.

Siento un gran alivio.

Esto es como volver a casa, después de pensar que nunca volvería a verla.

—¿Quién iba a imaginar que «esto» iba a pasar? —llega una voz familiar cercana, separándonos a Kyle y a mí.

Christa sube por la acera, con sus zapatillas Nike blancas en marcado contraste con su sencilla falda negra y su blusa color ciruela. Se detiene delante de nosotros.

—Kyle... Cuánto tiempo sin vernos.

Frunce el ceño, como si intentara ubicarla.

—«¿Christa?» ¿Eres tú?

—Oh, bien. Al menos recordaste mi nombre.

Aparta la indirecta.

—Te ves tan diferente. Bien. Solo... diferente.

—Han pasado trece años.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Sí. —Se rasca la nuca con asombro. Y entonces, como si se diera cuenta, da un paso adelante para envolverla en sus brazos—. Me alegro de verte.

Se pone rígida y me mira fijamente, como sorprendida, pero al final le devuelve el abrazo, con ese torpe movimiento de palmada en la espalda, el único tipo de abrazo que Christa parece capaz de dar.

—Bien, bueno... esto es raro en muchos niveles. —Prácticamente se lo quita de encima—. ¿Te veo arriba, Piper? Cuando hayan terminado de besuquearse como un par de adolescentes en la acera fuera de nuestro edificio.

—Sí, claro —murmuro distraídamente, con la mente ya puesta en el hecho de que Kyle acaba de besarme.

—Ha cambiado, pero no lo ha hecho —murmura Kyle, viéndola desaparecer en el vestíbulo—. Todavía me odia.

—«Odio» es una palabra muy fuerte. Más bien aversión eterna. Y no le gusta mucho mostrar afecto. A menos que seas su gato.

—¿Cómo acabaron siendo amigas de nuevo?

—Estuvo ahí para mí, después de... —Después de ti—. Ella y Ashley. Mis otras amigas no lo entendieron. —Ava y Reid volvieron de Europa con historias de maratones de compras por calles empedradas y fiestas nocturnas en yates y noches escandalosas con franceses. No podían comprender el atractivo de mi novio del campamento de verano y no mostraban mucha simpatía con cada día que pasaba sin noticias de Kyle, mientras mi esperanza se desmoronaba poco a poco.

Fue un momento de desesperación el que me hizo llamar a Christa, que iba a la universidad a una hora al norte de Lennox. Puede que no estuviéramos de acuerdo, pero habíamos compartido una cabaña y la responsabilidad de docenas de chicas.

La mitad de mí esperaba que dijera «te lo dije» y aplastara lo que quedaba de mi espíritu. Sin embargo, hizo algo de lo que no la creía capaz: me escuchó. Y se compadeció, e incluso vino conmigo a Poughkeepsie, para tratar de encontrar a Kyle.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Luego me dijo «te lo dije» y destacó todas las formas en que estaba mejor sin él. Pero era lo que necesitaba oír en ese momento, para ayudarme a seguir adelante.

La aparición de Christa definitivamente empañó el momento que Kyle y yo estábamos teniendo. Antes de que pueda recuperar el momento, Kyle da un paso atrás.

Y otro más.

—Esto fue un error.

—Kyle...

—Puede que no quieras admitirlo, pero siempre buscarás la aprobación de tu padre.

—Eso no es verdad. Terminé las cosas con David y él ama a David.

—Así que encontrarás a alguien más que él apruebe. —Kyle me dedica una sonrisa triste—. Pero nunca seré yo.

—No me importa...

—Por favor, no me lo pongas más difícil de lo que ya es. —Un dolor genuino llena sus ojos.

—Entonces no te vayas. —Oigo la súplica en mi voz y me estremece. ¿Cuándo he deseado tanto que un hombre se quede?—. Solo tienes miedo.

—Estoy aterrorizado, en realidad. —Su mandíbula se tensa—. Buenas noches, Piper. —Con eso se da la vuelta y se aleja, una solitaria figura oscura en un uniforme negro a lo largo de la pintoresca calle, con la cabeza agachada.

Lo observo hasta que desaparece por la esquina, sin apenas sentir el frío del aire, preguntándome qué pensamientos pasarán por su cabeza.

Me pregunto si tiene razón y no hay vuelta atrás a lo que tuvimos un verano, hace tanto tiempo.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 18

Antes

Campamento Wawa, 2006, cuarta semana.

—No tiene ni idea de lo torpe que es, ¿verdad? —Eric está de pie a mi lado en un rincón del centro de ocio, con sus delgados y larguiruchos brazos cruzados sobre el pecho y una amplia sonrisa en la cara mientras vemos a Darian caminar por la improvisada pista de baile al ritmo de las canciones de Michael Jackson que suenan en el equipo de música portátil.

—Más bien no le importa —dice Kyle desde mi otro lado y hay un deje de admiración en su voz.

Es la noche del viernes de la cuarta semana. Noche de baile. Cada semana es lo mismo, solo que con diferentes campistas. Lo llaman «baile» pero en realidad es una oportunidad para meter una horda de cuerpos en el centro recreativo, darles palomitas y Kool-Aid, y cegar a todos con una luz de discoteca que a veces hace cortocircuito. Darian obliga a los monitores más extrovertidos a entrar en el centro para bailar al ritmo de su colección personal de cedés, salpicada de terribles canciones de los ochenta que estaban en las listas de éxitos cuando ninguno de nosotros estaba vivo. Con el tiempo, los pequeños grupos se liberan de su segregación de chicos y chicas y se unen, sin otra razón que la de superar las tonterías que hacen otros.

Excepto los pocos campistas mayores que han encontrado el primer amor, por supuesto, y se aferran el uno al otro para su última noche. Darian nos hace movernos entre ellos para que los separemos.

Mañana, todos estos chicos se irán, con los ojos brillantes y el noble objetivo de hablar entre ellos todos los días o tanto como sus padres y las facturas de teléfono se lo permitan.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

Me pregunto cuántos se aferrarán a sus promesas y por cuánto tiempo. Con el tiempo, volverán a su realidad, amigos de la escuela y vida cotidiana, y su semana en Wawa se convertirá en un grato recuerdo, algo que añorar, algo que esperar con ilusión el año que viene.

¿Cómo será para Kyle y para mí?

Es lo malo de añorar los sábados. Cada vez que pasa, estamos más cerca del final del verano.

Se me retuerce el estómago con ese pensamiento.

Suena «The Time of My Life» la última canción de la noche.

—Oh, diablos. Otra vez esa canción no —gime Eric—. Necesito ir a dormir para que sea mañana. Necesitamos abastecernos de «provisiones», por cierto, hermano.

—¿Quieres que te despidan? —murmura Kyle.

Eric lo aparta con la mano.

—Es sábado. No hay reglas los sábados.

Kyle se limita a sacudir la cabeza a su amigo.

—Tú le hiciste esto. —Eric me señala con un dedo acusador—. Está derrotado.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Quién de ustedes tiene identificación, de todos modos?

Eric asiente hacia Kyle.

—Max tiene veintiuno y nos parecemos mucho. —Kyle desliza sus manos entre las mías y camina hacia atrás, llevándome a la pista de baile.

—¡No! —Arrastro los pies.

Sonríe.

—Vamos, sígueme la corriente.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Bien, pero nada de pasos de baile estúpidos —le advierto. Claire y Simon representaron la película «Dirty Dancing» el viernes pasado, después de practicar los pasos coreografiados toda la semana en teatro.

Kyle se ríe y me hace girar una vez antes de atraerme hacia él, lo bastante cerca como para que nuestros pechos choquen entre sí.

—Nada de pasos de baile estúpidos. Te lo prometo. Abrázame.

Obedezco y le rodeo el cuello con los brazos. Pone las manos en mis caderas, me agarra con fuerza y empezamos a balancearnos mientras la canción sube de ritmo.

—No puedo bailar esto. Es horrible.

—Finge que es una canción diferente, entonces.

—¿Qué canción?

Se inclina hacia mí, me acerca la boca a la oreja, el frío metal de su aro labial me hace cosquillas en el lóbulo y empieza a tararearme.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué es eso?

—¿Te gusta?

Siento los ojos curiosos de los campistas que nos miran y sé que deberíamos separarnos, pero se siente demasiado bien.

—Sí. ¿Pero cómo se llama?

—No tiene nombre.

—Tiene que tener un nombre.

—No lo tiene.

Me alejo lo suficiente para que pueda verme poner los ojos en blanco.

—Solo admite que no lo sabes.

—Oh, lo sé. —Esboza una sonrisa torcida.

Levanto las cejas, esperando.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Una mirada ilegible atraviesa entonces sus hermosos ojos dorados.

—Se llama, «Creo que me estoy enamorando de ti, Piper Calloway».

Una oleada de adrenalina recorre mi cuerpo mientras asimilo esas palabras, reproduciéndolas para asegurarme de que las he oído bien.

El corazón me late con fuerza en el pecho, la sangre me corre por los oídos mientras intento no sonreír.

—Estoy enamoradísima de ti —suelto, rodeándole el cuello con los brazos, aspirando el olor de su jabón mientras nuestros cuerpos se aprietan el uno contra el otro. Lo supe desde el momento en que lo vi. Otros, personas sensatas, lo llamarían encaprichamiento. Pero yo lo sabía.

La boca de Kyle recorre mi cuello y baja hasta mi clavícula.

Por el rabillo del ojo, veo a Darian acercándose a nosotros. Me alejo justo cuando nos alcanza.

—Les gusta ponerme a prueba, ¿verdad? —Su corto pelo rubio está húmedo por el sudor y despeinado.

Kyle gime.

—Vamos, Dare...

—Relájate. No estás en problemas. «Todavía». Pero toma. —Empuja una pelota de baloncesto en las manos de Kyle—. Si esto no cabe entre ustedes, están bailando demasiado cerca.

Se ríe.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¿Parece que estoy bromeando? —Darian le señala la cara sonrosada, con expresión severa—. Y hazme un favor: piensa en esta pelota mañana por la noche, cuando ustedes dos «no» estén haciendo las cosas que «no» deberían estar haciendo o que «no» se acuerden de «no» protegerse y así «no» acaben con una bola más incómoda y seria entre ustedes. De las que lloran. ¿Lo entiendes? Bien. —Con eso, ella se fue.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Frunzo el ceño.

—¿Acabamos de recibir una charla sexual de Darian?

—Creo que fue más una charla de «no quedes embarazada». —
Kyle se encoge de hombros—. Esa fue de alguna manera mucho peor
que la que me dio mi madre. ¿Y para ti?

—Definitivamente y mi madre usó la palabra desflorar.

Kyle echa la cabeza hacia atrás y empieza a aullar de risa justo
cuando termina la canción y Christa enciende las luces.

—¡De acuerdo! —Darian aplaude—. Cabañas de la uno a la cinco y
de la once a la quince, es hora de entregar. Tienen quince minutos.
¡Adelante!

Suspiro.

—¿Supongo que te veré mañana?

Kyle comprueba por encima del hombro que la atención de Darian
está ocupada y luego se inclina para besarme los labios.

—Realmente te gusta correr riesgos, ¿no? —me burlo.

—¿Si eso significa tener otro momento contigo? Por mí, Darian
puede azotarme. —Sus ojos brillan con picardía mientras me roba
otro beso, que le concedo encantada.

—Ojalá estas noches duraran más.

Su mirada vuelve de mi boca a mis ojos.

—Podemos hacer que mañana dure para siempre si quieres.

Para siempre en nuestra memoria.

Trago saliva y asiento, porque sé que estoy preparada.

Sigo sonriendo cuando una de mis campistas, una pequeña
pelirroja llamada Suzie, desliza su mano entre las mías y me empuja
hacia la puerta.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Camino por el sendero hacia la cabaña Diecisiete a las tres de la tarde, con la misma euforia corriendo por mis venas que siempre me recorre cuando estoy a punto de ver a Kyle. Los débiles sonidos de gritos y chapoteos llegan desde la playa, mientras la mayoría de los monitores, incluida Christa, se refrescan en el agua. No se oye nada en este extremo del campamento.

—¿Kyle? —lo llamo, sabiendo que si está ahí, me oirá a través de la ventana abierta.

—Sí —responde entrecortadamente.

Entro en la cabaña, oscura y cargada, y me lo encuentro sin camiseta, tumbado en la cama en bañador, con el brazo echado sobre la frente y la piel cubierta de sudor.

—¿Estabas durmiendo?

—Intentándolo. Hace mucho calor.

—Todo el mundo está en el lago. —Toda la lluvia de las últimas dos semanas se ha ido, una ola de calor viene detrás. Christa, que se ha encargado como «monitora principal» de dar a conocer en todo momento la previsión meteorológica de hasta siete días, augura temperaturas cercanas a los treinta y ocho grados para la próxima semana.

—Solo necesitaba descansar.

—Has tardado en limpiar el pabellón, ¿eh? —Lucho por mantener el enfado en mi tono.

Se queja.

—No te vas a creer cuántos de esos imbécil pegan chicles en la parte de abajo de las mesas de *picnic*.

—¿Darian también te hizo rasparlas?

—Sí. ¿Por qué soy amigo de Eric, otra vez?

—No lo sé, sinceramente. —Sacudo la cabeza—. Pero ustedes dos tienen suerte de que eso sea todo lo que tienen por empezar una pelea de comida. —Al final del desayuno, el suelo de cemento estaba lleno

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

de panqueques y trozos de salchicha. Más de un niño acabó dirigiéndose a los autos de sus padres con sirope en el pelo.

Se pone de lado y sus ojos muestran preocupación.

—¿Sigues enfadada conmigo?

Suspiro pesadamente.

—No, pero solo porque no te despidieron.

—Fue una cosa del calor del momento. —Bosteza—. ¿Qué tal la lavandería?

—Sin incidentes. —Dejo caer su cesta de camisetas, pantalones cortos y bóxer recién lavados y doblados que me ofrecí a llevar mientras hacía mi propia colada. Aunque estaba cabreada con él.

—Gracias. —Sonríe, su mirada soñolienta se arrastra sobre mi camiseta de tirantes y mis pantalones cortos de algodón—. ¿Quieres hacer una siesta?

Me rio.

—¿Puedes acostarte conmigo de todos modos? —pregunta en voz baja.

—Puedo, pero hace mucho calor, Kyle.

Juguetea con el cordón de mis pantalones cortos.

—Tal vez no, si te quitas eso.

Hay algo en su forma de decirlo, su voz, su mirada, el toque de anhelo en sus palabras, que hace que mi cuerpo se estremezca de la forma más placentera.

Trago saliva contra mi repentino nerviosismo.

Bajo su atenta mirada, me quito la ropa hasta quedarme en pelotas y sus ojos me absorben. No me siento cohibida en absoluto, lo que dista mucho de cómo me sentía hace tan solo unas semanas.

Levanta las caderas de la cama, se quita el bañador y lo tira a un lado.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

El aire sofocante de la cabaña se ha vuelto eléctrico y prometedor cuando me tumbo encima del saco de dormir junto a Kyle. Nuestras respiraciones irregulares se entremezclan por un momento como el único sonido que se oye, y entonces Kyle se da la vuelta, encajándose entre mis muslos, apoyándose en los codos mientras me mira durante unos largos instantes.

—Estoy tan enamorado de ti, Piper.

Sonrío y me acerco a él para jugar con su cabello puntiagudo.

—Yo también te amo, Kyle. Ni siquiera puedo describir cuánto.

Pasa otro momento y entonces busca a su lado la billetera.

Los próximos treinta minutos quedarán grabados en mi memoria para siempre, no sé cómo sería posible no hacerlo. Ver a Kyle tantear el condón para ponérselo, saborear la sal de sus labios del caluroso día de verano mientras me besa, sentir nuestra piel caliente y resbaladiza presionada una contra la otra mientras me penetra, sentir cómo se hunde más y más, más allá del doloroso pinchazo.

Oírle susurrarme al oído una y otra vez lo mucho que me ama mientras nuestros cuerpos se mecen el uno contra el otro, encontrando un ritmo ideal en la penumbra de la cabaña del campamento en una sofocante tarde de verano.



Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 19

Ahora

—Parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que comimos. ¿Cuándo fue, en el Día de la Madre? —Mi madre se pasa la mano por la coleta rubia y se afana en ponerse una servilleta de tela sobre el regazo para proteger sus pantalones color crema. Es la única mujer que conozco que se atreve a llevar pantalones color crema a un restaurante italiano.

—He estado ocupada. Y tú tampoco has estado precisamente por aquí. —Tenemos una cita fija para comer el primer domingo de cada mes. Nos hemos turnado para cancelarla los dos últimos.

—Lo sé, cariño. Esperaba tener todas las reformas terminadas ya, pero este contratista no parece saber lo que hace. No lo recomendaré.
—Sonríe—. Pero tengo que decir que estás radiante. ¿Es por David?
—Me mira la mano izquierda, sin duda para buscar el anillo de compromiso.

—David y yo hemos terminado. Nunca volveremos a estar juntos —digo tan lenta y firmemente como puedo, porque ninguno de mis padres parece capaz de desprenderse de ese sueño.

—Bueno, ¿quién es, entonces?

—¿Quién dice que se trata de un hombre?

El camarero pasa a dejarme una botella de *sauvignon blanc*, lo que me evita tener que hablar del beso de anoche de mi primer amor. Me pasé horas en la cama dándole vueltas al asunto, con el cuerpo en tensión, los pensamientos sobre Kyle agitándose en mi mente, el deseo de tenerlo tumbado a mi lado es abrumador.

—¿Qué haces en la ciudad? —Me apresuro a apartar el tema de mí por el momento—. ¿Dijiste que ibas a visitar a alguien?

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

—Solo una persona. —Se lleva el copa a los labios, lo deja reposar un largo rato y recorre el menú con la mirada.

Hago ademán de sostener mi copa en el aire.

—Salud, mamá.

—Oh, claro, por supuesto. —Se ríe, siguiendo el ejemplo para que nuestras copas tintineen—. Se me olvidaba.

La etiqueta en los cócteles es algo natural para mi madre. Nunca se olvida. Lo que significa que está mintiendo u ocultando algo.

—¿Esa persona es un «hombre»? —presiono.

Duda.

—Es un hombre, sí. —Pasa otro largo momento y por fin se atreve a mirarme a los ojos, sus labios pintados de rosa se fruncen con una pequeña sonrisa de complicidad.

—¿Estás saliendo con alguien? —susurro excitada.

—No estoy exactamente segura. Nos estamos tomando las cosas con calma.

Dios sabe que ya es hora. Después de su aventura con el tenista aquel verano en que yo estaba en Wawa y el feo divorcio que siguió, hubo un largo período en la vida de mamá en el que no quiso ni pensar en salir con nadie. Desde entonces ha habido algunos hombres, uno de los cuales llegó a ponerle un anillo en el dedo durante una semana antes de que ella se lo devolviera educadamente.

Han pasado al menos dos años desde la última vez que mencionó algo que sonara a cita, aunque estoy segura de que no han faltado pretendientes al acecho.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica? —Le hago una pregunta tras otra.

Levanta una mano perfecta y cuidada para tranquilizarme.

—Todavía está en las primeras etapas.

—¡Tienes que decirme algo!

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Bueno. Es... un hombre —empieza ella.

Pongo los ojos en blanco.

—Somos de edades similares.

—Más de lo que puedo decir de papá, así que gracias por eso —murmuro entre sorbos. Aunque mi madre podría pasar fácilmente por una década más joven que sus cincuenta y siete años, ya he tenido bastante con que mis padres salgan con gente más cercana a mi edad que a la suya.

Sonríe.

—Es inesperado y sorprendente. —Sus ojos azules centellean—. Eso es todo lo que me siento cómoda diciendo en este momento, así que por favor no presiones. No quiero que me de mala suerte.

—Vaya. Parece que realmente te gusta este tipo.

—¿Sinceramente? —Deja escapar un suspiro tembloroso—. No me había sentido así en mucho tiempo, Piper. Saca algo de mí que creía haber perdido. Bueno, de todos modos, realmente espero que esto funcione. —Se ríe—. Escúchame. ¡Sueno como una adolescente risueña y tonta! Nunca pensé que volvería a revivir esa etapa.

Resoplo y casi me atraganto con el vino. «Tú y yo».

—¿Y? ¿Qué hay de nuevo contigo? Mencionaste en tu mensaje que querías hablar de algo.

—Sí —gimo—. Papá.

Sostiene una sonrisa, pero se vuelve tensa. Forzada.

—¿Qué hizo ahora?

—Ahora no, pero creo que hizo algo realmente de mierda hace trece años.

Recostada en su silla, con la bebida en la mano como si se armara, murmura:

—Adelante.

—¿Te acuerdas de ese chico del campamento? ¿Kyle?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Oh. Sí. —Sus ojos se abren con complicidad—. Fuiste un desastre por ese chico durante todo tu primer año, si mal no recuerdo. Revolcándote en tu habitación durante horas y horas. Perdiste cinco kilos que no tenías que perder, sin comer. Como si fuera a olvidarme de él.

—Estaba enamorada de él, mamá. Y solo tenía dieciséis años —le recuerdo, con las mejillas sonrojadas por la vergüenza—. Por aquel entonces pasaban muchas cosas, si recuerdas. Líos conyugales, un divorcio...

—Sí, supongo —me interrumpe, concentrándose por un momento en el cierre de su pulsera. Tardó un año en confesarme sus indiscreciones, mucho después de que el subidón ilícito se desvaneciera y se instalara en ella el arrepentimiento de toda la vida.

—Bueno, descubrí que papá le «pagó» a Kyle para que se fuera.

El destello de reconocimiento en sus ojos me responde enseguida.

Se me cae la mandíbula.

—¿Me tomas el pelo? Lo sabías.

Su mirada revolotea a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie ha oído mi arrebató.

—Yo no lo sabía en ese momento. No me lo dijo hasta meses después. Te lo juro, Piper. Las lágrimas, el abatimiento, el no comer... todo había durado tanto que al final mencioné la posibilidad de contratar a uno de los hombres de tu padre para que localizara a ese chico y te diera un cierre. Fue entonces cuando tu padre me dijo la verdad.

—¿Y no pensaste en decírmelo entonces?

—¿Por qué iba a hacerlo? ¡Cariño, se llevó el dinero! Eligió el dinero antes que a ti. ¿Por qué querría un chico así en tu vida? No, estaba furiosa con tu padre, pero no estaba en desacuerdo con que ese chico no debía estar con nuestra hija y no me sacudas así la cabeza; algún día lo entenderás —murmura entre sorbos de vino, con la copa ya a medio terminar.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡Por supuesto que cogió el dinero! Sabías de qué clase de vida venía Kyle. Lo que ese dinero podría hacer por él y su familia.

—Sí, pero...

—Y también conoces a papá mejor que nadie. Amenazó a Kyle, mamá. ¿Te imaginas lo que habría sido para Kyle, de diecisiete años, enfrentarse a eso? —Solo de pensarlo, siento un profundo ardor de furia en mi interior.

Suspira con resignación.

—¿Por qué estamos hablando de esto?

—Porque me encontré con Kyle hace poco y me lo dijo.

—De verdad... ¿Aquí, en Lennox? —Mantiene su expresión suave, pero oigo la cautela en su voz.

—Sí.

—¿Cómo está? —Me observa con ojos astutos.

—Le va bien. Estaba en San Diego, pero se ha mudado aquí hace poco. Está trabajando a tiempo completo. Seguridad. —Omití intencionadamente la parte de dónde trabajaba en seguridad, hasta que pueda averiguar dónde está la cabeza de mi madre con esto—. Básicamente ha cortado todos los lazos con su familia, excepto por su hermano menor, que ha hecho algo por sí mismo.

—Eso es... bueno —hace una pausa y luego finge despreocupación para preguntar—: Entonces, ¿está saliendo con alguien? ¿O está casado?

—No, mamá. Está soltero. —Encuentro su mirada firme con la mía.

—Ya veo —murmura en voz baja—. Supongo que eso explica este brillo efervescente. —El camarero pasa para tomar nuestros pedidos y recoger nuestros menús, lo que interrumpe la conversación—. ¿Sabe tu padre que han... reconectado? —pregunta cuando volvemos a estar solas.

—Todavía no. No «exactamente». —«Nuestras bocas han vuelto a conectar y ha sido eufórico»—. Y no, después de lo que hizo papá, no

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

planeo decirle pronto. Quiero ver si Kyle y yo podemos salvar lo que teníamos antes de tener que lidiar con ese problema.

—No sé si habrá algún trato con tu padre sobre esto. —Suelta una risita burlona—. Todavía tiene la esperanza de que recapacites sobre David. Al menos eso supongo, si es que conozco a tu padre.

—Oh, no, ahora se ha pasado a emboscar a abogados de alto perfil en galas. —Le cuento lo de la presentación de Sternum al estilo guerrilla de anoche.

Gime.

—Lo juro, ese hombre... —Traza el borde de su copa de vino con la punta del dedo mientras me evalúa—. ¿Todavía te importa Kyle?

—No he podido dejar de pensar en él —admito.

—¿Y esos sentimientos son mutuos?

Sonrí, pensando en la sensación de su cuerpo apretado contra el mío anoche.

—Sí. Pero está convencido de que no podemos funcionar y no está dispuesto a intentarlo. Dice que no puede soportar perderme otra vez. —Lo que solo hace que me duela más el corazón por él.

Sus ojos azules se desvían por la ventana, pasando por el paseo marítimo bañado por el sol y el tumulto de peatones hasta el río, como si buscara una respuesta entre los veleros que flotan en la distancia.

—Piper, sabes que comprendo mejor que nadie que una cuenta bancaria no debe determinar de quién te enamoras —dice con cuidado y una expresión de preocupación en el rostro—. Pero algún día vas a dirigir al Grupo Calloway.

Pongo los ojos en blanco.

—Eso ya me lo ha dicho papá.

—Y ahora puedes oírlo de mí. Vas a dirigir al Grupo Calloway y eres una mujer. Bien o mal, siempre te las verás con hombres que piensan que eres menos, simplemente porque eres mujer.

—Soy plenamente consciente de todo eso, mamá.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Sé que lo eres. Solo... tenlo en cuenta cuando elijas a quién tendrás a tu lado en la vida, porque por duro que pueda parecer ahora, el peso sobre tus hombros cuando tu padre ya no esté va a ser tremendo. Necesitarás a alguien que pueda sostenerte cuando ese peso sea demasiado. Alguien que te sostenga cuando te caigas y te ayude a levantarte. —Extiende la mano para acariciarme afectuosamente—. Tal vez sea Kyle. Aunque parece que ya tiene pocas expectativas de que duren y no estoy segura de que sea buen pie para empezar una relación, y menos contigo.

—Está asustado.

Frunce los labios.

—Entonces asegúrate de que lo que sientes es real. No me gustaría que te hiciera daño por segunda vez.

—Kyle no me lastimó la primera vez. Papá lo hizo.

—Me parece justo. Aun así...

—Papá me hace enfadar mucho últimamente. —Parto un trozo de pan y lo mordisqueo, saboreando la potente llovizna de romero y aceite—. Aunque anoche me sorprendió, al admitir que se equivocaba en la forma de tratar a Tripp.

—Sí, he oído que tienes problemas. He hablado con Rhett —añade cuando la miro interrogante.

Debería haberlo sabido. Al menos el pequeño chismoso mantuvo la boca cerrada sobre Kyle.

Mamá sonrío suavemente.

—Sabes, te pareces a tu padre más de lo que te gustaría admitir. Los dos son trabajadores y tenaces. Y a veces se enfrascan tanto en sus grandes y elevados planes que pierden de vista las pequeñas cosas que son igual de importantes para ustedes. Tómame un tiempo para recordárselo a tu padre. Con el tiempo lo entenderá. ¡Oh! —Se las arregla con un sorbo, sus cejas ligeramente curvadas, ya sea por las recientes inyecciones de Botox o por su propio impulso natural de mantener las expresiones faciales al mínimo para evitar más

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

tratamientos de Botox—. Hablando de Wawa, ya que has sacado el tema... Jackie me ha dicho que lo han cerrado.

—¿En serio?

—¡Lo sé! —Su voz está llena de consternación—. Ruth iba a enviar a Robert este verano, pero cuando fue a inscribirlo le dijeron que estaba cerrado.

—Deben de estar muy afectadas. —La hermana mayor de mi madre, Jackie, y mi prima, Ruth, ocho años mayor que yo, asistieron a Wawa en su juventud. Robert habría sido la tercera generación de la familia de mi madre en asistir—. ¿Sabes por qué?

Mamá se encoge de hombros.

—¿Es hora de seguir adelante, tal vez? Le he pedido a mi agente que vigile la propiedad, por si la ponen a la venta. —Sonríe disimuladamente tras un sorbo de vino—. ¿No sería genial? Podría comprarla solo para fastidiar a tu padre.

—No es mala idea. —Choco mi copa con la suya—. Quizá podamos entrar juntas, así si acabo volviendo con Kyle y me veo obligada a dejar al Grupo Calloway, podremos dirigir el campamento. —Salir con un escritor muerto de hambre era una cosa; papá nunca sería capaz de soportar que su hija se estableciera con el guardia de seguridad de nuestro edificio y mucho menos con uno con los antecedentes penales de los Miller rondando en las sombras.

—Realmente espero que no llegue a eso. —Sus labios se fruncen en un pensamiento—. Sé que suena duro, pero creo que debes considerar los aspectos positivos de lo que hizo tu padre. Solo tenías dieciséis años y aún te quedaba mucho por crecer. Piénsalo... Brown, luego Wharton y las prácticas para llegar a dónde estás ahora. ¿Cómo te las habrías arreglado para mantener tus prioridades en orden mientras seguías con un chico como este Kyle? Quiero decir, te despidieron de tu trabajo de verano por su culpa, Piper.

—No culpes a Kyle. Fue tanto culpa mía como suya. ¿Y qué pasa contigo? Suena como si estuvieras poniendo excusas por el comportamiento turbio de papá.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No. —Levanta su mano en el aire—. Ciertamente no estoy excusando el comportamiento de tu padre. Solo intento ayudarte a ver más allá de tu ira y a pensar en esto con lógica. —Me ofrece una sonrisa comprensiva—. Somos tus padres. Solo queremos que seas feliz, pero también somos humanos y tenemos nuestras propias experiencias que nos ha hecho ver la vida. Nuestras propias trampas en las que hemos caído. A veces es difícil mantenerse al margen y dejar que tus hijos aprendan por las malas. Y a veces metemos la pata. Pero te prometo que lo que hizo tu padre no fue por egoísmo ni con mala intención. Siempre ha pensado en lo mejor para ti. —Se encoge de hombros—. Y parece que sus métodos, por retorcidos que fueran, también ayudaron a este chico a largo plazo.

—Sí, lo hicieron —admito a regañadientes. Kyle dice que no le guarda rencor a mi padre, que el dinero le cambió la vida para mejor. Saber eso atenúa un poco mi ira. Solo un poco, porque habría habido mejores formas de ayudar a un chico necesitado que amenazarlo.

Suspiro.

—No puedo seguir adelante. No sin saber si podríamos funcionar.

Mamá parece meditarlo.

—Ustedes dos no estaban preparados para el tipo de sentimientos en los que habían caído entonces, pero quizá ahora sí.

Frunzo el ceño.

—Me estás confundiendo. ¿Estás sugiriendo que Kyle y yo deberíamos estar juntos?—Porque todo lo que ha dicho hasta ahora ha sonado exactamente a lo contrario.

—Es confuso, ¿verdad? ¿La vida? Estar tan segura de algo en tu cabeza pero ser incapaz de ignorar lo que hay en tu corazón. —Sus ojos se entrecierran en las púas de su tenedor, pensativa—. Creo que si tú y este chico... este hombre, ahora... realmente quieren que esto funcione a pesar de los desafíos, entonces encontrarán una manera.

—Me da una palmadita tranquilizadora en la mano—. Eres la hija de tu padre, después de todo. Y cuando se casó conmigo, yo no tenía ni dos centavos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Pero tu aspecto y tu encanto no tenían precio.

Su risa suave y musical me tranquiliza.

—Si no recuerdo mal, este chico era bastante lindo, a pesar del pelo raro. ¿Cómo resultó?

—Salió muy bien. —La miro con complicidad.

—¿Un guardia de seguridad, dijiste? —Sonríe disimuladamente mientras bebe un sorbo de vino—. ¿Usan esposas?

Me da escalofrío.

—¡Mamá!



—Calle Cereza número diecisiete. Aquí es. —El taxista entrecierra los ojos y mira por encima del volante para ver el apartamento, con el sol de las seis de la tarde rebotando en las ventanas. No es uno de los edificios que hemos construido, pero es bonito.

«Cereza diecisiete»

Le doy al conductor un fajo de billetes por el trayecto más una buena propina por aguantar las paradas que hicimos de camino hasta aquí.

—Espere aquí un momento, por si no están en casa, ¿de acuerdo?

—Entendido.

Salgo del asiento trasero del taxi y atravieso las puertas de cristal. El interfono está a la izquierda. En seguida presiono el 717.

Y espero.

La decepción empieza a crecer mientras suena tres... cuatro... cinco veces, hasta que una voz masculina contesta al sexto timbrazo.

—¿Sí?

No puedo decir si es Kyle o Jeremy.

—Hola... Soy Piper.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Se hace un largo silencio.

Y luego un zumbido y un clic, cuando la puerta interior se abre.

Le doy al taxi el visto bueno y entro.

El interior es atractivo, más moderno que el de otros establecimientos familiares de la zona. A mi derecha hay un pequeño cubículo donde se sentaría un guardia de seguridad, pero está vacío. No me sorprende. Estamos en las afueras, una zona generalmente segura y tranquila. La mayoría de las juntas de apartamentos han optado por sistemas de cámaras de seguridad y personal a tiempo parcial para ahorrar presupuesto.

Me aferro al bolso mientras subo en ascensor hasta la séptima planta, con el estómago hecho un manojo de nervios. Estoy más nerviosa por esto que por cualquier reunión del consejo de administración o presentación a inversores que haya vivido. Quizá sea porque se trata de algo personal; el resultado final lo es todo para mí.

Cuando doblo el recodo del pasillo, Kyle me está esperando, apoyado en el marco de la puerta, descalzo y vestido con pantalones de chándal y una camiseta blanca lisa que se le ciñe al torso sin apretarle demasiado. Tiene el pelo húmedo y echado hacia atrás, lo que me recuerda a las tardes en el lago, cuando se pasaba una mano por el pelo para evitar que le cayera sobre la frente.

Me observa mientras me acerco y sus ojos se posan en mi atuendo: un vestido informal de algodón a rayas azul marino y blanco que se ciñe a mis curvas y me hace pensar en los cálidos días de verano en Martha's Vineyard.

—Me has encontrado —murmura con una sonrisa torcida.

—Jeremy tenía razón. Es fácil de recordar. —Me detengo justo delante e inhalo el aroma a jabón y colonia que lo rodea—. Hueles bien.

—Estaba saliendo de la ducha cuando timbraste.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Pienso en Kyle respondiendo a mi llamada sin más ropa que una toalla y el calor empieza a recorrerme la piel.

— ¿Está bien que te haya sorprendido así?

— Sí. — Ni una pizca de vacilación en su voz.

Se está creando una carga eléctrica entre nosotros. Su profunda inhalación me dice que él también lo siente.

— Pasa — murmura, haciendo un gesto de invitación con la mano. Cierra la puerta suavemente detrás de nosotros.

Es un lugar modesto pero agradable, con una cocina totalmente blanca y ventanas del suelo al techo en el salón, que dejan entrar mucha luz. Puertas corredizas de cristal esmerilado a ambos lados conducen a dos dormitorios, donde ninguna de las camas está hecha.

— ¿Dónde está tu hermano?

— Salió con algunos amigos nuevos.

— Parece que se está adaptando bien.

— Se desenvuelve bien en cualquier sitio. Es un tipo sociable.

— Eras un tipo sociable.

— ¿Por qué estás aquí, Piper? — La mirada de Kyle se desvía hacia mi boca.

Sabe exactamente por qué estoy aquí.

Tragando saliva, rebusco en mi bolso.

— Estaba de compras hace un rato y mira lo que he encontrado. — Levanto un puñado de Fun Dips con sabor a cereza y manzana, diez paquetes en total, que me llevaron a visitar cinco tiendas diferentes antes de encontrarlos.

Kyle sonríe.

— No he comido uno de esos desde Wawa.

— Yo tampoco. Así que estaba pensando que era hora de un pequeño juego de dos verdades y una mentira.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Bien. —Sus ojos se posan en los míos, repentinamente serios—. Tú primero.

«Bien». Respiro hondo.

—Realmente no necesitaba un bolígrafo de gel el sábado por la noche.

Se ríe y siento el sonido en lo más profundo de mi pecho.

—No he dejado de pensar en ti desde que llegaste a Lennox. —Me arriesgo a levantar la mano, para deslizar mis dedos sobre su mejilla—. Y saltaré desde cualquier acantilado que me pidas, por muy asustada que esté, siempre que eso signifique que me estás esperando abajo. —Dejo que mi mano caiga hasta su hombro y que mi pulgar recorra su clavícula desnuda, deleitándome con el calor de su piel—. ¿Cuál es mi mentira, Kyle?

Traga saliva.

—Esa es una pregunta capciosa.

«Porque todas son verdades».

—Siempre fuiste demasiado bueno para este juego.

—Mi turno. —Da un paso adelante, guiándome hacia atrás hasta que mi espalda choca con la puerta—. Sabía que no habías vuelto por un bolígrafo. —Sus manos encuentran mis caderas—. He comparado contigo a todas las chicas con las que he salido desde Wawa y todas han fracasado estrepitosamente. —Sus ojos dorados se clavan en mi boca—. Y soy un idiota por estar demasiado asustado para hacer esto. —Me topo la cabeza contra la puerta cuando sus labios chocan contra los míos, pero no siento el golpe, encuentro su boca con mi propio fervor, mientras trece años de dolor, amor y lujuria reprimidos se liberan entre nosotros. Nuestras manos vagan con urgencia, tirando de la ropa, aprendiendo nuevas curvas, deleitándose en el calor familiar del otro, como si solo tuviéramos unos minutos para lograr todo lo que queremos hacer.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Se libera el tiempo suficiente para quitarse la camiseta por la espalda y tirarla al suelo, y entonces sus labios vuelven a tocarme: la boca, la garganta, la clavícula, su cálido aliento recorriéndome la piel.

Mis uñas se arrastran por sus hombros y cierro los ojos mientras me deleito con la sensación de lo nuevo y lo viejo.

Apenas me doy cuenta de que Kyle me quita los tirantes del vestido de los hombros y entonces la tela me llega a los tobillos y me lo quito. No pierde tiempo en quitarme el resto y, a los pocos minutos de entrar en este piso, sigo en la puerta principal, pero estoy desnuda. Su piel está caliente contra la mía cuando me estrecha en sus brazos, nuestros cuerpos presionados.

No lo dudo, deslizo los dedos por debajo del elástico de su pantalón de chándal y se lo bajo por las caderas, momentáneamente sorprendida por la falta de bóxer debajo, pero rápidamente distraída cuando sus pantalones caen al suelo.

—Nunca pensé que volveríamos a hacer esto. —Me agarra por detrás de los muslos y me levanta en sus brazos, guiando mis piernas alrededor de sus caderas. Me aprieta de nuevo contra la puerta, que se siente fría contra mi espalda desnuda y esta vez sumerge mi endurecido pezón en su boca, provocándome escalofríos.

—No creo que hayamos hecho esto nunca. —Me las apaño para lanzar un suave gemido, con su dura longitud presionándome y mi cuerpo deseoso de sentirlo todo. Por aquel entonces, todo parecía tan nuevo y vacilante. Recuerdo muchas indecisiones, muchos nervios, muchas dudas de Kyle, que no quería presionarme ni hacerlo de prisa.

Aunque este momento con Kyle también es territorio desconocido, no hay nada de indecisiones que me haga saber lo que quiere.

Y me parece muy bien dárselo, salvo por el hecho de que tiene un hermano que puede volver a casa en cualquier momento.

—Tu habitación. Ahora —exijo, con mis brazos enlazados alrededor de su cuello, mis labios contra su oreja.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Su boca sigue sobre mí mientras me lleva a la habitación de la derecha, buscando a tientas y a ciegas el picaporte para deslizar la puerta y cerrarla antes de caer sobre mí en la cama.

—He pensado en hacer esto cada mañana que entrabas por la puerta principal.

—¿Incluso mientras me ignorabas? —me burlo, mis dedos se enroscan en su pelo húmedo, desordenándolo mientras aprieta sus caderas contra las mías.

—Sobre todo entonces. —Sus dientes se deslizan por mi cuello mientras su boca se inclina hacia abajo, sus brazos se apoyan a ambos lados de mí, los músculos de sus anchos hombros se tensan maravillosamente mientras se levanta y se mantiene sobre mí, sus ojos echan una larga y pausada mirada hacia abajo, sobre mi cuerpo desnudo bajo él.

Sigo su ejemplo y me agacho para agarrarle, abriendo las piernas de forma tentadora.

Inhala bruscamente.

—Si espero más, voy a explotar —susurra.

—No lo hagas, entonces.

Me maravillo ante este nuevo cuerpo mientras él se apresura a sacar un preservativo de una caja sin abrir de su mesita de noche, mientras rompe el envoltorio y se lo pone.

Y entonces enrosca sus dedos entre los míos y me aprieta las manos por encima de la cabeza para inmovilizarme.

Renuncio felizmente al control, dejándole que se encaje entre mis muslos y empuje dentro de mí sin vacilar.

Me invade una euforia y una inesperada sensación de paz.



La puerta principal cruje al abrirse sobre las ocho de la noche.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Dejamos la ropa ahí fuera —susurro en el pecho desnudo y esculpido de Kyle, con mi cuerpo caliente y relajado y tumbada sobre él. Podría quedarme así toda la noche.

—Está bien.

—Tu hermano está mirando mi ropa interior ahora mismo.

—Espero que esté limpia.

—¡Cállate! —Le golpeo el abdomen juguetonamente y sus músculos se flexionan con la risa—. Claro que lo está. Me la cambié antes de venir aquí.

—Alguien tenía grandes esperanzas —murmura.

—Sigue así y no harás más que esperar durante mucho tiempo —le respondo, arrastrando una uña alrededor de su pezón y hacia abajo, sobre el fino rastro de vello que pasa por su ombligo.

Aspira cuando mi mano roza su carne sensible.

—Puede que necesite unos días para recuperarme.

—Estabas un poco ansioso la primera vez.

—Y la segunda vez.

—Y la tercera.

Desplaza nuestros cuerpos, lo que le permite ponerse de lado y mirarme. Me pasa un dedo por la mandíbula.

—Esto es una locura, ¿verdad? Nosotros, así, ¿otra vez?

Me inclino para tocar su nariz con la mía.

—Locura, pero de la mejor manera —susurro, mis labios rozando los suyos—. ¿Vamos a hacer esto?

Sus labios se curvan con una sonrisa *sexy*.

—Creo que acabamos de hacerlo.

—No me refiero a eso.

La garganta de Kyle se sacude al tragar.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿No te preocupa cómo lo verán en el trabajo?

—¿Por qué? ¿Te da vergüenza que te vean conmigo?

Se ríe entre dientes, pero cuando se aparta para mirarme a los ojos, los suyos están llenos de seriedad.

—Hay muchos factores externos que podrían dificultar las cosas. Necesitamos un plan de juego.

En realidad, solo hay un factor externo: un hombre de sesenta y siete años con un traje de tres piezas.

No había planeado nada más allá de presentarme en la puerta de Kyle para decirle lo que siento y ver qué podía salir de ello. Pero tiene razón, necesitamos un plan. Uno que mantenga a raya los chismes del trabajo y a mi padre felizmente ignorante el mayor tiempo posible.

—Deberíamos mantener las cosas en secreto por ahora. Porque si la gente se entera, mi padre se entera. Y te juro, Kyle, que su opinión sobre ti no me importa...

—Tienes razón, no queremos que lo sepa todavía —asiente Kyle.

Le paso una mano por la mandíbula, cubierta de rastros oscuros.

—Odio eso, pero creo que es inteligente. Por ahora.

—¿«Segura» que te parece bien que la gente sepa que la futura directora general de Grupo Calloway sale con el guardia de seguridad del edificio? —Su voz destila duda.

Presiono mis labios contra los suyos en un beso lento y tentador.

—Me parece bien que la gente sepa que Piper Calloway está... —Mi voz se entrecorta. ¿Podría seguir enamorada de Kyle? Nunca me desenamoré de él —... saliendo con Kyle Miller.

—Kyle «Stewart».

Me da un pellizco en la cara.

—No puedo llamarte Kyle Stewart. Siempre serás Miller para mí.

Su mano se desliza por mi hombro y baja por mi brazo, arrastrando la sábana fuera de mi cuerpo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Llámame como te dé la gana —murmura, me pone boca arriba y me mira desnuda mientras se acomoda entre mis muslos y su boca deja un rastro de humedad al empezar a bajar por mi vientre.

—¡Estoy pidiendo pizza! —llama Jeremy desde la habitación principal—. ¿Tú y Piper quieren?

—¿Tienes hambre? —La lengua de Kyle me acaricia el ombligo.

—Más o menos —admito. La ensalada del almuerzo no me llenó.

—¿Lo de siempre?

Frunzo el ceño con curiosidad.

—¿Cuál es lo de siempre?

—Hawaiana. Esa es la que siempre pedias en Wawa.

—¿Te acuerdas de eso?

Apoya la barbilla en mi pelvis y me mira.

—Te lo dije, lo recuerdo todo de ti.

Le paso una mano sobre el pelo, ahora seco y alborotado, mientras la emoción me sube al pecho.

—¿Cómo sabe Jeremy que soy yo? Podría haber sido cualquiera —murmuro—. Habría sido incómodo.

—¡Porque Kyle no ha parpadeado por otra mujer desde que nos mudamos a Lennox! —grita Jeremy.

Kyle pone los ojos en blanco.

—¿Sabes que me llamó Sarah cuando me vio por primera vez? —exclamo.

—Mi hermano es un idiota, por si no te has dado cuenta.

—¡Pídenos una hawaiana y aléjate de la puerta de mi habitación, perverso! —grita Kyle, echando un vistazo a la figura sombría que se pasea por delante del cristal esmerilado, riéndose.

—Tienes veinte minutos. Estaré en el balcón. —Un momento después, oigo la puerta abrirse y cerrarse.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Kyle gime y apoya la cabeza en mi abdomen.

—Este sitio es demasiado pequeño.

Le acaricio el pelo.

—Podemos quedarnos en mi casa. Mi habitación está al final del pasillo, lejos de las demás. —En realidad, tengo mi propia ala que podría ser del tamaño de todo este apartamento.

—Pero entonces tendría que lidiar con Christa.

—Y su gato bizco psicópata.

—¿Por qué no me sorprende?

—Pero por otro lado, solo está a quince minutos andando del trabajo.

—Hum... eso es tentador, viendo que tengo que coger el autobús a las cinco desde aquí.

—Uf.

—¿Entonces? Sabes que puedes quedarte aquí esta noche, pero me iré temprano por la mañana.

—No pasa nada. De todas formas, tengo que volver pronto a casa. Tengo que revisar esta propuesta de construcción antes de mañana.

—Debería haber estado peinándolo toda la tarde, buscando temas con los que armarme en mi lucha de poder contra Tripp, no buscando en medio Lennox paquetes de polvos Fun Dip y enredándome en las sábanas de Kyle.

Kyle levanta la cabeza y me mira durante un largo rato, con una mirada curiosa.

—¿Qué?

—Nada. Todavía estoy en *shock* de que estés aquí, conmigo.

—Lo sé. Yo también. —Y de alguna manera todavía nos sentimos como los antiguos Kyle y yo. Hemos cambiado, por supuesto, el hombre que me mira ahora es todo músculo y fuerza, con las más finas líneas tocándole la frente y todo un brazo y un hombro

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

decorados con arte y, sin embargo, sigue habiendo algo tan familiar y juvenil en él.

Algo que nos sienta tan bien.

Se muerde el labio inferior y me mira los pechos.

— Así que supongo que solo tengo veinte minutos, entonces.

— ¿Para qué? — Sonrío tímidamente.

Me devuelve una sonrisa cómplice y entonces sus brazos nervudos se tensan y se sube sobre mí.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 20

Antes

2006, Campamento Wawa, fin de la quinta semana.

—¿Te lo sigues pasando bien, cariño? —La voz de mamá suena fresca y ligera. Nos hemos puesto al día los sábados, cuando vengo al pueblo y tengo cobertura, pero el fin de semana pasado no contestó a mi llamada. Hacía dos semanas que no hablaba con ella, un récord.

Sonrío.

—Muy bien, de verdad. Ha sido genial.

—Me alegra mucho oír eso. Y que no te metas en líos.

—No es difícil. Aún estoy a prueba.

—¿Qué pasa con ese chico?

Echo un vistazo a Kyle, para ver cómo Eric y él se dan puñetazos en el brazo mientras Ashley saca dinero del cajero. Me pregunto si mi madre consideraría que perder la virginidad con ese chico el fin de semana pasado fue «no meterme en líos».

—Está bien.

—Piper...

—¿Cómo van las cosas en la isla? —pregunto, para desviar la conversación.

—Me lo estoy pasando fantástico. Es exactamente lo que necesitaba.

—Pero volverás a casa en tres semanas, ¿verdad?

—Por supuesto que volveré a casa. Estarás en casa.

—Pues... —Dudo—. ¿Papá te ha visitado últimamente?

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

Suspira en mi oído.

—Tu padre y yo acordamos darnos un poco de espacio real. Eso significa que no vendrá aquí.

También significa que no pueden solucionar las cosas. También significa que mi vida puede dar un vuelco cuando deje Wawa. Mis hombros se hunden con consternación. Irme ya será bastante duro.

—¿No te has sentido sola ahí fuera?

—¿Yo? —Se ríe—. No, cariño. Jackie salió unos días y he estado en el club casi todos los días. Mi juego de tenis ha mejorado mucho. Este instructor que tengo ahora es... bueno, definitivamente me ha enseñado muchas cosas que no sabía.

—Eso está bien. Quizá podamos volver a jugar individuales.

—¿Hum? Sí. Puede ser. Escucha, el lunes me voy a París por dos semanas.

Frunzo el ceño.

—¿Tú sola? —¿Cuánto le va a doler a papá que se negara a ir con él en mayo y se vaya ahora?

—No. Jackie dijo que vendría conmigo —dice, casi como si decidiera en ese momento que invitará a su hermana—. Pero tu padre está en Lennox y no viaja. Si necesitas algo mientras estoy fuera, puedes llamarlo.

—Bien. ¿Supongo?

—Bien. Te quiero, cariño. ¡Nos vemos en tres semanas!

Cuelgo, el recordatorio de que se acerca el final del verano hace que me duela el pecho. Solo quedan tres semanas con Kyle y luego tenemos que pensar cómo llevaremos una relación a distancia hasta que volvamos aquí el verano que viene.

Kyle se pone a mi lado y me rodea la cintura con los brazos.

—¿Por qué estás tan triste? —susurra besándome el cuello. Esta última semana ha sido una prueba de fortaleza hormonal

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

adolescente: verlo pero no tocarlo, fingir que no estamos deseando que llegue otro sábado por la noche.

Sus manos han estado sobre mí desde que el último campista salió hoy del estacionamiento: un pulgar acariciando la parte baja de mi espalda mientras Darian presentaba a los monitores estrella de la semana; una palma calentando mi muslo mientras devorábamos los sándwiches de queso a la plancha que Russell nos preparó; unos dedos hurgando profundamente en los bolsillos traseros de mis pantalones cortos antes de subirnos a su auto.

—Solo quedan tres semanas. —No oculto la consternación en mi voz.

—Lo sé.

Le robo un beso.

—Es tan duro, no poder hacerlo en toda la semana.

Roba uno para él.

—A menos que nos arriesguemos y nos escabullamos por la noche.

—No merece la pena —le recuerdo con una mirada cómplice. Kyle necesita este trabajo.

—Cualquier cosa que signifique que tengo más tiempo contigo vale la pena. —Aprieta su cuerpo contra el mío.

Mis mejillas se sonrojan.

—Vaya, estás... listo.

Su risita me produce escalofríos.

—No puedo evitarlo. Eso es lo que me haces cada vez que te veo... o pienso en ti... o hago esto. —Me besa profundamente en la boca y por un momento me olvido de que estamos en un estacionamiento, rodeados de gente.

No puedo esperar a volver a su cabaña.

—¿Crees que Shane se ha ido ya?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Probablemente. —Comprueba su reloj—. Volveremos tan pronto como Ashley y Eric hayan terminado.

—¿Qué están haciendo?

—No sé Ash, pero Eric está comprando condones. No te preocupes, estamos bien para esta noche.

Me esfuerzo por ocultar mi sonrisa. Nunca pensé que acabaría con novio y mucho menos que necesitaría condones cuando mi madre me dejó en Wawa hace cinco semanas.

—¡Pero creía que te gustaban los acanalados, Pecas! —grita Eric. Nos giramos para verlo arrastrando a Ashley fuera de la tienda, sosteniendo una caja, ganándose varias miradas de la gente cercana —. ¡Son para que los disfrutes!

—Debe de haber sido Avery —le replica Ashley, haciéndole un gesto con el dedo antes de venir hacia nosotros, con las papas fritas y el regaliz en la mano y las mejillas coloradas.

Siento que mis cejas saltan de sorpresa.

—¿Ashley y Eric se enrollaron? —Ella me lo habría dicho, ¿no?

—No. Y supongo que acaba de matar oficialmente cualquier oportunidad que tenía. El tipo no tiene tacto. Qué idiota —murmura, pero sonrío—. Venga, volvamos.

—Creo que mis padres se van a divorciar. —Miro fijamente la parte inferior de la litera superior de la cama de Kyle, con la cabeza apoyada en el pliegue de su brazo.

—¿Por qué piensas eso? —pregunta Kyle, y se mete un puñado de papas fritas en la boca.

—Porque mi padre engañó a mi madre y ella no tiene ninguna prisa por perdonarlo.

Mastica despacio. Finalmente, traga y pregunta:

—¿La culpas?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No. Supongo que no. Ha estado en nuestra casa de verano desde que me dejó aquí y ahora se va a París la semana que viene. Hoy sonaba feliz por teléfono.

—¿Y eso es malo? —Me ofrece la bolsa de papas.

Cojo unas cuantas.

—Bueno, sí. Si es más feliz sin él, entonces se van a divorciar y toda mi vida va a cambiar. Ni siquiera estoy segura de cómo, exactamente. Ya no veo mucho a mi padre. —¿Me turnaré para vivir en casas separadas? ¿Mantendremos nuestra casa en Lennox o la venderemos? Dios, ¿y si se vuelven a casar? ¿Qué clase de padrastros tendré?

—Si ocurre, te adaptarás y estarás bien.

—Pero no quiero tener que adaptarme. ¿Por qué hacen esto? ¿Por qué mi padre tuvo que...? —No quiero terminar la frase. Hablar de mis padres teniendo sexo entre ellos, y mucho menos con cualquier otra persona, me da escalofríos.

—¿Eran felices?

Lo considero.

—No lo sé. Mi padre nunca está en casa, así que...

—Quizá ese sea el verdadero problema.

Suspiro.

—Creo que puedes tener razón.

Cuando le paso más papas fritas, Kyle tira la bolsa en la cama junto a nosotros. Se desparraman algunas papas, pero no parece importarle.

—Cuando mi padre fue a la cárcel, pensé que mi madre se divorciaría enseguida. Sigue diciendo que lo hará, que haremos las maletas y nos mudaremos lejos de todo este lío, pero... aún no lo ha hecho.

—¿Adónde irías, si pudieras?

Arrastra la punta de un dedo por mi antebrazo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Mi voto sería Lennox.

Sonrío.

—Buena elección.

—Pero siempre habla de ir a algún lugar cálido, donde no haya nieve.

—Eso suena lejos. —Una punzada se agita en mi pecho.

—No te preocupes. No vamos a ninguna parte.

Estiro el cuello para besarle la mandíbula.

—Si te sirve de algo, intenta convencerla de que se mude a Lennox. Así no tendremos que pensar en esos viajes de tres horas. —¿Dónde nos alojaremos esos fines de semana? Supongo que puedo reservar un hotel para nosotros con mi tarjeta. ¿Qué tipo de hoteles hay en Poughkeepsie?

—Haré lo que pueda. —Inclina la cabeza para capturar mi boca con la suya.

—Estás salado —murmuro, pasándole la lengua por los labios alrededor del aro.

Gime.

—Me encanta cuando haces eso.

—¿Qué... esto? —Vuelvo a girar la lengua alrededor del aro.

Su brazo se estrecha alrededor de mi cuerpo.

—Sí, eso. Tu lengua en cualquier cosa, en realidad —dice, con la voz entrecortada y la respiración agitada. Siempre sé cuándo Kyle está excitado, solo por esas dos cosas.

Me muerdo el labio al sentir el rubor en mis mejillas. La mirada entrecerrada de Kyle se posa en la mía mientras me agacho para pasarle la mano por encima una vez antes de deslizarla por debajo de la cinturilla de sus pantalones cortos y rodearlo con los dedos.

Inspira con fuerza y levanta las caderas para bajarse los pantalones cortos, antes de volver a acomodarse. Aprieta los labios contra mi

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

frente mientras mi mano se pone a trabajar, deleitándome con el tacto de su piel aterciopelada y la forma natural en que reacciona ante mí.

Lo hice para Trevor, pero no disfruté ni una décima parte de lo que disfruto ahora haciéndolo para Kyle. Aunque, Trevor buscaba más que mi mano cada vez. Se merecía una maldita medalla por lo mucho que se esforzaba. Yo siempre decía que no y él terminaba haciendo pucheros.

Pero la idea de mi boca sobre Kyle, cualquier parte de él, me revuelve la sangre.

Me levanto y me apoyo en el codo.

—¿Qué pasa? —pregunta Kyle, sus dedos se deslizan sobre mi brazo.

—No pasa nada. Solo quiero probar algo. ¿De acuerdo?

Frunce el ceño con curiosidad.

—De acuerdo.

Me tiro del pelo por encima de un hombro y luego muevo el cuerpo y me inclino para llevármelo a la boca.

Kyle sisea.

Le sonrío tímidamente.

—Nunca he hecho esto antes, así que...

—No te preocupes, lo harás bien. Sigue adelante. «Por favor» —suplica en un susurro.



Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 21

Ahora

La intensa mirada de Kyle se detiene en mí cuando me acerco al mostrador de seguridad el lunes por la mañana. Anoche nos despedimos poco antes de las diez de la noche, después de atiborrarnos de pizza y escuchar las recientes hazañas de Jeremy. Kyle me acompañó al taxi y me dejó con un beso abrasador, para luego enviarme mensajes de texto hasta bien entrada la noche.

Han pasado exactamente diez horas y siete minutos desde la última vez que sus labios tocaron los míos y estoy ansiosa por volver a sentirlos sobre mí. De hecho, es en lo único que pienso.

Soy una adicta y Kyle es mi droga preferida.

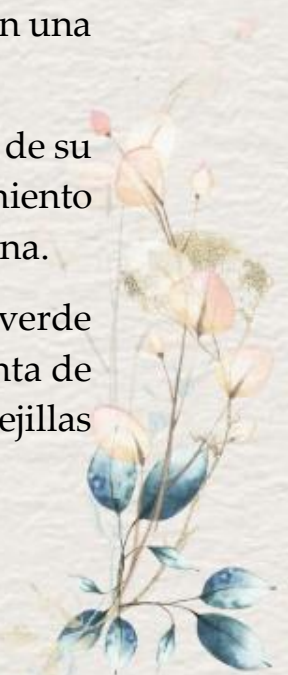
—¿Hola? ¿Quería mi identificación? —dice el hombre que está delante de Kyle, agitando su carné de conducir en el aire, con irritación en la voz.

Kyle se aclara la garganta mientras lo recoge.

—Eh... sí, lo siento. ¿A quién ha venido a ver? —Sus ojos me miran antes de volver a centrarse en el visitante, sus labios se curvan en una pequeña sonrisa.

—Buenos días, señorita Calloway —saluda Gus, con la mitad de su atención en el monitor de la entrada del estacionamiento subterráneo—. Con seguridad, estás resplandeciente esta mañana.

—¿Yo? —Miro hacia abajo para contemplar mi blusa de seda verde bosque y mi falda lápiz negra. Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy sonriendo como una tonta y siento que mis mejillas empiezan a sonrojarse.



Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Gus cruza el escritorio para pulsar un botón. En el monitor, el brazo se levanta y deja pasar el auto.

— ¿Buen fin de semana, supongo?

— Fue increíble, en realidad. El mejor que he tenido en años — digo, lo suficientemente alto para que Kyle me oiga. «Como, trece años».

— Ya lo creo — murmura Gus con complicidad.

— ¿Y tú? ¿Qué tal el fin de semana?

Se encoge de hombros.

— Lo de siempre. Nietos, iglesia, póquer. No al mismo tiempo.

— Suena relajante. — Echo otro vistazo a Kyle. Está ocupado fotocopiando el carné de visitante y hay otras dos personas esperando detrás. Esta mañana no voy a poder hablar con él, me doy cuenta con decepción. Definitivamente, no tendré ocasión de besarlo.

— Renée, la nueva ayudante de David, ya está dentro. Mark la ha llevado arriba. — Gus le quita la tapa a su vaso de café de papel para acabarse las últimas gotas—. Cincuenta dólares a que huye a las colinas a finales de semana.

— Aceptaría esa apuesta si me sintiera cómoda aceptando tu dinero, Gus. Creo que va a funcionar bien.

— Si tú lo dices — murmura, con la voz llena de dudas.

— Que tengas un buen día. — Paso mi tarjeta, echando una última mirada a Kyle.

La luz verde parpadea, permitiéndome pasar.

— Vaya vestido, por cierto — dice Gus.

Me vuelvo para lanzarle una mirada interrogativa.

— Ese numerito plateado que llevabas el sábado pasado. Ya sabes, mientras estabas sentada en mi silla, atiborrándote con una de esas grandes y jugosas hamburguesas de Alejandro's por las que tanto me haces problema.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Cómo... —Mis palabras se desvanecen cuando miro hacia la cámara de seguridad del vestíbulo.

—A veces me gusta ojear las cintas de vigilancia de los turnos de fin de semana, sobre todo cuando tengo a un novato trabajando. Quiero asegurarme de que no están haciendo algo que se supone que no deben hacer.

Los ojos de Kyle se cruzan con los míos y veo en ellos una expresión de pánico.

—Menos mal que Kyle está demostrando ser tan buen empleado —digo con tono uniforme.

Gus emite un sonido, algo que parece de acuerdo pero que también podría ser otra cosa.

—También explica por qué mi silla estaba toda desajustada. Me llevó veinte minutos arreglarla esta mañana.

—Oh, perdona. Ya sabes... piernas largas y todo eso.

Se ríe entre dientes.

—Que tengas un buen día, señorita Calloway. Y no te preocupes, no le contaré a nadie tu secreto. —Sus grandes ojos marrones me miran y espera unos instantes—. Lo de Alejandro's.

Sé a ciencia cierta que no se refiere a la hamburguesa.

Mark me sigue hasta mi despacho.

—Tus informes matutinos están en la carpeta azul de la izquierda. Ya he resumido las estadísticas del mercado y la presentación en PowerPoint para las diez de la mañana está terminada... —Sigue y sigue informándome de todo lo que ha hecho para ayudarme a prepararme para otra larga y agotadora semana.

—Gracias. Como siempre, estás al tanto de todo. —Mientras que yo no lo estoy. Planeo esconderme en mi oficina y revisar el resto de esta propuesta de construcción de KDZ—. Oh, necesito un contacto en

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

nuestra compañía de telefonía móvil corporativa. Quienquiera que gestione el contrato de Calloway. No el gestor de cuentas, sino el ejecutivo en la cima de esa cadena. Necesito ese número y nombre lo antes posible. —Espero que Kyle tenga razón y Tripp sea tan estúpido como para tener conversaciones de texto incriminatorias en su teléfono de la empresa.

Mark asiente, con el ceño fruncido por la determinación.

—¿Cómo va todo en ese frente hasta ahora? —Señalo con la cabeza a Renée, que lleva el pelo largo y rubio recogido en un elegante moño y mira el monitor con el ceño fruncido. Lleva un vestido rojo tomate que, por extraño que parezca, me recuerda a las camisetas del personal de Wawa, solo que el color le favorece.

Mark sigue mi mirada.

—Bien hasta ahora, pero David aún no ha llegado. Carla, de Recursos Humanos, me preguntó si podía enseñarle a Renée cómo funciona todo esta mañana. Ya sabes, la computadora, el pase de seguridad y todo eso. Creo que tardaré una hora como mucho. ¿Te parece bien? Después de que te consiga este contacto, claro.

—Sí, porque cuanto antes se ponga al día, antes dejará David de darnos lata. —Dejo caer el bolso y me hundo en la silla con un suspiro pesado mientras asimilo la pila de trabajo que ya se está formando para mí. Más firmas, más aprobaciones, más, más, más.

Y entonces me fijo en el paquete de Fun Dip de manzana ácida que hay en mi escultura hecha de cucharas de plata y me echo a reír. Anoche no pudimos comérmolos.

—Sí, me di cuenta de que estaba en tu escritorio esta mañana. ¿Sabes quién te lo dejó?

—La verdad es que sí.

Mark se queda un momento más mirándome atentamente.

—Pareces muy animada esta mañana.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Ah, sí? —No puedo evitar que una sonrisa privada curve mis labios. «Quizá porque no me sentía tan viva y libre desde que tenía dieciséis años».

Su mirada vuelve a centrarse en el paquete de caramelos.

—Entonces, supongo que esa persona trabaja en Calloway.

Está buscando detalles.

—¿No tienes un número que conseguirme? —le recuerdo, aunque le guiño un ojo para hacerle saber que no me molesta su entrometimiento.

—Bien. —Sale por la puerta en un santiamén.

Escribo un mensaje al número de Kyle:

Yo: Dos Fun Dip de manzana ácida dicen que no me dejas invitarte a cenar esta noche.

La respuesta llega casi de inmediato.

Kyle: Cuatro dicen que no me pedirás que vaya a casa contigo después.

Respondo rápidamente:

Yo: Nos vemos a las ocho en mi casa. Y trae tu ropa de trabajo para la mañana.

Dos golpes sacuden la puerta de cristal. Levanto la vista a tiempo para ver a mi padre asomar la cabeza.

—¿David tiene una nueva asistente?

—Sí, la contrató a finales de la semana pasada. Me sorprende que no te lo dijera.

—Llamó, pero estaba preocupado. ¿Qué te pareció la propuesta?

Suspiro con fuerza.

—Buenos días a ti también, papá —le digo sin ocultar mi enfado. Apenas son las ocho de la mañana.

Hace un ademán mientras dice despacio:

—Buenos días, Piper. ¿Qué te ha parecido la propuesta?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Todavía la estoy revisando.

—Pero hasta ahora...

—«Sigo» revisando. —Y todavía molesta con papá por lo que hizo hace trece años, pero más por el hecho de que tengo veintinueve años y aquí estoy, ocultándole mi interés amoroso a mis padres—. Lo recibí el sábado a última hora, ¿recuerdas? Y ayer estuve ocupada. Almorcé con mamá.

Papá hace un sonido, el mismo que hace siempre que se menciona a mamá: una mezcla de desaprobación y desprecio.

—Está saliendo con alguien —ofrezco, sin preguntar—. Parece feliz.

—Bueno... —Busca en mi alfombra algo que decir—. No se está haciendo más joven. Tal vez esto se pegue. Voy a sentarme con Tripp esta mañana a las once para hablar del Marquee. Deberías estar allí si puedes hacer que funcione en tu calendario.

—No puedo —empiezo a decir, pero él sale por la puerta y marcha hacia su despacho.

Me quejo. La reunión de mi red de mujeres es a las once y, no, no puedo echar a «todo el mundo». Pero también tengo que estar en esta reunión con Tripp y mi padre. Puede que mi padre haya reconocido su parte en el sabotaje de mi importancia en la empresa, pero eso no significa que no vaya a aprobar la propuesta de KDZ sin mí.

—¡Mark! —grito, frotándome la nuca a medida que aumenta la tensión.

Deseando estar de nuevo en la cama de Kyle, con sus brazos rodeándome y la puerta al mundo exterior firmemente cerrada.

—Toc, toc —anuncio, entrando en el despacho palaciego de papá exactamente a las once de la mañana, para ver el respaldo de su sillón de cuero que parece un trono. Está mirando hacia el centro de Lennox, con el teléfono pegado a la oreja.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Ahora tengo una reunión. Te llamo luego... —murmura y sé sin duda que no es una llamada de negocios. Sobre todo cuando suelta una risita baja y juguetona.

—¿Cuántos años tiene esta? —le pregunto, después de que termina la llamada.

Se gira para mirarme.

—Creí que no nos metíamos en las relaciones de los demás.

Me acomodo en la silla justo enfrente de él.

—¿Es al menos mayor que yo? —Temo el día en que descubra lo contrario. El día en que se convierta en ese estereotipo.

—¿He salido ya con alguien más joven que tú?

—No. La palabra clave es «todavía».

Me mira fijamente.

—Si te dijera que tiene treinta y cinco años y me hace feliz, ¿lo aprobarías?

—Así que tiene la misma edad que «tu hijo». Me pregunto si fueron juntos a la escuela. Tal vez salieron juntos.

—Y por eso no te hablo de las mujeres que veo —murmura, molesto.

—Oye. Si tú eres feliz, entonces yo soy feliz. —Esa es una declaración egoísta, si alguna vez he oído una, pero podré recordársela en el futuro, cuando se entere de lo de Kyle. Es solo cuestión de tiempo.

Observo con sorpresa la escultura hecha con cucharas para el móvil que está sobre la mesa de papá, la gemela a la mía. La que papá despreció hace semanas y quería tirar. Estoy a punto de preguntarle por ella cuando entra Tripp.

—¡Kieran! Me alegro de volver a verte. Piper... qué guapa estás. —Apenas me mira.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco y lanzarle a mi padre la mirada más indiferente que puedo.

—Parece que has estado trabajando muchas horas últimamente — dice mi padre mientras Tripp ocupa la silla vacía a mi lado.

—Eso es porque has criado a un esclavista. —Tripp se ríe y no es la risa falsa que siempre me dirige. Es la risa de un hombre que se siente cómodo y complacido. Tal vez porque se le ha concedido una audiencia con el rey de nuevo después de lo que supongo que consideró una degradación, tener que reportarse conmigo. Tal vez porque piensa que este acuerdo con KDZ está cerrado.

—Eso es lo que me gusta oír. —Mi padre me guiña un ojo.

Contengo las ganas de poner los ojos en blanco. Por favor, dime que papá es lo bastante perspicaz como para darse cuenta de que Tripp utiliza su debilidad para ganar puntos.

—¿Así que has tenido la oportunidad de revisar el contrato? Es sólido, ¿verdad? Te dije que venían con fuerza. Realmente quieren esto. Más que Jameson, por lo que he visto. —Tripp le habla directamente a mi padre, como si yo no estuviera en la habitación.

—¿Ya has recibido la propuesta actualizada de Jameson? ¿Olvidaste enviármela a mí también? —pregunto suavemente, deslizando un pinchazo.

Tripp me ofrece una sonrisa forzada.

—No, no la he recibido.

—Entonces la recibirás pronto. Gary dijo que llegaría hoy.

—Han tenido mucho tiempo para cumplir. Más que KDZ.

—Están retocando sus cifras para ajustarse a nuestros nuevos plazos —digo, manteniendo la voz uniforme.

Resopla.

—Lo que están haciendo es intentar que aparezca un conejo de un sombrero. He visto esto antes, cientos de veces. Algún día empezarás a reconocerlo, no te preocupes.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

«Y ahí va otro pinchazo condescendiente».

Las ganas de inclinarme hacia él y darle un puñetazo son abrumadoras. Aprieto los dientes y sonrío.

—Por cierto, ¿de qué conoces a Hank Kavanaugh?

—¿De qué lo conozco? —Tripp se encoge de hombros—. Lo conozco como conozco a todos mis contactos. A través de años de cultivar cuidadosamente las relaciones de la industria.

—Apuesto a que mucho golf.

—Sí, bueno... —Se ríe entre dientes—. Así es como se han hecho las cosas durante las «décadas» que tu padre y yo llevamos en esto.

«Bien jugado, Tripp. Posicionarte como igual a mi padre. Sigue intentando hacerme parecer inexperta y tonta». Lo admito, soy inexperta cuando apilas currículums.

Pero no soy tonta.

—¿Así es como se conocieron? ¿Jugando al golf? —presiono.

Sus ojos se entrecierran mientras me evalúa unos instantes, como buscando una respuesta. «¿Por qué me pregunta esto? ¿Qué es lo que sabe?»

—Fuimos a la misma universidad. Eso es definitivamente un tema de conversación para nosotros.

«En realidad, ustedes dos eran compañeros de cuarto». Algo que no puedo soltar sin que se sepa que he estado indagando en el pasado de Tripp, pero que no lo haya mencionado ahora... Está ocultando un potencial conflicto de intereses. Esa es otra bandera roja.

Tripp espera unos instantes más y, cuando no respondo, se vuelve hacia mi padre.

—Kieran, Hank está listo para comprometerse hoy. Ya sabes lo que pienso y he hecho esto por mucho tiempo.

Mi padre lo mira con sus ojos naturalmente acerados.

—Yo también.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Tripp levanta las manos en señal de rendición.

—Todo lo que digo es que KDZ es el movimiento correcto para el proyecto Marquee.

Los labios de papá se tuercen pensando. Conozco esa mirada. Es la que pone cuando está a punto de tomar una decisión.

—No estoy de acuerdo —suelto.

El suspiro de Tripp está mal disimulado.

—¿Por qué? —pregunta mi padre con tono uniforme.

Ya no tengo muchas opciones. Aun así, elijo mis palabras con cuidado, sin dejar de mirar a mi padre.

—Porque se rumorea que KDZ ha ofrecido sobornos para conseguir contratos.

—¡Eso es mentira! —estalla Tripp—. ¿Dónde has oído algo así?

—Una fuente fiable.

—¿Quién? —exige saber.

Mantengo la calma.

—No voy a nombrar a nadie en este momento.

—¿Y qué estás insinuando, Piper? ¿Qué me estoy llevando un soborno? —Tripp se acomoda en su asiento, la despreocupada postura encorvada sustituida por una rígida indignación—. Después de dedicar casi treinta malditos años a la empresa de tu familia, ¿me acusas de eso? ¿Kieran? —Mira desconcertado a mi padre.

—Estoy seguro de que Piper no quiere decir eso. —La fría mirada azul de mi padre se posa en mí y hay una clara advertencia en ella.

Mientras tanto, la cara de Tripp se enrojece de ira. Es tan convincente que mi estómago se hunde de miedo. ¿Se equivoca Kyle con lo que ha oído?

¿Y si acabo de cometer un error horrible?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Me aclaro la garganta, sobre todo para estabilizar la voz. Lo peor que puedo hacer en este momento es parecer vacilante.

—Tengo a alguien investigando la reclamación ahora mismo. Si resulta falsa, entonces me parece bien considerar la propuesta de KDZ.

Tripp suspira pesadamente y recupera la compostura.

—Kieran, echar por tierra un contrato sólido porque tu hija oyó un rumor es una terrible jugada de negocios.

Los ojos de mi padre se mueven de un lado a otro.

—Estoy de acuerdo.

Me quedo con la boca abierta. ¿Acaba de ponerse del lado de Tripp, otra vez?

La rabia y la conmoción burbujan en mi interior.

—«Pero» —continúa mi padre, evitando que mi afilada lengua suelte algo de lo que sin duda me arrepentiré, como que renuncio—, no creo que Piper se presentara con una acusación tan grave si no tuviera información sólida.

Exhalo un suave suspiro de alivio. Y de nuevo, esa punzada de temor aflora. ¿Lo que Kyle escuchó es realmente «información sólida»?

Papá baraja una pila de papeles; sigue negándose a revisar las presentaciones digitalmente.

—Tenemos que ver la propuesta revisada de Jameson y contar con la opinión del equipo antes de tomar ninguna decisión. Hank puede hablar conmigo si tiene algún problema con esto. Piper, unas palabras, a solas.

Tripp levanta su grumoso cuerpo de la silla y se marcha, dejando la puerta abierta de par en par.

—¡Greta! Puerta —ladra mi padre. Momentos después, Greta asoma la cabeza para cerrarla rápidamente.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Qué demonios ha sido eso! —Papá explota en un raro estallido—. ¿Cuándo te enteraste de este supuesto soborno?

El corazón se me acelera en el pecho.

—Hace una semana.

—¿Una semana! —Sus cejas se arrastran hasta media cabeza—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Eso no es importante...

—¿Como que no! —Coge un bolígrafo y lo tira al otro lado de la mesa—. ¿Quién es tu fuente?

—¿Sabías que Hank Kavanaugh y Tripp fueron compañeros de habitación en la universidad de Minden? Y también jugaron en un equipo de fútbol masculino, juntos —digo en su lugar—. Eso es más que un tema de conversación.

Papá se detiene en lo que iba a decir.

—Así que estás acusando a Tripp de aceptar un soborno. Es por eso que crees que está buscando este contrato.

—No oficialmente. —Ya no tiene sentido negarlo—. Pero sí, creo que ha hecho un trato con Kavanaugh por un pago de quinientos mil dólares.

La mandíbula angulosa de papá se tensa.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—¿Me habrías creído?

—No. Todavía no.

—Exactamente. Por eso estoy investigando más. Los tengo sacando de los registros telefónicos de Tripp todos los mensajes de texto borrados por si hay algo ahí. —Eso requirió una tensa conversación de media hora con el vicepresidente de nuestra compañía telefónica, que se mostró más que reacio, alegando la necesidad de hablar primero con su asesor jurídico, hasta que le pedí que verificara por mí a cuánto ascendió nuestra factura corporativa el año pasado y cuándo finaliza el contrato de GC con ellos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No sería tan tonto.

—Fue tan tonto como para tener una conversación abierta en su teléfono al respecto. —La arrogancia y la amargura hacen que la gente haga estupideces.

—¿Quién lo escuchó? —presiona—. ¿Jill? ¿Mark? Sé que no fue David. Me lo habría dicho.

Cruzo los brazos sobre el pecho y aprieto los labios con fuerza.

Se hunde en su silla, pellizcándose el puente de la nariz.

—No me gusta que me sorprendan, Piper.

—Lo siento. Temía que estuvieras a punto de cometer un gran error aceptando esto.

Gira en su silla, me da la espalda y vuelve a contemplar la ciudad.

—Hazme saber lo que encuentres y nunca digas que no te apoyé.

Me despido y abandono mi asiento para dirigirme a la puerta.

—¿Te ha dicho David lo de la cena de esta noche? —Se da la vuelta y de repente parece diez años mayor que cuando entré aquí.

—No.

—Se reunirá con Drummond esta noche para tratar de cerrar el trato.

El inquilino de anclaje del proyecto Waterway. «De acuerdo».

—¿De acuerdo?

—Iba a ir con él, pero esta noche me ha surgido algo y creo que deberías ir tú.

Se disparan las alarmas. ¿Es este otro intento de que David y yo volvamos a estar juntos?

—Papá...

—Esto es un negocio, Piper —dice—. ¡Me importa un bledo si se follan o se matan después del postre, siempre que tengamos un

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

inquilino de anclaje clavado antes de la ceremonia de presentación del mes que viene!

Levanto las manos, en señal de rendición.

—De acuerdo. Nos ocuparemos de ello.

—Bien. Eso es todo —murmura, mientras se concentra en su papeleo.

Me escabullo antes de que pueda ladrarme sobre cualquier otra cosa, cerrando los puños para ocultar mis manos temblorosas. No sé si alguna vez me había gritado así. La noticia del posible engaño de Tripp debe de estar afectándole mucho.

Por otra parte, no puedo culparlo por reaccionar así. El proyecto Waterway vale más de mil millones de dólares. Tiene razón; tenemos que atrapar a este inquilino. Que me confíe a mí para hacerlo es una gran señal de aprobación. Nunca usaría una reunión de negocios tan importante para algo tan trivial como una reconciliación entre David y yo. Soy una idiota por pensar lo contrario.

Me echo a reír.

—¿Está todo bien, Piper?

Me giro y veo a Greta mirándome por encima de sus gafas de lectura, con las manos arrugadas y quietas sobre el teclado. La conozco de toda la vida. Tiene una mirada severa y solía asustarme cuando era pequeña.

—Sí, todo bien.

Porque mi padre por fin me trata como a una colega digna.

Con un suspiro de decepción, saco mi teléfono y le envío un mensaje rápido a Kyle, para cambiar de planes.

—¿Necesitas que haga algo más hoy, David? —Renée lo mira con ojos muy abiertos e inquisitivos desde detrás de su escritorio, con el bolígrafo preparado para tomar notas.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Estoy bien, Renée. ¿Llevas aquí desde las ocho? Vete a casa. Hasta mañana. —Esboza su característica sonrisa con la que hace que a las chicas se les caigan las bragas, así es como lo he oído llamarla literalmente, y se pone a mi lado mientras nos dirigimos al ascensor. Con el tráfico, apenas llegaremos a nuestra reserva para cenar con Drummond.

—Hoy estás más feliz que un pavo real frente a un espejo —murmuro.

—Me trajo una manzana —susurra emocionado—. Entré y allí estaba, sobre mi escritorio, como un regalo.

—Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que la encuentres sentada en tu escritorio como un regalo.

David arquea las cejas con sorpresa.

—¿Por fin alguien está celosa?

Me rio.

—Solo por favor no hagas nada que te gane una acusación de agresión sexual.

—No te preocupes. No cago donde como.

Entro en el ascensor con un respingo.

—Qué bonito. Además, ¿ya te has olvidado? —Muevo un dedo entre nosotros.

—Eso fue diferente. —Pulsa el botón de la planta baja.

—¿Por qué? ¿Por mi posición?

—¿En cuál, exactamente? Te he visto en muchas. —Sonríe, orgulloso de sí mismo por esa broma de mal gusto.

Me limito a sacudir la cabeza.

—¿Qué pasa con Kieran hoy, de todos modos? Casi me arranca la cabeza.

—Eso es culpa mía.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Qué has hecho?

—Le tendí una emboscada. Pero no puedo entrar en detalles. ¿Qué necesito saber sobre esta noche?

Las puertas del ascensor se abren y nos dejan salir al vestíbulo.

—Drummond quiere firmar, pero...

Las palabras de David se desvanecen mientras mi atención se desvía hacia el mostrador de seguridad, hacia la figura alta y maciza que se apoya en él, hablando con Roland, el guardia de seguridad nocturno que nunca sonríe. Son las seis y media, mucho después del cambio de turno de Kyle. Aun así, se quedó. Me gustaría pensar que es para verme antes de la cena, aunque después viene a mi casa.

Se gira para verme acercarme, sus ojos recorren todo mi cuerpo, la sonrisa en sus labios es traviesa.

Me vienen recuerdos de ayer en su piso, de lo que hay debajo de ese uniforme, de cómo me tocan sus manos, de cómo se siente su peso sobre mí, y mi cuerpo empieza a calentarse.

«Solo una cena de negocios y volverá a ser mío», me recuerdo. Dios, este día de trabajo parece tan largo como los de Wawa.

—¿Piper? —David me da un codazo.

—¿Hum?

—¿Has oído lo que acabo de decir?

—No. Lo siento. ¿Qué?

—Vamos a jugar al poli bueno y poli malo esta noche. Tú eres la mala.

—¿Por qué?

—Porque eres terrible besando culos.

—Bien. —Tiene razón, lo soy.

Mira hacia delante.

—¿Qué pasa con ese guardia de seguridad?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Se me aprieta el estómago.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el tipo te desnudó con los ojos. ¿No te diste cuenta?

Siento cómo se me sonrojan las mejillas.

—No. Y no le digas nada —advierto mientras nos acercamos a la puerta de seguridad—. Buenas noches, chicos.

Roland se limita a asentir con la cabeza, con su rostro habitualmente pétreo.

—Que pase una buena noche, señorita Calloway. —La voz de Kyle es prácticamente prometedora, sus ojos me miran tan fijamente que tengo que apartar los míos.

—Buenas noches, Kyle.

Hemos recorrido la mitad del camino hasta las puertas principales cuando las piernas de David se paran de repente.

—Oh... Tienes que estar bromeando.

—¿Qué?

Ladea la cabeza hacia mí, luego mira a Kyle, que sigue apoyado en el escritorio, observándonos, y luego se vuelve hacia mí, con los ojos brillantes de conciencia.

—¿Te estás tirando al guardia de seguridad del edificio? —sisea con incredulidad.

Oh, mierda. Cierro los ojos. Para ser tan odioso, a veces David me sorprende con lo afinado que puede llegar a ser.

Su cabeza cae hacia atrás con un bramido de risa.

—¡No! —Miro rápidamente a mi alrededor. Por suerte no hay nadie al alcance del oído.

—Oh, dame un respiro, Piper. Estuvimos juntos dos años. Prácticamente puedo oler las feromonas que desprendes.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Te equivocas.

—¿En serio? —Frunce el ceño—. Creo que iré a preguntarle.

Hundo las uñas en el antebrazo de David antes de que dé un paso.

—No lo hagas, David.

—Entonces empieza a hablar. Creo que tengo derecho a saber antes que nadie cuándo mi exprometida se está recuperando con «la servidumbre». —La diversión de David por esto se ha desvanecido rápidamente.

—No es así. Lo conozco desde hace años. Y él no es «la servidumbre». —Le robo una mirada a Kyle. La sonrisa y la postura fácil han desaparecido, y se dirige hacia aquí. Levanto una mano para detenerlo. Por suerte, se detiene.

—¿Así que por esto Kieran estaba tan cabreado hoy? ¿Cómo es que este tipo sigue en el edificio?

—No, eso no tiene nada que ver con Kyle. Es por el soborno con Tripp.

Esta vez David se queda boquiabierto.

—¿Cómo dices?

—No tenemos tiempo para quedarnos aquí y hacer esto ahora, David. Vamos a llegar tarde.

Mira el reloj.

—Está a quince minutos en taxi. Empieza a hablar.

Miro a Kyle una vez y veo sus ojos entrecerrados. «No pasa nada», digo. Aunque no sé si creérmelo. Apenas veinticuatro horas y ya nos ha descubierto el único tipo que irá corriendo a ver a mi padre.

Kyle está sentado en el banco del parque frente a mi edificio cuando llega mi taxi a las nueve y media, vestido con pantalones cortos y

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

camiseta, el brazo apoyado en la mochila. Solo con verlo ahí, esperándome, se me acelera la sangre.

Pago al conductor y salgo del taxi, justo cuando Kyle se acerca por detrás.

—Creía que ibas a esperarme dentro. —Me hundo en su cuerpo firme, deleitándome con el aroma de su jabón y su colonia mientras mis manos se deslizan por su costado, alisando su espalda—. ¿Ashley no te ha dejado subir?

—Está bien. Es una noche agradable. —Me rodea con sus brazos—. Quería verte aquí abajo.

—Lo siento. La cena ha tardado más de lo que esperaba. —Me pongo de puntillas y aprieto mi boca contra la suya, soltando un gemido al ver lo suaves que son sus labios—. He estado esperando todo el día para hacer esto.

—Lo sé. Yo también. —Me aparta un mechón de pelo de la cara—. ¿Cómo fue tu reunión?

—¿Cuál? —gruño. David me obligó a tomar una copa con él después para interrogarme sobre todo lo relacionado con Kyle y los sobornos. Ahora lo sabe todo. Mi verano en Wawa, el pago de mi padre, cómo Kyle escuchó a Tripp. Todo—. Tenemos a nuestro inquilino de anclaje. Los contratos se firmarán esta semana. —Hizo falta la sedosa lengua de David y que yo fingiera reticencia mientras aceptaba ceder en algunas cláusulas menores, pero ya está hecho.

Los ojos dorados de Kyle centellean divertidos.

—No tengo ni idea de lo que eso significa.

Me alejo y deslizo mis manos entre las suyas.

—Bueno, entonces entra y deja que te enseñe todo sobre el apasionante mundo de la promoción inmobiliaria.

—¿Qué fue todo eso con el señor Maserati en el vestíbulo?

—Lo descubrió.

—¿Esto? —Sus cejas se levantan—. ¿Te refieres a nosotros?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Sí. Al parecer me desnudaste con la mirada y rezumaba feromonas o algo así.

—Cierto. Y... —Sonríe—. «Definitivamente» cierto.

Mis mejillas se sonrojan.

—¿Qué pasa con ustedes chicos? En serio.

El humor resbala de su rostro.

—Entonces, ¿qué significa esto? ¿Tengo que pedir un traslado de edificio esta noche? ¿Voy a ser escoltado fuera mañana? —Traga saliva, parece dispuesto a decir algo más, pero no lo hace.

—Nunca dejaría que eso pasara y a David parecía... no importarle. —O al menos eso aparentaba. Escuchó y mantuvo los insultos al mínimo—. Prometió que no diría nada. Eso fue sorprendente, en realidad.

—¿Y tú le crees?

—No lo sé, pero no tenía elección. Si hubiera pensado que eras un tipo con el que me estaba acostando, no se habría callado, pero probablemente nos he comprado unas semanas. Eso espero.

Asiente lentamente.

—Siempre y cuando puedas controlar esas feromonas tuyas.

Le pincho en el costado, ganándome su sonrisa burlona.

—Se siente como estar en Wawa de nuevo, ¿no? ¿Fingiendo no estar juntos todo el día?

—Tienes razón. Y tampoco me gustó entonces. —Me dejo caer sobre su cuerpo con un gemido, maravillada por lo cómoda que me siento con Kyle, por lo fácil que me lanzo a él después de una sola noche de vuelta en sus brazos, sin importarme si esta versión necesitada y emocional de mí no coincide con la versión dura que acaba de negociar un contrato de alquiler multimillonario con salmón a la parrilla—. Vamos, he estado esperando para llevarte arriba todo el día.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Una suave maldición se desliza por los labios de Kyle cuando cruzamos la puerta de mi casa.

—¿Qué pasa?

Sacude la cabeza y me pasa la mano por la espalda.

—Nada. Solo que... este sitio es bonito.

Dejo el bolso en el escritorio del vestíbulo y me quito los tacones. Suspiro aliviada cuando mis pies descalzos tocan el suelo de madera.

—Siéntete como en casa. En serio.

—¿Son ustedes? —grita Ashley y oigo la punzada de emoción en su voz.

—Depende de a qué «ustedes» te refieras —respondo sonriendo y deslizando mi mano entre la de Kyle para guiarlo.

Ashley está sentada con las piernas cruzadas en el sofá, con ovillos de hilo rosa y blanco esparcidos a su lado y una aguja de tejer en cada mano. Sus ojos se abren de par en par al ver a Kyle.

—¡Dios mío! —Deja la manta a un lado, se levanta de un salto y corre hacia él, arrojándose a sus brazos—. ¡No puedo creerlo!

Kyle sonríe mientras se abrazan. Es una respuesta totalmente diferente a la que obtuvo de Christa.

—Yo también me alegro de verte, Ash.

Se aparta, alisándose la blusa sobre las caderas.

—Es una locura, ¿verdad? Nosotros, ¿juntos otra vez así?

Ladea la cabeza, mirándola con genuino afecto.

—¿Cómo has estado?

Se encoge de hombros.

—Soltera y buscando trabajo. Ya sabes... viviendo el sueño. — Comparten una risa incómoda—. Oye, Piper, las sillas que eligió

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Marcelle llegaron hoy. Espera a verlas. —Sus ojos esmeralda se iluminan—. Es tan buena.

Ashley y mi decoradora de interiores han hecho buenas migas, intercambiando docenas de correos electrónicos al día. De alguna manera, el proyecto se ha ampliado para incluir el patio, mi despacho y la zona de estar vacía de mi dormitorio.

Su mirada se desplaza de nuevo a Kyle.

—Piper mencionó que todavía hablas con Eric, ¿verdad?

—Eh... sí. —Kyle asiente, agachando la cabeza—. Aunque ha pasado tiempo.

Se mete las manos en los bolsillos.

—Salúdalo de mi parte la próxima vez, ¿quieres?

—Lo haré. Seguro —promete, sus ojos solemnes—. ¿Lo dejas que haga eso? —Señala algo detrás de nosotros.

Sigo la mirada de Kyle hacia el sofá, donde Elton batea el ovillo blanco que Ashley está usando.

—¡Eh! ¡No! ¡No hagas eso! —lo regaña y se dirige al salón. Elton sale corriendo, patinando por el suelo con el hilo y arrastrando la manta tras de sí—. ¡Gatito malo!

Kyle mira a Elton con el ceño fruncido mientras el gato pasa corriendo junto a nosotros, habiendo abandonado su juguete.

—¿Qué le pasa a su cola?

—Ansiedad.

Sus cejas oscuras se levantan.

—¿Los gatos tienen ansiedad?

—Este sí. —Vuelvo a meter mi mano en la suya, decidida a no soltarla en toda la noche—. Vamos, te mostraré el lugar.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Y este es mi dormitorio. —La última habitación que le enseñé de mi piso, con la sorpresa añadida de dos sillones de orejas azul plateado y una alfombra de pelo cremoso colocada junto a la chimenea de gas. Marcelle tiene un gusto exquisito.

Kyle no ha hablado mucho durante todo el recorrido. Ahora se detiene en medio de la habitación, sacudiendo su mochila mientras lo asimila todo. Su mirada se desvía hacia las puertas francesas.

—¿Es un patio diferente al otro?

—Sí. Pero es solo uno pequeño. —Empujo la puerta de mi habitación para cerrarla.

—Solo uno pequeño «dice ella» —murmura él, acercándose al otro par de puertas. Enciende el interruptor de la luz—. ¿Este es tu armario? —Su mirada se fija en los armarios a medida y los zapateros.

Me acerco a él para posar mi mano sobre su abdomen.

—Sí.

Sonríe al vernos reflejados en el espejo del baño de enfrente.

—Tu armario es más grande que mi habitación.

—No, no lo es —digo, tratando de quitarle importancia, aunque ambos sabemos que sí.

Me mira con una extraña desgana en la mirada.

—¿Qué?

—Nada, yo solo... Sé que todo esto te parece normal. Pero no es normal para mí.

—¡Es solo un apartamento! A Ashley y Christa les parece bien.

—No están saliendo contigo. O lo que sea que estamos haciendo.

Siento un pellizco en el pecho.

—¿Es una cuestión de ego? Porque, sinceramente... Trato con egos masculinos frágiles todo el día, así que, por favor, no me digas que ahora tú también has desarrollado uno. Estoy harta. —Mi voz está subiendo de tono, pero no puedo evitarlo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No, simplemente no lo entiendes.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Entonces, ilumíname.

Suspira.

—¿Recuerdas esas pequeñas cabañas de mierda en Wawa?

—Cómo podría olvidarlas. Hacía calor y estaba sofocada...

—La mía olía a calcetines sucios y cosas muertas.

Me rio.

Kyle se muerde el labio.

—A veces me gustaría que pudiéramos volver por una noche.

Agarro su brazo, arrastrando mis dedos sobre el tatuaje del acantilado y nosotros.

—Yo también.

Su mandíbula se tensa.

—Ya sabía que estabas fuera de mi liga, pero allí parecía que estábamos en el mismo campo. Aquí.... —Su mirada vuelve a patinar por mi habitación—. Ni siquiera puedo permitirme estar de pie, con una vista obstruida, en este estadio.

—Pero ya te lo dije, no me importan... —«¿Cómo decirlo delicadamente?»—. Nuestras diferencias financieras.

—Sí, pero a mí sí. Porque la gente va a pensar que estoy contigo por tu dinero. Eso es algo que mi padre de mierda y mis hermanos harían. Pero yo no soy ellos y no quiero que pienses eso nunca. No quiero tu dinero, Piper. Me odio por habérselo quitado a tu padre.

—¿De eso se trata realmente?

Inclina la cabeza.

—No tuviste elección. Mi padre te amenazó.

—Sí, tuve elección, Piper. Puede que mis opciones no fueran las ideales, pero tenía elección. Podía haberte sacado de mi vida para

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

quitarme a tu padre de encima pero no coger el dinero. Elegí cogerlo y me avergüenzo de ello. —Frunce el ceño—. Y sé que eso va a surgir una y otra vez.

—No, no lo hará.

Me lanza una mirada plana y tengo que desviar la mirada, porque no se equivoca. Christa lo condenó por ello. Mi madre tiene mala opinión de él, en parte por el dinero. Incluso yo lo reprendí por ello, el día que me lo dijo.

—Si mi padre te ofreciera dinero ahora...

—No. —Sacude la cabeza.

—Más dinero. Diez veces más...

—No.

—Cien veces...

—No. —Su voz es fría y dura, su mandíbula muestra un gesto de determinación—. Nunca aceptaré un centavo de él, nunca más.

—Entonces, ¿qué te preocupa? ¿Lo que los demás piensen de ti?

—No, me importa una mierda lo que piensen de mí. Pero me preocupa lo que piense la gente que te importa. —La resignación llena sus ojos.

—Si de verdad les importo, te aceptarán. —Y mientras digo esas palabras, sé que son ciertas.

Traga saliva y asiente con la cabeza, aunque sigue sin estar convencido.

—¿Recuerdas cuando llegué a Wawa? ¿Lo fuera de lugar que estaba?

—Sí. —Su mirada recorre todo mi cuerpo—. Eras la nueva chica sexi.

Empiezo a desabrocharme los botones de la blusa verde esmeralda, uno a uno. Tiro de la cremallera de mi falda lápiz y dejo que se deslice hacia abajo y se acumule en mis tobillos para poder llegar al resto de

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

los botones. Kyle me observa con ojos curiosos, pero no hace ningún movimiento. Dando un paso atrás, me despojo de la blusa.

—Yo era la chica cuya madre la llevaba al Campamento Wawa en un Porsche y que no conocía a nadie. —Alargo la mano para desabrocharme el sujetador y lo suelto.

Los ojos de Kyle se encienden de calor.

—La chica que se enamoró perdidamente de un chico en cuanto lo vio. —Sigo retrocediendo hasta que mis muslos chocan contra el colchón—. Y cada vez que ella llamaba su atención después de eso, «cada vez» que él la miraba de la forma en que solo él lo hacía, ella se sentía la chica más afortunada del mundo.

La mirada de Kyle se eleva para encontrarse con la mía.

—Eso es porque sabía que era el tipo más afortunado del mundo durante ese verano.

—El dinero no les importaba entonces. —Me muerdo el labio y me bajo las bragas de encaje por las caderas, dejándolas caer al suelo—. Por favor, que no les importe ahora. —Dejo que la vulnerabilidad invada mi voz, un sonido que me ha resultado extraño en los últimos años, en los que he aprendido a mantener la ventaja que necesito para convertirme en Piper Calloway.

Aquí, sin embargo, con Kyle, no necesito llevar esa armadura.

Suspira.

—Lo siento, tienes razón. —Se adelanta, toma mi barbilla entre sus manos y me besa profundamente—. Simplemente no sé cómo arreglar lo que hice.

—Empieza por «siempre» elegirme a mí, a nosotros, pase lo que pase, a partir de ahora. —Tiro de su camiseta con una sonrisa socarrona en los labios—. Empezando justo ahora.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 22

Antes

2006, Campamento Wawa, fin de la sexta semana.

—¿Smirnoff?

—Diablos, no. Eso sabe a culo. —Eric se encoge—. Absolut, hasta el fondo, nena.

Kyle pone los ojos en blanco.

—Ni siquiera puedes notar la diferencia.

—¡Claro que puedo!

Kyle se gira hacia Ashley y hacia mí.

—¿Qué quieren que les traiga?

—Mike's Hard Lemonade —pide Ashley, entregándole un billete de diez dólares—. ¿Creo que esto debería cubrirlo?

—¿Piper?

Me encojo de hombros.

—No sé. Lo que sea bueno. Sorpréndeme, pero no cerveza.

—Mike's Hard, sorpréndeme, Smirnoff... lo tengo.

Eric golpea a Kyle en el hombro.

—¡Absolut!

Kyle extiende la mano.

—Suéltalos y rápido. Cierran a las nueve.

—No, hombre, me debes. —Eric mueve el dedo entre Kyle y yo—.

No creas que no me di cuenta. ¿En serio? ¿No podías dejarme ni uno?

—añade cuando Kyle agacha la cabeza, sonriendo.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

Mientras tanto, mi cara estalla de calor. Apenas se había cerrado la puerta tras Shane esta tarde cuando Kyle y yo aterrizamos en su cama, la semana de espera nos dejó reprimidos por la frustración y la expectación. Llevaba dos condones y accidentalmente rompí uno con las uñas al intentar enrollárselo.

Y, al parecer, uno no era suficiente para nosotros esta tarde, así que Kyle se puso los pantalones cortos y corrió a la cabaña de Eric para «tomar prestada» la caja nueva.

No los utilizamos todos, pero sí unos cuantos.

—Sí, está bien... —Kyle saca su billetera y hojea los pocos billetes de un dólar que tiene doblados. Acabamos de cobrar, pero ha estado ahorrando.

—Toma. —Saco mi cartera y cuento diez dólares.

—¿Aún no los has cobrado? —Ashley frunce el ceño ante los tres cheques de empleado de Wawa que están metidos dentro.

—La mejor forma de ahorrar. —Es la verdad, pero también es mentira. El hecho es que no necesito el dinero. Tengo una cuenta a la que mamá transfiere dinero, más mi tarjeta Mastercard que paga cada mes—. Toma. Usa esto para todo. —Le doy a Kyle la tarjeta de crédito. No tengo tiempo de llegar a un cajero automático para sacar más efectivo y la tarjeta sin duda cubrirá lo que nos compre.

—«Hombre». —Eric levanta las cejas—. Debe ser agradable.

Lo ignoro.

—¿Crees que comprobarán la firma?

—Probablemente no. Este sitio es pequeño. —Kyle estudia un momento la tarjeta que tiene en la palma de la mano, como si estuviera considerando si cogerla.

—¡Tic tac! —Eric golpea su reloj—. Quedan cinco minutos.

—Está bien. —Se encoge de hombros—. Veamos si esto funciona.

—¡Y tráeme otra caja de condones también, ladrón! —le grita Eric.

—¿Por qué? Simplemente caducarán —replica Kyle.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Nos metemos en el auto y lo esperamos, porque un grupo de adolescentes merodeando frente a una tienda que vende alcohol un sábado por la noche es un poco sospechoso.

Tal como están las cosas, desconfío en llevar alcohol a Wawa.

—¿Es una buena idea?

—Darian está tranquila los sábados y no vamos a ser tan tontos como para que nos descubran —dice Eric, mordiéndose la uña del pulgar, con los ojos ansiosos clavados en la entrada de Provisiones. Es el principal instigador de todo este plan para emborracharnos esta noche, aunque nosotros somos cómplices voluntarios.

Kyle vuelve cinco minutos después, con los brazos llenos de bolsas de papel marrón.

—¿Sin problemas? —le pregunto cuando sube al asiento del conductor después de cargar el maletero.

—Ni siquiera me pidió una identificación. No sabía qué traerte, así que cogí unos refrescos y Jägermeister. Espero que esté bien.

—Está bien. —No es como si mi madre tuviera idea de lo que compré. Provisiones abarca de todo.

Me pone la tarjeta de crédito en la mano y se inclina para besarme.

—Gracias.

—Por supuesto. No me importa en absoluto.

—¡Vamos a rockear! —Eric tamborilea con las manos en el respaldo del asiento del conductor.

—¡Shhh! —advierde Ashley mientras Eric tropieza con sus propios pies en la oscuridad y las botellas metidas en su mochila repiquetean entre sí, con un sonido inconfundible.

—Mierda, ni siquiera estoy borracho todavía —susurra, inclinando la botella de vodka hacia atrás para tomar un trago directamente. Sonríe entrecortadamente—. Espera a que esté borracho.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Mi atención se desvía hacia la cabaña de Darian. La luz parpadea en la pequeña ventana. No suele aventurarse a salir los sábados por la noche, prefiere pasar la noche frente a su televisor. Sin embargo, un Eric ruidoso y odioso podría hacerla salir.

Tengo que admitir que, aunque una parte de mí se pregunta si tal vez deberíamos quedarnos en nuestras respectivas cabañas y no meternos en líos, la otra siente la emoción de un sábado por la noche, divirtiéndonos con los amigos. Llevamos demasiado tiempo bajo vigilancia.

—¿A dónde vamos a ir esta noche? —pregunto.

—¿Mi cabaña, supongo? —ofrece Kyle—. A menos que creas que Christa quiere jugar juegos de beber con nosotros.

—Yo diría que no. Entonces... ¿qué tipo de juego de beber estamos jugando, de todos modos?

Kyle y Eric intercambian una mirada.

—El «único» juego de beber.

—Dios, ¿les he dicho cuánto odio el regaliz negro? —La lengua de Olivia cuelga de su boca como si eso fuera a disipar su sabor.

—Solo, como, mil veces —murmura Avery, poniendo los ojos en blanco.

Sonrío desde mi lugar en la cama de Kyle, con el cuerpo relajado por más chupitos de los que puedo contar. Kyle se sienta en el suelo delante de mí, el lugar perfecto para dibujar círculos perezosos sobre su nuca y jugar con su pelo alborotado, deleitándome con la sensación de la piel de gallina que brota a lo largo de su piel cada vez que lo toco.

Recogimos a Avery, Olivia, Colin y un monitor llamado Frank, un chico bastante decente cuyo único defecto es estar enamorado de Olivia, de camino a la cabaña de Kyle y los ocho hemos estado jugando a «yo nunca» mientras la lluvia golpeaba suavemente el

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

techo y el resplandor de una linterna del campamento proyectaba una luz tenue. Mucho más acogedora que las bombillas desnudas del techo y perfecta para ocultar las mejillas sonrojadas y las sonrisas tímidas a medida que las preguntas se vuelven más atrevidas.

—Es tu turno —incita Avery a Ashley.

—¿Aún no hemos terminado? —gimotea Ashley, cayendo de nuevo en la litera frente a mí.

Si está irritada porque Eric está tonteando con la bella pelirroja, ya no lo demuestra.

—«Bien». Yo nunca... —La nariz de Ashley se pellizca con el pensamiento—, he experimentado el amor a primera vista.

Colin gime.

—¿En serio?

Kyle me mira por encima del hombro, sonrío y se toma un chupito.

Lo sigo, encogida por el sabor a regaliz negro. Percibo los ojos curiosos de Avery clavados en nosotros. Sé que está mal y que es mezquino e innecesario, pero de algún modo me siento victoriosa, que he conseguido algo que ella, incluso con su encanto y su belleza, no ha podido.

Me gané el corazón de Kyle este verano.

—Mi turno —advierde Eric con una sonrisa pícara, llenando nuestros vasos de chupito de plástico para la siguiente ronda—. Yo nunca me he masturbado mientras fantaseaba con alguien de esta habitación. —Echa la cabeza hacia atrás y se toma un chupito. Frank y Colin lo siguen casi de inmediato.

Surgen risitas en la cabaña, pero lentamente, vacilantes, todos los demás toman un trago. Kyle me lanza otra mirada cómplice, con los ojos entrecerrados y ligeramente enrojecidos, mientras se bebe el suyo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡Bien! —Eric vuelca la botella para vaciar el último Jäger. La botella de vodka vacía ha rodado bajo una de las camas—. Bueno, esa no ha durado mucho. La última. Yo nunca...

—¡Eh, es mi turno! —Colin frunce el ceño.

—Trajimos la bebida, tenemos la última. Ustedes, imbéciles, pagarán el próximo fin de semana, por cierto. ¡Nunca me he bañado desnudo con mis compañeros de campamento de Wawa!

Todos lanzan un grito de júbilo y se beben sus chupitos.

—¿En serio? —susurro, la única que queda con una bebida.

Kyle me dedica una sonrisa torcida.

—Ha sido divertido.

—Tan divertido —Eric se pone en pie, tropezando un paso, y luego aplaude—, ¡que ya es tradición!

Una oleada de adrenalina recorre la cabaña. Todos buscan apoyo a tientas mientras se ponen en pie y salen corriendo por la puerta, envueltos en una burbuja de risas y emoción.

Suelto una carcajada nerviosa.

—¿De verdad van a bañarse desnudos? ¿Ahora? ¿Bajo la lluvia?

—Apenas llueve y se van a mojar de todos modos. —Kyle se pone en pie y tiende una mano.

Se me revuelve el estómago.

—¿Confías en mí?

—Por supuesto. —Dudo. Y luego entrelazo mis dedos con los suyos.

La ligera llovizna se convierte en lluvia cuando llegamos a la playa de arena de Wawa, al son de risas y chapoteos. No llevamos más de un minuto de retraso y, sin embargo, la mayoría ya se ha quitado la ropa y se ha metido en el lago. Atisbo movimiento en dos sombras

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

cercanas, pero sin el resplandor del fuego es imposible identificar a nadie.

—¡Oh mi... ay! —Tropiezo unos pasos con algo, un zapato, creo, y luego me rio—. ¡Está oscuro aquí fuera! —Y estoy más borracha de lo que pensaba.

—Esa es la idea. Nadie quiere ver el culo desnudo de Eric. —Kyle suelta mi mano y noto cómo se quita la camiseta por la cabeza—. Venga, no seas gallina —se burla, sonando el tintineo de su cinturón y el tirón de su cremallera—. Es la tradición.

Respiro hondo, ¡qué demonios! Todos los demás lo están haciendo. Rápidamente me quito la ropa y sigo a Kyle al lago, sintiendo cada centímetro de piel desnuda que entra en el agua a medida que nos sumergimos.

—¿Dónde está todo el mundo? —llama Colin desde la distancia.

—¡Por aquí! —responde Kyle y siento su voz en lo más profundo de mi vientre mientras me rodea la cintura con un brazo.

Una a una, las voces gritan, seguidas de risitas nerviosas y chillidos mientras la gente chapotea y se zambulle.

—Vetter, ¿dónde estás? —grita Kyle.

No hay respuesta.

—¿Vetter?

Aún no hay respuesta.

Percibo la tensión en el cuerpo de Kyle.

—Eric, vamos.

—¡Sí! Todo bien —responde finalmente Eric.

El cuerpo de Kyle se relaja contra el mío.

—¿Está Ash contigo?

—Oh, Pecas está aquí. —Y no hay duda de la sonrisa en su voz.

Sigue la risita de Ashley.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Le han salido pelotas. «Por fin». —Kyle me tira contra él.

Mis manos saltan sobre su cuerpo como si no supiera dónde posarse. Quiero tocarlo entero y quizá sea el alcohol, pero un segundo después de pensar en deslizar la mano por su vientre, y más allá, lo hago, agarrándome a él.

El beso de respuesta es abrasador. Se agacha para rodear sus caderas con mis piernas y me sienta sobre sus muslos, frente a él. Es una posición provocativa. Lo único que haría falta es que me moviera unos centímetros más hacia delante.

—¡No vamos a hacer eso aquí fuera! —le advierto con un beso susurrado.

—Pero lo haremos en cuanto volvamos a mi cabaña. —Se ríe y tira de mí con más fuerza, hasta que lo siento apretado contra mí. Tan cerca... un dolor me invade por dentro, el impulso de deslizarlo dentro de mí es abrumador, aunque solo sea por un momento. Quizá podríamos hacerlo aquí fuera. ¿Cómo sería? Nadie lo sabría y estoy segura de que no sería la primera vez.

He bebido demasiado.

—¡Shh! ¡Alguien viene! —Avery sisea de repente.

Nos quedamos inmóviles y reprimimos la risa, girándonos para ver un haz de luz que sube y baja, iluminando el camino de una figura solitaria que se dirige a la playa.

El pelo rubio y corto de Darian es inconfundible cuando pasa bajo la luz del sendero.

—¿Hay alguien ahí fuera? —grita.

—Mierda —susurra alguien.

—Cállate —advierde otra persona.

Kyle atraviesa el agua sin hacer ruido, adentrándonos en ella justo cuando el haz de luz baila sobre el lago. Otros deben de haber hecho lo mismo, porque nadie queda al descubierto en su búsqueda.

Desplaza su linterna hacia la playa de arena y la ropa esparcida.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Si se entera de que estuvimos bebiendo, nos iremos mañana — me susurra Kyle al oído.

Se me revuelve el estómago de pensarlo. Esta noche ha sido divertida, pero no vale la pena. ¿Por qué seguimos metiéndonos en estos líos?

Oh, cierto. Por Eric y Kyle.

—Oh. Dios... Supongo que mis monitores de campamento deben haber olvidado su ropa en la playa cuando estaban nadando aquí antes —dice Darian en voz alta—. ¡Supongo que lo subiré todo y lo dejaré en el pabellón, para que puedan venir a buscarlo mañana en el desayuno!

—No lo haría —susurro.

Darian se agacha y empieza a recogerlo todo.

—Menos mal que todos mis monitores ya están durmiendo en sus camas y descansando bien para mañana —prosigue, y no hay duda de que es plenamente consciente de que todos estamos aquí fuera, observándola.

¿Se ha dado cuenta de que estamos todos «desnudos»?

Yo diría que sí.

—No tenemos ropa para volver a tu cabaña, Kyle —susurro.

—Ninguno de nosotros la tiene —suspira—. Pero al menos no parece que vaya a esperarnos.

Lo cierto es que la linterna retrocede en la dirección de la que vino. Cuando Darian pasa bajo la luz del techo, vemos el montón de ropa que lleva en los brazos. Solo nos ha dejado los zapatos.

Susurros y silbidos estallan mientras la vemos desaparecer en la distancia, en dirección a su cabaña.

—¡Es malvada! —declara Olivia con una risa nerviosa—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿No es obvio? —Eric atraviesa el agua con fuerza, no muy lejos de nosotros, en dirección a la orilla—. ¡Vamos a correr!

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Jadeo.

—No lo hará.

—Lo hará —contesta Kyle.

Los pies descalzos de Eric golpean la arena húmeda al salir del lago. Sin linterna, no se ve nada, no hasta que la luz del techo lo ilumina tropezando por el camino, resaltando su cuerpo delgado y su culo blanco y desnudo. Suenan varios silbidos y gritos, seguidos de risas.

—¿Está loco? ¡Si Darian lo atrapa, se va!

—Créeme, Darian se va a esconder en su cabaña toda la noche para evitar la posibilidad de ver a Eric desnudo corriendo por el césped.

—Kyle se ríe—. Se porta como una cabra cuando está borracho, por si no te has dado cuenta.

—Me estoy dando cuenta. —Suelto una risita, imaginándomelo dando vueltas alrededor de las cabañas. Alguien se va a enterar.

—Estás temblando —observa Kyle, acercándose más a él—. ¿Quieres salir?

—¡No!

Comienza a movernos hacia la playa.

—Vamos a terminar con esto.

Respiro hondo mientras los nervios se agitan en mi estómago.

—¿De verdad vamos a hacer esto? —Tanto las cabañas de los chicos como las de las chicas están a cinco minutos a pie en cualquier dirección, bajo las luces del camino. Cinco minutos, si vas vestido y sobrio. Borracho y desnudo... esto va a ser un desastre.

—No tenemos elección. No nos va a devolver la ropa.

—¿Quizás deberíamos esperar?

—¿Quieres hacer esto con Colin y Frank?

—Buen punto. —He estado agachada el mayor tiempo posible. Ahora estoy de pie. El aire frío golpea mi piel desnuda y húmeda.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

—¿Lista?

—¡No!

Kyle me agarra de la mano.

—¡Vamos! —Salimos del lago y nos lanzamos por el sendero. Contengo la respiración mientras corremos bajo el foco imposible de evitar y una ronda de silbidos y gritos suena detrás de nosotros—. ¡Dios mío! —Suelto una risita, pero el hecho de que otros cinco monitores me hayan visto el culo desnudo me molesta menos de lo que esperaba. Probablemente porque estoy borracha.

Corremos cogidos de la mano, con el brazo libre sobre el pecho y la adrenalina corriendo por mis venas. Llego a las cabañas de los chicos en menos tiempo del que esperaba, con la respiración agitada mientras hacemos todo lo posible por evitar todas las luces, mis ojos escudriñando las puertas y ventanas de las cabañas para asegurarme de que nadie nos observa.

Afortunadamente, llegamos a la cabaña de Kyle sin un encuentro humillante con ningún monitor desprevenido.

—Mierda. —Kyle empuja la puerta, con el pecho agitado por el esfuerzo—. Tengo un frío del carajo.

Ahora que estamos dentro y a salvo, mis dientes empiezan a castañear salvajemente y todo mi cuerpo tiembla.

—Toma. —Coge su toalla y me seca rápidamente—. Métete bajo las sábanas.

Me meto en su saco de dormir, tiritando violentamente mientras veo cómo se seca con manos frenéticas. En un minuto se mete en el saco de dormir, me rodea con los brazos y me acerca a él, pecho con pecho. Nuestras respiraciones entrecortadas y nuestras risitas esporádicas son el único sonido en la cabaña durante lo que parece una eternidad, hasta que nuestros cuerpos empiezan a calentarse y a calmarse, y el hecho de que Kyle esté desnudo y apretado contra mí pasa por fin al primer plano de mis pensamientos.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

—Fue divertido —admito—. Incluso la parte de correr desnuda por el campamento.

Se ríe entre dientes.

—No olvidaremos esta noche pronto.

—No olvidaré nada de este verano pronto. —Le doy un beso en los labios.

—Tendremos que repetirlo el verano que viene. Darian acaba de subir la apuesta en la tradición de bañarse desnudos para incluir correr desnudos.

—Bien. —El verano que viene. Intento en vano apartar el pavor que me produce hablar del año que viene. Está tan lejos.

—¿Ya tienes calor? —susurra, su boca encuentra mi garganta.

Suelto un suave gemido de sí.

—Bien. Sus labios empiezan a moverse hacia abajo, a lo largo de mi clavícula y sobre mis pechos, deteniéndose a chupar un pezón, el frío metal de su aro labial me hace cosquillas—. Tengo que desabrochar esto. —Baja la cremallera del saco de dormir y lo abre para que pueda moverse libremente. Sigue moviéndose hacia abajo, su boca roza suavemente mi piel y los nervios aumentan en mi estómago.

Se detiene en mi ombligo y yo suelto una risita cuando su lengua se hunde en el centro, mientras sus ojos se clavan en los míos.

Y luego Kyle se desplaza más abajo.

Para dejarme experimentar otra de tantas primeras veces.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 23

Ahora

Estoy absorta en los informes financieros mensuales cuando unos nudillos golpean dos veces la puerta de cristal. Levanto la vista, esperando a mi padre.

Cuando me encuentro con los ojos dorados de Kyle, no puedo evitar la amplia sonrisa que me brota.

—Buenos días, señorita Calloway —dice con su tono tranquilo y profesional. Levanta una pequeña caja rectangular—. Tiene un paquete.

Me recuesto en la silla y contemplo su duro cuerpo con el uniforme. Lo veo vestirse para ir a trabajar desde la comodidad de mi cama caliente a las cinco y media de la mañana, como he hecho toda la semana. Se ha convertido en una rutina: nos separamos con un beso y luego me paso el día mirando el reloj, contando las horas que faltan para que lleguemos a casa y podamos volver a ser Piper y Kyle.

—Mark acaba de salir a tomar café.

Kyle entra despreocupadamente y se acerca a mi lado del escritorio para dejar la caja. Lleva la etiqueta de la tienda de mi hermano.

—Lo sé. Los vi salir a él y a Renée.

—Podrías haberle dado esto para que lo trajera a la vuelta.

—Podría haberlo hecho. Pero quería verte.

—De verdad. —No puedo evitar mirar cómo está tan cerca de mí, la hebilla de su cinturón y esos pantalones ajustados a la altura de los ojos, la tensión tras la cremallera burlona. Mi cuerpo empieza a agitarse. Levanto la cabeza y lo veo mirándome con ojos ardientes.



Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Y, lo admito, por mucho que me muera de ganas de ser Piper y Kyle en casa, interpretar a la vicepresidenta senior y al guardia de seguridad en la oficina me produce un alto nivel de emoción.

—¿Ocupada? —pregunta.

—Siempre.

Sus ojos se dirigen a los números de mi pantalla.

—Esto parece... «apasionante». —El aburrimiento de su voz dice lo contrario.

Suspiro.

—Esta parte no lo es, exactamente. Pero lo que todos estos números, planes y reuniones se convierten al final es... espectacular.

—Rascacielos y edificios de apartamentos, casas y puestos de trabajo para miles de personas. Una marca en toda una ciudad.

Me mira con extrañeza.

—¿Qué?

—Trabajas mucho.

—Sí. Lo sé.

Se muerde el labio.

—Tu ex me hizo una visita hoy.

—¿Qué ha dicho? —pregunto con recelo. Han pasado cuatro días desde que David se enteró de lo de Kyle y yo, y ha estado extrañamente apagado. No me ha dicho nada al respecto. Ha pasado junto a Kyle sin reaccionar. En general, no se parece a David, y eso empieza a preocuparme—. No dijo nada. Solo se quedó mirándome.

—Se quedó «mirándote».

—Durante diez o doce segundos, hasta que Gus intervino y le preguntó si estaba bien. Y luego se fue.

Pongo los ojos en blanco.

—Voy a ver qué pasa en su cerebro de niño.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Kyle asiente lentamente.

—¿Vas a llegar tarde otra vez esta noche?

—Probablemente. Lo siento. Las cosas son una locura ahora mismo.

—De acuerdo. Avísame cuando creas que estarás en casa y bajaré.

¿Un viaje de cuarenta y cinco minutos a su casa para volver a bajar dos horas más tarde? Suspiro.

—¿Por qué no te traes un montón de ropa para no tener que estar yendo y viniendo después del trabajo? Puedes usar el gimnasio del edificio. Te daré una llave.

Sus cejas se arquean.

—¿Me darás una llave?

La inquietud se instala en mi columna vertebral.

—¿Es demasiado pronto?

Vacila. Sus largas pestañas parpadean.

—No lo sé. ¿Lo es?

—No lo sé —admito, acercándome para arrastrar mi uña por su muslo—. Solo sé que me encanta estar contigo cada noche. —Hasta ahora no ha habido preguntas ni dudas. Kyle termina su turno a las seis y se va a casa a hacer ejercicio y cambiarse. Está de vuelta en el centro de la ciudad cuando estoy en casa desde el trabajo. Solo han pasado unos días y, sin embargo, la sola idea de que Kyle no se quede una noche, de que no nos despertemos con nuestros miembros desnudos enredados, hace que se me apriete el pecho.

—Lo mismo. —Su voz es ronca.

—Bien. Entonces... tal vez no deberíamos preocuparnos por movernos demasiado rápido o demasiado lento. Quizá deberíamos hacer lo que nos parezca correcto. —Porque, aunque solo han pasado unos días, Kyle y yo llevamos años formándonos.

Sus labios se tuercen en una sonrisa.

—Traeré ropa para varios días esta noche.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Me da un vuelco el corazón.

—Bien.

Sus ojos rozan mis labios.

—Me está matando no besarte ahora mismo.

La tensión en mi oficina aumenta rápidamente. Por una vez, me alegro de estar en una pecera. Si esta fuera la oficina de mi padre, probablemente ya estaríamos en mi escritorio.

—Piénsalo todo el día y guárdalo para esta noche.

Su mandíbula se tensa y yo suelto una risita, cogiendo el abridor de sobres para pasarlo por el elegante envoltorio de papel marrón.

—Me pregunto qué me habrá enviado Rhett ahora. Ah, también... antes de que se me olvide, me pidieron que transmitiera este mensaje —hago una pausa en mi desenvoltura para alcanzar mi teléfono y encontrar el texto de Christa para leerlo en voz alta—: Si tu juguete va a estar dando vueltas por la cocina en mitad de la noche, ¿puedes pedirle que se ponga algo de ropa? Gracias.

—¡Tenía ropa puesta!

Le echo una mirada.

Se encoge de hombros.

—Me pondré pantalones de chándal la próxima vez.

—Gracias. —Recojo la nota que está encima del regalo envuelto. Un regalo de inauguración. Retiro el papel de seda. Y jadeo—. ¡Me había olvidado de esto! —Dentro de la caja encuentro una foto de mis padres, Rhett y yo, en la proa del viejo yate de mi padre. Tengo unos diez años, con flequillo y una cinta azul en el pelo. Rhett parece el estudiante de bachillerato ejemplar que solía ser. Papá y mamá van cogidos del brazo. Todos llevamos trajes blanco con azul marino, y sonreímos.

El marco en sí está hecho de viejas cadenas de bicicleta. Otra de las creaciones de Rhett, sin duda.

Dejo el marco sobre mi escritorio y le sonrío.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Mira qué felices éramos —suspiro—. Hace ya tanto tiempo.

—¿Echas de menos tener eso?

—¿Sinceramente? Se me olvida cómo era... Pero mis dos padres son felices con otras personas, así que supongo que debería estar agradecida por eso, ¿no?

Kyle asiente, con los ojos en la foto pero la mirada lejana.

—¿Alguna vez echas de menos a tu familia?

—Echo de menos ciertos momentos con mi madre, sí —admite después de un momento—. Hizo falta cortarlos oficialmente para sentirlo de verdad. —Sonríe con tristeza—. Las festividades son raras.

Le paso una mano por la cadera.

—Bueno, tú y Jeremy son bienvenidos a venir a Martha's Vineyard a ver cómo bombardean a mi tía Jackie y a dejarme patearles el trasero al Monopoly.

—Suenas divertido. —Sus dedos se entrelazan con los míos—. ¿Solo un beso y luego me voy?

Tsk.

—Sigues siendo el mismo chico robando besos, ¿no?

La sonrisa torcida que me dedica me acelera la sangre.

—¿Me parezco al mismo chico?

—No. No lo pareces. —Y aun así sigue siendo mi Kyle.

Estoy a punto de aceptar un beso cuando entra Renée, anunciando:

—¡Gran *macchiato* doble! —con ese acento sureño imposiblemente encantador.

Kyle retrocede, rompiendo nuestro contacto una fracción de segundo antes de que ella levante la vista.

—¡Oh! Lo siento mucho. El perchero te bloqueó. —Se encoge de hombros—. Debería haber llamado. Es una mala costumbre mía.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Mark tenía que parar en el tercer piso, así que me pidió que te lo entregara.

—Está bien, Renée. Seguridad solo vino a dejar un paquete para mí.

—Y ahora será mejor que siga haciendo mi ronda. —Se aclara la garganta—. Señorita Calloway. —Sale y saluda a Renée con la cabeza.

Sus ojos lo siguen con interés mientras lo ve irse.

—¿Cuál es su historia?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿está soltero? ¿Es un buen tipo? Porque diablos... Me gusta contemplarlo cada mañana en mi camino a la oficina.

«Es mío».

Está claro que no se dio cuenta de que Kyle se alejaba y no percibió la tensión que crepitaba en mi despacho. No es que mi oficina no esté electrificada por ello. Pero apostararía dinero a que ella nunca asumiría que una mujer en mi posición estaría con un hombre como él.

Me fuerzo a sonreír.

—Tiene novia.

—¿Es serio? ¿Cuánto tiempo llevan juntos? Semanas, meses...

—Años. —«Trece años. Con mucho tiempo perdido que recuperar».

—Vaya, qué dulce suena eso. —Sus palabras contrastan con la forma en que sus hombros se hunden por la decepción—. Supongo que será mejor que aleje mi nariz de ese aroma, entonces.

Sonríó al oír sus palabras. No me sorprende que Mark esté encaprichado de ella. Es difícil no querer a Renée.

—¿Cómo va el trabajo con David hasta ahora?

—Oh. —Agita una mano cuidada—. Es un sueño. —Se ríe al ver mis cejas levantadas.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

»Entre tú y yo, después de lo que me dijo Mark, esperaba algo mucho peor. Por supuesto, es un hombre-bebé gigante, pero solo quiere que lo cuiden. Por suerte para él, me gusta cuidar de la gente necesitada.

—Pues entonces eres una mujer más fuerte que yo, porque no tengo paciencia para ese hombre —murmuro, saboreando el primer sorbo de caféina.

—Solo tengo aspiraciones diferentes, eso es todo. Mírate. Pronto estarás dirigiendo el mundo. No tienes tiempo para esas cosas. Pero yo... Tengo el diseño de vestido de novia desde que tenía siete años. Ya he elegido los nombres de mis tres hijos y el color de la habitación de los niños y estoy deseando unirme a la asociación de padres. Es lo mío. —Se encoge de hombros—. Para mí es solo un trabajo. Un gran trabajo, ¡no me malinterpretes! Pero la parte que más me gusta es cuidar de alguien y hacerle la vida más fácil —hace una pausa y entonces sus ojos se abren de par en par—, Dios mío, suena como si quisiera casarme con mi jefe y tener sus hijos, ¿verdad?

Suelto una carcajada.

—Parece que sabes quién eres y lo que te hará feliz. Estoy impresionada. —Aunque no se parezca en nada a mi plan de vida. Para ser sincera, no tengo nombres ni colores elegidos de la habitación de los niños. Tengo pensado tener «hijos» para mis treinta y tantos, entre mediados y finales de los treinta, por lo que parece ahora, pero hasta ahí he llegado. David y yo habíamos hablado de formar una familia, pero siempre de pasada, como diciendo: «Claro, ya tendremos uno, cuando nos venga bien». Ambos estábamos más centrados en el mundo Calloway, lo único real que teníamos en común.

No tengo ni idea de si Kyle quiere tener hijos, me doy cuenta. El tema nunca salió en Wawa más allá de hablar de condones y anticonceptivos para evitar tenerlos. Entonces éramos demasiado jóvenes.

Pero ahora, he saltado de otro acantilado para estar con él y no tengo ni idea de en qué he aterrizado. Estoy lista para entregarle una

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

llave, pero ¿qué clase de vida ve Kyle para sí mismo? Ya está haciendo comentarios sobre lo mucho que trabajo. ¿Y si quiere una Renée?

Nunca seré una Renée.

—¿Estás bien, Piper? —Me observa atentamente—. Literalmente pasaste de reír a un silencio absoluto, así. —Chasquea los dedos.

—Estoy bien.

Duda.

—¿Echas de menos estar con David?

—No. Para nada. Nunca estuve destinada a estar con él. —Jugueteo con el papel que envuelve el paquete. Es una tontería, pero casi puedo sentir las manos de Kyle sobre él.

«Hablando del diablo...» David asoma entonces la cabeza en mi despacho.

—Renée, te necesito ahora.

—Y yo te necesito ahora —exijo.

—No tengo tiempo...

—Dos minutos.

—Se parece a su padre —murmura, entregándole a Renée una carpeta—. Reúnete conmigo en mi despacho.

Renée sale del despacho con las pantorrillas abultadas por los tacones.

—¿Qué pasa? —pregunta David y tiene el descaro de sonar molesto.

—¿Qué fue ese numerito de hoy en el vestíbulo? —pregunto con calma.

—¿Qué numerito?

Lo fulmino con la mirada.

—¿Así que vino corriendo y te lloró? ¿Con qué clase de hombre estás?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡David! —me quejo—. ¿Qué intentabas hacer?

Empieza a pasearse por mi despacho con las manos en la cadera.

—Sé que estaba bromeando sobre ello porque al principio me hizo gracia. Sorprendente. No me di cuenta hasta que llegué a casa y repasé lo que dijiste y cómo lo dijiste. —Se detiene frente a mi escritorio—. Estás enamorada de ese tipo, ¿no?

Frunzo los labios.

Eso es respuesta suficiente para él.

—Mierda —suspira pesadamente David— ... supongo, no sé. En el fondo de mi mente pensaba que estarías tan centrada en sustituir a tu padre que no tendrías tiempo para tener citas, y luego, con el tiempo, despertarías y te darías cuenta de que soy el hombre para ti y volveríamos a estar juntos. No me lo esperaba. Los últimos días han sido... raros para mí. —Frunce el ceño como si los estuviera repitiendo en su cabeza—. Hoy casi se lo cuento todo a Kieran en el *green*.

—¿Tú «qué»? —siseo, mi cuerpo se pone rígido, el impulso de correr hacia el vestíbulo, de proteger a Kyle de lo que está a punto de venir, es abrumador.

Levanta las manos.

—No lo hice. Quería hacerlo, pero no lo hice.

Me hundo con alivio en mi silla.

—Así que quiero que sepas que no estoy de acuerdo con esto y probablemente voy a ser un idiota de vez en cuando porque no estoy de acuerdo. —Frunce el ceño—. Pero no se lo diré a Kieran. No quiero que haga algo que te haga daño.

Mi enfado con David se suaviza. Palabras así no le salen fácilmente a un hombre tan ensimismado como él.

—Gracias por la advertencia. Pero, por favor, no acoses a Kyle. Dará que hablar. —Gracias a Dios que Gus ya está al tanto de nuestra relación.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Solo le hacía saber que si te hace daño, tendrá que vérselas conmigo.

Kyle y David son de la misma talla, pero algo me dice que Kyle ganaría esa pelea. Me muerdo la mejilla para contener la risa.

—Sigues siendo un idiota. Pero puede que sea lo más considerado que me has dicho nunca.

Sus labios se tuercen mientras su mirada se desvía hacia el otro lado.

—Tal vez debería empezar a follar con la servidumbre, también.

«Y... ha vuelto».

—Creo que es una gran idea. Ya tiene elegidos los nombres de tus hijos.

—«¿Qué?» —El pánico se dibuja en su rostro.

—Estoy bromeando. Ahora vete para que pueda trabajar.

Excepto que ahora mi atención se divide entre gráficos circulares y bebés.

—¿Hola? —grito, cerrando la puerta de una patada y quitándome los zapatos. Estoy agotada, son las diez menos cuarto y le dije a Kyle que estaría en casa hace dos horas. La cocina y el salón están vacíos. Tampoco está en nuestro dormitorio, observo con consternación.

Estoy a punto de llamar a su teléfono cuando veo movimiento en el patio.

Sonrío. Kyle, Ashley y Christa están bajo un dosel de luces que cuelgan de todos los rincones.

—Ahí estás —murmuro, acercándome para rodearle la cintura con los brazos por detrás. Su camiseta de algodón es suave contra mi piel—. Siento mucho llegar tarde.

Sus dedos rozan los míos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Está bien. Ash me puso a trabajar en cuanto llegué.

—Tiene una pinta estupenda. —Los muebles de exterior, rodeados de cortinas de gasa y altas palmeras, llenan el patio antes vacío.

—¿Ves, Christa? Piper piensa que está genial —dice Ashley, de una manera que me dice que Christa ha tenido algunas críticas.

—Tenemos que mover ese extremo unos treinta centímetros —indica Christa, señalando a una esquina lejana, agitando la pistola de grapas hacia Kyle.

Se mueve entre mis brazos y se inclina para besarme.

—Probablemente tu cena ya esté fría.

—Lo sé. La calentaré en un rato. Antes tengo que hablar contigo. —Engancho el dedo en la trabilla de su cinturón y tiro de él, llevándolo dentro y por el pasillo, hasta mi dormitorio.

Sonríe.

—Entonces, ¿hablar es código para...

—¿Quieres tener hijos? —suelto.

Kyle se queda con la boca abierta.

—Eh... —Empuja la puerta para cerrarla—. Con el tiempo.

—¿Cuántos?

Duda, frunce el ceño.

—¿Qué está pasando, Piper? ¿De dónde viene esto?

Suspiro.

—Renée.

—¿Renée también sabe lo nuestro?

—No. Estábamos hablando de la vida y empezó a hablar de sus tres hijos...

—¿Tiene tres hijos? Vaya. Nunca lo hubiera adivinado.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡No! Pero sabe que los quiere. Tiene sus nombres y los colores de la habitación de los niños elegidos, ¡y todo!

Sus cejas se arquean.

—Renée suena un poco intensa.

Le suelto la trabilla y empiezo a pasearme por mi habitación.

—Lo sé. Pero me hizo darme cuenta de que aquí estamos, cayendo profunda y rápidamente en esta relación. Estoy lista para entregarte una llave después de ni siquiera una semana juntos, ¡pero en realidad no te conozco! —Las preocupaciones que se han estado cocinando a fuego lento durante todo el día salen ahora a la superficie y no puedo evitar que el pánico se apodere de mi voz.

—Sí, me conoces, Piper.

—Pero no. Ya no. No me refiero a las pequeñas cosas, como tu color favorito o tu canción preferida o que te rompiste el brazo a los seis años o que te encanta saltar desde acantilados. —Todos los pequeños y aparentemente importantes hechos de Kyle que coleccioné durante ese verano—. Estoy hablando de las cosas grandes.

Se mete las manos en los bolsillos.

—Sabes lo de mi familia. No le hablo a nadie de ellos, Piper.

—Sí, pero ni siquiera es eso. Estoy hablando de las cosas que harán o romperán una relación. Cosas de las que no hablas cuando tienes dieciséis años y te bañas desnudo y corres en carritos de golf. Y me aterra que una vez que empecemos a descubrir todas esas cosas el uno del otro, ¿y si no funcionamos en absoluto? —¿Y si mi madre tiene razón?

Kyle suspira pesadamente.

—De acuerdo. —Se acerca a la puerta.

Mi ansiedad se dispara.

—¿Adónde vas?

—Relájate. Volveré en un minuto. Solo... cámbiate.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Lo miro salir por la puerta, preguntándome si descargar me así sobre él era la mejor manera de abordar esta conversación. Ya es demasiado tarde.

Para cuando me he lavado y me he puesto la ropa de estar en casa, Kyle está moviendo los muebles por la pequeña zona de asientos. Percibo el olor a comida mexicana caliente y el estómago me ruge en respuesta.

—Quédate aquí conmigo un rato —me hace señas.

Hasta que no llego al sillón no veo el andrajoso saco de dormir azul extendido en el suelo, con el interior de franela desteñida. «No puede ser...»

—No es el mismo del campamento.

—El mismísimo. —Sonríe y se arrodilla a un lado—. No te preocupes, lo he lavado. —Me tiende una mano.

—¿Quién iba a decir que eras tan nostálgico?

Me mira, con la sinceridad brillando en sus hermosos ojos.

—Sí sabías.

Escudriño la banda de cuero alrededor de su muñeca, el tatuaje que envuelve su brazo.

—Sí, tienes razón. —Lo sabía. Me acomodo a su lado, aceptando el plato y una de las dos copas de vino tinto—. ¿Ahora bebes vino?

Se ríe entre dientes.

—Come, antes de que se enfríe otra vez.

Me maravilla la suavidad de la franela desgastada bajo mis pies descalzos mientras tomo un bocado de arroz español y mastico despacio.

—Sí, me gustaría tener hijos. —Kyle traga saliva—. Con el tiempo.

—¿Cuántos?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Pensé en empezar con uno y ver cómo va. Bueno, a menos que acabe teniendo gemelos de buenas a primeras. —Me mira con recelo—. ¿Tienes gemelos en tu familia?

Niego con la cabeza.

—Yo tampoco. Así que... uno para empezar. Luego tal vez un segundo, para que pueda enfrentarlos entre sí. Será divertido, lo prometo.

—Tú no harías eso. Bueno, quizá sí. —Me rio, pero no se me escapa el mensaje subyacente: está hablando de que tengamos hijos. Juntos.

El corazón me da un vuelco. Quizá no esté loca por tener estos pensamientos tan pronto en mi mente.

Vacila.

—¿Y tú? ¿Quieres tener hijos?

—Creo que sí. Con el tiempo. Solo que no sé cómo voy a encajarlos en mi vida.

Recibo una suave sonrisa a cambio.

—Eso es porque no encajas a los niños en tu vida, Piper. Encajas tu vida alrededor de ellos.

—¿Pero cómo? —Empujo la comida en el plato con el tenedor—. ¿Cómo encajo la construcción de un complejo de apartamentos de veinticinco pisos entre los entrenamientos de fútbol y las ventas de pasteles del colegio?

—No sé. ¿Un cónyuge que te apoye? ¿Una niñera? ¿Buenos empleados?

—¿Como Tripp?

Kyle niega con la cabeza, pero se ríe.

—Quiero romperle los dientes cada vez que lo veo. Tienes que deshacerte de él ya.

Gimo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Todavía estoy esperando ese maldito informe de la compañía telefónica y quién sabe si eso me dará algo. Aunque ahora no quiero hablar de Tripp. Pero mi padre... Pienso en lo duro que ha trabajado toda su vida y en lo duro que trabajo ahora, y no veo cómo puedo arreglármelas con niños. Así las cosas, la mayoría de los días me siento como una niña jugando a disfrazarse en una fiesta de adultos. Como si no perteneciera a este mundo. —Nunca se lo he confesado a nadie. Siempre he tenido miedo de que alguien me diera la razón, de que decir esas palabras en voz alta las convirtiera en realidad.

—Los guardias de seguridad oyen y ven mucho más de lo que la gente les atribuye. —Kyle se apoya en uno de los sillones—. ¿Sabes lo que veo cuando estoy en ese edificio?

—¿Viejos mirándome el trasero?

—Sí, no voy a mentir, quiero echar a puñetazos a muchos de tus empleados. —Compartimos una carcajada y luego la expresión de Kyle se vuelve seria—. Pero no ocurre tan a menudo como crees. Más que eso, veo a la gente sentarse erguida cuando entras en una habitación; veo sus ojos pegados a ti cuando hablas. Cuando oigo tu nombre por ahí, se dice con respeto. —Sonríe—. A veces con un poco de miedo. —Me aparta un mechón de pelo de la cara—. Y veo a una mujer que tiene «no quiero ni saber cuánto» dinero para quemar, partiéndose el culo todo el día y volviendo a casa agotada por la noche al ático en el que ha recibido a sus amigas del campamento para que vivan con ella de gratis, y manteniendo conversaciones sobre niños con nuevas asistentes, y parándose a saludar al viejo guardia de seguridad de la recepción cuando todos los demás están demasiado ocupados para levantar la vista. ¿Sabes lo feliz que hace eso a Gus?

—Lo conozco de toda la vida, eso es todo.

—No, es porque sigues siendo tú. Sigues siendo la misma chica amable, generosa y con los pies en la tierra de Wawa que se preocupa por la gente sin importar dónde encajen. Mierda, podrías estar navegando en un yate o bebiendo un puto *latte* en un patio de París o lo que sea que hagan los ricos y sin embargo aquí estás, trabajando

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

duro haciendo algo que es importante para ti, intentando complacer a tu padre, con bolsas bajo los ojos, comiendo comida para llevar un viernes por la noche.

—¿Estás diciendo que me veo fatal? —me burlo, cortando un trozo de la enchilada de pollo.

—No, estoy diciendo que te conozco. Puede que no sepa todo lo que quieres en la vida y todo lo que te ha pasado en los últimos trece años, pero sigues siendo la misma persona aquí dentro. —Su mano se posa en mi pecho, sobre mi corazón—. El resto... podemos descubrirlo en el camino.

Asiento con la cabeza, la confianza de sus palabras es un bálsamo para mi pánico anterior. Pánico que surgió, me doy cuenta, porque tengo tantas ganas de que esto, lo nuestro, funcione.

—Entonces... —La mano de Kyle se retira—. Los dos queremos tener hijos. Parece que estamos bien en ese frente.

Sonrío, sintiéndome tonta por cómo le he tendido la emboscada con el tema. Aunque no parece en absoluto perturbado.

—Eso parece.

Me da un golpecito en el plato, incitándome a comer.

—¿Qué más te preocupa?

—Ni siquiera lo sé. ¿Hay, como, una lista de comprobación que deberíamos repasar? Quiero decir... ¿Creencias religiosas? —digo.

—El amor es el amor. —Se lleva una mano al pecho—. Tom y Doyle para siempre.

Me rio, recordando a los tímidos y reservados monitores.

—¿Política?

—No voté por él.

—Lo mismo. Puaj... —La preocupación ha estado presente en mi ánimo todo el día, pero ahora que estoy aquí, hablando con Kyle, me doy cuenta de que no tengo nada de qué preocuparme. Tiene razón.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

Conozco a Kyle—. ¿Resort de playa con todo incluido o excursiones?
¿Qué prefieres?

Frunce el ceño.

—¿En serio? ¿Eso rompe la relación?

—Lo es si esperas arrastrarme por ciudades malolientes y calurosas en excursiones en autobús de todo el día con desconocidos en vacaciones.

La cabeza de Kyle se echa hacia atrás en la silla, y la protuberancia de su garganta parece especialmente deliciosa en ese ángulo.

—Bueno, entonces voy a arriesgarme y decir que la opción A. ¿Qué más hay? Vamos, pregunta. Tenemos toda la noche.

—Todo el fin de semana.

Su cabeza se inclina hacia un lado.

—¿Te tengo todo el fin de semana?

—Si eres bueno.

Me devuelve una sonrisa arrogante, con los ojos llenos de picardía.

—¿Cuándo no lo he sido?

—Recomendamos a KDZ para Marquee —dice Serge mientras en la pantalla aparece la última diapositiva del PowerPoint de treinta minutos, que dice exactamente eso—. Las condiciones financieras son competitivas, los plazos de KDZ se ajustan mejor a los nuestros, y su historial de conversiones de apartamentos puede ser corto, pero es sólido. —Otras tres cabezas asienten con él.

Tras examinar y analizar ambas propuestas de construcción, el equipo de expertos en desarrollo del proyecto Marquee da su visto bueno oficial.

Y no es para la que yo quiero.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Aprieto los dientes, sintiendo la pesada mirada de mi padre posarse en mí.

—Buen trabajo, chicos. Estoy totalmente de acuerdo. Gracias. — Tripp sonríe y asiente, despidiéndolos.

Serge y el equipo se retiran en silencio para dar al equipo ejecutivo la oportunidad de discutir esta decisión.

Tripp se ajusta la corbata y me dedica una sonrisa de suficiencia antes de volverse hacia mi padre.

—Kieran, ¿estamos «por fin» preparados para cerrar esto y seguir adelante?

Mi padre observa la pantalla, con los ojos entrecerrados y calculando. Prácticamente puedo oír sus pensamientos. KDZ es la propuesta con la que hay que ir. Si no fuera por Tripp y lo que me contó Kyle, yo también me inclinaría por ellos. No es que Jameson no haya entrado fuerte. Pero es como si KDZ hubiera preparado su propuesta entre los muros de Calloway, tocando todos nuestros puntos de presión.

Probablemente lo hicieron. Desde dentro de las paredes de la oficina de Tripp. Diablos, Tripp podría haber escrito esta propuesta él mismo.

Conozco a mi padre. Está sopesando todo esto con el «rumor» de que Tripp se está llevando un soborno, mientras que yo aún no he encontrado ninguna prueba sólida porque la compañía telefónica se está tomando su tiempo para entregarme lo que pedí. Quizá está decidiendo si le importa, porque al fin y al cabo, el contrato es bueno para el negocio.

Pero no puedo soportar dejar que Tripp gane.

—¿Piper? ¿Qué piensas?

Mi padre me toma desprevenida. Que me haga caso en una reunión es un paso adelante. Por una vez, sin embargo, me gustaría que me dejara al margen de la decisión.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Creo que KDZ tiene buena pinta sobre el papel y podemos tomar una decisión en unos días.

Tripp levanta las manos.

—Por si lo has olvidado, Piper, vamos retrasados.

—Oh, no lo he olvidado —respondo. «Eres el bastardo engreído que nos puso allí».

—Estoy de acuerdo con Piper —dice David—. Tenemos la recomendación. Vamos a revisar, discutir fuera de línea, y tomar una decisión para mañana. —Me lanza un guiño.

Por mucho que David me irrite, podría besarlo ahora mismo.

—Oh, ¿han vuelto otra vez? ¿Es eso? —murmura Tripp en voz baja, lo suficientemente alto como para que algunos lo oigan.

—Piper, ven conmigo. —Mi padre asiente bruscamente y, sin perder un segundo más, recoge sus notas y su teléfono, y se levanta.

Supongo que la reunión ha terminado.

Tengo ganas de vomitar mientras me pongo a su lado y caminamos codo con codo por el carril ejecutivo, hasta el final.

—¿Quién es tu fuente? —Papá exige saberlo en cuanto se cierra la puerta de su despacho.

—Alguien que escuchó la conversación de Tripp.

—Piper... —Tiene las manos en las caderas y la mandíbula tensa—. Será mejor que empieces a hablar, porque si no voy a dar luz verde a KDZ. No tenemos ninguna razón para no hacerlo.

«Maldita sea». Aprieto los ojos.

Llaman a la puerta.

—¡Ahora no! —ladra mi padre, pero David interviene.

—No quiero interrumpir...

—Sí, lo quieres —suelta papá—. ¿Qué pasa?

David sonríe, pero luego su expresión se vuelve seria.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Me encontré con John Deveau en el *green* el fin de semana y me preguntó qué pensaba de Tripp. Ya sabes... lo que aporta.

Toma un momento para entender lo que David está insinuando.

—Tripp está tanteando el terreno. —Con uno de nuestros mayores competidores, también.

Mi padre frunce los labios pensativo.

—Deveau perdió a su vicepresidente de desarrollo. Está buscando un sustituto.

—¿Cuánto tiempo llevan en conversaciones? —Mi mente trabaja sobre las piezas. ¿Cuál es la jugada de Tripp aquí? ¿Estamos de acuerdo en ir con KDZ, se embolsa su parte del trato y luego se va? No es que no me sintiera aliviada si se fuera, pero esto podría explicar por qué insiste tanto en que firmemos ahora.

—Mi suposición es que, si John se te está acercando, están a punto de hacerle una oferta —murmura mi padre—. ¿Qué le dijiste?

—La verdad. Que Tripp ha construido una maldita red de conexiones, pero que ha pasado su mejor momento, y Kieran, estoy de acuerdo con Piper. Está tramando algo.

Mi padre levanta las manos.

—Así que también se lo has dicho a David.

—Sí, lo he hecho, porque sé que David vela por los intereses de Calloway. Y tú mismo lo has dicho: necesito rodearme de gente en la que confíe.

Papá frunce el ceño.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Tripp tiene razón? ¿Ha vuelto esto? —Agita una mano entre nosotros.

—«No» —le digo.

—¿Y te ha divulgado mi hija esta fuente supersecreta? —Papá mira a David con ojos de acero.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

David respira hondo y se me cae el estómago. «Una crisis cada vez, por favor». No estoy preparada para la confrontación de Kyle.

—Dale algo más de tiempo para averiguar si este rumor de soborno es cierto. ¿No crees que es oportuno que Tripp busque en otra parte?

—Por supuesto que está buscando en otra parte. ¿No lo estarías tú, con la forma en que él y Piper han estado llevando las cosas? —Papá sacude la cabeza—. Consígueme algo para mañana por la noche o seguiremos adelante con KDZ. Ustedes dos, lárguense de aquí ahora mismo.

David sale del despacho de mi padre pisándome los talones.

—¿Te he dicho lo mucho que me gusta que tu padre me parta la cara? —sisea.

Exhalo con fuerza.

—Gracias por apoyarme.

—Tienes que considerar que tu *playboy* de cuello azul puede estar equivocado.

—No se equivoca —insisto, incluso cuando esa nube de duda se hincha. «¿Y si Kyle se equivoca?»

—Pues demuéstrolo y rápido, porque acabo de jugármela por ti y no tengo ni puta idea de por qué. —Entra furioso en su despacho.

Mark y Renée se miran con los ojos muy abiertos y Mark se pone en pie.

—¿Necesitas algo?

—No. —Paso a su lado, pero me detengo bruscamente, mi mente da vueltas—. Sí. Necesito saber exactamente cuánto ha gastado Calloway con esta maldita compañía telefónica, cuándo vence nuestro contrato y cuál es la penalización por romperlo mañana. —Porque no estoy por encima de las amenazas para conseguir lo que quiero.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Esa noche, a las nueve, entro por la puerta con el tono sermoneador de Christa.

—No debería haber intentado robar la tercera base.

—Pero por eso es conocido —replica Kyle.

—¡Exactamente por qué no debería haberlo hecho!

Doblo la esquina y los encuentro a los dos en el sofá. Christa ya está en pijama, Kyle aún lleva puesta la ropa de gimnasia e, increíblemente, Elton está encaramado al pecho de Kyle, con su ronroneo retumbante por toda la habitación.

—Los Medias Rojas perdieron —anuncia Kyle, acariciando el lomo del gato—. Christa cree que es culpa mía.

—Yo no he dicho eso —replica ella, claramente extrañada de su tono burlón.

A pesar de mi día infernal, verlos sentados juntos me arranca una sonrisa.

Y volver a casa con Kyle aquí... este lugar empieza a sentirse como un hogar.

Me doy cuenta de que la casa va tomando forma a medida que mis ojos recorren el espacio, desde las coloridas obras de arte sobre paisajes que cubren las paredes hasta la mesa Edgewood Made y las sillas de cuero blanco que llenan el comedor. Ashley y Marcelle han estado muy ocupadas.

Escudriño la cocina.

—¿Dónde está Ash?

—Salió a cenar. Con «Chad». —Christa me lanza una mirada cómplice y poco impresionada.

—No... —gimo y me dejo caer en el sofá junto a Kyle.

—¿Por qué es algo malo otra vez? —pregunta.

—Porque él es un idiota y ella es demasiado buena para él, pero ha venido a pedirle perdón por ser un idiota y ella lo aceptará porque se

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

está conformando. —Podría ganar una fortuna apostando por el resultado de eso.

—Bien. Entendido. Así que Ash necesita conocer a alguien más. — Kyle se muerde el labio—. Deberías presentarle a Mark.

—Mark está enamorado de Renée.

—Buena suerte. Renée se tirará a David dentro de seis meses.

Me rio.

—No sé nada de eso.

—Yo sí —dice con esa confianza chulesca.

—No puedo creer que esté diciendo esto, pero ¿qué pasa con Eric? —lanza Christa—. Siempre tuvo algo con él. ¿Sigue soltero?

—Sí, que yo sepa. —Kyle frunce el ceño. Y luego se ríe mientras Elton le mete la nariz en la oreja—. Esto se siente muy raro.

—¿Quieren estar un rato a solas? —me burlo.

—No puedo evitar que yo le guste más que tú.

—Le gusta secarte el sudor, eso es todo —murmura Christa, tirando el mando de la tele sobre la mesita con estrépito.

—¡Ay! —sisea Kyle cuando Elton salta repentinamente de él y sobre el respaldo del sofá, para atravesar el ático. Se detiene junto a las puertas francesas y gira para atacar la punta de su cola—. Lo has hecho a propósito, ¿verdad? —acusa Kyle, levantándose la camiseta para inspeccionar las largas marcas de arañazos rojos que recorren sus ondulaciones musculares, mucho más definidas después de haberlas trabajado en el gimnasio.

—Y hablando de eso... —Christa hace ademán de poner los ojos en blanco mientras los aparta, pero no me pierdo el tono rosado de sus mejillas antes de que se ponga en pie y se dirija a su habitación.

—¿Te apuntas a un partido en Boston si consigo entradas? —grita Kyle.

—Mientras no vengas.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Definitivamente se está encariñando conmigo —susurra Kyle.

—¡Haz que se baje de nuestros muebles y se duche! —le grita, desapareciendo por el pasillo.

—¿Te he dicho lo mucho que me gusta tenerte aquí? —murmuro.

Deja caer su camiseta y me coge la mano, apretando un beso contra el dorso de la misma.

—¿Qué ha pasado hoy?

Me hundo en él con un gemido, el olor de su sudor limpio es embriagador, y le cuento lo de KDZ y el ultimátum de mi padre.

—¿Todavía sin suerte con esos registros telefónicos?

—No, y me pasé veinte minutos prometiéndole a su presidente que rescindiría nuestro contrato de cinco millones de dólares al año con ellos si no tengo lo que necesito en la mano para esta noche.

Kyle comprueba su reloj.

—Todavía es técnicamente esta noche.

Suspiro.

—¿Crees que... hay alguna forma de que lo que oíste estuviera mal?

—No.

—Pero, ¿y si...?

—Esto no son dos verdades y una mentira, Piper. Si hay algo en lo que soy bueno es en descubrir cosas turbias. —Su mirada se desvía hacia el televisor, aunque me doy cuenta de que no está viendo los resúmenes deportivos—. Dios sabe que tengo suficiente experiencia en eso.

—Es una pena que Gus no estuviera allí contigo.

—Sí. Alguien a quien la gente respetara —murmura, y no se me escapa la pizca de amargura en su tono.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Kyle, nadie te mira y ve lo que hicieron tu padre y tus hermanos. Nadie excepto tú. —Miles de kilómetros y años después, y parece que aún no puede deshacerse de su baja opinión de sí mismo. Le paso la mano por el estómago—. Te respeto.

Me aprieta la mano y se levanta del sofá.

—Voy a darme una ducha.

Lo miro alejarse por el pasillo hacia mi dormitorio, esperando a que se detenga, a que vuelva atrás, a que me sugiera que me una a él.

Pero no lo hace.



Me acomodo en la cama con una copa de vino mientras espero a que Kyle termine de ducharse, abro el portátil y compruebo mi correo electrónico. «Re: Registros telefónicos. Confidencial».

Mi corazón se acelera al ver el asunto en mi bandeja de entrada.

—Por favor, dame una prueba concluyente... —«Por favor, dame algo que pruebe que los instintos de Kyle eran correctos y que Tripp es un ladrón mentiroso».

Hay varios archivos adjuntos. Hago clic en el primero y empiezo a desplazarme.

Y a sonreír con perversa satisfacción, incluso cuando mi ira hierve.

Kyle acaba de salir de la ducha, cuando irrumpo en el cuarto de baño, con una toalla blanca envolviéndole la parte inferior, el pelo húmedo y el pecho reluciente.

—Vístete.

Frunce el ceño.

—¿Por qué?

Mi adrenalina se dispara.

—Acaban de enviarme los registros telefónicos de Tripp y tenías razón. Claro que tenías razón. —Una extraña sensación de orgullo se

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

hincha en mi interior, al saberlo—. Vamos a enseñarle a mi padre lo que ha estado haciendo Tripp.

Kyle arquea las cejas.

—«¿Nosotros?»

—Sí. «Nosotros». Tú eres la razón de que Tripp no se salga con la suya con esta mierda. Si no, habríamos firmado con KDZ y ese imbécil se estaría riendo ahora mismo. —Todo el camino hasta John Deveaux, medio millón de dólares más rico. Quién sabe, tal vez trabajar con este Hank Kavanaugh podría haber sido ventajoso, pero no quiero tener nada que ver con sus tácticas comerciales.

—No necesito llevarme ningún mérito por eso, Piper. —Kyle sacude la cabeza—. Adelante, en serio. Estaré aquí para celebrarlo contigo cuando vuelvas.

—¡No! Tú vienes conmigo. No puedo escondernos más. No quiero hacerlo. Esto no es un campamento de verano y no tengo dieciséis años. Necesito sacar todo esto a la luz, enfrentarme a mi padre por lo que hizo y seguir adelante contigo, lo acepte o no.

La mirada de Kyle recorre las esquinas del techo del baño, con la frente marcada por la preocupación.

—Mira, sé que esto no va a hacer nuestras vidas más fáciles a corto plazo. Va a ser difícil. —Una pizca de temor se abre paso a través de la inminente victoria sobre Tripp. «Difícil» puede ser un eufemismo. Es probable que acabe en pelea y en unas cuantas amenazas cuidadosamente lanzadas por ambas partes. Pero lo que hizo mi padre estuvo mal, y me aseguraré de que sea consciente—. Tenemos que hacer esto, Kyle. Para que podamos seguir adelante.

Kyle respira hondo.

—Bien, Piper —suspira pesadamente—. Quieres que todo esto salga a la luz. Así que vamos a sacarlo todo a la luz.

No puedo evitar percibir la tristeza en su voz.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Capítulo 24

Antes

2006, Campamento Wawa, fin de la séptima semana.

—Te reto... —Kyle hace una pausa para dar una larga calada a su cigarrillo, su mirada en el último trozo de luz del día mientras estamos tumbados en el rincón en la parte inferior del acantilado. Nuestro lugar. Está fresco y a la sombra, después de una tarde calurosa y soleada—. Estoy cansado de jugar a este juego.

Lo miro, con la cabeza apoyada en su estómago.

—¿Quieres volver a tu cabaña?

Su cabeza se inclina hacia abajo para encontrarse con mi mirada.

—¿Y tú?

«Sí», gestualizo. «Ahora mismo».

Kyle me devuelve una sonrisa perezosa y sugerente mientras recorre con la mirada mi cuerpo en bikini.

—Bueno, quiero irme. Tengo frío —gimotea Ashley, rodeándose con los brazos y exagerando un escalofrío.

—Necesitas otro de estos, entonces. —Eric sostiene un trago de tequila. Fuimos a Provisiones temprano y luego vinimos aquí a beber y nadar bajo el sol. Horas y demasiados chupitos después, la sola idea de subir esta colina rocosa y volver a casa andando es agotadora.

Ashley aparta su mano con un gemido.

—No más. Voy a vomitar.

—Bien. —Se lleva el vaso de chupito a la boca.

—¡Aún no te he retado! —objeta Kyle, agitando un brazo en el aire.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Bien. Me reto a besar a Pecas. —Eric se zambulle para plantar su boca en la de ella, derramando la mitad de su tequila sobre las rocas en el proceso.

—Eso no cuenta, imbécil —murmura Kyle, pero sonrío, al igual que yo, porque Ashley no lo ha empujado—. Por fin —murmura, sus músculos abdominales se tensan mientras se sienta, su mano agarra mi cabeza mientras me deslizo hacia abajo—. Acabemos con esto. Yo también tengo frío.

Recogemos las botellas vacías.

—Hombre, hemos bebido «mucho» —murmura Kyle, riendo entre dientes y tropezando un poco—. Gracias, Piper, por financiar todo esto.

—Lo que sea. —Ni siquiera lo pensé; simplemente le di mi tarjeta. También llené el depósito de su auto y pagué la cuenta de las hamburguesas. Me sentí bien haciéndolo.

Tardamos tres veces más en subir la colina rocosa. Ashley y yo estamos de rodillas, riéndonos, cuando llegamos a la cima.

—Solo quiero dormir ya —gimo, inspeccionando los arañazos que me han hecho las ramas espinosas y las rocas en las palmas de las manos. Mañana los voy a notar.

Eric tropieza con el borde del acantilado.

—No puedo creer que solo nos quede una semana aquí.

—Cuidado... Estás borracho —advierde Ashley—. No quiero que te caigas.

Eric se gira para sonreírle.

—Ay, ¿por fin admites que te importo?

—«No». —Se ríe, con las mejillas sonrojadas.

Y entonces Eric salta por el borde, su «¡Yahoo!» le sigue todo el camino hasta chapotear.

—¡Mierda! —Kyle se precipita hacia el borde, pisando con cuidado mientras se asoma—. ¡Estás loco, imbécil! —brama.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¡Salten! —persuade Eric desde abajo.

Ashley y yo suspiramos aliviadas.

—¿Entonces tendríamos que volver a subir esa colina? Diablos no.

—¡Gallinas! —es la respuesta.

—Recuerda, eres un nadador de mierda. Vuelve aquí arriba. —Kyle se aleja del borde, tropezando un poco—. Esto va a llevar un rato. —Se cae más que se sienta en la roca—. Bebí demasiado.

—Todos bebimos demasiado. —Me acurruco a su lado. Ashley cae a su otro lado. Nos apoyamos el uno en el otro mientras esperamos.

—Creo que me voy a desmayar —gime Ashley—. O vomitar. Una de las dos. O tal vez ambas.

—¡Apúrate, Vetter! —grita Kyle.

El silencio responde.

—¿Eric?

Nada.

—Mierda... —Kyle se pone en pie a trompicones y se dirige hacia el sendero rocoso que baja—. ¡Eh! ¡Eric!

—Ya voy... Ya voy... —responde entre jadeos—. Esto fue una muy mala idea, ¿no?

Kyle se ríe.

—Sí, estás lleno de malas ideas, imbécil. —Mira con los brazos cruzados sobre el pecho, como su mejor amigo borracho escala el camino traicionero.

Pasan otros instantes antes de que veamos la cresta de pelo rubio rizado de Eric.

—Por fin. ¿Podemos irnos ya? —Ashley se pone de pie.

—Lo bueno se hace esperar, Pecas. —Eric se levanta y sonrío, con los brazos extendidos y el pecho agitado por el esfuerzo.

Se balancea hacia atrás y tropieza para recuperar el equilibrio.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Y luego desaparece.

—¡Eric! —grita Kyle, corriendo hacia él.

—¡Kyle! —ahogo un grito. Ashley y yo nos precipitamos hacia la cima del sendero a tiempo para ver a Eric dando tumbos de cabeza, una y otra vez, rebotando contra las rocas. Kyle intenta en vano alcanzarlo, derrapando y deslizándose por el sendero mientras se las arregla para mantenerse en pie.

Eric se detiene desplomado sobre las rocas del fondo. Incluso en la penumbra y con mi visión disminuida, puedo ver que tiene la pierna doblada. Su piel está llena de sangre carmesí.

Suelta un grito espeluznante.

—¡Eric! —grita Ashley, parece dispuesta a correr hacia él, las lágrimas brotan de sus ojos.

—¡No! ¡Ash! —La agarro del brazo. Creo que voy a vomitar.

Kyle está a medio camino cuesta abajo, con los ojos desorbitados por el pánico mientras revolotean entre su amigo en las rocas y nosotros.

—¿Qué hacemos, Kyle? —grito.

—Uh... Bien. Ve a buscar a Darian ahora. Dile que Eric se cayó y que necesitamos una ambulancia. Dile dónde estamos.

Asiento con la cabeza, agarrando el brazo de Ashley.

Corro tan rápido como puedo.

La cara de Darian está marcada por la preocupación mientras avanza hacia nosotros, la ambulancia aérea se eleva en el cielo, dos policías estatales conversan cerca, seis monitores, incluida Christa, se quedan cerca de los árboles, con expresiones llenas de horror y conmoción.

—¿Se va a poner bien? —Ashley se las arregla entre sollozos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Bueno, su pierna y brazo están definitivamente rotos. Eso es todo lo que sabemos por ahora. Seguro que le ayudó el alcohol que corría por sus venas —dice Darian.

Desvió la mirada hacia mis pies para evitar su mirada. El remordimiento pesa sobre mí. «Dios, qué estúpidos somos».

—¿En qué estaban pensando para salir ahí arriba? —amonesta—. ¿Cuánto han bebido?

Echo un vistazo a mi izquierda, a Kyle. Su mandíbula se tensa.

¿Qué le ocurrirá si la policía descubre que utilizó el carné de su hermano para comprar la bebida?

—Sé que todos han estado bebiendo. Puedo olerlo en ustedes. Y aquí hay un montón de botellas vacías. ¿Dónde consiguieron el alcohol? ¿En el pueblo? ¿Quién se los compró?

«Kyle lo compró, pero yo lo pagué todo, con mi tarjeta de crédito». Hay un registro de ello, y ahora Eric está malherido y hay policías rondando. ¿Qué pasará conmigo?

Me trago mi miedo creciente.

—Me gustaría llamar a mi padre. —Por mucho que tema esa conversación, si hay una salida, él la sabrá. Además, se va a enterar de todas formas. Sobre esto, sobre Kyle...

Darian suspira.

—Es una muy buena idea, Piper. Vamos a llamar a los padres de todos. Y puedes recoger tus cosas mientras esperas a que vengan a buscarte.

—¿Es él? —murmura Kyle, con sus dedos entrelazados entre los míos mientras estamos sentados uno al lado del otro en una mesa de picnic bajo el pabellón, viendo cómo se acercan los faros por la larga y sinuosa carretera de Wawa a la una de la madrugada.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

—Sí, creo que sí —consigo decir sorteando el doloroso nudo en la garganta. Las pertenencias con las que llegué están empaquetadas y colocadas en el suelo junto a mis pies.

—El mío debería llegar pronto —murmura Ashley, su voz carece de esa chispa habitual.

La madre de Kyle dijo que no vendrá, que Kyle puede conducir él mismo a casa. Darian insistió en que eso sería mañana a primera hora, cuando el alcohol haya abandonado su organismo.

Ahora estoy sobria. Creo que estoy sobria desde que la policía estatal me interrogó sobre la caída de Eric. Una vez que se convencieron de que había sido un accidente de borrachos y no un juego sucio, nos pusieron en fila y nos reprendieron durante media hora sobre lo estúpidos e irresponsables que somos, sobre cómo ningún padre querría que dejaran a su hijo a nuestro cuidado en este campamento, y luego nos entregaron todas nuestras multas por beber siendo menores de edad y se fueron.

El pavor se apodera de mis entrañas y me aprieta cuando el todoterreno se detiene junto al viejo Pinto verde. No sé qué es peor, si enfrentarme a mi padre o despedirme de Kyle.

Mi padre no espera a que Eddie abra la puerta. Sale del asiento trasero y, ajustándose el cuello de la camisa abotonada, avanza hacia nosotros por el césped en penumbra, con el rostro más pétreo que he visto nunca, incluso desde tan lejos.

Darian lo intercepta por el camino. Seguro que le está contando exactamente por qué me han despedido. Y lo que sea que le esté diciendo, bueno... Darian parece encogerse mientras mi padre habla, asomándose por encima de su pequeño cuerpo.

—¡Piper! —brama.

Me pongo en pie y me balanceo, no por el alcohol.

—Supongo que esto es todo, entonces. —Mi voz se quiebra.

Un sollozo escapa de la garganta de Ashley mientras me rodea con sus brazos.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

Mis ojos empiezan a humedecerse mientras devuelvo el abrazo.

—Me divertí mucho contigo este verano.

—Hasta esta noche.

Compartimos una risa floja, aunque no hay nada divertido en todo esto.

—Mantente en contacto, ¿de acuerdo? —susurra.

—Por supuesto. —Por extraño que parezca, es lo mismo que dijo Christa cuando me puso un papel en la mano al salir de nuestra cabaña, con su dirección de correo electrónico garabateada con su perfecta y burbujeante caligrafía. Luego me abrazó. Me sorprendió, como mínimo.

Kyle está de pie, con mi bolsa de viaje en la mano.

Lucho contra las lágrimas, pero ganan y caen por mis mejillas. Después de ver a Kyle todos los días durante casi un verano entero, esto es el adiós. Por ahora.

—Me llamarás, ¿verdad?

—Sí. —Levanta la mano para secarse una lágrima con la yema del pulgar.

—Lo lamento tanto. —No solo ha perdido su trabajo, sino que esa multa se comerá sus ahorros.

Suspira.

—¿Por qué lo lamentas? Esto no es culpa tuya.

—Sí, pero... Todavía lo lamento.

—¡Piper! —vuelve a llamar mi padre. Empieza a marchar hacia el estacionamiento, esperando que lo siga.

—Vamos, te acompaño. —Kyle da un paso adelante.

Dudo.

—¿Ahí? ¿Con él?

Se encoge de hombros.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Qué va a hacer, pegarme?

Cojo el saco de dormir y la almohada, y caminamos juntos por el jardín. Cuánto tiempo ha pasado desde aquel día de principios de verano en que mamá me dejó aquí, renuente y amargada.

Ahora haría cualquier cosa por quedarme. Cualquier cosa por ver a Eric corriendo por ahí, desnudo o no. Cualquier cosa por estar acurrucada en la cama junto a Kyle ahora mismo, donde debería estar.

¿Por qué teníamos que ser tan estúpidos?

Darian nos espera donde conoció a mi padre. Tiene la cara desencajada y tensa.

—Piper, ¿puedo hablar contigo un minuto? —pregunta—. ¿A solas?

Kyle me quita el saco de dormir de los brazos y sigue adelante, mi ansiedad aumenta con cada paso que da hacia el todoterreno.

Darian me da un sobre.

—Esto cubre tu paga hasta esta mañana.

—Gracias. —Mi mirada se posa en mis zapatillas de correr—. Lo siento.

Suspira pesadamente.

—No... Lo siento. Kyle y Eric siempre fueron difíciles. Fui tan ingenua como para pensar que podía manejarlos. No debería haberles permitido volver este año. O debería haberme deshecho de ellos después del primer incidente. Si lo hubiera hecho, Eric no estaría en el hospital.

Por mucho que desee lo mismo para Eric, me alegro de que los dejara volver, no puedo imaginarme no conocer a Kyle, no tener esos recuerdos, pero no le doy voz a eso.

—¿Se va a poner bien?

—Todavía no he hablado con sus padres. Todavía están de camino desde Erie. Es un viaje largo. Pero estaba consciente, lo cual es buena

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

señal. —Sus ojos se desvían hacia el estacionamiento—. Tu padre. Es un tipo duro, ¿verdad?

—Especialmente cuando está enojado. —Y ahora se enfrenta a Kyle. Oh Dios—. Debería ir...

—No soy mucho mayor que ustedes. Recuerdo lo que es ser joven y estar enamorada. No puedes pensar en otra cosa. Nada más importa. Lo consume todo. —Sonríe tristemente—. Y parece que una parte de ti muere cuando lo pierdes, una parte que nunca recuperarás. Pero lo harás.

Frunzo el ceño, preguntándome a dónde quiere llegar. No he perdido a Kyle. Claro, estaremos a tres horas de distancia, pero haremos que funcione.

Haré que funcione.

—Realmente desearía que esto hubiera ido de otra manera, Piper. Estoy... muy decepcionada. Eres una buena monitora. Me hubiera gustado volver a verte aquí el año que viene.

—Me hubiera gustado venir.

—Espero, aunque solo sea eso, que hayas aprendido de esto —vacila, pero luego me rodea con sus brazos—. Cuídate. Y toma mejores decisiones. Podrías haber sido tú la que cayera por esas rocas.

Con eso, corro hacia Kyle y mi padre. Cuando los alcanzo, Kyle tiene la cara blanca y dolorida.

—Vamos —ordena mi padre—. Serán casi las cuatro de la mañana cuando lleguemos a casa.

—Necesito unos minutos...

—Piper.

—¡Solo unos minutos! —Se me quiebra la voz al ladrarle, con la mandíbula desafiante, aunque añado un —... Por favor.

Sus labios son una fina línea.

—Me llevaré esto. —Extiende las manos, mirando fijamente a Kyle.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Kyle le da mis cosas, que rápidamente le pasa a Eddie.

—Tienes dos minutos para despedirte. —Sube al todoterreno.

Agarro las manos de Kyle.

—¿Qué te dijo?

—Nada que no haya oído antes. —Kyle sonríe, pero sé que es forzada.

—Toma. —Me meto la mano en el bolsillo trasero y saco la pila de cheques—. Te los he firmado todos.

Ya está sacudiendo la cabeza.

—No, no puedo...

—¡Cógelos! Por favor. No lo necesito y acabas de perder una semana de sueldo. Además, así puedes permitirte llamarme y venir a visitarme.

Aprieta la mandíbula y me aparta suavemente la mano.

—No puedo, Piper. Pero, gracias.

«Se acabó». Rodeo el cuello de Kyle con los brazos, los ojos llorosos de nuevo, el pánico apoderándose de mis entrañas.

—No quiero dejarte —susurro.

Sus brazos me rodean la cintura, apretándome.

Me alejo, lo justo para apretar mis labios contra los suyos, siempre consciente de la mirada de mi padre desde el asiento trasero.

Kyle duda al principio, pero luego es él quien profundiza el beso.

—Te quiero tanto —susurro contra su boca, ahora llorando.

Parpadea para que desaparezca el brillo de sus ojos.

—Yo también te quiero, Piper. Siempre. Recuérdalo.

—¿Me llamarás mañana, en cuanto llegues a casa?

Su mandíbula se tensa y traga saliva, su mirada se desvía hacia la ventana oscura, hacia el rostro invisible que asoma detrás.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Sí. Toma. —Se quita la pulsera de cuero de la muñeca—. Para que te acuerdes de mí.

—Como si alguna vez pudiera olvidarte. —Me rio entre lágrimas. Busco en mi cuerpo y no encuentro nada—. Ojalá tuviera algo que darte.

—No necesito nada. —Sonríe tristemente y se da golpecitos en la sien—. Está todo aquí arriba.

Con un último beso, se libera y comienza a alejarse, con la cabeza gacha.

No es hasta que estoy sentada y rodamos por el camino de entrada, con el pulgar rozando el cuero, que tengo la extraña sensación de que aquello fue un adiós definitivo.

Miro fijamente el plato que tengo delante, la rebanada de pan tostado masacrada, hecha pedazos, ninguno de ellos comido, cuando mi padre entra de golpe en la cocina, con su traje azul marino, fresco y reluciente y una taza de café en la mano. Es lunes por la mañana, a las once. Debería haber llegado al trabajo hace cuatro horas.

—Tu madre está volviendo de París. Estará en casa dentro de unas horas —anuncia. Es lo primero que me dice desde que volvimos de Wawa ayer por la mañana. Después de decirme que puedo olvidarme de mi auto durante un año, así como de mi tarjeta de crédito.

—¿Parecía molesta porque ella y la tía Jackie tuvieron que terminar sus vacaciones antes de tiempo?

—¿Es con quien te dijo que está? —Papá aprieta la mandíbula—. No. Ella y... «tía Jackie» saben que es hora de que vuelvan a casa. — Su voz destila amargura.

—¿Has podido averiguar algo sobre Eric? —pregunto, suplicante en mi voz. Ashley y yo nos hemos estado enviando mensajes de texto, pero no hay noticias entre las dos. Ayer le envié un correo electrónico a Christa para ver si se había enterado. Al ser la monitora principal,

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

tiene más acceso a la computadora de la oficina que cualquier otro monitor de allí. Además, es la única dirección de correo electrónico que tengo, aparte de la bandeja de entrada administrativa del campamento Wawa que utilizaba para el papeleo del empleo.

Tampoco tiene noticias de él.

Así que ayer le pregunté a mi padre si podía averiguar algo. Siempre tiene sus maneras. No respondió a mi petición más que con una mirada.

Papá se toma el resto del café y deja la taza de porcelana sobre la encimera.

—El chico tiene la pierna y el brazo completamente fracturados y se ha dado varios golpes en la cabeza, pero dicen que saldrá adelante.

Respiro aliviada.

—Gracias. —Dudo—. Siento haberte mentido.

Su mandíbula se tensa.

—Yo también lo siento, Piper. Pero siempre haré lo que sé que es mejor para ti. Recuérdalo. —Con eso, se fue.

Dejándome mirando mi teléfono, la agonía insoportable.

Kyle no ha llamado.

No ha enviado correos, no ha enviado mensajes de texto.

Christa dijo que se fue de Wawa antes de que nadie se despertara el domingo por la mañana. Y aún no he sabido nada de él. Sigo pensando que algo horrible sucedió en su camino a casa. Pero cuando llamo a su número, suena una y otra vez. Su familia no sabe que me tiene que llamar, pero, si algo malo hubiera pasado, ¿no contestaría un familiar su teléfono?

La llamada se conecta, la batería no ha muerto, así que lo han estado cargando.

Entonces, ¿por qué no contesta?

¿Por qué no ha llamado?

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 25

Ahora

—¿Aquí vive tu padre? —Kyle recorre con la mirada la casa de estilo Tudor que tenemos delante mientras nuestro taxi se detiene en la entrada. Estamos en una tranquila comunidad cerrada a solo quince minutos del centro de la ciudad y a cinco minutos de la casa de mi infancia. Nada ha cambiado en esta parte de Lennox, adornada con robles de raíces profundas, setos de cedro de tres metros y propiedades de ocho mil metros cuadrados.

—Sí, ¿por qué?

—Solo esperaba algo más... vistoso, supongo.

—Ese no es realmente el estilo de mi padre. —A pesar de lo que construye. La casa es más pequeña que las demás del barrio, pero tiene carácter y encanto, con exuberantes jardines y caminos de piedra marcados por farolas ornamentadas—. Probablemente tardaremos quince o veinte minutos —le digo al taxista.

—De acuerdo, señora. —El hombre ronco y sin afeitarse acomoda, dejando el taxímetro en marcha.

Hay un Z3 plateado estacionado delante del garaje. Su sabor del mes debe estar aquí. «Estupendo». Tendremos público para esto.

Tan decidida como estaba mientras estaba de pie en mi cuarto de baño, ahora me pregunto si esto es un gran error. Si debiera centrarme en lidiar con Tripp y mantener mis asuntos personales en privado durante unas semanas más o años, para poder disfrutar de Kyle sin la inminente presencia de mi padre.

Sin embargo, el hecho es que tengo un nudo constante y creciente en el estómago ante la perspectiva de enfrentarme a mi padre por Kyle, un temor enconado al que preferiría enfrentarme de frente.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

Marcho hacia la puerta principal.

—Vamos. Acabemos con esto.

—Espera —grita Kyle apresuradamente, justo antes de que mi dedo toque el timbre. Aprieta los ojos—. Hay algo que aún no te he dicho todavía. Sobre Eric. Sobre lo que le pasó. Sobre lo que hice. — Su mandíbula se aprieta.

Y los pelos de la nuca se me erizan de inquietud.

—¿Qué es lo que...?

La puerta principal se abre de golpe.

—¿Piper? —Mi padre frunce el ceño, su mirada va de mí a Kyle y de nuevo a mí—. Vi llegar el taxi. ¿Qué haces aquí?

—Yo... eh. —Planeé un mini discurso en el camino, pero me despisté por un momento—. La compañía telefónica me envió los registros. Tengo pruebas. Querías pruebas sobre Tripp, y las tengo.

—Tropiezo con mis palabras. «¿Qué iba a decirme Kyle?»

—No es un buen momento —murmura mi padre. Tiene el cuello de la camisa torcido y los tres botones de arriba desabrochados.

—Ya lo veo.

«¿Qué hizo Kyle? ¿Qué pasó con Eric?»

Ladea la cabeza hacia Kyle.

—¿Quién eres tú? Me resultas familiar.

—Trabajo en su edificio, señor —dice Kyle estoicamente.

Los ojos de papá se entrecierran al ver la manga de tatuajes.

—El guardia de seguridad.

—Sí, señor.

Pero papá sigue con el ceño fruncido, descifrando a Kyle y vistiendo esa expresión de «te conozco pero no sé de dónde».

Finalmente recupero la compostura y le entrego el teléfono a papá.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Tengo mensajes borrados entre Tripp y Hank Kavanaugh, en los que Tripp dice que el precio que pide es de 500.000 y qué tendría que haber en la propuesta para que pareciera más atractiva que la de Jameson. ¿Y sabes que Tripp dijo que había estado trabajando en esto con KDZ durante meses? Eso es mentira. O en parte. Porque hay otros textos de enero a mayo que muestran que Hank Kavanaugh quería comprar ese edificio... Quería invertir y convertirlo él mismo. Es viejo amigo de Tripp, así que empezó a presionarlo para que vendiéramos. Es por eso que Tripp estaba estancado. Pensó que haría que el proyecto pareciera una pérdida y luego, cuando te hartaras de los retrasos y decidieras cortar por lo sano, Tripp vendría con KDZ. Hank le ofreció una parte para ese acuerdo, en un principio y cuando todo eso fracasó, Tripp le ofreció el negocio de la construcción.

—Jesucristo. —El asombro llena la cara de papá—. ¿Tienes todo eso?

—Sí, en los mensajes de teléfono. No se me habría ocurrido comprobarlo, pero Kyle lo sugirió. También fue él quien escuchó a Tripp hablar por teléfono y me lo contó.

—Un momento. —Papá mira fijamente al hombre que está a mi lado, y veo cómo el reconocimiento toma forma por fin en sus ojos—. «¿Kyle?» ¿El chico del campamento?

—¿Trabaja en la seguridad de tu edificio? —exclama una voz familiar desde algún lugar del interior de la casa.

Frunzo el ceño.

—«¿Mamá?»

Papá suspira, abre la puerta de golpe, y ahí está ella, de pie a unos metros.

—¿Lo sabías y no me lo dijiste? —La mira acusadoramente.

Y entonces me doy cuenta.

—¿Él es con quien sales? ¿Estás saliendo con papá? —Mi cabeza parece que va a explotar—. ¡Pero ustedes dos se odian!

Papá no se molesta en explicar, su mirada de acero en Kyle.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

Me acerco y cojo la mano de Kyle.

—Vino conmigo.

Los ojos de papá se encienden.

—Tienes que estar bromeando...

Mis dedos aprietan con fuerza.

—Sé lo que hiciste, papá. Sé que le pagaste a Kyle para que se fuera. Sé que lo amenazaste si no lo hacía. —Mi voz se eleva con cada sílaba. Seguimos de pie en la puerta, dando espectáculo al taxista, pero que así sea—. Amenazaste a un inocente de diecisiete años, que ya estaba traumatizado por lo que le pasó a su amigo esa misma noche. —No me cuesta mucho hacer memoria y recordar la expresión de miedo e impotencia en la cara de Kyle cuando estaba a medio camino de aquella colina, mirando el cuerpo roto de Eric abajo.

—«¿Un inocente chico de diecisiete años?» —Mi padre casi escupe las palabras.

—Kieran, cálmate. —Mi madre se acerca a él y le acaricia el brazo con afecto. Es un espectáculo raro y extraño, y estoy segura de que lo recordaré más tarde.

Siento que Kyle se pone rígido a mi lado cuando papá da un paso adelante, los intentos de mi madre fracasan.

—¿Te ha contado tu «inocente amiguito» lo de los cien de los grandes que me ha extorsionado?

—No fue así —suelta Kyle—. ¡Y no era para mí!

Me siento como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

«¿Cien de los grandes?»

«¿Extorsión?»

—¿De qué está hablando? —Mi mano se suelta de la de Kyle y me giro para mirarlo, para ver la culpa y el dolor en sus ojos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No era para mí. Fue por Eric —dice suavemente.

Se me hunde el estómago.

—Unos seis meses después del incidente en aquel campamento, recibí en el trabajo una llamada de «Kyle» —mi padre escupe su nombre— exigiendo cien mil dólares...

—¡No fue así! —grita Kyle, y me sobresalto. Creo que nunca le había visto perder los nervios.

—¿Cómo fue, entonces? —replica mi padre—. ¿Cómo llamas a intentar culpar a mi hija de la estupidez de un chico con daño cerebral?

—«¿Qué?» —Una sensación de frío se apodera de mis entrañas—. «¿Un chico con daño cerebral?» Me dijiste que se pondría bien.

Papá aprieta los ojos, quizá para ocultar la culpa de su mentira. Otra mentira.

Es Kyle quien responde, con voz dolorida.

—Eric no está bien, Piper. Al principio pensaron que se recuperaría, pero luego se le hinchó más el cerebro y los médicos no pudieron controlarlo. Su familia no tenía mucho dinero. Cuando las facturas médicas y las de la ambulancia aérea empezaron a acumularse, iban a perder su casa. Les di lo que pude, pero no tenía ni de lejos lo suficiente. —Ahora divaga en sus palabras, como si se apresurara a decirlas—. Averigüé quién era tu padre. Sabía que él tendría el dinero. Así que lo llamé un día y le pedí que ayudara a la familia de Eric...

—Recordándome que fue Piper quien compró todo el alcohol...

—¡Porque sabía que se sentía culpable! Igual que yo. ¡Sabía que ella querría que ayudara a Eric si supiera lo mal que estaba!

—¿Crees que algo de eso habría pasado si no hubieras estado allí? ¡Es por tu culpa que mi hija se metió en ese lío! No tiene nada por lo que sentirse culpable. —Mi padre aprieta los dientes, con la cara roja—. Y aun así, cuando te mandé al infierno, amenazaste con

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

encontrar a Piper y contarle lo de nuestro trato a menos que enviara más dinero. ¡Esa es la definición misma de extorsión!

Kyle agacha la cabeza.

—Porque sabía que no era nada para usted y que pagaría, solo para alejarme de ella.

—Lo dice el hijo de un hombre que metió a seis ancianos en el asilo de pobres —le replica mi padre—. Robar a la gente su dinero está en tu sangre. No puedes evitarlo.

Kyle se estremece como si le hubieran abofeteado.

Mientras tanto, mis rodillas se tambalean, a punto de doblarse por la conmoción. Que los dos estuvieran en contacto, que todo esto estuviera pasando a mis espaldas. Que ninguno de ellos me habló de Eric.

Que Kyle me ha estado ocultando esto incluso ahora.

—No puedo creer que esto esté pasando. —Mi estómago se revuelve mientras miro a mi madre—. ¿Sabías de esto?

Niega con la cabeza, con expresión aturdida.

—Sabía que querías ayudar a Eric, Piper. —Kyle suplica con los ojos. Se acerca a mí, pero me alejo.

—¿Por qué viniste a Lennox?

—Ya sabes por qué.

—Pensaba que sí, pero ahora... ¿Quieres más dinero? ¿Es eso?

Su mandíbula se tensa.

—Te lo dije, no quiero tu dinero.

—Me has contado muchas cosas. —Pero nunca toda la verdad.

—Aléjate de mi hija antes de que llame a la policía. —La voz de mi padre es ahora de una calma glacial.

Kyle me mira fijamente.

—¿Es eso lo que quieres, Piper?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

«No, pero quiero lo que parece que no puedo tener». Endurezco mi corazón.

—Creo que sería lo mejor. Adelante, coge el taxi a casa. A tu casa.

Kyle aprieta los ojos un momento, su pecho se agita con un profundo suspiro. Cuando los abre, están llenos de dolor.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Deberías pedir el traslado inmediato del edificio a Rikell — consigo atragantarme.

—No te atrevas a aparecer mañana...

—¡Papá! —ladro, lanzándole una mirada de advertencia—. Habla con Gus, Kyle. Estoy segura de que puede ayudar a que sea rápido.

Contengo la respiración mientras Kyle asiente y retrocede lentamente.

—Si te sirve de algo... si necesitas mi declaración sobre la conversación telefónica de Tripp Porter, Gus sabrá dónde encontrarme. —Se acerca al taxi, con la cabeza gacha y los hombros caídos. Parece... destrozado.

—¿Realmente valió la pena todo esto? —exclamo con voz temblorosa. Desde el momento en que solicitó trabajo en mi edificio hasta el instante en que toqué el timbre de la puerta de mi padre, y cada segundo en el medio, sabía que en cuanto me enterara de esto, habríamos terminado.

—¿Para estar aunque sea un día más contigo? —Se detiene ante la puerta abierta del taxi y sonríe con tristeza, esos ojos dorados del color del caramelo quemado que me atraparon hace tantos años se posan ahora en mí—. Para mí lo valía todo. —Los recuerdos se apoderan de mí y veo al chico travieso y salvaje a punto de subirse a su Pinto destartelado. Entonces ese recuerdo desaparece y Kyle sube al asiento trasero del taxi.

Mis lágrimas corren libremente mientras veo las luces traseras desaparecer calle abajo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Voy a llamar a Rikell y...

—Cállate, Kieran —suelta mi madre, me coge en brazos y me lleva dentro de la casa.



—¿Qué satisfacción te produce esto? —Mark se apoya junto a mí contra la pared de cristal de mi despacho mientras vemos cómo un guardia de seguridad alto y calvo escolta a Tripp por la vía ejecutiva, con una caja de trofeos, baratijas y otros efectos personales en los brazos.

—No tan satisfactorio como esperaba que fuera, lo creas o no. —Dejo que mi padre se enfrente a Tripp a solas; puede que haya hecho de mi vida un infierno, pero es a mi padre a quien ha traicionado de verdad.

Tripp ni siquiera se molestó en negarlo, lo que hizo que la cuestión de la legalidad en torno a la búsqueda de sus registros telefónicos fuera un punto discutible.

—¿Crees que lo ha hecho antes? —pregunta Mark.

«Es la pregunta del millón».

—Quién sabe. Pero Gary Jameson nunca le pagaría. —Tiene demasiada integridad y casi terminamos esa relación por culpa de Tripp.

—Piper, ven un minuto. —Mi padre, que también estaba viendo el paseo de la vergüenza de Tripp, vuelve a su despacho.

Mark se despide.

—Renée y yo vamos a comer. ¿Quieres que te traiga algo?

—No. Pero gracias. —No recuerdo cuándo comí por última vez. Ayer por la tarde, supongo. Antes de que mi mundo implosionara por culpa de Kyle... otra vez.

Me quedo mirando la puerta del despacho de mi padre un largo rato, decidiendo si quiero responder a su citación. Después de que

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Kyle se fuera de casa de mi padre anoche, me derrumbé sobre el hombro de mi madre, llorando más fuerte de lo que lo había hecho en trece años, desde la primera vez que Kyle me rompió el corazón. Mi padre desapareció en otra habitación y no volvió a salir. Me fui tan pronto como pude recuperar la compostura para llamar a un taxi.

No he vuelto a hablar con mi padre. No creo que pueda hacerlo ahora.

No cuando todavía estoy tan enfadada y herida.

No cuando me siento tan engañada.

Entro en mi despacho, apago la computadora, recojo el bolso, el teléfono y salgo.

—Piper. —Oigo mi nombre cuando estoy casi llegando al ascensor. Lo ignoro y sigo adelante, solo me vuelvo una vez que he pulsado el botón, el tiempo suficiente para ver a mi padre en la puerta de su despacho, para encontrarme con su mirada de acero, antes de entrar y desaparecer.

—Llamé a todos los listados de Vetter en Erie, Pensilvania, pero no pude encontrar a Eric ni a su familia. —Ashley se desploma en la silla que hay a mi lado en nuestro recién decorado patio de la azotea. Hace ocho horas que me senté en la tumbona al salir de la oficina y no me he movido, salvo para ir al baño. Y, aunque mi estado de ánimo es más adecuado para esconderme bajo las mantas en el interior durante un aguacero torrencial que para descansar a la sombra de un patio en la azotea en un caluroso día de verano, admito que he encontrado una extraña sensación de paz aquí fuera, escuchando los débiles y frecuentes toques de bocina y las sirenas de ambulancia procedentes de la calle King y más allá, y el ronroneo motorizado de Elton sentado a mi lado, extrañamente contento mientras le rasco detrás de las orejas. Si no lo supiera, pensaría que sabe que necesito consuelo. Y que le importaba.

Me acerco y aprieto la mano de Ashley.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—No te preocupes. Lo encontraremos. —Aunque tenga que ir al piso de Kyle y sacarle la dirección yo misma.

—¿Cómo pudo Kyle no decírnoslo? No lo entiendo. —Las lágrimas corren por sus mejillas. No son ni mucho menos las primeras que se escapan desde que anoche le di la noticia sobre Eric—. ¿Cómo es posible que no nos hayamos enterado?

He estado reproduciendo la misma pregunta una y otra vez en mi mente.

—Ya sabes cómo era entonces. Todo era Wawa, todo el tiempo, hasta que te ibas y no veías a nadie durante un año. Eric estaba en Erie... y las redes sociales no eran lo que son hoy. Ni siquiera tuve una cuenta de Facebook hasta un año después. —Y entonces todo se reducía a mantener el contacto con los amigos del instituto cuando me iba a la universidad, y luego a añadir amigos de la universidad. A esas alturas, el campamento Wawa era un recuerdo agri dulce que intentaba superar. Eric se marchó y nunca volvió, nunca se puso en contacto con nadie, ni siquiera con Ashley; con el tiempo se convirtió en esa historia rocambolesca sobre el chico que se cayó borracho por una colina empinada en Wawa un verano, pero que estaba bien la última vez que alguien lo oyó, un tipo divertido al que la gente recordaba con cariño mientras todos seguían adelante con sus vidas.

Un amigo al que perdimos la pista.

—Encontré a Avery en Internet hace unos años —admite Ashley—. Principalmente porque esperaba que ella hubiera tenido noticias de Eric. Tampoco parecía que supiera lo que había pasado —hace una pausa—. ¿Crees que Darian lo sabía?

—Probablemente. Era la directora del campamento, pero dudo que los dueños quisieran que alguien hablara de monitores menores de edad bebiendo y resultando gravemente heridos. Es malo para el negocio.

Pero Kyle lo sabía. Cada vez que mencionaba a Eric, agachaba la cabeza o fruncía el ceño o desviaba el tema para no decirme la verdad. ¿Era porque no se atrevía a decírmelo? ¿Porque seguía sintiéndose culpable por su participación en lo mal que le fueron las cosas a Eric

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

aquel día? ¿O porque no quería admitir que había localizado a mi padre y le había pedido más dinero?

Sin embargo era para Eric. No para sí mismo. Si fuera un verdadero extorsionador como mi padre lo acusaba de ser, probablemente se habría estado llenando los bolsillos durante los últimos trece años.

Pero, ¿por qué no me dijo todo esto desde el principio? No tenía por qué ser así.

Ahora... Me siento mal por todo esto.

—Cuando tu padre dijo que Eric iba a estar bien, le creí.

—Claro que sí. —Yo también. Y luego estaba demasiado angustiada por Kyle como para preocuparme de otra cosa que no fuera dejar atrás lo de Wawa.

—Y luego nunca contestó a mis mensajes ni a mis correos electrónicos y supuse que estaba siendo Eric. Pero debería haberme esforzado más por encontrarlo. Dios, esto es un desastre. Me siento tan culpable. —Ashley se frota las mejillas con las palmas de las manos—. Necesito saber que tan mal está.

—Yo también. —Mi instinto me dice que muy mal. Anoche estaba demasiado conmocionada para pedir detalles. He cogido el teléfono una docena de veces para llamar a Kyle y pedirle información, pero cada vez me entretengo más, temiendo echarme a llorar al oír su voz.

Y este tipo de conversación... no puede suceder a través de texto.

La puerta del patio se abre y Christa sale con los ojos muy abiertos.

Detrás de ella está mi padre, tan severo como siempre.

Suspiro. Supongo que apagar el teléfono no significa que pueda evitarlo durante todo un día. Al menos le he exigido que venga a verme.

—Hola, señor Calloway. —Ashley fuerza un tono cortés en el saludo antes de abandonar su asiento para lanzarse al interior. Sigue dirigiéndose a mis padres formalmente, por muchas veces que le haya dicho que deje de hacerlo.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Marcelle ha hecho un buen trabajo. —Su mirada recorre el espacio.

Frunzo el ceño.

—Cómo... Ah, sí. —Mamá sin duda se lo dijo. Esa es otra conversación para otro día. Trece años de infierno, un feo divorcio, las peleas, la tensión, la presión emocional sobre mí, solo para descubrir que mis padres vuelven a salir en secreto.

Voy a necesitar un terapeuta después de esto.

Se encoge de hombros, se quita la chaqueta y la coloca en el respaldo de la silla que Ashley acaba de dejar libre. Frunce el ceño y mira a Elton, que, sorprendentemente, no ha salido corriendo en cuanto ha aparecido Christa.

—¿Has telefoneado ya a Gary para decirle que queremos proceder con el Marquee?

—Sí —respondo secamente.

—¿Y supongo que está feliz?

—Sí.

Suspira pesadamente. Las respuestas de una sola palabra lo vuelven loco.

—Recibí una entrega esta tarde.

—De acuerdo...

—De Kyle. Veinticinco mil dólares en efectivo, en una bolsa de lona azul marino. La mitad del dinero que aceptó de mí hace trece años.

Debería sentir rabia, pero lo único que siento es que me duele el corazón al oír su nombre.

—¿Estuvo en nuestra oficina? ¿Hoy? —Cuando llegué esta mañana, Gus me informó con grandes ojos marrones de preocupación de que Kyle se tomaría un permiso personal hasta que se le encontrara un lugar más adecuado en el edificio.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Creo que sí. En el vestíbulo, de todos modos. Gus me entregó el dinero en mano. Había una carta con él, diciendo que él está tratando de obtener un préstamo bancario para la otra mitad de los cincuenta.

—Eso le llevará una eternidad pagarlo. —Y ha estado ahorrando su dinero durante tanto tiempo.

—Tal vez. —El teléfono de papá suena en su bolsillo, pero, sorprendentemente, no lo coge.

—¿Por qué me cuentas esto?

Papá hace una pausa, como si considerara mi pregunta.

—Me sorprendió. Que se molestara en devolverlo. Algunos lo llamarían un acto respetable.

—Oh, ¿entonces qué estás diciendo? ¿Que ahora te gusta Kyle?

—Ni mucho menos —resopla papá—. Pagarme cincuenta de los grandes para tratar de volver a tus buenas gracias que valen mil veces más sería un movimiento inteligente, y él no es un tipo estúpido.

—¿Y eso es lo que supones que está haciendo? ¿No puede estar enamorado de mí solo por mí? —Tal vez eso es lo que más me duele de todo esto, la idea de que Kyle me ha estado manipulando todo el tiempo. Que me creí todo lo que me estaba vendiendo como una tonta enamorada.

Los ojos de papá recorren el horizonte vespertino, un cielo pintado de rosas pálidos y amarillos dorados con toques de malva, la promesa de otro caluroso día de verano.

—No, estoy bastante seguro de que no es así —admite con desgana y luego suspira—. Aquel día que Greta lo puso en contacto con la línea de mi oficina, cuando buscaba dinero para ayudar a la familia de su amigo, solo era un chico nervioso. Podía oír el temblor en su voz. —Sonríe—. Pero el chico tenía agallas, lo reconozco. —La sonrisa desaparece tan rápido como surgió—. Y tal vez debería haber manejado las cosas de otra manera. Pero al principio me sorprendió que el mierdecilla tuviera las pelotas de ponerse en contacto conmigo y me enfadó. Supuse que era un chantaje. Por eso lo regañé en vez de

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

escucharlo. Y luego, cuando te metió en esto, cuando amenazó con contactarte si no pagaba... bueno, perdí los estribos. Ya estabas pasando por bastante, con el divorcio. Parecías estar a punto de superar por fin aquel verano, volviendo a salir con amigos. No quería que volviera a tu vida. Quería que ese verano desordenado terminara. Por eso acepté ayudar a la familia Vetter, con la condición de que desapareciera de nuestras vidas para siempre. Y no quería volver a verlo jamás. —Los labios de mi padre se tuercen con desdén—. Y entonces el cabrón aparece en mi puerta cogiéndote de la mano anoche. Imagínate mi sorpresa por eso. Menudo par de pelotas.

Suspiro.

—No sabía nada de esto.

—Porque no quería que lo hicieras. No quería que ese accidente pendiera sobre tu cabeza el resto de tu vida, especialmente por un chico con el que trabajaste un verano, y sabía que te sentirías responsable.

«¿No lo soy, entonces?» Nos suministré, a Eric, mucho alcohol ese día. Demasiado. Quizá merezca parte de la culpa por lo mal que salió herido. Un dolor hueco me llena el pecho.

—Así que ayudaste a Eric, ¿verdad? —Hay un atisbo de amenaza en mi tono. Si no lo hizo, nunca lo perdonaré.

—Lo hice. —Estudia sus manos arrugadas—. Me pareció una decisión inteligente para evitar problemas, por si descubrían quién eras y estaban tan desesperados como para intentar demandarnos.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué caritativo por tu parte. —¿Harían algo así los Vetter? Probablemente no, pero cosas más raras han pasado en los tribunales.

—Niégalo todo lo que quieras, pero he tratado con demasiadas personas así en mi vida como para fingir que no existen. Pero los Vetter... no son así, en absoluto. —Una sonrisa irónica se dibuja en sus labios—. Su padre me recordó al padre de tu madre. Al principio rechazó mi dinero.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—¿Cómo conseguiste que lo tomara?

—Acudí a su mujer. Al menos ella entraba en razón. Iban a arruinarse, ¿y de qué le servirían al chico cuando saliera del hospital? Así que liquidé su deuda y ayudé a renovar su casa para acomodarlo. Pagué algunas otras cosas.

—Eso suena a más de cien de los grandes.

—Lo fue. —Sus ojos se entrecierran en las piedras del patio—. No puedo decirte cuántas noches he pasado en la cama, pensando que podrías haber sido tú cayendo por esa colina.

Suspiro. Me está resultando muy difícil seguir enfadada con él.

—¿Qué tan malo es, papá?

En lugar de responder, se lleva la mano al bolsillo y saca un papel. Me lo entrega. Es una dirección en Pensilvania.

—Me he asegurado de que tenga todo lo que necesita a lo largo de los años.

—Excepto sus amigos —murmuro amargamente. Se pregunta Eric por qué Ashley y yo no le hemos visitado?

¿Se acordará de nosotras?

Supongo que pronto lo sabré.

—Voy a verlo tan pronto como pueda. Mañana, si puedo coger un vuelo.

—Toma el jet corporativo. No lo usaré hasta finales de la semana que viene. —Papá se levanta y, metiéndose las manos en los bolsillos, se acerca al borde del patio para estudiar la ciudad. Este ático ofrece una vista sublime. Me sorprendió que no se mudara él mismo cuando estuvo disponible—. Me jubilo a finales de año.

Tardo un momento en procesar sus palabras, en asegurarme de que las he oído bien. No puede ser, ¿verdad? ¿El formidable Kieran Calloway, hablando de jubilación? ¿Y en los próximos seis meses? A pesar de mi enfado con él, el pánico me asalta.

—¿Estás enfermo?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Se ríe entre dientes.

—No, todo lo contrario. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien. Es algo en lo que he estado pensando mucho últimamente, desde que tu madre y yo nos reencontramos hace unos meses. He trabajado duro toda mi vida y ahora es el momento de estar con ella. Viajar con ella y comer con ella. Hacer todas las cosas que ella quiso que hiciera, que me suplicó que hiciera durante años, pero para las que yo no tenía tiempo. —Estudia su dedo anular izquierdo desnudo—. No quiero volver a estropearlo.

Ha parecido más feliz, más ligero, estos últimos meses.

—No sé qué decir —digo finalmente—. Supongo que pensé que te quedarías para ver el Waterway.

—No pienso morirme pronto —murmura irónicamente—. Pero ese proyecto está a años de completarse. Y sé que puedes manejarlo.

«¿Pero, puedo?» La duda se cuela en mis pensamientos.

—Si crees que he sido especialmente duro contigo este año, es porque intentaba asegurarme de que estarías preparada para desempeñar mi papel. —El duro perfil de papá se suaviza con su sonrisa—. Pero me di cuenta, la noche de la gala, de que estás preparada. O, tan lista como cualquiera podría estarlo a estas alturas del partido. Ya resolverás el resto con la ayuda de tu equipo.

«Mi equipo». David, mi exprometido, al que ahora valoro más que nunca, y Mark, mi competente ayudante, y el resto de la gente altamente cualificada que emplea el GC, a la que le falta un cuerpo grumoso y amargado tras la dimisión forzada de Tripp hoy. Ya he estado revisando el historial laboral de Serge con nosotros. Podría ser un sustituto adecuado y más que merecedor del ascenso.

Puede que esté fracasando en mi vida personal, pero al menos la profesional va en aumento.

Y oír que papá confía en mí hace que mi propia confianza se dispare. Kyle tenía razón: lo admita o no, siempre buscaré la aprobación de mi padre.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Supongo que la verdadera pregunta es: ¿puedo prosperar sin ella?

—Entonces, lo de mamá va en serio. —No puedo ocultar la duda en mi voz. He sido testigo de su odio mutuo durante demasiados años como para creer que una reconciliación sea posible.

—Lo de tu madre siempre ha sido serio. —Me mira con curiosidad—. Desde el primer día que la vi.

Como lo fue para mí con Kyle.

Se me hace un nudo en la garganta.

Papá mira el reloj.

—Debería irme ya. Ya llego tarde para encontrarme con tu madre y Rhett para cenar.

Oh. En todo el caos de las últimas veinticuatro horas, me olvidé de mi hermano.

—¿Sabe ya lo de ustedes?

—Puede que lo estén discutiendo con unos cócteles en este mismo momento —suspira pesadamente papá—. No estoy seguro de cómo responderá a esta noticia.

«Soy un gran porrero, ¿recuerdas? Los porreros no juzgan». Ahogo mi sonrisa ante las palabras de mi hermano.

—Puedes empezar diciéndole que estás usando el soporte de teléfono hecho de cucharas.

—Esa cosa ridícula... —murmura, sus labios se tuercen pensando—. Supongo que no es el producto más tonto que he visto.

—Tal vez omitir esa parte.

Papá emite un sonido que podría ser de acuerdo mientras se aleja para recoger la chaqueta de su traje. Elton y él comparten una mirada de disgusto mutuo.

—Sé que puede que no estés de acuerdo con la forma en que manejé las cosas en el pasado, pero lo entenderás algún día, cuando hayas visto el tipo de poder que produce nuestro dinero, la fealdad y la

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

codicia que saca a relucir; cuando tengas tus propios hijos y te encuentres dispuesta a hacer cualquier cosa para protegerlos contra las caídas de nuestro privilegio. Tal vez incluso encuentres en tu corazón la forma de perdonarme. —Se dirige a la puerta del patio.

—Pero tú te casaste con mamá, que no tenía dinero. Y Rhett se casó con Lawan, que «realmente» no tenía nada de dinero —le recuerdo—. Y mira lo felices que son todos.

—Sí, pero eres mi hija. —Se aclara la voz, repentinamente ronca, mientras se detiene ante la puerta francesa—. Tu amigo Kyle dio cerca de la mitad de esos cincuenta mil a los Vetter, antes de que se pusiera en contacto conmigo para ayudarlos. Pienso informarle de que su deuda conmigo está saldada.

Recuerdo que Kyle mencionó algo sobre eso anoche.

—¿Por qué harías eso?

—Como dije... «algunos» podrían llamarlo un acto respetable. —Con eso se ha ido.

Dejándome con mis pesados pensamientos.

Say you



K. A. Tucker



Still Love me

Capítulo 26

Ahora

La casa de los Vetter es una sencilla construcción de ladrillo marrón de dos plantas situada en una tranquila carretera rural a las afueras de Erie, en un terreno de aproximadamente cuatro mil metros cuadrados. A un lado hay un garaje independiente con un cortacésped estacionado delante. Alguien debe de haberla usado en el césped delantero: el aire huele a hierba recién cortada.

Ashley y yo inhalamos con fuerza al ver la rampa de madera para sillas de ruedas que conduce desde la entrada hasta la amplia puerta principal. En la entrada hay una furgoneta gris, de las que se utilizan para transportar a personas en silla de ruedas.

—Supongo que eso responde a esa pregunta. —Christa es la única que parece tranquila mientras se detiene junto a la furgoneta en nuestro auto de alquiler.

Cuando anoche llamé a Cindy, la madre de Eric, para preguntarle si podíamos visitarlo, no le pedí detalles sobre su estado. No quería admitir que mi padre y Kyle nos habían ocultado información. Ashley y yo acordamos que nos enteraríamos cuando llegáramos y nos aseguraríamos de que nuestras sonrisas se mantuvieran firmes en nuestros rostros durante todo el proceso, para no mostrar lástima por él. Eric no era el tipo de persona que busca lástima.

Pero ahora que estamos de pie en la entrada Vetter, no estoy segura de que era la decisión más inteligente. Tal vez deberíamos haber venido mejor preparadas.

Una mujer alta y delgada con el pelo rizado y gris sale a recibirnos.

—¿Piper Calloway? —grita, frotándose distraídamente las manos contra sus pantalones cortos de algodón.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

—Sí. Soy yo. —Doy un paso adelante, abriéndome paso por la rampa.

Me recibe a mitad de camino, con una sonrisa. Una que me transporta de vuelta al Campamento Wawa hace trece años y hace que me duela el pecho. Eric tiene la sonrisa de su madre.

Tras una ronda de saludos, nos conduce al interior de la casa, modestamente decorada, que huele a café recién hecho y tarta de frutas casera y, ligeramente, a antiséptico. A nuestra derecha está lo que supongo que era su comedor, pero que ahora alberga una cama de hospital y un televisor de pantalla plana, junto con diverso equipo médico y una cómoda cubierta de frascos de pastillas.

Mi pavor se dispara.

—Le dije que venían y ha estado ocupado toda la mañana preparándose. Está en la cocina, esperándolas —dice Cindy con voz optimista, guiándonos hacia la parte trasera de la casa.

Ashley y yo compartimos una mirada y sé que estamos pensando lo mismo: ¿qué significa exactamente «preparándose»?

Entramos en la cocina, una habitación luminosa y soleada de roble dorado y paredes amarillas y limpios electrodomésticos blancos, justo cuando un hombre se nos acerca por la izquierda, con la mano moviendo la pequeña palanca de mano que controla su silla de ruedas motorizada.

Ashley hace un mal trabajo sofocando su jadeo.

Lucho por mantener mi sonrisa en su sitio, mientras mis ojos arden con la amenaza de las lágrimas.

Y Christa... no puede evitar apartar la mirada un momento, mientras vemos a Eric, su cuerpo, antes alto y en forma, ahora demacrado y acurrucado en los confines de su silla, con el cuello apoyado en un soporte acolchado, la cara desencajada, los músculos caídos. Su rostro ha cambiado completamente de forma. Ya no se parece a nuestro Eric. Lo único que reconozco son sus rizos rubios e incluso los lleva cortos.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Eric levanta un lado de la cara y sus labios luchan por tomar forma. Finalmente, logra pronunciar una sola palabra.

—Pecas.

Ashley rompe a llorar.



—Eric siempre fue mi niño salvaje. Metiéndose en líos, haciendo locuras. —Cindy remueve lentamente su azúcar, la cuchara de metal repiqueteando contra la delicada porcelana. Sospecho que ha sacado su mejor vajilla para la visita de hoy. Hace demasiado calor para tomar café en la terraza de atrás, pero cuando nos sugirió a Christa y a mí que saliéramos para que Ashley y Eric tuvieran tiempo de reconectar en privado, nos alegramos mucho de la escapada.

—Era uno de los monitores favoritos de los campistas —responde Christa. Y es la verdad. Todos querían a Eric y a Kyle. Los dos juntos eran imparables cuando se trataba de travesuras y a los niños les encantan las travesuras.

—Le gustaba tanto ese campamento. —Sonríe—. Su padre fue allí cuando era joven, antes de que su familia se mudara a Erie. Decidimos enviarlo allí a la ligera, cuando tenía ¿ocho o nueve años? Insistió en volver todos los años desde entonces.

No sé cómo abordar el tema, pero necesito preguntar.

—¿Kyle Miller me dijo que esto pasó por una inflamación cerebral?

Cindy asiente y respira hondo, como si se dispusiera a soltar un discurso que ya ha contado mil veces.

—Éramos prudentemente optimistas. No tenía lesiones en la columna ni la espalda rota. Respondía... Se le había hinchado un poco el cerebro, pero nada que los médicos no pudieran controlar. Luego la hinchazón empeoró. Siguió empeorando y no podían controlarla. Durante semanas, no estuvimos seguros si sobreviviera. Lo hizo, pero sufrió grandes daños en sus habilidades motoras y del habla. También tiene pérdida de memoria. —Sonríe con tristeza—. Sin

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

embargo, recuerda su estancia en el campamento como si fuera ayer y a todos ustedes. Especialmente a Ashley. Me hizo rociarle colonia esta mañana y estoy segura de que era por ella. —Su risa es suave y maternal, y me tranquiliza, incluso con el tenso reencuentro—. Se comunica principalmente a través de su pequeño teclado y la pantalla del iPad. Se ha vuelto bastante bueno escribiendo palabras con la mano buena. Irónicamente, es el brazo que se destrozó en la caída.

Christa, que ha estado casi siempre callada desde que vio a Eric, pregunta ahora:

—¿Qué han dicho los médicos sobre su recuperación?

—Con mucha terapia y trabajo duro por su parte, aún podríamos ver algún progreso más. Ya saben... movimiento en su brazo, el habla un poco más clara, ese tipo de cosas. Pequeñas cosas. —Sonríe, pero parece forzada—. Mi hijo sigue con nosotros, aunque su cuerpo no quiera cooperar del todo. Por eso tengo que estar agradecida. Por eso y por tu padre, Piper. Ha sido... —Cindy aprieta los ojos y, cuando los abre, brillan—. Un salvavidas para nosotros. Eric no estaría tan cómodo como está hoy. Ni siquiera estaríamos en esta casa. No sé cómo nos las habríamos arreglado. Intento por todos los medios no aprovecharme de su generosidad. Ya le he dicho una y otra vez que sabemos quién era nuestro hijo y que esto no fue culpa de «nadie». Aun así, ha insistido en más de una ocasión, y tu padre puede ser, me atrevería a decir, un hombre difícil.

Me rio; mientras tanto, mi pecho se hincha de orgullo.

—Para variar, es por una buena causa.

—Sí, bueno. —Cindy se seca las comisuras de los ojos—. No voy a mentir: hay días oscuros, cuando el ánimo de Eric está especialmente bajo, cuando se frustra y abandona el trabajo necesario para mejorar. Pero hacemos todo lo que podemos para sacarlo de ahí.

Si hubiéramos tenido la oportunidad, ¿habríamos ayudado Ashley y yo a levantar el ánimo de Eric?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Mis diversos sentimientos hacia mi padre se encuentran en extremos tan opuestos del espectro: un péndulo que oscila furiosamente entre la ira eterna y la gratitud abrumadora.

La puerta corrediza del patio se abre y Ashley sale, sus ojos verde esmeralda enrojecidos por el llanto.

—Piper, Eric quiere hablar contigo.

Respiro hondo, me armo de valor y me pongo en pie.

—Siéntate —le ofrezco con una palmada cariñosa en la espalda. Aunque puede que Ashley nunca haya admitido lo mucho que le importaba Eric, nunca tuve ninguna duda de que quería algo más que una amistad. No puedo imaginar lo difícil que es para ella ahora.

Entro. La temperatura fresca del aire acondicionado alivia mi piel pegajosa.

—Piper... —intenta decir Eric mientras cierro la puerta tras de mí y tomo asiento junto a su silla, aún caliente por haberla ocupado Ashley.

Me cuesta mirarlo a los ojos sin que se me salten las lágrimas, pero aprieto los dientes y lucho contra las ganas de derrumbarme.

Arrastra el brazo derecho sobre el regazo para tocar la pantalla del iPad, que está en un soporte.

En la parte superior aparece una página titulada «Piper» con líneas que obviamente ha preparado con antelación.

¿Has corrido desnuda últimamente? Es la primera.

Es tan inesperado, tan Eric, que estallo en carcajadas, incluso mientras se me escapan algunas lágrimas.

—No. No desde aquella noche —hago una pausa—, siento mucho no haber venido a verte. No sabía que había pasado esto. Creía que estabas bien. Pensé que te habías recuperado y que habías seguido adelante con tu vida...

Emite un sonido bajo y gutural, luego se desplaza por la lista y su dedo se mueve lentamente hasta resaltar la línea veintiuna.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Sé que no lo sabías. Kyle me lo dijo. Me dijo que tu padre no quería que te enteraras. Me contó lo del dinero. Me lo contó todo. Entiendo.

—Bueno, yo todavía no y estoy muy enojada con los dos.

Desplaza la mano hacia un pequeño teclado y, con movimientos dolorosamente lentos, teclea:

No te enfades con Kyle por pedirle a tu padre que me ayudara.

Frunzo el ceño.

—No estoy enfadada con Kyle por eso. Le habría exigido a mi padre que te ayudara y, si no lo hacía, lo habría hecho yo. Estoy enfadada con Kyle porque... Ya ni siquiera sé por qué. Porque no me contó todo esto, supongo. —Tuvo mucho tiempo. Muchas oportunidades, mientras estaba enredado en mis sábanas conmigo, mientras presionaba besos contra el dorso de mi palma, mientras fingía que todo estaba bien.

Espero pacientemente mientras los dedos de Eric se mueven de nuevo sobre el teclado.

Tenía miedo de hacerlo, porque pensaba que tu padre me privaría de más ayuda si iba contra él.

—¡Eric, Kyle aceptó un «trabajo» en mi «edificio»! ¿Realmente no pensó que me iba a enterar de todo esto eventualmente? —Mi padre tiene razón en una cosa: Kyle no es estúpido.

Un extraño sonido mitad gemido, mitad gruñido escapa de la boca de Eric y me doy cuenta de que se está riendo.

Sí, lo sé. Lo desafié a que lo hiciera, teclea.

Se me cae la boca.

—¿Qué?

Sabía que seguía enamorado de ti, así que lo reté.

Se me aprieta el estómago al ver esa palabra.

—Pero eso es... No se arriesgaría a cabrear a mi padre por un reto.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

¿Quieres apostar?, de nuevo, ese extraño medio gemido, medio gruñido. Le dije que si no lo hacía, yo mismo te enviaría un correo electrónico y te lo contaría todo. Así, al menos, tendría un final feliz.

—Definitivamente hubo un final —murmuro y cuando capto los ojos curiosos de Eric clavados en mí, tengo que apartar la mirada. No quiero que se sienta culpable o responsable de ese desastre. Ya tiene suficientes problemas.

Eric se desplaza por su lista, para destacar un elemento que me hace detenerme.

Quiero ir al Campamento Wawa. Tú, Ashley, Kyle y yo.

Me invade una oleada contradictoria de impaciencia y temor.

—Lo han cerrado. No sé si lo van a vender o qué.

Golpea la pantalla con más fuerza.

Suspiro. ¿Cómo puedo decir que no?

—Bien. Veré lo que puedo hacer. —Significa conducir a Eric seis horas hasta allí, en su furgoneta, lo que significa que será mejor que me asegure de que podemos entrar en la propiedad. Como sea... este es un desafío que puedo manejar. Pero estar allí con Kyle, con todas las emociones que van a surgir... Frunzo el ceño—. ¿Por qué tienes tantas ganas de volver?

Lentamente teclea:

¿Supongo que el salto del acantilado está descartado?, y se ríe.

—Kyle envió un mensaje desde el pueblo. Ya deberían estar aquí —anuncia Ashley, alisándose el pelo encrespado de la frente.

Me sudan las palmas de las manos mientras manejo el Z3 de mi madre, su último auto, que ni siquiera sabía que se había comprado, paso la verja abierta y entro en el camino de entrada que me resulta familiar. No sé qué me pone más nerviosa: volver a visitar Wawa por primera vez en trece años.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

O enfrentar a Kyle de nuevo.

Hemos organizado este viaje principalmente por correo electrónico: Ashley y yo le enviamos un mensaje a Eric y él, a su vez, a Kyle. Sé que Ashley y Eric se han estado mensajando mucho durante la última semana, aparte de la planificación de este viaje, pero Kyle y yo no hemos intercambiado ni una sola palabra. Me imaginé que lo que fuera que necesitara salir a la luz ocurriría hoy, aquí.

No estoy segura de estar preparada para ello.

Mi mirada se desvía en todas direcciones mientras el auto se arrastra por la larga y sinuosa carretera, insegura de dónde asentarme primero. Es como volver a casa después de haber estado lejos durante... trece años.

—Esto es surrealista —murmura Ashley, arrancándome las palabras de la cabeza.

—Mira. —Hago un gesto con la cabeza hacia el pabellón. Las mesas de *picnic* de colores vibrantes están todas allí, vacías, con los garabatos de los campistas del último año todavía visibles. Los desgastados remos del Campamento Wawa cuelgan del paramento, aunque uno ha perdido su ancla y cuelga descuidadamente. La hierba alrededor de la propiedad está alta y descuidada; probablemente no se ha cortado en todo el verano.

Ese zumbido familiar que recuerdo, de vida, risas y emoción, hace tiempo que desapareció, dejando solo un inquietante silencio.

—Ahí están. —Ashley señala hacia la furgoneta gris de Eric, estacionada en el estacionamiento. La parte trasera está abierta y Eric baja la silla por la rampa mientras la enfermera contratada para el viaje de ida y vuelta de doce horas lo observa. Sé que salieron antes de que amaneciera esta mañana para llegar aquí al mediodía. Deben de estar agotados.

Kyle sale por el otro lado. Me da un vuelco el pecho al verlo, con unos *jeans* negros y un suéter para combatir el frío inusual que ha hecho este fin de semana.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Estaciono el auto junto a ellos y me bajo, evitando por el momento la mirada de Kyle para centrarme en Eric y me inclino para darle un beso en la mejilla.

—¿Preparado para ir al acantilado? —susurro.

Se ríe y me hace un gesto de aprobación con la mano buena.

—¿Cuándo llega el agente inmobiliario? —pregunta Ashley.

—Les dije que estaríamos aquí a la una y es... —Compruebo mi teléfono—, mediodía justo ahora, así que tenemos alrededor de una hora antes de que tengamos que volver y fingir que estoy interesada en comprar. —No hizo falta indagar mucho para averiguar que la propiedad está en venta y menos aún para que accedieran a enseñármela una vez les di mis credenciales.

La enfermera de Eric lo toma como una señal para subir a la furgoneta y cerrar la puerta tras de sí.

—Vamos —dice Eric en su distorsionada forma de hablar y cambia la palanca de mando para rodear el bordillo y subir a la hierba. Se aleja a toda velocidad, Ashley trota a su lado, riendo. Las ruedas sobredimensionadas de su silla motorizada sortean los desniveles del terreno con facilidad.

—¿Quién necesita carritos de golf, verdad? —murmura Kyle, acercándose a mi lado mientras me pongo el suéter.

Su mirada está fija en nuestros amigos, lo que me permite estudiar un momento su hermoso perfil.

No estoy enfadada con él, me doy cuenta.

Estoy herida. «Tan» herida que me ocultó esto.

Pero también lo extraño mucho.

—Deberías habérmelo contado todo desde el principio. —Me las apañé para evitar el nudo en la garganta. Eso es lo que más me molesta de todo esto.

—Tu padre no quería que lo supieras.

—Tampoco te quería cerca de mí —le recuerdo con la mirada.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Su mandíbula se tensa.

—Quería decírtelo, pero me daba vergüenza y miedo.

Frunzo el ceño.

—¿Miedo de qué? ¿De que no entendiera por qué acudiste a él?

—Que por fin te darías cuenta de que tu padre tiene razón sobre mí.

—Excepto que sé que no tiene razón sobre ti. Nunca la ha tenido. Eres tú quien no puede creerlo.

Kyle frunce el ceño sobre sus zapatos un momento antes de girarse para estudiarme, su mirada revoloteando sobre mis rasgos.

—Soy un idiota y debería habértelo dicho. Si te sirve de consuelo, ahora sabes todo lo que hay que saber.

—Hasta la próxima vez que no tengas valor para decirme toda la verdad.

Suspira y luego, asintiendo una vez, se dirige hacia Ashley y Eric, con la cabeza gacha.

Kyle da un tirón a la puerta de la cafetería, pero está cerrada.

Ashley sonríe con nostalgia ante los carteles cursi que aún cubren la pared.

—¿Recuerdas cómo los niños escribían secretos en el reverso? — Coge el que dice: «Lo que pasa en el campamento, se queda en el campamento». Y lo levanta del clavo para darle la vuelta y mostrarme varias líneas escritas a mano en la parte inferior—. Aquí hay una buena: «Besé a una chica y me gustó. Izzy D. 2012».

Se me cae la boca.

—«¿Izzy?» Creo que era mi campista. — Aunque seis años mayor en 2012.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Eric hace un sonido, indicándole a Ashley que lea el iPad por encima de su hombro mientras teclea lentamente.

—Comprueba el cartel de «Salta al lago», dice.

Kyle trota hasta el otro extremo, para localizar la placa cuadrada de metal azul. Afloja el tornillo con los dedos y arranca el cartel. Sonríe, sosteniéndolo para que lo leamos.

—¡Oh, Dios mío, «Ashley Young tiene lindas tetas»! ¡¿Quién ha escrito eso?! —grita Ashley.

—¿Quién crees? —Kyle se ríe.

—¡Eric! —Sus mejillas se inflaman.

Eric sonríe mientras teclea otra cosa.

Ella se inclina para ver lo que está escribiendo.

—Mira el cartel de «Los campistas felices viven aquí».

Kyle asegura de nuevo el cartel azul y comienza a alejarse.

—Deberíamos seguir, si queremos llegar a la playa antes de que llegue el agente, ¿no?

Está claro que Kyle no quiere que veamos lo que hay escrito ahí, lo que significa que yo tengo que verlo. Me acerco al cartel en cuestión, lo descuelgo y le doy la vuelta.

Se me para el corazón. De todos los tontos mensajitos y confesiones garabateados en el reverso, reconozco al instante la letra de Kyle.

«Voy a estar locamente enamorado de Piper Calloway el resto de mi vida y acabo de conocerla».

No puedo evitar mirarlo fijamente. Sí que recuerda lo que escribió ahí.

—¿Qué dice? —pregunta Ashley.

Me aclaro la garganta y leo otro mensaje.

—Eric Vetter me tocó una teta, Darlene, 2005.

Ashley pone los ojos en blanco.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Siempre has tenido una obsesión con esa parte de la anatomía femenina.

Eric se ríe, pero siento que su mirada se desplaza entre Kyle y yo mientras vuelvo a colgar el cartel en la pared. Está claro que él también recuerda lo que Kyle escribió allí.

—¿Adónde vamos ahora, a la playa? —pregunta Ashley.

—Sí —se esfuerza por decir Eric.

—En realidad... Ya los alcanzaré. Tengo que ir a un sitio. —Kyle comienza a retroceder.

Sé al instante a dónde va.

—No vas a ir allí solo.

—Bien. —Pone esos hermosos ojos dorados en mí—. Ven conmigo, entonces.

El corazón se me acelera. Cómo será volver allí, un lugar que guarda mis mejores y mis peores recuerdos?

Probablemente sea una idea terrible, pero todas mis peores ideas parecen estar siempre ligadas a este chico.

Asiento con la cabeza.

Nuestro paseo por delante de las cabañas de las chicas, con los arbustos y la hierba crecidos alrededor, los exteriores necesitados de pintura y el sendero oscuro y arbolado, es silencioso, pero no del todo incómodo, mientras recuerdo las muchas semanas de chicas agrupadas y corriendo hacia su siguiente actividad, la colorida variedad de toallas mojadas y bañadores colgados de las cuerdas. Las amistades. Me pregunto cuántas de ellas sobrevivirán a este lugar.

Llegamos al límite de la propiedad de Wawa.

—Supongo que habrán aprendido la lección —murmura Kyle, observando los múltiples carteles de «Prohibido el paso» que son al

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

menos tres veces más grandes que el antiguo, y el tramo de valla que se ha levantado a través del camino para cortar el acceso al acantilado.

— ¿Cómo lo hacemos?

— Por aquí. — Se adentra en el bosque de la izquierda, hasta el borde de la valla —. Cuidado, aquí hay hiedra venenosa.

— Creo que estaré bien. — Me miro las botas y los *jeans*.

Kyle extiende la mano.

A pesar de mi buen juicio, la cojo, deleitándome en silencio con la calidez y la fuerza de sus dedos. Y cuando rodeamos la valla que atraviesa el bosque y llegamos al sendero cubierto de maleza del otro lado, ninguno de los dos nos soltamos.

La sangre me corre por los oídos en cuanto atravesamos las ramas y salimos al acantilado rocoso. Otras tres grandes señales amarillas de advertencia están colocadas estratégicamente: «Prohibido saltar», «Peligro: Rocas abajo» y otro «Prohibido el paso».

Kyle se encoge al leerlas.

— Han arruinado la vista.

— Mis recuerdos me han estropeado la vista — murmuro, observando con recelo el sendero rocoso que desciende hasta el rincón, con una pizca de náuseas.

Kyle me suelta la mano y se acerca a la orilla. El lago está tranquilo, no hay nadie salvo un velero a lo lejos, nada más que una mancha blanca en el agua azul oscuro.

— Pero no todos tus recuerdos, ¿verdad? — pregunta en voz baja.

Es surrealista volver a verlo de espaldas a mí. Lo he visto en esa misma posición tantas veces, primero en la vida real y luego en mis pensamientos. Primero como el chico alto y delgado de diecisiete años que me robó el corazón, luego como el que me lo rompió.

Y ahora como el hombre que aún tiene mi corazón, a pesar de todo.

Me muevo a su lado y miro hacia el agua. Es sobrecogedor, incluso más ahora. Si cierro los ojos, aún puedo imaginarme la camiseta de

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

color rojo tomate de la monitora de campamento, aún puedo sentir el sol ardiente golpeándome y la mezcla de miedo y emoción revolviéndose en mi estómago, aún puedo oír mi grito aterrorizado mientras caigo en picado por el aire.

Todavía puedo ver al chico por el que estaba loca desde el momento en que lo vi por primera vez, esperándome en el fondo, burlándose de mí.

—Los mejores recuerdos de mi vida siempre estarán aquí, contigo —admito. Pero, ¿es ahí donde Kyle, donde nosotros, pertenecemos? ¿En nuestros recuerdos?

—¿Seguirías saltando si te lo pidiera? —Su voz es suave—. Si estuviera ahí abajo, esperando.

—Sí. Probablemente —susurro—. Excepto que la subida de nuevo se siente como mucho más trabajo ahora, Kyle. Y mucho más peligroso. Es la subida que no sé si podré volver a hacer.

Cuando abro los ojos, me lo encuentro mirándome fijamente, con una mirada llena de una mezcla de pena y resignación.

—Se siente mal, estar de vuelta aquí, ¿no?

Me rodeo el cuerpo con los brazos, repentinamente helada.

—Me siento... triste. —No ayuda el hecho de que el local esté cerrado, pero aunque bullera con las risas de los chicos, no sería nuestro Wawa. Nunca volverá a serlo—. Nunca recuperaremos esos días.

—No, no lo haremos. —Sonríe tristemente mientras mete la mano en el bolsillo trasero y saca dos paquetes de Fun Dip—. ¿Por los viejos tiempos?

No puedo evitar reírme y una inesperada oleada de alivio me invade.

—Sí. Sí, claro.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Dejo que vuelva a cogerme de la mano y me lleva hasta la gran roca plana donde solíamos sentarnos a hablar y besarnos durante horas. Se sienta a mi lado y me da el sabor a cereza.

—Toma. Este te gusta más que a mí.

Abrimos los paquetes y nos ponemos manos a la obra.

—Creo que nunca te he visto comer uno de estos como es debido —reflexiono, admirando la forma en que chupa el polvo del palito.

—Esta chica hermosa de dieciséis años me enseñó cómo. —Sonríe, sus ojos bajan hasta mi boca, observándome con intenso interés.

—¿Recuerdas la primera vez que nos besamos? Fue aquí arriba y yo estaba comiendo uno de estos. Mentiste y me dijiste que eras alérgico a la cereza.

—Sí, para ser alguien que odia mentirte, parece que lo hago mucho, ¿no? —Su mirada se desvía hacia el lago—. ¿Dos verdades y una mentira?

—¿Por qué no?

—De acuerdo. —Se acerca más—. Sabía que te quería desde aquel día, sentados aquí en las rocas, cuando me hiciste confesar nuestra apuesta. —Enlazando sus dedos con los míos, continúa—. Te he amado todos los días desde entonces. —Sus ojos dorados se posan en mí, y hay un ligero brillo en ellos que hace que me duela el corazón—. Sigo queriéndote, aunque tú no sientas lo mismo. Aunque no quieras volver a verme. —Traga saliva—. ¿Cuál es mi mentira, Piper?

Suelto un suspiro tembloroso y consigo susurrar:

—Es una pregunta capciosa —antes de apretar mis labios contra los suyos con la lentitud y la tentadora facilidad que recuerdo de nuestro primer beso aquí, en esta roca, hace tantos años.

Un beso que nunca podría confundirse con un adiós.

Venir aquí ahora, con todo al descubierto, se siente como el final de algo trágicamente hermoso.

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

Pero también se siente como el comienzo de algo nuevo. Algo fuerte.

Tal vez soy una tonta, tal vez este es el punto en el que Kyle y yo debemos separarnos y seguir adelante con nuestras vidas.

Pero aún no estoy dispuesta a rendirme.

—Prométeme que no hay más secretos, Kyle.

Su cuerpo se agita con el suspiro de un hombre al que acaban de quitarle un peso de quinientos kilos del pecho.

—No tengo «nada» que ocultar.

Mi teléfono emite un mensaje de texto. Frunzo el ceño y lo saco del bolsillo.

—¿De verdad hay señal aquí ahora?

Kyle señala la torre de telefonía móvil al otro lado del lago. Otro estropicio en la apacible vista.

—Es el agente inmobiliario. Está en el estacionamiento, preguntándose dónde estamos —suspiro. Podría sentarme aquí con Kyle toda la tarde, reviviendo nuestros momentos robados. Pero este lugar ya no es para nosotros. Es hora de seguir adelante. Juntos. Deslizo mi mano por la suya—. Supongo que deberíamos volver.

—Sí, supongo que sí —murmura, sonando igualmente reacio—. Pero primero... —Me suelta los dedos, se quita los zapatos y empieza a quitarse la ropa con una sonrisa pícar.

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

Epílogo

Diciembre

—¿Dónde encontraste a este *catering*? —pregunta Christa, inspeccionando un trozo de lechuga de su canapé con el ceño fruncido. Lo que vaya a salir de su boca no será un cumplido.

Ashley no contesta, descorcha una botella de champán y se va corriendo a llenar las copas, a pesar de que para eso hay camareros de esmoquin. Sabe que lo que realmente le molesta a Christa es el hecho de que Zelda, la vidente de Ashley, no solo haya aparecido en nuestra fiesta de inauguración, sino que esté sentada en el sofá, Eric a su lado, en su silla, y ofreciendo lecturas gratuitas de cartas del tarot.

La fiesta que Ashley intentaba organizar desesperadamente se retrasó unos meses debido a mi caótico horario de trabajo. En algún momento, se convirtió en una fiesta de inauguración de la casa, fiesta de vacaciones, fiesta de jubilación de mi padre, fiesta de compromiso de mis padres y *baby shower* para Lawan, que está embarazada de siete meses. Ahora tenemos setenta personas en traje de noche, sin saber por qué brindar primero, y un violinista en una esquina tocando baladas modernas.

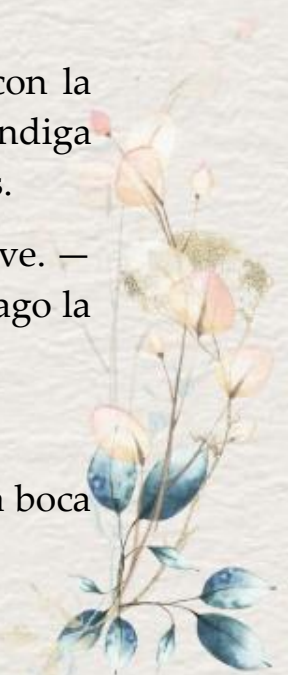
—En serio, mi restaurante habría hecho un mejor trabajo con la comida —murmura Christa, sosteniendo una considerable albóndiga vegana en un palillo como si la inspeccionara en busca de pelos.

—Pero entonces tendrías el control sobre la comida que se sirve. — Le di a Ashley carta blanca sobre la planificación, aunque yo pago la cuenta.

—Exactamente.

Le arranco el palito de los dedos y le meto la albóndiga en la boca antes de que se dé cuenta de lo que está pasando.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

—Alégrate de que haya echado a Chad por última vez. —Como era de esperar, Chad intentó abrirse camino de nuevo en el corazón de Ashley. Fueron todas las conversaciones con Eric, a través de su lento tecleo y su lucha con las palabras, las que le recordaron a Ashley que se merece mucho más que ese zoquete.

Christa gime de acuerdo.

—Buena comida, ¿verdad?

Me mira con el ceño fruncido, con la boca demasiado llena para responder inmediatamente.

Aprovecho la oportunidad para escapar y dejar que se queje con otra persona.

Hago una pausa para contemplar la vista desde el otro lado de la habitación: mis padres cogidos del brazo, riendo y sonriendo, y sacudo la cabeza, asombrada. No recuerdo que estuvieran así en las fiestas cuando éramos pequeños, pero la vida parecía tan diferente desde ese ángulo.

Lo más increíble es que mi padre mantiene una conversación real con Rhett, en la que sus mandíbulas no están tensas y sus posturas no son rígidas.

Lawan, una mujer menuda de pelo negro azabache y ojos grandes y oscuros, está de pie junto a mi hermano con un vestido de noche azul aguamarina que acentúa su vientre hinchado, observando en silencio el pacífico intercambio con la misma cantidad de asombro en la cara que siento yo.

Según mi madre, mi padre ha estado relajándose estos últimos meses, mientras aprende poco a poco a desprenderse del Grupo Calloway y confiármelo a mí. Eso no va a ocurrir de la noche a la mañana, por supuesto. Para Kieran Calloway, «jubilación» significa en realidad «semijubilación» con un puesto en las grandes reuniones y llamadas los lunes por la mañana para ponerlo al día de lo que pasa, sobre todo para que me dé lecciones sobre lo que hago mal.

Un estallido de carcajadas profundas atrae mi mirada hacia la izquierda, donde David y Renée mantienen una profunda

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

conversación con Jim y su esposa, las manos de Renée gesticulando salvajemente mientras cuenta una historia.

David, sonriéndole.

Me llevó aparte la semana pasada para admitir por fin que habían empezado a salir. Estaba avergonzado, temeroso de mi reacción, me atrevería a decir. David, siendo David, supuso que yo no me había dado cuenta. Pero lo vi venir dos meses antes, cuando sus ojos se fijaban en ella, cuando sus reuniones a puerta cerrada duraban más tiempo, cuando empezaron a pasear juntos por el trabajo. Fue uno de los secretos peor guardados de la historia del GC.

Me alegro por él, aunque eso signifique enfrentarse a la ardua tarea de cambiar de ayudantes. Jill, la antigua ayudante de Tripp, ha cambiado de mesa con Renée, y David no está muy contento. Ya se adaptará.

La persona que más me ha preocupado en todo esto es Mark, que ha conseguido mantener la cabeza en su puesto de trabajo a pesar de arrastrar los pies desde que saltó la noticia en la oficina.

Aunque he notado que le roba miradas frecuentes a Ashley esta noche. Creo que haré esa presentación más pronto que tarde.

Pero no ahora...

Me abro paso entre la pequeña multitud y me dirijo al patio, hacia la figura solitaria vestida de traje, inclinada sobre la barandilla, contemplando la ciudad con sus anchos hombros ligeramente encorvados. Los muebles de exterior se han guardado para el invierno, pero el toldo de luces permanece y, con la nevada que cae del cielo, confiere al espacio un aire mágico.

Las dos copas de champán que acabo de beber me calientan el cuerpo lo suficiente como para no sentir de inmediato la mordedura del aire frío contra mi piel desnuda. He elegido un elegante vestido de satén negro para esta noche. Por el brillo de los ojos de Kyle cada vez que me miran, diría que elegí bien.

—¿Qué haces aquí solo?

Say you

K. A. Tucker

Still Love me

—Disfrutando de la vista. —Oigo la sonrisa en su voz, aún de espaldas a mí.

Me acerco a él por detrás y le rodeo la cintura con los brazos.

—¿De quién te escondes?

—Lawan.

Me echo a reír. Mi cuñada es una mujer de voz suave y amable que probablemente nunca ha pronunciado una sola palabra dura sobre nadie.

—¿Qué ha dicho él ahora? —pregunto con paciencia forzada. Mi padre no se alegró cuando le dije que Kyle y yo nos habíamos reconciliado, pero no le sorprendió. Ha sido relativamente tolerante con la relación, con solo algunas burlas aquí y allá. Es casi como si estuviera tratando de aceptar la idea de nosotros. O se muerde la lengua y espera a que fracasemos por nuestra cuenta.

En cualquier caso, aún no he perdonado a mi padre por el pasado.

Kyle desliza su mano sobre la mía.

—¿Además de decirme que necesitaba un traje nuevo?

—No le hagas caso. Estás muy guapo. —Le ofrecí comprarle un Tom Ford pero se negó, como Kyle rechaza todos los regalos que intento hacerle. Por eso le compraré un traje a medida para Navidad.

Sonríe.

—También me dijo que debería solicitar un puesto de supervisor en Rikell. Me lo tomé como su forma de decir que no soy un completo idiota, así que salí corriendo antes de que pudiera decir nada más.

Apoyo la barbilla en su hombro.

—Sí, yo diría que es un buen comienzo. Aunque sabes que va a seguir presionándote hasta que dirijas todo el maldito asunto, ¿verdad?

—No es probable que eso ocurra. —Kyle se mueve entre mis brazos, lo que le permite rodear mi espalda con los suyos y atraerme hacia su cuerpo, hacia su calor—. Sin embargo, un supervisor no es

Say you

K. A. Tucker



Still Love me

mala idea. Tengo más que suficientes años de experiencia. Quizá lo analizaré. —Kyle trabaja como guardia de seguridad en un edificio a seis manzanas del mío. Aunque me encantaba verlo durante el día, fue una buena decisión. Me obliga a llegar a casa a una hora razonable todas las noches, para poder pasar tiempo con él. Si algo me ha enseñado el lío de mis padres es que no quiero repetir el error de mi padre de anteponer el negocio a mi corazón.

—Buena idea. —Presiono mis labios contra la comisura de los suyos, donde permanece la pequeña cicatriz del aro labial—. Quizá puedas ascender lo suficiente como para cambiar las normas sobre *piercings* faciales y conseguir que te lo hagan de nuevo.

Su cuerpo se estremece con su risa. Y entonces me besa, y el frío, la gente de fondo, la música... «todo» se desvanece.

—Veo un lago —grita una voz.

Nos soltamos y nos giramos para encontrarnos con Zelda, que nos observa con curiosidad a tres metros de distancia. Su atuendo, una tela de cuentas de colores que le cubre el cuerpo en capas fluidas, rematada con un brillante abrigo fucsia, resulta aún más llamativo sobre un fondo nevado. Es todos los estereotipos que me imaginaba de la vidente de Ashley, hasta la melena canosa, la voz grave de fumadora y los ojos penetrantes.

—Veo un lago —repite—, y sol y calor, y amor duradero.

—Nos estás hablando de nuestro pasado. —Los brazos de Kyle me rodean con fuerza—. Me interesa más saber sobre nuestro futuro.

Los ojos de Zelda se arrugan con su sonrisa.

Say you



K. A. Tucker

Still Love me

K.A. Tucker



K.A. Tucker es la autora de más de treinta libros de éxito internacional, entre ellos Ten Tiny Breaths, The Simple Wild y la serie Fate & Flame, Until It Fades, Say You Still Love Me y Keep Her Safe. Sus libros han aparecido en publicaciones nacionales como USA Today, Globe & Mail, Suspense Magazine, Publisher's Weekly, Oprah Mag y First for Women.

Ten Tiny Breaths, The Simple Wild y A Queen of Thieves & Chaos fueron nominados a los premios Goodreads Choice.

K.A. Tucker vive en las afueras de Toronto.

Say you

K. A. Tucker